

Una admiradora secreta. ¿Amor u obsesión?
Un *thriller* que convertirá tus días en pesadilla.

WULF DORN

ACOSADO



de

Lectulandia

Un ramo de rosas sin tarjeta, regalos en la puerta de casa, llamadas... El psiquiatra Jan Forstner es el objeto de la insistente atención de una desconocida. Pero, cuando un amigo periodista que estaba a punto de hacerle unas misteriosas revelaciones muere, Forstner descubre que se ha convertido en el objeto de deseo de una homicida enloquecida que no se detendrá hasta conseguir el amor de Jan. Ahora y para siempre.

Lectulandia

Wulf Dorn

Acosado

Jan Forstner - 02

ePub r1.0

Titivillus 24.02.17

Título original: *Dunkler Wahn*

Wulf Dorn, 2011

Traducción: Beatriz Galán

Traducción de Epílogo y Nota del autor: Jessica Valverde Acebes

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi madre,
aunque no le gusten las historias de miedo.

Y para Xaver y Karoline.

«En el amor y en la guerra, todo vale».

DICHO POPULAR

«I'm your biggest fan, I'll follow you until you love me».

Paparazzi, LADY GAGA

Una carta anónima

Querido Jan,

Las historias nunca acaban bien. Aunque Richard Gere subiera mil veces por la escalera de incendios para besar a *Pretty Woman*, todos sabemos que eso no es más que ficción, y que por mucho que lo esperemos, por mucho que lo anhelemos, el beso con el que concluye la cinta es una falsedad. Un comienzo disfrazado de final. Porque lo que cuenta en realidad es lo que viene a continuación.

¿Has pensado alguna vez en lo que pasa con los personajes de una historia cuando esta acaba? Yo te lo diré: que al final mueren. Así, sin más. Y lo más irónico de todo, lo más cínico sin lugar a dudas, es que cuanto más feliz haya sido su vida, más doloroso será su final.

Sí, Jan, cuando tú recibas esta carta los dos habremos sufrido mucho, y el dolor será indescriptible. Pero en ese momento sabrás lo que significa el amor verdadero y comprenderás que nada sucede por casualidad.

Créeme, por terrible que te parezca, acabarás agradeciéndome tanto dolor. Más aún: me amarás por ello, tanto como yo te amo a ti.

No importa que aún no me conozcas. No dejo de pensar en ti. Y pronto, muy pronto, tú tampoco podrás pensar en nada que no sea yo.

Tras la lluvia

Cuando Jan Forstner recuperó el conocimiento, lo primero que vio fueron los cuervos al otro lado de la ventana. Seis siluetas oscuras, alineadas en silencio sobre la enorme rama de un haya que se recortaba sobre un cielo gris como el acero.

Parecía que lo estuvieran mirando. Seis jueces vestidos de negro, dispuestos a emitir su veredicto.

Culpable.

Jan estaba sentado en una de las sillas de la consulta y tenía las manos agarrotadas sobre los reposabrazos. Estaba aturdido. Se sentía ajeno a todo, como si se hallara en una enorme urna de cristal.

Las voces y los pasos que resonaban por el pasillo del hospital le llegaban insólitamente quedos, y los enfermeros y policías, médicos y pacientes que corrían de un lado a otro junto a él no eran más que figuras sin rostro, sombras oscuras o claras, que danzaban a su alrededor como si formaran parte de una noria. Imágenes surrealistas procedentes de otro mundo.

Lo único que le parecía real era el temblor de su cuerpo. Estaba helado. ¡Dios, qué frío tenía! Unos incontrolables escalofríos le hacían castañetear los dientes. Ni siquiera la manta de lana que alguien le había puesto sobre los hombros lograba que se sintiera mejor. Y no era de extrañar, pues aquella gélida sensación le venía de dentro. El médico había dicho que era neurológico: una reacción traumática a la conmoción.

—¡No se mueva! —gritó una voz masculina, en algún lugar—. ¡Le digo que se esté quieto!

Jan movió la cabeza hacia la habitación en la que sucedió todo. No había mucha sangre, apenas unas salpicaduras sobre el linóleo, y sin embargo... Alguien le estaba hablando. Una enfermera. Tenía la cara muy cerca de la suya y movía los labios formando palabras, pero no pudo entender lo que le decía. Su voz venía de muy lejos...

—Doctor Forstner, ¿me oye?

Asintió.

—No se mueva, el doctor está a punto de llegar.

«¿Pero qué dices? ¿Qué coño crees que voy a hacer? —quiso gritarle—, ¿levantarme e irme a dar un paseo? ¡Si apenas me mantengo sentado en esta silla!».

Se limitó a asentir de nuevo, sin más, y ella esbozó una sonrisa con la que, presuntamente, pretendió reconfortarlo. Luego se echó hacia atrás para dejar paso a dos hombres que llevaban una camilla cubierta con una manta.

Jan se quedó mirando la camilla. Avanzaba lentamente, muy lentamente, y cuando llegó a su altura pudo ver una mano asomando bajo la manta.

Tres dedos. Delgados. Pálidos. Con las uñas pintadas de marrón rojizo. El mismo color que quedaría sobre el suelo del hospital en cuanto las manchas de sangre comenzaran a secarse.

Vio a Carla frente a sí. Estaba sentada en el sofá de su comedor y llevaba puesto el albornoz. Se había enrollado el pelo en una toalla, y el olor a madera de sándalo de su crema hidratante se mezclaba con el mordaz aroma del pintauñas. Le sonreía mientras soplabla para secarse el esmalte.

¿Te gusta el color?

—No —susurró—, ya no.

La imagen desapareció. Carla se evaporó. La camilla ya no estaba, y sólo quedaron sombras a su alrededor.

Notó una mano sobre su hombro.

—Tienes que ser fuerte, Jan.

Jan levantó la vista y reconoció al policía de la cicatriz en la ceja. ¿Cómo diantres se llamaba? No podía recordarlo. Tenía la cabeza como un bombo.

—Stark —susurró al fin.

Los cuervos seguían quietos frente a la ventana. Jan observó sus miradas cargadas de reproches y le pareció oír sus graznidos sobre su cabeza.

Culpable, culpable, culpable.

Entonces deseó no haber aceptado el ramo. ¡Ese maldito ramo de rosas!

Porque con él empezó todo.

PRIMERA PARTE

LIMERENCIA

«Sé que muchas de las notas que dejé en tu buzón y frente a tu puerta no fueron más que una carga para ti, pero pensé que eran el modo más sencillo de expresarte mi amor».

EXTRACTO DE UNA CARTA QUE JOHN HINCKLEY JR. ENVIÓ A JODIE FOSTER EL 30 DE MARZO DE 1981, POCAS HORAS ANTES DE ATENTAR CONTRA LA VIDA DEL PRESIDENTE AMERICANO RONALD REAGAN PARA IMPRESIONARLA.

1

Cuando la última paciente del día regresó a su habitación, el doctor Jan Forstner dio por finalizada la ronda de consultas; sacó un bocadillo de su escritorio y se acercó a la ventana de su despacho. Desganado, el psiquiatra masticó esa cosa blanda e insípida que en la cafetería le habían recomendado como «Ciabatta speciale», y fijó la vista en la oscuridad de aquella noche de octubre.

El hombre del tiempo había pronosticado una semana lluviosa, y por el momento estaba acertando. Gordas gotas de lluvia repiqueteaban contra el cristal de la ventana y se deslizaban como lágrimas por los cristales. Un fuerte viento del este arrastraba las nubes del atardecer y hacía revolotear la hojarasca que cubría el jardín de la Clínica del Bosque. Parecía que la naturaleza se revelara contra ese invierno que cíclicamente amenazaba con quitarle la vida.

La mayor parte de las ventanas de los edificios que rodeaban al suyo estaban iluminadas, y sólo la antigua residencia del director quedaba en la más absoluta oscuridad. Allí donde en su día hubo un hermoso jardín, se veían ahora contenedores, *palets*, andamios, estructuras para la construcción y dos lavabos móviles.

Pronto empezarían a trabajar en la nueva creación de un centro psiquiátrico para niños y adolescentes; un proyecto en el que Jan había trabajado en cuerpo y alma durante los últimos meses y que, por fin, iba a hacerse realidad. Le había supuesto un verdadero desgaste abrirse camino por la jungla burocrática de la administración y se había quedado atónito ante la cantidad de permisos, consentimientos y firmas que eran necesarios para poder tirar adelante todo aquello, pero, al final, su equipo consiguió sortear todos los obstáculos y alcanzar su objetivo, lo cual lo hacía sentirse verdaderamente orgulloso.

En la pálida luz de las farolas del jardín, Jan observó una figura encorvada que corría bajo la lluvia y desaparecía tras doblar una esquina. Apenas unos segundos después, una furgoneta de reparto avanzó hasta la puerta de entrada al recinto. Sus faros iluminaban la lluvia que danzaba sobre el asfalto.

Jan tiró a la basura el resto de su bocadillo y se dispuso a concluir el informe sobre su última paciente, una tímida joven de diecisiete años que, presionada por un grupo de chicas del instituto, se vio obligada a esparcirse por la cara los excrementos de un perro. El vídeo con la grabación no tardó en convertirse en un éxito en YouTube, y la joven intentó suicidarse cortándose las venas.

Llamaron a su puerta, y la enfermera Bettina asomó la cabeza. A sus veintiún años no era mucho mayor que su atormentada paciente, pero a Jan no le cabía la menor duda de que las chicas de aquel instituto no habrían podido doblegarla ni un milímetro. En todo caso habría sido ella, con su *piercing* en la nariz y su camiseta de *El punk no ha muerto* asomando bajo la bata, quien hubiese puesto en vereda al grupo. Pese a ser demasiado delgada y frágil para su altura, sus ojos tenían un brillo especial que no dejaba lugar a dudas: que nadie se atreviera a subestimarla.

—Disculpe, doctor Forstner, ¿tiene un segundo?

—¿Qué sucede?

—Una sorpresa —dijo la enfermera, sonriendo pícaramente. Después acabó de abrir la puerta y entró en el despacho con un enorme ramo de rosas—. Son para usted.

—¿Para mí?

Bettina asintió. Un mechón rubio le cayó sobre el rostro y ella lo apartó con un movimiento de cabeza.

—Sí, acaban de llegar. ¿Son bonitas, eh? ¡Rosas Baccara!

Jan miró el ramo desconcertado, y entonces recordó la furgoneta de reparto y tomó las flores.

A Carla le encantaban las sorpresas, y disfrutaba preparándolas, ya fuera una cena con cientos de velas en el comedor, ya un pícnic espontáneo en el bosque para celebrar el inicio de un fin de semana largo. Sin embargo, después de lo que pasó el último fin de semana, a Jan le costaba creer que Carla hubiese optado por un gesto como aquel. Además, el ramo debía de valer una fortuna.

—¿La señorita Weller sigue de viaje?

—Sí, aún tardará unos días en volver.

Jan se quedó mirando el ramo. Echaba de menos a Carla. La extrañaba más de lo que imaginaba. Sobre todo en ese momento.

—Oiga, doctor... —Bettina carraspeó al hablar—, ¿puedo pedirle un favor?

Parecía algo turbada, y a Jan le sorprendió descubrir que una joven aparentemente tan segura de sí misma pudiera sonrojarse con tanta facilidad.

—¿Cree que la señorita Keller podría firmarme un ejemplar de su libro cuando regrese? ¿Y quizá usted también, doctor?

Le ofreció el libro que llevaba en la mano, y Jan lo cogió mientras observaba la conocida portada blanca con el título escrito en letras oscuras.

El superviviente
De Carla Weller

Y el subtítulo rezaba:

«El descubrimiento de un escándalo psiquiátrico»

Aquel libro había cambiado tantas cosas... En él, Carla relató la historia real de su familia: la desaparición de su hermano pequeño, Sven, en enero de 1985, los larguísimos años de dolorosa incertidumbre sobre su paradero y la terrible angustia por lo que podría haberle sucedido. Pasaron veintitrés interminables años antes de que pudiera darse con la primera pista sobre lo sucedido.

La desaparición de Sven tuvo consecuencias fatales para toda la familia, y durante un tiempo Jan creyó que no volvería a levantar cabeza, pero entonces se vio

empujado a regresar a Fahlenberg, su pueblo natal, donde aceptó un puesto como psiquiatra en la Clínica del Bosque. Muy poco después, el suicidio de una de las pacientes de la Clínica lo involucró en una aterradora trama psicológica que resultó estar relacionada con la desaparición de Sven.

Fue en aquel momento cuando conoció a la periodista Carla Weller, y el empeño de ambos en descubrir la verdad los llevó incluso a arriesgar sus vidas.

El papel que jugó Jan en toda aquella historia provocó un gran revuelo mediático, y despertó un enorme interés en la opinión pública. Todos los periódicos se hicieron eco de su heroica actitud y los artículos sensacionalistas se alimentaron del escándalo durante mucho más tiempo del que a Jan le pareció necesario, y con mucho menos rigor del que a él le habría gustado. Muchos de aquellos escritos no buscaban más que el impacto del titular y se alimentaban luego de un montón de supuestos y falacias sobre él mismo y su familia, como si lo que sucedió en realidad no hubiese sido ya lo suficientemente horrible.

Por supuesto, Carla también escribió sobre todo aquello, y no tardó mucho tiempo en recibir la suculenta oferta de una editorial para escribir un libro basado en aquellos hechos. Ella le habló de la propuesta y Jan le pidió que la rechazara. Al fin y al cabo se trataba de su historia, y lo único que él deseaba era pasar página y dejar el pasado atrás. Sin embargo, Carla vio en aquella oferta una «oportunidad única», y no sólo para ella, como se esforzó en remarcar. Sin duda, le dijo, aquella oferta le permitiría pasar de ser una simple periodista de pueblo a abrirse paso en el mundo de la literatura como autora de novelas, pero también serviría para acallar todos aquellos rumores falsos sobre la historia de Jan y de su familia que sus colegas periodistas habían ido avivando sin contemplaciones.

Pese a la vehemencia de Carla, Jan continuó mostrándose contrario a la publicación de aquel libro. Su vida ya había sido demasiado aireada, y sólo esperaba que todo cayera cuanto antes en el olvido, relegado por la siguiente —y a poder ser temprana— noticia bomba.

Pero Carla no se dejó convencer. Le recordó que aquella también era su historia —al fin y al cabo ella también estuvo a punto de morir— y le informó de que no estaba dispuesta a dejar escapar aquella oportunidad.

Fue así como el libro se convirtió en un punto de desencuentro en su relación, y tanto más cuando se convirtió en un verdadero *bestseller*. En aquel momento, un año después de lo sucedido y pocas semanas después de la aparición de la novela en las librerías, Carla se había convertido en una asidua de las tertulias televisivas y radiofónicas, y concedía numerosas entrevistas para hablar de su obra.

Como consecuencia ambos observaron, apenados, que sus caminos empezaban a distanciarse: mientras Carla veía cumplirse su sueño de ser una escritora de éxito, Jan lo único que deseaba era vivir aquella vida tranquila y normal que durante tantos años le había sido negada.

Y, por fin, cuando Carla aceptó la oferta de participar en una serie de tertulias

literarias que la tendrían alejada de casa varias semanas, ambos coincidieron en aprovechar el momento para pasar un tiempo separados y reflexionar sobre el futuro de su relación. Suponiendo, claro está, que aún tuviera futuro.

El caso es que Jan no había vuelto a tener noticias de Carla desde que ella se fue de casa, hacía ya varios días, lo que le llevó a suponer que todo había acabado. Pero el ramo de rosas le hizo comprender que aún quería seguir con ella y que, pese a las diferencias de los últimos meses, sus sentimientos no habían cambiado. Por el contrario, aún la quería más.

—En cuanto vuelva le pasaré el libro para que te lo firme —dijo, y la cara de Bettina se iluminó con una sonrisa. En aquel preciso momento, Jan se dio cuenta de que la niña que había aparecido durante unos segundos había vuelto a esfumarse y a dar paso a la joven y confiada enfermera que entró por la puerta.

—¡Gracias, es usted un cielo! Por cierto, ¿podría salir hoy un poquito antes? Es que tengo que... bueno, me iría muy bien hacer unos recados.

—Pero antes consígueme un jarrón, anda, por favor.

—Ya lo he hecho.

Salió a toda prisa hacia su mesa, que quedaba justo al otro lado de la puerta, y en seguida volvió con un jarrón con agua.

—Gracias, Bettina. ¿Qué haría yo sin ti?

Ella le guiñó un ojo.

—¡Bueno, al menos se da cuenta y lo valora!

En aquel momento sonó el teléfono y Bettina lo dejó solo. Jan descolgó el auricular y se descubrió a sí mismo deseando que se tratara de Carla.

—¿Doctor Forstner? —preguntó una voz masculina y nerviosa al otro lado de la línea—. Soy Volker Nowak, ¿me recuerda? Trabajo para el *Fahlenberger Boten*.

Por supuesto que lo recordaba. Carla trabajó en el mismo diario local que Nowak antes de presentar su dimisión para entregarse de lleno a su éxito como escritora. De hecho, Nowak también escribió sobre Jan y fue uno de los pocos periodistas a los que concedió una entrevista.

—Sí, sé quién es usted.

—Tengo que hablar con usted, doctor Forstner. Es urgente. ¿Podríamos vernos esta misma noche?

—¿De qué se trata?

Durante unos instantes se hizo el silencio al otro lado de la línea, pero al fin Nowak le dijo:

—Preferiría explicárselo en persona.

—De acuerdo, estaré en la Clínica hasta las ocho. Pásese por mi despacho cuando quiera.

—Me temo que no es una buena idea, doctor. Es muy probable que me estén siguiendo y no quisiera que nos relacionaran.

—En ese caso también nos relacionarían aunque quedáramos en otro sitio, ¿no le

parece?

—Es posible, sí. Aun así, preferiría hablar con usted en algún lugar fuera de la Clínica. Algún sitio discreto. ¿Podría ser?

De acuerdo, ahora sentía verdadera curiosidad.

—¿Y no puede decirme al menos de qué se trata?

—Digamos que necesito su opinión profesional para un asunto muy complicado. ¿Conoce el Old Nick?

—¿El bar irlandés del centro?

—Podría estar allí hacia las ocho y media.

Jan reflexionó unos segundos. Estaba bastante cansado, pero lo cierto era que Nowak había despertado su curiosidad. Además era domingo, y una cervecita para celebrar el fin de aquella semana de perros seguro que le sentaría bien.

—De acuerdo entonces, a las ocho y media.

Nowak dejó escapar un suspiro de alivio y le dio el número de su móvil a Jan, «por si le surge algún imprevisto». Y dicho aquello, colgó.

Extrañado, Jan se quedó mirando el auricular. ¿De qué iría todo aquello?

Es muy probable que me estén siguiendo.

¿Quién? ¿Y por qué?

Bueno, en poco más de una hora conocería la respuesta.

2

Estaba de pie en la calle oscura, con la espalda pegada a la pared. Junto a ella, la lluvia repiqueteaba sobre el contenedor de basuras, y el viento hacía bailar una bolsa de plástico rota.

Le gustaba estar allí. Se sentía invisible. Apenas se veía un alma en toda la calle, y si pasaba alguien andaba tan concentrado en protegerse de la lluvia que no se percataba de la existencia de aquella sombra estrecha y alargada. Sí, ella no era más que una sombra; una que esperaba mantenerse igual de intangible hasta que llegara el gran momento. Aquel había sido siempre su plan, y por él llevaba años viviendo.

Hasta ahora. Porque desde hacía dos días todo había cambiado. Pese a sus extraordinarios esfuerzos por pasar inadvertida, alguien la había reconocido. Se había mostrado siempre amable, servicial y encantadora, y había evitado en la medida de lo posible todo aquello que pudiera llamar la atención.

Pero había cometido un error. No había sido más que un error minúsculo, un brevísimo instante de distracción... y sin embargo lo había arriesgado todo. Su secreto estaba en peligro.

Y por si eso fuera poco, el que la había reconocido era un periodista con fama de curioso y tenaz. Seguro que estiraría del hilo. Seguro que seguiría la pista. ¡Si hasta era posible que ya hubiese empezado! Sí, seguro que en breve lo tendría pisándole los talones. Y si descubría quién era, todo habría acabado. Su plan, su felicidad... Todo.

Con los puños apretados levantó la mirada hacia una de las ventanas del edificio que quedaba al otro lado de la calle. La luz estaba encendida. Allí vivía, en el primer piso. Volker Nowak.

Por supuesto, ella también lo había estado siguiendo. No le fue difícil obtener información sobre él, porque era un personaje bastante conocido en Fahlenberg. Gracias a sus investigaciones pudieron dar con uno de los traficantes de drogas más buscados de la zona. Los periódicos dijeron que era un profesional muy perseverante y que nunca dejaba una historia a medias. ¡Lo dijeron hasta sus colegas de la competencia!

Sí, ella había podido comprobar en persona cuán perseverante era Nowak.

En un momento del día, el periodista se le había acercado y le había dicho que quería hablar con ella. Se suponía que iban a tener una charla cordial y despreocupada, pero, por el modo en que la miraba, como si la evaluara, supo que la había reconocido. Sí, maldición. Nowak sabía quién era. Quizá se había acercado a ella por intuición, sin tener nada a lo que aferrarse, pero al irse parecía haber disipado todas las dudas. Lo sabía. Lo había visto en sus ojos.

Y desde aquel momento no había vuelto a sentirse en paz. ¿Y si le daba por investigar?

¡No, tenía que impedirlo!

Durante años había vivido pensando que lo que hizo permanecería en secreto, que

sería su misterio personal. Pero ahora... La había reconocido uno de esos cotillas chupatintas que trabajan metiendo las narices en los asuntos de los demás.

¿Qué podía hacer?

¿Sería aquel el castigo que Dios le enviaba por no haberse arrepentido de sus actos? ¿Querría provocar que se considerara culpable, cosa que hasta el momento no había hecho?

«Está bien, de acuerdo, —pensó—. Me arrepiento. Mira, me arrepiento mucho. Pero por favor, querido Dios, dame una última oportunidad. ¡Sólo una, sólo esta! Ayúdame, ahora que estoy tan cerca de conseguirlo...».

Tenía que hablar con Nowak. No podía permitir que pusiera su felicidad en peligro. Tenía que hacérselo entender.

Y si no lo logro, entonces... entonces...

De pronto se sobresaltó, estremecida. ¡La luz de la ventana de Nowak estaba apagada!

¡Oh, no!

¿Cómo había sido? ¿Estaba tan sumida en sus pensamientos que no se había dado cuenta!

El corazón empezó a latirle a toda velocidad. No tenía ni la menor idea de cuánto rato se había despistado. ¿Quizá más del que imaginaba? No habría sido la primera vez... Cuando se ponía nerviosa, solía aislarse de cuanto le rodeaba. ¿Habría vuelto a tener uno de sus ataques?

¡Por favor, Dios mío, no! ¡Por favor, por favor!

En aquel momento se abrió la puerta de la casa y Volker Nowak salió a la calle.

Suspiró, aliviada. No se le había escapado. Aún estaba allí.

Gracias, querido Dios.

Se caló la capucha aún más, hacia delante, tapándose la cara, y se mordió el labio inferior.

¿Por qué dudo? Esta es mi oportunidad. Ahora ni siquiera tengo que entrar en su casa. Está viniendo hacia mí. Sólo tengo que hablar con él.

Temblando de excitación, observó cómo Nowak se subía la cremallera del abrigo hasta el cuello y avanzaba hacia el aparcamiento que quedaba detrás de su casa. Su coche estaba allí, eso ya lo había comprobado.

Si quería abordarlo, tenía que ser ya. Pero hacerlo no era tan fácil como decirlo. Le daba miedo hablar con él. Decirle quién era. Le daba miedo que él pudiera rechazarla y apelar a su libertad de expresión para hacer pública su identidad y lo que había hecho.

¡Pero al menos tengo que intentarlo! ¡Tengo que hacerlo!

Respiró hondo una vez más y empezó a caminar.

3

El Old Nick era uno de los muchos bares que abarrotaban la plaza del mercado de Fahlenberg. Antes todo eran tiendas, pero poco a poco fueron sustituyéndose por apuestas gastronómicas. La culpa era de los grandes supermercados que habían ido construyéndose a las afueras de la ciudad. Ya no tenía sentido ir a la carnicería, a la panadería o a la droguería, porque en las grandes superficies había de todo y se podía aparcar en la entrada.

Nikolas Mossner era uno de aquellos comerciantes de Fahlenberg que había tenido que convertir la necesidad en virtud. Cuando se vio obligado a cerrar su tienda de ultramarinos decidió reconvertirla en una pizzería, y, en el piso de abajo, donde había estado el almacén, montar un bar al estilo irlandés. Desde entonces servía cerveza Guinness y Kilkenny, ofrecía güisqui de la casa y se ganaba bastante bien la vida.

Para Jan, que aún lo recordaba parapetado tras el mostrador de verduras y con un delantal blanco, entrar allí y encontrarse con «Old Nick» al otro lado de la barra fue algo realmente impactante. En cuanto Mossner lo hubo saludado y se hubo marchado a cursarle el pedido, Jan se descubrió a sí mismo esperando que el hombre le preguntara si deseaba alguna cosa más, mientras su madre le advertía que sacara el dedo de la balanza a la hora de pesar la fruta y la verdura, y le amenazaba con no volver a comprarle más.

—¿Qué, te has quedado con hambre? —le preguntó Mossner, retirándole el plato.

—Un bocado más y reviento —respondió Jan, que había decidido amenizar la espera con un succulento *pepito*.

Lo cierto es que el retraso de Nowak le había venido al pelo, porque por primera vez en el día había podido comer algo consistente, pero ahora empezaba a impacientarse. Al fin y al cabo, el periodista llegaba ya más de media hora tarde y ni siquiera le había cogido el móvil.

—¿Otra cerveza? —quiso saber Mossner, moviendo esperanzado un vaso de Guinness.

Jan movió las manos en señal de negación y pagó, y Mossner le dejó el cambio sobre la barra.

—¿Te han dado plantón, eh?

—Eso parece. Dime, Nikolas, ¿conoces a Volker Nowak?

—Claro, viene aquí muy a menudo. ¿Habías quedado con él?

—Si viene más tarde, ¿podrás decirle que he estado aquí y que si me necesita puede llamarme mañana al mediodía a la clínica?

—Por supuesto.

Mossner asintió y se apoyó en la barra. Al verlo así, Jan no pudo evitar pensar que el viejo Nick hacía ya honor a su nombre.

—El chico tiene problemas, ¿no? —añadió entonces Mossner, en voz queda. Y

sin esperar respuesta continuó—: Ya me lo parecía. Ayer mismo estuvo aquí y se sentó en aquella mesa con una cerveza. Tendrías que haberlo visto. Se pasó toda la tarde con la mirada fija en su vaso. Era como si... Como si hubiera acertado todos los resultados de la quiniela pero se hubiese olvidado de enviarla, ¿sabes a lo que me refiero?

—¿Hablaste con él?

—Por supuesto. Lo conozco desde que era un niño y ni siquiera llegaba al mostrador de la tienda. Pero no entendí muy bien lo que me decía. «Nick», me dijo, «Nick, tú conoces a mucha gente». «A un montón, sí», le respondí, y entonces me preguntó si alguna vez me había equivocado al juzgar a alguien. «Pues claro», le dije, «muchas veces. Uno no puede meterse en la cabeza de los demás». Entonces me miró y me dijo como si no lo hubiese entendido y me dijo «No, yo me refiero a equivocarse rotundamente. A creer que conoces a alguien y darte cuenta de pronto de que en realidad es alguien completamente distinto». Yo me reí y le pregunté si había olvidado que estoy divorciado, pero a él no le pareció gracioso.

—¿Y qué pasó entonces?

—Nada —Mossner se encogió de hombros—. Pagó y se marchó, con una cara que parecía un poema. A su lado, el frío y la lluvia de aquel día tan desapacible parecían parte de una hermosa mañana primaveral. —Tras decir aquello se puso a limpiar el grifo del barril de cerveza, y añadió—: Me juego el cuello a que tenía problemas con alguna mujer. No me extraña que quisiera hablar con un psiquiatra. ¡El género femenino nos hará perder la razón a todos! Bueno, qué, ¿otra cervecita?

Jan volvió a negar con las manos y cogió su móvil. Lo intentaría una última vez. Si Nowak no le contestaba, tendría que pasarse por la clínica para hablar con él. Suponiendo que aún quisiera hacerlo, claro.

Marcó la tecla de rellamada y oyó un clic. Esperaba encontrarse una vez más con la voz de Nowak dando paso a su contestador, pero en su lugar escuchó una voz masculina.

—¿Sí?

Jan se apretó el teléfono contra la oreja y se puso una mano sobre la otra, para aislarse del ruido del bar.

—Señor Nowak, ¿es usted?

—¿Con quién hablo?

No era la voz de Nowak, aunque por alguna razón le resultaba familiar. Sea como fuere, con aquel ruido era imposible distinguir a quién pertenecía.

—Soy Jan Forstner. ¿Quién es usted?

—¡Doctor Forstner! —dijo aquel hombre, indudablemente sorprendido—, ya me parecía a mí que me sonaba su voz... Al habla Kröger.

Sin dar crédito, Jan miró la pantalla de su teléfono. No, no se había equivocado. Pero entonces, ¿por qué estaba hablando con un policía y no con Nowak?

Tragó saliva. Seguro que había una explicación lógica. A Volker Nowak tenía que

haberle sucedido algo, y por eso se había retrasado. Quizá había sufrido un accidente de tráfico mientras él se tomaba su bocadillo tan tranquilamente...

—¿Qué sucede? ¿Cómo es que...?

—¿Por qué ha llamado al señor Nowak? —le interrumpió el comisario.

—Habíamos quedado, pero no se ha presentado.

—Ya veo —oyó decir a Kröger—. Bueno, doctor Forstner, me temo que tengo malas noticias. El señor Nowak ha muerto.

Jan llegó a casa de Volker Nowak justo en el momento en que el coche fúnebre entraba en el diámetro acordonado por la policía. El reflejo de las luces azules a través de la lluvia que caía en el asfalto era cegador. Con sus chalecos reflectantes, los policías parecían figuras oníricas bajo la tormenta.

Detuvo su coche tras uno de los vehículos de la policía y se abrió paso entre los curiosos que se habían arremolinado frente a la casa, con sus paraguas y sus impermeables, lo más cerca posible del cordón policial. Entonces vio al comisario Kröger, que en aquel momento estaba indicando el camino hacia la parte trasera de la casa a los trabajadores de los servicios funerarios, y lo llamó.

Heinz Kröger se pasó la mano por la cara y, al verlo, se dirigió hacia él. Habían pasado tres meses desde la última vez que coincidieron, en un acto benéfico, y a Jan le pareció que el jefe de policía de Fahlenberg había engordado varios kilos desde entonces. Su paso era tambaleante y pesado, y cuando al fin llegó hasta él jadeaba como si hubiera estado corriendo.

—Gracias por venir tan rápido.

Kröger se pasó repetidamente la mano por la cara, pero la lluvia seguía cayéndole por las alas del sombrero y resbalando por sus enrojecidas y rollizas mejillas. El resto de su rostro estaba enfermizamente pálido, y el contraste era tal que parecía haberse puesto colorete.

—Qué mierda de tiempo —suspiró—. Esto parece el diluvio universal. Cada vez tengo más ganas de jubilarme, de verdad, ya soy demasiado viejo para esto; especialmente para cosas como la que acabo de ver ahí atrás.

Jan sintió que se le secaba la boca e intentó no pensar en el *pepito* que acababa de comerse.

—¿Qué ha pasado?

—Venga conmigo —dijo Kröger, y empezó a caminar sin esperar a Jan.

Jan lo siguió y avanzaron hasta las escaleras que bajaban al sótano, justo al otro lado de la casa. Desde allí, cobijados por un pequeño techo de uralita, podían ver el aparcamiento.

En las plazas señalizadas había tres coches. El de Nowak era un Seat Ibiza de color azul, que en aquel momento estaba siendo investigado por la policía científica con la esperanza de encontrar huellas. Con sus impermeables blancos, los C. S. I. parecían fantasmas.

Kröger señaló hacia ellos.

—La maldita lluvia es nuestra peor enemiga. Según el rato que Nowak haya pasado ahí tirado, no encontraremos nada.

Jan vio a los dos tipos de la funeraria metiendo el cadáver de Nowak en una bolsa. Se movían con gran celeridad y le daban la espalda, de modo que no podía ver mucho, pero le pareció que la cabeza de Nowak pendía extrañamente, como la de una

marioneta. Como si se hubiese roto la nuca... El resto del cuerpo, en cambio, parecía estar en perfecto estado. Tras las palabras de Kröger, Jan había esperado ver mucha sangre, pero no fue así. Y, sin embargo, por alguna razón le pareció que aquellos dos hombres tenían una prisa especial en cerrar la bolsa.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Una joven del vecindario que tenía el coche en el aparcamiento. Volvía del trabajo y vio la luz del interior del coche encendida, y la puerta entreabierta, así que se acercó a echar un... —Kröger no acabó la frase. Parecía que le costara un gran esfuerzo vocalizar. Se quedó mirando el ataúd con expresión apesadumbrada—. En todos los años que llevo en el cuerpo he visto muchos muertos, demasiados —dijo en voz baja—: víctimas de accidentes, suicidas e, incluso, en una ocasión, el cuerpo momificado de una anciana que pasó varias semanas en su casa antes de que alguien la echara de menos. Son momentos terribles, pero de un modo u otro siempre he hallado el modo de asimilarlo. Forma parte de mi trabajo. Pero esto... —Volvió a pasarse la mano por la cara, aunque en esta ocasión no fue para secarse las gotas de lluvia—. La muerte no tiene sentido. Quiero decir, ¿qué puede provocar algo así? ¿Cómo puede ser que alguien decida arrebatarse la vida a otra persona colocándole la cabeza entre una columna y su coche y golpeándola repetidamente con la puerta hasta destrozarle el cráneo y hacer que se ahogue con su propia hemorragia? Es algo tan... tan... ¡monstruoso!

Jan miró a los dos hombres que llevaban la bolsa con el cuerpo.

—¿Tienen alguna pista sobre quién podría haber sido?

—Todo parece indicar que se trataba de una mujer —le contestó Kröger, y señalando con la cabeza uno de los edificios que tenían delante, añadió—: uno de los vecinos asegura haber oído voces, una de hombre y otra de mujer, y cree que estaban discutiendo.

—¿Lo cree?

—Bueno, no está seguro porque estaba mirando una carrera de Fórmula 1 en la tele y las voces lo molestaban. Así que cuando Nowak empezó a gritar, él cerró la ventana. —Kröger volvió a suspirar, pero esta vez con desprecio—. ¿Se lo imagina? Uno oye los gritos aterrorizados de otro y cierra la ventana para seguir viendo la televisión. Por Dios, ¿en qué mundo vivimos?

Jan movió la cabeza hacia los lados, conmocionado.

—¿Y los demás vecinos? ¿Nadie oyó nada?

—Eso parece. Debían de estar todos concentrados en la tele.

Kröger miró a Jan y este pensó que ya iba siendo hora de que el comisario se jubilase. O eso, o acabaría acudiendo a su consulta... como paciente. Las arrugas en su entrecejo, típicas de los sujetos depresivos, habían adquirido una profundidad alarmante, y en aquel momento Jan entendió por qué el policía le había pedido que acudiera al lugar de los hechos. Al fin y al cabo, podían haber hablado de todo al día siguiente... Pero Kröger lo había llamado porque necesitaba a alguien con quién

hablar. Una compañía sensata, por así decirlo, aunque quizá ni siquiera él mismo lo supiera.

—Quizá fuera usted la última persona con la que Nowak se puso en contacto —le dijo el comisario—. ¿Podría decirme de qué hablaron, o compromete a su juramento hipocrático?

—No, no, Nowak no era paciente mío. Sólo quería saber mi opinión como psiquiatra.

Kröger arqueó una ceja.

—¿Su opinión respecto a qué?

—No lo sé.

—¿No le dijo de qué se trataba?

—No. Me dijo que no quería hablar de ello por teléfono, y tampoco quiso venir a la clínica porque no quería que lo vieran. Así que me citó en el Old Nick.

—Y en su opinión... ¿de quién cree que estaba escondiéndose?

—Yo diría que se trataba de una cuestión personal. Quizá él o alguien de su familia necesitara atención psicológica o psiquiátrica, y prefería hablarlo en privado porque tenía miedo de que los demás se enterasen. A veces sucede: los futuros pacientes me piden que nos veamos fuera de la clínica, porque el esfuerzo emocional de cruzar sus puertas, o de llamar a una ambulancia, les resulta excesivo, e intentan echar mano de la vía no oficial.

Kröger asintió.

—Lo entiendo. Debe de ser muy duro admitir que necesitas ayuda para continuar...

El policía miró al suelo, y por unos segundos Jan pensó que cogería el capote que le había echado y se decidiría a hablar sobre sus propias dificultades, pero lo cierto es que Kröger alzó la mirada, y en aquel momento quedó claro que había decidido controlarse y sobreponerse solo.

—¿Dijo algo más? ¿Le dio alguna pista que pudiera servirnos?

Jan se encogió de hombros.

—Como ya le he dicho, creía que lo estaban siguiendo, aunque no me dijo de quién se trataba. Y aseguró que no quería involucrarme.

Kröger asintió, pensativo.

—Quizá no se tratara de una consulta médica... ¿Recuerda aquel asunto de droga que Nowak investigó (y desarticuló) hace un tiempo?

—Sí, los periódicos le dedicaron muchas páginas.

—El jefe de la banda es un rumano que responde al nombre de Dagon —dijo Kröger—. Por culpa de Nowak pasará aún mucho tiempo entre rejas, por lo que el periodista recibió no pocas amenazas de muerte. Entre ellas, la de la novia de Dagon. Una tipa muy peligrosa que también ha pasado largas temporadas en prisión. ¡Fue juzgada incluso por intento de asesinato! Bueno, el caso es que salió de la cárcel hace pocas semanas y ahora está en paradero desconocido. Quizá volvió a Rumanía,

pero también es posible que esté escondida por aquí, en Alemania. Quizá fuera ella la que agredió a Nowak. La brutalidad del asesinato parece propia de una loca como ella...

—¿Así que esto podría tratarse de una venganza de la mafia rusa?

Kröger levantó ambas manos.

—No es más que una hipótesis, pero no suena descabellada.

Jan frunció el ceño.

—Pero entonces... ¿qué pinto yo en todo esto? ¿Por qué Nowak quería saber mi opinión profesional? Si hubiese creído que esa mujer lo perseguía, habría llamado a la policía, ¿no?

—La verdad es que no tengo ni idea —admitió Kröger—. Quizá se tratara de dos cuestiones distintas... Sea como fuere, el caso está ahora en manos de la Brigada de Investigación Criminal. El jefe Stark se encargará de todo. De hecho ya debería estar aquí. Seguro que la lluvia le ha hecho demorarse. —Alzó la vista al cielo—. Esta maldita lluvia... Como si no bastara con todo lo que tenemos para aguarnos los ánimos.

El policía dejó escapar un suspiro, y cuando se dio la vuelta para mirar a Jan, la arruga entre sus cejas parecía aún más profunda.

—Bueno, doctor, sigo trabajando. Le agradezco mucho que me haya ayudado.

—Faltaría más. Llámeme cuando lo necesite.

Kröger esquivó la mirada de Jan y se caló aún más el gorro.

—Sí. Bien. Quizá lo haga. Quizá.

Y dicho aquello, se pasó la mano por el pecho y se alejó de allí, bajo la lluvia.

A la mañana siguiente, a las siete y media en punto, un Opel Kadett azul grisáceo se detuvo frente a la iglesia de San Cristóbal. Era un modelo antiguo, de 1985, aunque estaba en tan buen estado que parecía recién salido de la fábrica.

La conductora de aquella magnífica reliquia se llamaba Edith Badtke, y era la secretaria y la mujer de la limpieza de la parroquia desde hacía más de veintiséis años. Como siempre, iba vestida de gris y llevaba el pelo recogido en un moño. Su apariencia clásica y estricta, así como los rasgos afilados de su rostro, hacían pensar que se trataba de una persona pedante y con poco sentido del humor, aunque todo el que llegaba a conocerla sabía que tenía un corazón de oro.

Desde que se puso al servicio de la Iglesia católica había trabajado para seis sacerdotes, y todos habían tardado muy poco en acostumbrarse a ella y cogerle cariño. Era puntual, diligente y correcta, y se mostraba comprensiva y paciente con los errores de sus superiores. Al contrario de lo que le pasaba a su exmarido, quien la dejó hacía ya casi dos años porque no podía soportar su obsesión por el orden, estaba claro que los sacerdotes que trabajaron con ella valoraron muy positivamente las bondades de su alma caritativa...

Su lema era cada cosa en su sitio, y un sitio para cada cosa, lo cual incluía, por supuesto, las flores del altar. Las cambiaba cada semana, sin excepciones. Religiosamente.

El interior de su coche olía a campo en primavera, pues en los asientos de atrás llevaba, como cada lunes por la mañana, cuatro centros y dos ramos que había comprado en la floristería Bruni Kögels de camino al trabajo.

Cogió primero los ramos y con mucho cuidado, poniendo atención en no ensuciar la tapicería con el polen, salió del coche. Después corrió bajo la lluvia hasta la entrada lateral de la iglesia.

En cuanto llegó a la puerta decidió que ya iba siendo hora de volver a hablar seriamente con Josef Seif. Seif era herrero y hacía más de un mes que les había prometido que iría a reparar la antigua cerradura de la iglesia, pero hasta el momento lo único que había hecho era arrancar la vieja y hacer un apaño con un alambre.

—Esto no puede seguir así —se dijo, mientras quitaba el alambre.

Empujó la pesada puerta de roble y entró en la iglesia con los dos ramos de flores. Una vez dentro dejó los ramos sobre una repisa de la pared, se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el agua de la cara. Después volvió a coger los ramos y se dio la vuelta, y en aquel momento se fijó en algo que le pareció distinto a lo normal. Algo alarmanamente distinto.

En la iglesia hacía más calor de lo normal. La construcción clasicista databa de inicios del siglo XVIII y, pese a que la habían renovado en numerosas ocasiones, seguía estando muy mal aislada. En los inviernos más fríos podían verse las nubes de

vapor saliendo de las bocas de los fieles que rezaban arrodillados en los bancos o que avanzaban por el pasillo central de la nave, en el que siempre había corriente. Por eso mismo, hoy, con aquella tormenta otoñal que arreciaba fuera, tendría que haber hecho mucho más frío. Pero Edith Badtke notó un aire cálido que venía de la parte delantera de la iglesia.

Con los ojos abiertos como platos se quedó mirando el arco de entrada de la capilla lateral que quedaba junto al altar. En sus adornos dorados se veían reflejos de un fuego que resultaba extraordinariamente inquietante.

La mujer dejó escapar un desconcertado «¡por todos los santos!» y corrió por el pasillo lateral, sujetando con fuerza los dos ramos de flores, mientras el sonido de sus pasos resonaba en el suelo de la iglesia como si alguien estuviera golpeándolo con un martillo.

Y por fin, cuando llegó a la capilla, se detuvo en seco. Se quedó paralizada observando la pequeña estancia. No podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

Mirko Davolic era un joven muy atractivo. Muy atractivo, se dijo Jan, no sin envidia. Alto, musculoso, de piel morena, melena oscura hasta los hombros, ojos azules como el mar y una cara que podría haber ocupado la portada de las más renombradas revistas de moda. Le quedaba bien hasta la pequeña cicatriz que tenía en la mejilla y que se abría paso por una barba de cuatro días, siempre perfectamente cuidada.

Y eso que cuando ingresó en la Clínica del Bosque lo había hecho con un aspecto de lo más miserable... Tal como le explicó entonces a Jan, Davolic había estado a punto de quitarse la vida en varias ocasiones. Después de casi diez años trabajando como camarero en una heladería, la empresa fue a la quiebra y él se quedó en el paro. Sin estudios ni formación, a Mirko le resultó imposible encontrar trabajo y cayó en una depresión cada vez más profunda. En algún momento dejó de levantarse por la mañana, hasta que el dueño del piso en el que vivía lo obligó a marcharse porque no le pagaba el alquiler.

Endeudado hasta las cejas y sin un techo bajo el que dormir, Davolic deambuló durante todo un día por la ciudad y acabó encaramándose a uno de los puentes que cruzaba el Danubio, a las afueras de Fahlenberg. Por casualidad —una casualidad a la que, algo más adelante, se referiría como «milagro»— fue descubierto por una pareja de policías que patrullaban la zona y le impidieron que saltara. Después lo llevaron a la Clínica del Bosque.

De aquello hacía ya cuatro meses, y el pobre diablo que llegó a psiquiatría había vuelto a convertirse en el joven optimista y confiado que siempre había sido. Aquel que, con una simple mirada, era capaz de derretir a todas las enfermeras de la unidad.

—Todo ha sido gracias a usted, doctor Forstner —le estaba diciendo Mirko, con su inconfundible acento de origen albanés, mientras se recostaba en el respaldo de la silla—. Le debo mi curación.

Jan movió las manos en señal de negación:

—Agradécetelo mejor a ti mismo. Yo he podido mostrarte el camino, pero has sido tú, y sólo tú, quien lo ha recorrido.

A Davolic se le iluminó la cara.

—Me gusta oírle decir eso. Sí, he sido yo quien lo ha conseguido. Ya iba siendo hora, ¿no? Por fin vuelvo a tener piso y trabajo. Ahora seguro que todo irá bien.

Sorprendido, Jan miró la hoja del alta.

—¿Has encontrado trabajo? ¡No tenía ni idea!

Davolic se inclinó hacia delante en la silla. Parecía algo avergonzado.

—No he querido decirles nada a las de los servicios sociales —dijo, bajando la voz—, pero sí, así es. Mañana empiezo.

—¿Y de qué se trata? ¿Dónde vas a trabajar?

Mirko esquivó la mirada de Jan y añadió:

—Espero que no me malinterprete, doctor, pero prefiero no hablar de ello.

—¿No será nada ilegal, no?

El joven movió las manos en un gesto de negación que resultó algo exagerado.

—¡No, no! Descuide. No es más que... Bueno, que ganaré dinero y podré pagarme una habitación.

—Está bien —dijo Jan, sin insistir.

Davolic no era el primer paciente que salía de su consulta y se veía obligado a aceptar un trabajo que en otras circunstancias habría evitado por todos los medios. Al fin y al cabo, ¿a quién le gustaría explicar que trabaja limpiando los lavabos públicos de la ciudad o levantándose a primera hora de la mañana para frotar los chicles que se van quedando enganchados al suelo de las aceras?

Jan apuntó algo en su informe de alta, deseó a su paciente toda la suerte del mundo y se despidió de él.

Una vez en la puerta, Davolic se detuvo una vez más y sonrió a Jan.

—No se lo tome a mal doctor, pero, aunque es usted muy amable y todo eso, espero que no volvamos a vernos nunca.

Jan sonrió y asintió.

—Lo mismo digo. Y si nos vemos, que no sea aquí.

Y dicho aquello, Mirko Davolic salió de la unidad de psiquiatría con una pequeña mochila en la que llevaba todas sus pertenencias.

La enfermera Bettina, que en aquel momento se acercaba por el pasillo con la correspondencia del día, se dio la vuelta para mirarlo y luego siguió avanzando hacia Jan.

—¿Guapo, eh? —dijo Jan, en tono burlón, pero Bettina se limitó a mover la cabeza.

—¿De qué sirve un envoltorio tan atractivo, si dentro no hay más que aire? —dijo, entregándole a Jan su correo—. La verdad es que nos alegraba la vista, pero el pobre jamás podrá estar a su altura, doctor.

—¡Vaya, gracias! —dijo Jan, divertido—. Pero si lo que quieres es un aumento de sueldo, me temo que no va a servirte de nada.

La joven hizo caso omiso del chiste, y siguió hablando, muy concentrada.

—¡Hablo en serio! Usted es un hombre muy especial. Si no fuera por usted, por ejemplo, la unidad de psiquiatría infantil jamás habría visto la luz. O sus pacientes... tendría que oír cómo hablan de usted. ¡No conozco a ningún otro médico tan querido por todos!

—Qué amable, Bettina, me siento halagado —dijo Jan, dándose cuenta de que la enfermera no podía sostenerle la mirada—, pero me limito a hacer mi trabajo. El nuevo edificio pedía a gritos que lo construyeran, y los planos ya existían antes de que yo llegara aquí. Además, hay mucha más gente involucrada en el proyecto.

—No, doctor Forstner, usted no se limita a hacer su trabajo —pese a seguir esquivando la mirada de Jan, la voz de la enfermera sonaba fuerte y decidida—. Usted entiende a sus pacientes, respeta cómo se sienten, y ellos se lo agradecen.

Igual que le sucedió el día anterior, a Jan le pareció ver de nuevo a aquella niña tímida que se escondía tras la fachada diligente y segura de la enfermera, pero enseguida volvió a desaparecer para mostrar su lado más desenfadado:

—Además, no tiene nada que envidiar, doctor —añadió con una sonrisa, guiñándole un ojo—. ¡Para su edad está usted francamente bien!

—Ya es definitivo: ¡me has alegrado el día!

Ella sonrió.

—Bueno, tampoco hace falta que se le suba a la cabeza, ¿eh?

Y dicho aquello, se dio la vuelta y desapareció por el pasillo, dejándolo ahí plantado.

De nuevo en su despacho, Jan se miró en el espejo que quedaba sobre la pila del lavabo. Tenía treinta y seis años, su pelo oscuro empezaba a dejar paso a alguna cana y junto a sus ojos se advertían ya algunas patas de gallo, pero la verdad es que se conservaba bien y tenía buena planta. «Bueno —se dijo, espoleado por los cumplidos de aquella joven que, matemáticamente, podría haber sido su hija—, igual es cierto que no estoy tan mal».

—Cuidado, gallito —le advirtió su imagen en el espejo—. He aquí las primeras señales de la crisis de los cuarenta...

... *o de tu soledad*, añadió una voz queda en su interior.

Echaba de menos a Carla. La noche anterior la había llamado varias veces, pero su móvil estaba desconectado y él no había querido dejar ningún mensaje en su buzón de voz. No tenía ningunas ganas de hablar con un contestador. Lo que quería decirle era demasiado personal.

Con una extraña mezcla de sentimientos miró el ramo de rosas que presidía el estante de los informes médicos, junto a la máquina de café, y por fin decidió revisar su correo. Acababa de abrir el primer sobre cuando le sonó el teléfono. Descolgó y saludó, pero no obtuvo respuesta.

—¿Hola?

Silencio.

Al principio creyó que la llamada se había cortado —nada del otro mundo, dada la precariedad de las líneas que llegaban a la clínica—, pero entonces oyó una débil respiración.

—Hola, ¿quién es?

No obtuvo respuesta.

Jan miró al aparato y leyó «llamada externa», lo cual podía significar que quien había llamado se hallaba efectivamente fuera de la Clínica del Bosque, o bien que lo hacía desde un número oculto. Lo más probable era que se tratara de uno de sus pacientes externos. ¿Pero por qué no decía nada?

—Bien, dado que no tiene nada que decirme, voy a colgar, ¿de acuerdo?

Ninguna reacción. Sólo se oyó un ruido que parecía el roce de una tela sobre el auricular, y luego, de nuevo, la respiración.

—Por si no lo recuerda, ha llamado al despacho del doctor Jan Forstner. Si desea hablar conmigo, este sería el momento.

Jan esperó unos segundos más, y, al ver que no obtenía respuesta, colgó meneando la cabeza. Volvió a coger el sobre y el teléfono volvió a sonar.

—¿Diga? —repitió Jan, mientras la persona que llamaba repetía también su silencio.

—¿Quién es usted?

Nada.

Jan suspiró.

—¿A qué viene todo esto?

Pero una vez más la única respuesta fue una leve respiración.

—Mire, si se trata de una broma...

—Jan.

La voz sonó tan débil que Jan apenas pudo oírla.

—¿Con quién hablo?

—Jan —repitió la voz. Era una voz de mujer. De niña, quizá—. Sin ti no lo conseguiré.

Los susurros hacían imposible distinguir si se trataba de una niña o de una mujer. De lo que no cabía duda era de que estaba desesperada.

—¿Qué es lo que no conseguirás?

—Nada.

—¿Te apetece explicármelo mejor?

—Pronto —susurró la voz. Y luego colgó.

El sonido de la línea le hizo fruncir el ceño. ¿De quién demonios podía ser aquella voz? No la había reconocido, aunque ella le había llamado por su nombre de pila, como si lo conociera. Sin lugar a dudas, le estaba pidiendo ayuda. ¿Pero por qué? ¿Y para qué?

Jan se quedó mirando el teléfono, pensativo, esperando que volviera a sonar. Durante unos minutos no pasó nada, así que decidió encargarse por fin de su correo, pero cuando cogió el primer sobre, por tercera vez, volvió a sonar el teléfono.

—Está bien —dijo Jan—. Hablemos, pero no vuelvas a colgarme, ¿vale?

—No pretendía hacerlo —le respondió una voz, esta vez muy conocida, hablando más alto de lo normal para hacerse entender por encima del ruido y los anuncios de los altavoces de lo que parecía ser una estación de tren.

—¡Carla! ¡Vaya, qué sorpresa!

—Bueno, ayer me llamaste varias veces, ¿no?

Su voz sonaba seca y distante, y Jan se sintió desconcertado. Tras el ramo de rosas había esperado un tono más cariñoso.

—Sí, bueno... Sólo... sólo quería darte las gracias.

—¿Las gracias?

Jan frunció el ceño. Parecía sorprendida, como si no supiera de qué le hablaba.

—Oye, Jan, no tengo mucho tiempo. Vienen a recogerme a la estación para hacerme una entrevista. ¿Ha pasado algo? ¿Cómo es que me has llamado tantas veces?

—No, no ha pasado nada —dijo, consciente de que aquel no era el mejor momento para ponerse a hablar de ramos de rosas, y menos aún si no las había enviado ella—. Sólo quería oír tu voz.

—He oído lo de Volker en las noticias. Qué horrible. ¿Ya se sabe quién lo hizo?

Había fingido que no oía sus palabras. Jan sintió una desagradable opresión en el pecho.

—No. Creen que puede tratarse de un ajuste de cuentas de la mafia rusa.

—No me sorprendería. Volker tocó algunas teclas muy delicadas... —Jan oyó la voz de un hombre dirigiéndose a Carla. Ella alejó el teléfono de la boca para contestarle sin que él pudiera oírla—. Oye, Jan —dijo entonces—, ha llegado mi taxi. Tengo que...

—Espera un segundo, por favor —le dijo él—. Quiero decirte que te echo de menos.

—Sí, yo también a ti. —Aquella respuesta le hizo sentir un hormigueo en el estómago—. Pero aún necesito un poco de tiempo, ¿lo entiendes? Por favor.

—Sí, claro.

—Jan, no es que no te quiera. Es sólo que aún no sé cómo hacerlo para seguir juntos...

—Está bien —dijo Jan, intentando deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—Ahora tengo que irme, de verdad. —La voz de Carla sonó algo más suave, aunque apenas podía oírla con el ruido de la estación—. Ya volveré a llamarte, ¿vale? Cuídate.

Y dicho aquello, colgó antes de que Jan pudiera despedirse.

Y él se quedó ahí, solo, en el silencio de su despacho y con un ramo de rosas que no sabía quién le había enviado.

Por enésima vez aquella mañana, Felix Thanner releyó el texto que tenía en la pantalla del ordenador y suspiró. Cuanto más revisaba el borrador que había escrito, menos le gustaba. A sus treinta y dos años, y pese a ser el sacerdote más joven que había pasado por la parroquia de Fahlenberg, Felix había acumulado una larga experiencia redactando sermones. Sin embargo, en esta ocasión estaba bloqueado. Le costaba horrores escribir cada palabra y no lograba encontrar el ritmo del texto.

Seguro que su bloqueo se debía a los nervios por lo que pasaría aquella misma tarde. Al fin y al cabo había mucho en juego, se dijo, y por eso tenía que ser especialmente crítico con su escrito. Como consejero espiritual de la Clínica del Bosque, la apertura de una unidad de psiquiatría infantil le resultaba de lo más alentadora, y deseaba que la cena benéfica fuera un éxito. Pero ahora, por algún extraño motivo, todas las ideas que el día anterior le habían parecido lúcidas y brillantes, además de convincentes, le parecían forzadas y poco fundadas.

Suspirando de nuevo, cerró los ojos e intentó concentrarse, pero en ese momento oyó unos pasos corriendo por la sacristía. Pocos segundos después, Edith Badtke se precipitó en su despacho.

Thanner se asustó. La mujer tenía los ojos tan abiertos como si acabara de ver al propio Cristo Resucitado.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Venga conmigo! ¡Deprisa!

—Por el amor de Dios, señora Badtke, ¿qué sucede?

—¡Venga! —repitió ella, con la cara roja como un pimiento—. ¡Tiene que verlo con sus propios ojos!

Y dicho aquello, la mujer se dio la vuelta y salió corriendo de nuevo, antes de que él pudiera preguntarle nada más.

Thanner se puso en pie de un salto y la siguió a toda velocidad. Salieron de la sacristía y cruzaron el jardín hacia la iglesia. Con las prisas había olvidado quitarse las zapatillas de felpa, y entre la lluvia y los charcos del suelo no tardó en tener los pies más mojados que si los hubiese metido en un cubo de agua.

Conocía a la señora Badtke desde hacía más de medio año, cuando llegó para reemplazar al anterior sacerdote —un religioso de origen indio que a los setenta años decidió regresar a su país— y nunca, jamás, la había visto tan alterada como entonces. Y desde luego, nunca había entrado en su despacho sin llamar antes a la puerta.

Mientras se esforzaba por seguir avanzando entre la lluvia, Thanner se imaginó lo peor. Seguro que les habían robado o destruido parte del mobiliario de la iglesia. Hacía unos días, precisamente, había leído que una pandilla de golfos había destrozado en pocos minutos el icono que presidía la entrada de su antigua parroquia, una obra de arte de más de un siglo de antigüedad, llenándola de cruces gamadas. Puro gamberrismo, máxima estupidez, o quizá ambas cosas juntas.

El caso es que siguió a la señora Badtke hasta la entrada lateral de la iglesia y en seguida notó el insólito calor de la capilla que quedaba junto al altar. La mujer se detuvo a la puerta, y, señalando hacia la capilla, dijo, jadeando:

—Ahí. ¡Vaya a ver!

Los pies de Thanner, empapados, iban mojando el suelo por el que pasaba, y el sacerdote tenía que hacer un esfuerzo por no resbalar. En cuanto llegó a su destino, no obstante, lo olvidó todo.

—Pero esto... esto es...

La imagen que le ofrecieron sus ojos lo dejó sin palabras. Ante él, sobre el suelo de la capilla, brillaba un mar de velitas encendidas. Había tantas que ni se podía ver el mosaico de las baldosas. Perfectamente alineadas, aquella infinidad de lucecitas centelleantes confería a la estatua de San Cristóbal, con el niño Jesús en hombros, un aspecto sobrenatural.

Absolutamente desconcertado, Thanner alzó la vista hacia el santo patrón de Fahlenberg. Alguien había cubierto la cabeza y los hombros del Niño con una capa roja, de modo que ahora parecía más bien una niña.

—¡Tenía que haberlo imaginado! —dijo Edith Badtke, indignada—. Esto es lo que pasa cuando una no acaba el trabajo a tiempo. Pero es que ayer tuve que... Bah, eso no importa. El caso es que debería haber recogido las cajas inmediatamente. —Disgustada, señaló las dos cajas de cartón vacías y perfectamente dobladas que quedaban en una esquina de la capilla—. Trescientas velitas, padre. ¡Trescientas! Llegaron ayer mismo. ¡Y estos vándalos no han dejado ni un mísero céntimo en el cepillo! Voy a llamar inmediatamente a la policía.

Perplejo al tiempo que aliviado —al fin y al cabo, podía haber sido algo mucho peor—, Felix Thanner observó atentamente la imagen del Santo y su nueva decoración. ¿Qué sentido tenía todo aquello?

—No, nada de policía —dijo, pensativo—. A mí me parece que esto no es sólo una broma, sino que va más allá. Creo que el autor de todo este espectáculo es alguien está sufriendo; alguien que carga con un gran peso en el alma.

Edith Badtke esbozó una mueca de enfado con su anguloso rostro.

—Llámelo como quiera, padre, pero los fieles tienen que pagar por encender las velas. Así lo marcan la decencia y el decoro. Sea como sea, tengo que ocuparme ya mismo del tema de la cerradura. ¡Es prioritario! No dejaré que el señor Seif se retrase un solo día más, y, si lo hace, le haré pagar las velas a él. ¡De haber cumplido con su obligación, esto no habría pasado!

Enérgica y decidida, la señora Badtke se dio la vuelta y salió de la capilla, dejando solo a Thanner.

El sacerdote se quedó un rato más mirando al angelical niño Jesús con la capita roja que le hacía parecer una niña. Quizá se equivocara y aquello no fuera más que una broma pesada y sin importancia, pero el caso es que todo aquello le daba mala espina. Muy mala espina.

Tenía la sensación de que alguien le había enviado un mensaje.
Le estaban pidiendo ayuda.

Aquella tarde, el histórico salón central de la Clínica del Bosque se llenó hasta los topes. Un mar de voces inundaba el vetusto edificio, inaugurado junto con la clínica a principios de los años veinte, y las risas y conversaciones resonaron en los techos de estuco y las lámparas de araña del salón.

Ninguna de las más de doscientas personas allí reunidas había querido perderse la presentación del nuevo proyecto de la clínica: la unidad de psiquiatría infantil y juvenil. Médicos y enfermeras, pacientes y allegados, así como la mayoría de los personajes más famosos e influyentes de Fahlenberg —entre los que cabría destacar, por ejemplo, al presidente del Lion Club y a los directores de todos los periódicos y revistas locales— se habían acercado para brindar su apoyo al proyecto.

Los organizadores del acontecimiento agradecían la presencia de todos y cada uno de los allí presentes, pues estaba previsto que a partir de aquel momento la unidad fuese construyéndose con ayuda de donativos. El que fuera jardín del antiguo director de la clínica iba a ser convertido en un parque infantil con juegos terapéuticos, y también estaba previsto construir un taller de arte en el ala oeste de la unidad, y en ambos casos la beneficencia sería definitiva.

Jan y sus colegas llevaban mucho tiempo preparándose para aquel día y habían dado lo mejor de sí para componer unos discursos que resultaran de lo más interesante y entretenido posibles. Con ellos informaron a los asistentes de cómo había ido evolucionando la psiquiatría infantil y juvenil en los últimos tiempos, presentaron nuevos tipos de terapias y Felix Thanner se encargó de argüir a favor del acompañamiento espiritual de los pacientes.

La velada fue un éxito. Encantado, Jan comprendió que tenían al público en el bolsillo. Más allá de las típicas toses y los estornudos, el público escuchaba con la más absoluta atención. Nadie se levantó para ir al lavabo o para pedirse una copa en el bar, y tras los veinte minutos de descanso todos volvieron para enterarse de lo que pensaban decirles en la segunda parte. Nadie se marchó a casa. Ni uno solo de los invitados.

A Jan le pareció que aquello era una buena señal, y su instinto no solía equivocarse. Apenas medio minuto después de que el doctor Alfred Straub diera por finalizada lo que él mismo definió como «la más agradable de las obligaciones que recaen sobre director de una clínica» —es decir, la abertura del buffet—, empezaron a verse los primeros cheques con donativos.

Satisfecho al tiempo que agotado, Jan buscó un rincón discreto junto a la improvisada palestra, dejó su plato en ella y empezó a saborear los canapés que había cogido. No muy lejos de él pudo ver a Felix Thanner conversando con el director de la Caja de Ahorros local, quien, apoyado sobre una de las mesas, asentía mientras rellenaba un cheque. En un momento dado, Thanner miró a Jan, le sonrió y alzó el pulgar de la mano derecha sin que el banquero se diera cuenta. Jan le devolvió la

sonrisa, divertido, movió la cabeza en señal de afirmación y se llevó a la boca un montadito de salmón.

—Hola, doctor Forstner —dijo una voz femenina, y Jan se dio la vuelta hacia ella.

Frente a él tenía a Bettina, aunque en el primer instante le costó reconocerla. En lugar de su siempre juvenil y desenfadado atuendo, la enfermera llevaba un vestido de seda rojo con un generoso escote, y llevaba un elegante recogido que sostenía con un broche plateado, sin duda falso pero aun así elegante. Parecía haberse arreglado para acudir a la ópera, y sólo el *piercing* de su nariz recordaba que, por lo general, aquella bella dama solía llevar camisetas viejas con mensajes sobreimpresos como *El punk no ha muerto*.

—Un discurso extraordinario.

Aún con la boca llena, Jan no pudo decir nada más que un dificultoso «gracias».

—Le he traído algo para beber. ¿Le apetece?

Antes de que él pudiera decirle que ya se había cogido una copa de cava, Bettina le puso la suya en la mano.

—Los casos que ha puesto como ejemplo me han parecido de lo más útiles e instructivos —añadió la joven, con expresión seria—, aunque tengo la impresión de que no ha sido del todo sincero con nosotros.

Jan consiguió al fin tragarse el salmón y Bettina, al verlo, alzó su copa para brindar con él.

—Por una velada exitosa.

—¿Por qué crees que no he sido sincero? —preguntó Jan, sin beber tras el brindis.

—Bueno —la enfermera miró a su alrededor y luego bajó la voz para añadir—: yo he leído el libro de la señorita Weller, ¿recuerda? Tras la desaparición de su hermano y el accidente de su padre tuvo usted una infancia terrible. No era más que un niño pero había sufrido ya toda la dureza del destino. Seguro que le habría ido genial tener a alguien en quién apoyarse, alguien con quién contar, ¿no es cierto? Yo creo que no tendría que haber omitido esta historia en su discurso.

Bettina le dirigió una mirada compasiva. La joven enfermera acababa de meter los dedos en una herida que no hacía tanto que se había cerrado, así que, aunque no le dolió, le resultó incómodo y desagradable.

Dio por fin un trago a su copa, y entonces asintió y decidió que lo mejor era reaccionar a la ofensiva.

—Es evidente que sientes un gran interés por la psiquiatría. Y sí, tienes razón: me habría sido de gran ayuda contar con el apoyo de una institución como la que estamos intentando crear aquí, y es muy probable que ese sea uno de los motivos por los que le concedo tanta importancia. Si eso va a hacer que te sientas mejor, puedo revisar mi pasado y darle un sentido nuevo con todo este proyecto.

—Ya lo está haciendo, doctor —le dijo ella, dirigiéndole una mirada tan intensa que Jan apenas pudo sostenerla—. Por eso le dije esta mañana que es usted alguien

muy especial. Sabe sacar lo mejor de cada momento y redefinir su historia en función de las circunstancias. Esa es su mayor fortaleza.

Jan no supo qué responderle. Por una parte le halagaba que la joven lo admirara de aquel modo, pero por otra le hacía sentirse incómodo. Y por si no fuera suficiente, se dio cuenta de que acababa de sonrojarse, lo cual era un desastre. Aquella joven, que en realidad no era mucho más que una niña y volvería a casa en un oxidado Opel Corsa con el logo del grupo de punk alemán «Tus Lacayos» sobreimpreso en la luna trasera del coche, había logrado que él pareciera un joven y tímido estudiante.

Estaba aún intentando dar con una respuesta a sus palabras cuando ella le dedicó una amplia sonrisa y señaló su plato.

—Pero no quiero entretenerlo más, doctor. Es obvio que no ha venido aquí para comer.

Volvió a alzar la copa para brindar, se despidió con un «hasta mañana» y desapareció mezclándose entre la gente.

La mera presencia de Jan bastaba para alejar de sí sus más oscuros pensamientos. No le gustaban nada las multitudes, pero al final había sido buena idea acudir a aquel acto.

Sí, ahora que lo tenía cerca, la oscuridad y el abatimiento parecían haberse esfumado. Al verlo ahí, algo apartado del resto de los invitados, mirándolo todo mientras daba sorbitos a su copa, se dio cuenta, una vez más, de lo mucho que se parecían. Ambos eran observadores que evitaban ser el centro de atención; ambos preferían mantenerse al margen de la multitud. El que observa mantiene la visión de conjunto, que es la que le permite ser superior a todos esos tipos arrogantes y presuntuosos que se dan cita en todas las reuniones.

Lo amaba porque era un hombre tranquilo y silencioso, aunque nunca pasaba inadvertido. Y aquella noche, una vez más, su discurso no había dejado a nadie indiferente. Además, por superficial que pudiera parecer, no había ninguna duda de que Jan era el hombre más guapo de todos los allí reunidos. Con su moderno pero discreto traje gris, su camisa blanca y su corbata con el nudo algo aflojado, parecía una verdadera estrella de cine.

«Sí, seguro que es algo presumido», se dijo, dejando escapar una risita. A Jan Forstner le gustaba la imagen que veía en el espejo, de eso estaba segura. Claro que ¿por qué no habría de gustarle? A ella le pasaba lo mismo. El rostro de Jan era lo primero que veía al despertarse, y seguía viéndolo cuando cerraba los ojos para irse a dormir.

Oh, Jan, no dejo de pensar en ti. Me muero de ganas de que recibas mi nota.

¿Pero por qué se obligaba a seguir esperando? ¿Y si se le acercaba en ese mismo momento, sin más? El mero hecho de considerar aquella idea hizo que se sintiera muy excitada. Quizá fuese culpa del alcohol, pero por unos segundos se sintió capaz de todo.

Lo tenía muy cerca, apenas a unos metros, y casi le parecía oler el perfume de su loción para después del afeitado. Seguro que tenía unas notas de madera. Masculina pero no demasiado pesada.

Sólo tenía que hacer acopio de valor y dar unos pasos hacia delante. Sólo eso y podría hablar con él.

¡Dios mío, podría hacerlo!

Así que lo hizo. En lugar de seguir cavilando y dando vueltas a sus pensamientos, hizo un esfuerzo por vencer sus temores y empezó a abrirse paso entre la gente. Creía que el corazón iba a salirsele por la boca. Unos pasos más y habría llegado.

Voy a decírselo. Jan, te amo. Y él me responderá que él también me ama. Lo sé. Puedo sentirlo.

Pero cuando llegó a la esquina en la que lo había estado observando, Jan Forstner ya no estaba. Se había marchado, dejando junto al estrado un plato vacío y media

copa de cava.

Los lavabos estaban en el piso de abajo del edificio central, y Jan agradeció el silencio que allí reinaba. No le gustaban los grandes actos, nunca le habían gustado, y ahora que había pasado lo más importante de la velada, no tardaría en escabullirse. Daría una última vuelta por la sala, por si aún quedaba alguien con quien hablar, y se marcharía a casa.

Cuando salió al pasillo se topó con su nueva colega, la doctora Julia Neitinger. Como le sucedía siempre que la veía, Jan no pudo evitar pensar en el sobrenombre con el que uno de sus pacientes bautizó a la recién llegada y rubia psiquiatra, la *doctora Guau*. Ciertamente, uno tenía que hacer un esfuerzo para reprimir la expresión al verla, y más aquella noche, con aquel vestido de cóctel que llevaba, muy negro y muy corto.

Se conocieron hacía apenas unas semanas, cuando la doctora fue a parar a su unidad debido a un programa de rotación de médicos al que se había sumado la Clínica del Bosque, pero Jan se sentía siempre algo intimidado en su presencia y nunca habían intercambiado más que formalidades. Según los chismorreos que corrían por la cafetería de la clínica, Julia Neitinger sufrió un aborto hacía poco más de un año y algo después fue abandonada por su marido, aparentemente por una mujer mucho más joven que ella con la que no tardó en formar una familia.

Aquello debió de ser un golpe muy duro para ella, sin duda, y Jan lo entendía perfectamente, aunque la doctora Neitinger era una de las pocas personas a las que no lograba calibrar. En ocasiones se mostraba amigable y cercana, pero en otras rebelde y distante.

Y ahora estaba en el rellano de la escalera, frente a él, apoyándose en la pared con cara de dolor y cogiéndose un pie con la mano libre.

—¡Malditos tacones! —dijo, al ver acercarse a Jan.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he torcido el pie en el último escalón. Me duele bastante. Pinta que tardaré unos minutos en poder volver a ponerme el zapato.

—Tendrías que ponerte hielo. Voy a buscarlo, ¿te parece? Y traeré también una venda.

—Muchas gracias —dijo ella, y, señalando hacia el lavabo de mujeres añadió—: esto... ¿Podrías ayudarme a llegar?

—Por supuesto.

Jan le pasó el brazo por la espalda y la acompañó hasta el aseo. Una vez allí, la ayudó a sentarse en un taburete que quedaba junto a la pila del lavabo y le levantó el pie para que lo apoyara en el borde.

—Gracias. Eres mi salvador —dijo ella, sonriendo mientras se pasaba la mano por la pierna, hasta llegar al pie—. ¿Podrías abrir el grifo del agua fría? —le dijo entonces, señalando el lavabo.

Jan abrió el grifo y dejó que el agua fría le cayera sobre el tobillo, y la doctora no pudo reprimir un grito.

—¡Por Dios, está helada!

—Pero te irá bien —le dijo Jan, mirándole el tobillo—. No se te ha hinchado. ¿Puedes moverlo?

Ella movió los dedos de los pies y asintió.

—Sí, ya casi no me duele.

—Bien —dijo Jan—. Parece que al final no será nada.

Ella lo miró y le sonrió, pero en esta ocasión su sonrisa había cambiado, y a Jan le pareció algo... sospechosa. Julia señaló su pierna con la barbilla y volvió a pasarse la mano por la media.

—¿Te gusta lo que ves?

De pronto, Jan comprendió a qué venía todo aquel asunto del tobillo torcido. Movié la cabeza hacia los lados, suspirando, y se dirigió a la puerta.

—Bueno, pues tras esta milagrosa curación te deseo que acabes de pasar bien la noche.

Ella bajó el pie de la pila y se incorporó de un salto.

—¡Jan, por favor, espera!

La confianza había desaparecido de su rostro y su mirada ya no era nada provocadora. Julia Neitinger ya no era la *doctora Guau* sino una mujer que acababa de hacer una tontería.

—Lo siento, Jan, ¿me oyes? Te ruego que me disculpes. Es solo que... Ay, no sé, supongo que he bebido demasiado.

Ya en la escalera, Jan asintió y le dijo.

—Ya lo he olvidado. Pero que no vuelva a suceder, ¿de acuerdo?

Ella bajó la cabeza y se miró el pie descalzo.

—Gracias. Siento lo que ha pasado. No sé qué bicho me ha picado.

Jan no le respondió. Empezó a subir las escaleras y decidió renunciar a la última vuelta por el salón principal.

Poco después, Jan cruzó a toda prisa el jardín que quedaba frente al edificio principal. Bajo la lluvia torrencial, el asfalto parecía un lago negro y agitado y las farolas del camino se reflejaban en su interior como boyas luminosas.

Cuando llegó su coche metió la mano en el bolsillo para buscar la llave, y en aquel momento le llamó la atención algo que estaba atrapado bajo el limpiaparabrisas: una bolsa de plástico transparente en cuyo interior pudo ver un sobre de color marrón. Se metió en el coche a toda prisa, se secó el agua de la cara y sacó el sobre de su envoltorio.

En la parte delantera pudo leer su nombre escrito en mayúsculas y con una caligrafía muy vacilante. El sobre estaba cerrado y Jan palpó su contenido. Parecía una carta. Ayudándose de una de sus llaves, lo abrió con curiosidad y sacó un papelito triplemente doblado. Al desdoblarlo, tuvo que hacer un esfuerzo y tragar saliva. El dibujo que contenía era de líneas sencillas y trazo infantil, pero lo que representaba lo dejó sin aliento.

Alzó la vista y miró por la ventana de su coche. En el aparcamiento no había nadie, y, sin embargo, tuvo la sensación de que alguien lo estaba vigilando.

—Tienes mala cara, amigo —dijo Rudolf Marenburg mientras se zampaba el último trozo de su *croissant*—. ¿Se te hizo muy tarde ayer? —añadió, con la boca llena.

Jan dio un sorbo a su café intentando ignorar el olor a pan recién hecho, mermelada y mantequilla. Lo que más le desagradaba era la mantequilla. Sabía que una invitación a desayunar era el gesto máspreciado por su querido y viejo amigo, y cuando aquella mañana Rudi llamó a su puerta y le sonrió, con una bolsa de panecillos recién comprados bajo el brazo, no quiso decepcionarle, pero lo cierto es que no se había visto capaz de pegar un solo bocado. Desde que habían vuelto a vivir puerta con puerta, sus visitas recíprocas se habían convertido en un ritual irregular pero constante, y nunca pasaba demasiado tiempo sin que uno se presentase por sorpresa en casa del otro.

Rudolf Marenburg era uno de aquellos viudos a los que la soledad había ido estrechando en sus brazos, y Jan jamás habría osado rechazar su compañía. Rudi se había convertido prácticamente en su familia, en su única familia, y además tenía mucho que agradecerle...

—Tardísimo —dijo Jan, suspirando, aunque era obvio que la falta de sueño y el alcohol no tenían nada que ver con el hecho de que aquella mañana no fuera capaz de tomarse nada más que no fuera un café solo y dos Alka-Seltzer para intentar recuperar la compostura.

Era obvio que la noche anterior le había afectado: demasiada adrenalina, poca comida y el cava, que le sentó fatal aunque solo tomara dos copas; y eso sin contar, por supuesto, con el numerito de Julia en el lavabo de mujeres, que le puso la guinda a la noche. Pero lo que más le había aturcido fue el abstruso sueño que tuvo durante la noche.

Para empezar se encontró con Volker Nowak bajo una lluvia torrencial. Este intentaba mantener erguida su cabeza, pero cada dos por tres se le caía y se quedaba balanceando, pendiendo apenas de un hilo que le salía del cuello. A la luz amarillenta de las luces de vapor de sodio parecía una marioneta de carne y hueso, y ahora, mientras sorbía su café, a Jan aún le parecía oír el espeluznante crujido que salía de la nuca destrozada del periodista. Parecía que alguien estuviera arañando piedras en una bolsa llena de gelatina. El mero recuerdo de aquella escena hizo que le entraran ganas de vomitar.

En su sueño Nowak llegó a hablarle, y cada una de sus palabras sonaba como una arcada, como si estuviera a punto de ahogarse. «Doctor Forstner. Por favor. Su opinión de especialista. ¿Quién puede hacer algo así? ¿Y por qué?».

Y mientras él intentaba sobreponerse de aquella terrible visión, Bettina aparecía en el sueño y lo cogía del hombro. Llevaba el mismo vestido de terciopelo rojo y escotado que en la gala del día anterior y lo trataba con sorprendente familiaridad.

—Vamos, date prisa o llegaremos tarde al concierto, —le había dicho,

apremiándolo. Pero en cuanto llegaron a las puertas del teatro, los guardias de seguridad le cortaron el paso.

—Está prohibida la entrada a cuarentones en plena crisis de madurez —le dijo uno de ellos, que resultó ser una mujer, y no una mujer cualquiera, sino la propia Julia Neitinger, quien a continuación empezó a gritarle: «¡sé que te gustan mis piernas, así que haz el favor de mirarlas como es debido, cabrón!».

Evidentemente, no hacía falta ser psiquiatra para identificar los resortes que provocaron aquel sueño masculino e infantil y lo confrontaron con sus relaciones con el género femenino. Sobre todo porque Carla también apareció en él: estaba sentada justo al lado de Julia —quien, a resultas del uniforme, no se parecía en absoluto a la *doctora Guau*— y tecleaba distraída en su ordenador.

—No te preocupes —le decía ella en su sueño—; yo lo escribiré todo por ti.

Después de aquello, Jan se despertó empapado en sudor. Tardó una eternidad en volver a conciliar el sueño y, cuando al fin lo hizo, resultó que la pesadilla no había acabado, y que la segunda parte era aún peor.

Para empezar, se hallaba en un prado de color verde intenso, formado por un montón de rayas hechas con lápices de cera. Era sin duda el mismo prado que aparecía en el papelito que encontró en su limpiaparabrisas.

Sobre el prado, un cielo azul turquesa que parecía querer decir «lo sentimos, pero el azul cielo se nos había acabado», y un sol bidimensional consistente en una redonda y varias líneas rectas saliendo de ella. Y allá en medio, sobre la hierba, se le veía a él como a un gigante, mucho más alto que cualquiera de los árboles dibujados junto al prado, esbozando una sonrisa tonta formada por una línea semicircular y dos puntos negros a modo de ojos. Llevaba pantalones azules y un jersey negro sobre el que destacaba el vestido rojo de la minúscula niña que llevaba sentada al hombro.

—¿Por qué te doy miedo? —preguntó el gigante con voz atronadora, y Jan le respondió que eso no era cierto; que no le tenía miedo.

—¿Ah no? —exclamó el gigante con sorna, mientras la niña del vestido rojo soltaba una risita aguda e histérica.

Y aún ahora, mientras se tomaba su café en compañía de Marenburg, cuando el sueño hacía horas que había acabado, le parecía seguir oyendo las palabras de la niña del dibujo:

Pues claro que nos tienes miedo. Pues claro que nos tienes miedo. Pues claro que nos tienes miedo.

—¿Tengo que preocuparme por ti, chico? —dijo Marenburg, devolviéndolo a la realidad.

—No, es sólo que tengo un poco de resaca. Ayer recibimos muchos donativos y alcanzamos una suma tan considerable que quisimos celebrarlo. ¿Más café?

Rudi hizo un gesto de rechazo con la mano, se secó la boca con una servilleta de papel y ladeó un poco la cabeza. Estaba claro que la historia de la resaca no le había convencido en absoluto. Al fin y al cabo, conocía a Jan desde que este era un niño y

vivía con sus padres en la casa de al lado a la suya. Tras la desaparición del hijo menor de la familia, Sven, se sucedieron una serie de acontecimientos que estrecharon los lazos de su amistad. Rudi estuvo al lado de Jan, lo cuidó como al hijo que nunca tuvo y se alegró sobremanera cuando este volvió a Fahlenberg después de muchos años y se instaló en casa de sus padres.

—Ya sé que cada día estoy más cerca de los setenta —dijo Rudi, con su agudo tono de voz, resultado de una malformación de las cuerdas vocales—, pero te aseguro que aún no estoy tan senil como para no ver que me ocultas algo, amigo mío. Así que venga, suéltalo, ¿qué te pasa?

—Nada, de verdad. Es sólo que tengo mucho trabajo. Prefiero que me cuentes a qué se debe tu visita. —Luego señaló el reloj de la cocina, cuyas agujas marcaban las nueve y media, y dijo—: Nunca desayunamos tan pronto.

La mirada escéptica de su amigo se transformó en una amplia sonrisa y Jan se alegró al comprobar que su maniobra de despiste había funcionado.

—Bueno, ¿cómo te lo diría...? —empezó a decir Rudi, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Esta será la última vez que desayunemos juntos en una temporada, ¿sabes? Me voy de viaje.

Jan dejó su taza sobre la mesa, sorprendido.

—¿De viaje?

Con expresión avergonzada, Rudi pasó la mano por el mantel y dijo:

—Bueno, todo empezó hace un tiempo... ¿Te acuerdas de aquel curso de informática al que me apunté la primavera pasada?

Jan suspiró.

—Claro, Rudi, yo estaba contigo cuando te compraste el portátil, ¿recuerdas?

—¿Cómo? ¡Ah, sí, claro! Bueno, sea como sea, el caso es que este verano di con un chat para jubilados muy entretenido y me inscribí en él.

Jan asintió. Imaginaba que los tiros podían ir por ahí. Desde que descubriera la existencia de un mundo virtual, Rudi había cambiado mucho. Hacía meses que no se le veía paseando por las tiendas, como era su costumbre, sino que su puerta se había convertido en destino obligado de mensajeros y carteros que le acercaban sus compras *on-line* a casa.

La verdad es que apenas salía. Antes solía pasar muchos ratos en alguno de los bares y cafeterías de la plaza del mercado, o en alguna de las terrazas durante el verano, pero desde que se hizo con su portátil ya apenas cruzaba la puerta de su casa. Además, parecía que su ritmo vital había cambiado, pues desde hacía un tiempo ya no se iba a dormir a primera hora, como solía, sino que la luz de su comedor se quedaba encendida hasta bien entrada la madrugada. De ahí que Jan no se sorprendiera al oír la noticia y supiera de inmediato de qué estaban hablando.

—¿Has conocido a alguien por internet, verdad?

La cara de Rudi se iluminó con una sonrisa.

—Se llama Doris.

—¿Y qué tal es?

—No hay palabras para describirla, Jan. Es un ángel. Desde que Margot se me fue no había conocido a nadie con quien me llevara tan bien. Y tiene un físico espectacular para su edad. A lo Brigitte Bardot —no sé si te sirve de referente—, pero más guapa aún. ¡Dios, me tiene cautivado!

Jan lo miró con escepticismo.

—¿Pero hasta ahora sólo os habéis encontrado en el chat, no?

—Sí, ¿y? —preguntó Rudi, casi molesto—. No es nada malo. Al contrario: de este modo lo primero que conoces es el espíritu de la otra persona, su modo de pensar, sin la influencia de distracciones externas... Para mí ha sido el mejor modo de conocerla. Hasta ahora, cuando conocía a una mujer que me parecía interesante, me sentía incapaz de acercarme a ella para hablarle. ¿Quién iba a querer conversar con alguien cuya voz sonaba a bisagra oxidada?

—Anda ya, Rudi, eso es...

—No, no —dijo el hombre, moviendo una mano para interrumpirlo—; es cierto que en este asunto estoy curado de espantos, pero eso no significa que no me afecte ¿lo entiendes? Cuando pienso en cómo me llamabais cuando erais pequeños... ¿Tú te acuerdas?

Por supuesto que se acordaba. Todos los niños lo llamaban la *rana Gustavo*, porque su voz era igual que la del reportero de los Teleñecos.

—Pero Rudi, éramos niños...

—Lo sé —volvió a interrumpirlo—, y por eso nunca me enfadé con vosotros. Además, teníais razón. La teníais vosotros y la tienen todos los que han reparado alguna vez en mi tono de voz... Que son absolutamente todos. —Lo miró a los ojos y añadió—: Por otra parte, había empezado a estar harto de sentirme solo. Bueno, nunca se me había ocurrido pensar que después de mi Margot podría volver a ilusionarme con otra mujer, pero a estas alturas de la vida llevo ya más años viudo de los que pasé casado, y estoy cansado. Echo de menos la compañía y el afecto, y antes de que me suceda lo mismo que al viejo Kröger...

Jan se sorprendió al oír el nombre del policía.

—¿Kröger? ¿Por qué? ¿Qué le ha pasado?

—Ah, ¿no lo sabes? —le dijo Rudi, bajando la mirada—. Muy triste. Acabo de enterarme al comprar los panecillos. El pobre hombre ha sufrido un infarto mientras dormía. Su mujer se lo ha encontrado muerto esta mañana.

Jan cogió su taza con las dos manos y recordó su última conversación con Heinz Kröger, su sobrepeso y su mirada de preocupación, como si supiera que no le quedaba mucho tiempo.

—Justo ahora, que estaba a punto de jubilarse... Sí, ha sido una jugada muy fea por parte de Dios. Ya sé que todos tenemos los días contados, pero como nunca sabemos hasta qué número va a contar... Total —añadió, tras dejar escapar un largo suspiro— que no quiero que la vida se me escape entre las manos. ¿Entiendes lo que

te digo, o te parezco más bien un loco que se niega a aceptar el paso del tiempo y la posibilidad de que su tren esté llegando a la estación final?

—Qué va, Rudi, lo que dices tiene mucho sentido. Sólo te pido que estés alerta y no cometas ninguna tontería.

—Bueno... Me temo que la advertencia llega demasiado tarde. —Esbozando una pícaro sonrisa, Marenburg metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, que estaba apoyada sobre el respaldo de una silla, y extrajo de él un sobre en el que podía leerse con letras rojas *Ockermann World Travels*—. Voy a ir a visitar a Doris. Mi avión sale esta misma tarde, a las cuatro.

Jan abrió los ojos como platos.

—¿Tu vuelo?

—A las Islas Canarias —dijo Rudi, visiblemente emocionado—. Te has quedado sin palabras, ¿eh? Su marido le dejó en herencia una finca en La Gomera, donde vive desde hace casi diez años.

—No está mal. Bueno, en este sentido has ido a escoger la mejor época del año. ¿Y cuántos días pasarás allí?

—En principio una semanita. Después tengo que venir porque la tasación de mi casa no puede posponerse...

—¿Cómo? ¿Vas a tasar la casa? —ahora sí que estaba estupefacto.

—Sí, quizá la venda y me mude a las Canarias —dijo Rudi, riéndose—. ¿No es magnífico? La vida vuelve a sonreírme, por fin, y yo aún estoy lo suficientemente en forma como para disfrutarla.

Poco después, cuando ambos se despidieron frente a la puerta de su casa y Jan le hubo prometido mil veces que le regaría las plantas durante su ausencia, Rudi lo miró pensativo y le dijo:

—Dígame, doctor, ¿no es cierto que en psicología existe un término para referirse al enamoramiento? Leí algo al respecto hace un tiempo. Era una palabra que empezaba con L. Lema... lima...

—¿Te refieres a limerencia?

—¡Limerencia, eso es! ¿Qué es lo que nos sucede?

—Bueno —dijo Jan, encogiéndose de hombros—, dicho de un modo poco romántico: cuando conoces a alguien que, en función de determinados factores, reconoces como compañero ideal en tu esquema de pareja, tu cuerpo empieza a generar una serie de hormonas —dopamina, serotonina, oxitocina y algunas más— que hacen que te sientas como en una nube. Nuestra percepción de la realidad se estrecha y lo único que cuenta es la persona de la que te has enamorado. Te sientes como si estuvieras drogado.

—Sí, yo diría que eso es lo que provoca —dijo Rudi, con mirada nostálgica—. Sólo espero que no remita...

—Pero lo hará, Rudi, estate seguro de que lo hará —le advirtió Jan—. De hecho, no podrías aguantarlo durante mucho tiempo. Pero si ella es la persona adecuada, la limerencia dará paso a un sentimiento mucho más maduro; a algo así como al «amor verdadero», por muy absurda y cursi que pueda sonar esta expresión.

Una vez más, Rudi no pudo evitar reírse con aquella última frase.

—¿Cómo que cursi? ¡Pero si suena de maravilla!

Jan esbozó una sonrisa.

—Sea como sea, te deseo toda la suerte del mundo en las islas. Y cuídate, amigo mío.

Rudi le guiñó el ojo. Seguía siendo un tipo vigoroso, pese a que comenzaba a tener la espalda ligeramente encorvada, el pelo canoso y una buena base de arrugas en el rostro. Pero al verle esbozar esa sonrisa traviesa, a Jan le pareció que tenía frente a sí a un joven adolescente que acababa de invitar al baile de fin de curso a la chica más guapa del instituto.

Se dio la vuelta para volver a su casa, mas, cuando llegó a la puerta del jardín de Jan, se detuvo y lo miró de nuevo.

—Y dime, Jan —preguntó entonces—, ¿qué pasaría si no remitiera? Es decir, ¿qué pasaría si el enamoramiento, la limerencia, nos afectara eternamente en lugar de convertirse en un sentimiento más moderado y controlado por la razón?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Por eso lo pregunto.

Jan se llevó el dedo índice hasta la sien y lo hizo girar hacia los lados.

—Nos volveríamos locos.

Felix Thanner estaba sentado en el confesionario, envuelto en una densa y opresiva oscuridad, y esperaba. La cabina olía a arenilla, a incienso y a la envejecida tapicería de su silla y del banquito para las rodillas de los fieles, un olor que él, inevitablemente, relacionaba con el concepto «pecado».

La iglesia de San Cristóbal se construyó en 1728, y lo más probable era que el confesionario proviniera de la misma época. ¿Cuántos pecados habría oído ya? Sin duda cada vez menos, porque ahora ya nadie iba a confesarse y Thanner solía pasar solo y en silencio las dos largas horas a la semana que dedicaba al servicio.

Aquel día, la única feligresa que osó acercarse al confesionario fue Antonia Schiller, de ochenta y un años, que admitió el hurto de una lata de caviar ruso porque había querido probar su sabor, al menos una vez en la vida, pero prefería gastarse los ahorros en otras cosas. Thanner le dio la absolución y le hizo rezar tres Padrenuestros de penitencia, y cuando la anciana se marchó, el sacerdote volvió a quedarse solo, oyendo el soplido del viento entre las vigas del techo.

Cuando estaban a punto de cumplirse las dos horas, Thanner estiró las piernas pensando en los pocos minutos que le quedaban ya en aquella enmohecida oscuridad, pero justo en aquel momento oyó el crujido de la pesada puerta de la iglesia abriéndose y en seguida cerrándose de nuevo. Unos pasos resonaron en el suelo del pasillo, y a través de la rejilla del confesionario el sacerdote pudo distinguir la silueta de una persona que se acercaba y, segundos después, se arrodillaba sobre la tapicería del banquito, frente a él.

—Señor, perdóname, porque he pecado —dijo una voz de mujer, en un susurro.

Parecía tratarse de una chica joven, aunque no podía estar seguro. De *veintipocos*, quizá, aunque también podía ser que tuviera *treintaymuchos*. Sea como fuere, estaba seguro de que era la primera vez que la oía.

—Que Dios Todopoderoso ilumine tu alma y te conceda el don de... —empezó a decir Thanner, como era de costumbre, pero la mujer lo interrumpió.

—¡No me responda con formulismos, padre, no lo soporto!

—Bueno, pues sin formulismos entonces —respondió él, sin alterarse—. Dime qué te ha traído hasta aquí.

Thanner podía oír su respiración. Sonaba alterada, como si estuviera a punto de cambiar de idea y volver a salir de la iglesia.

—Yo... no sé si voy a poder —susurró ella—... Pero por otra parte...

—¿Sí?

—Tengo... tengo que hablar de esto con alguien, porque si no... me destrozará.

Thanner asintió con la cabeza, aunque ella no podía verlo. Le vino a la mente el montaje en torno a la estatua de San Cristóbal. ¿Habría sido idea de aquella mujer? Era posible. Aunque también era posible que fuera la amante de aquel feligrés que la semana pasada confesó haber cometido adulterio, pues tanto uno como la otra era la

primera vez que se confesaban en aquella iglesia.

—Hermana, aquí puedes hablar de todo con absoluta tranquilidad —le dijo—. Dios es el único que escuchará tus palabras.

La respiración, de nuevo. En esta ocasión parecía agotada. Como si cargara con un terrible peso sobre sus hombros y estuviera a punto de quedarse sin fuerzas.

La intuición de Thanner le decía que ella era la responsable de lo sucedido en la capilla. San Cristóbal había sentido siempre que llevaba todo el peso del mundo sobre sus hombros, y no se libró de él hasta que Dios se le apareció y lo liberó.

Sí, pensó. De ahí el simbolismo de la capa roja y las velitas. Era un grito de ayuda en toda regla, y ahora quien lo lanzó necesitaba hablar.

—Yo... yo... —la oyó tragar saliva—. He cometido el peor de los pecados. Yo... ¡ay no, no puedo!

Se levantó, y su perfume se coló como un soplo de viento en la cabina de Thanner. Era suave y fresco, y le hizo pensar en un campo lleno de flores, pero por algún extraño motivo tuvo la sensación de que el aire se enfriaba. Era como si el peso con el que cargaba aquella mujer tuviera el aspecto de un bloque de hielo cuyo frío atravesara la rejilla del confesionario y llegara hasta él.

«Qué idea más extraña —se dijo Thanner de inmediato—. El frío es real y proviene del viento que se cuela por las rendijas de esta vieja iglesia».

Además, el sacerdote siempre había sido un tipo frágil y larguirucho que tendía a pasar frío aún con jerseys gruesos y de cuello alto. Y sin embargo... en aquel momento tuvo una corazonada: aquella temperatura gélida no era más que su instinto, fruto de la infinidad de confesiones que había asistido.

—No te vayas —dijo, al tiempo que notaba que algo en su interior deseaba que la mujer se fuese.

Y de nuevo su instinto, esa voz inquieta y sabia que sonaba en su interior, le dijo que aquella mujer no quería confesar un adulterio. Que ni la peor ruptura matrimonial resultaba tan terrible como para no poder confesarla —y menos aún en aquella época, en la que toda la sociedad estaba regida por una desfachatez y una desvergüenza que habría hecho ruborizarse de puro espanto a cualquiera de sus antecesores.

Sí, a aquella mujer le ocurría algo distinto.

Algo más oscuro.

Algo... peor.

—No te vayas —repitió—. Si hay algo que te preocupa, estás en el lugar adecuado. Aquí encontrarás la ayuda que necesitas.

La mujer ya había abierto la puerta unos centímetros, pero se detuvo y reflexionó. De nuevo pudo oírse el sonido del viento.

Por fin, la mujer cerró la puerta y se arrodilló de nuevo. Felix Thanner sintió un escalofrío.

—No tuve elección —susurró—. Me vi obligada a hacerlo. Quería salvarme y no supe hallar otra salida... quizá porque no había otra salida.

—¿Qué hiciste? —preguntó Thanner, casi en un susurro, porque algo en su interior le hacía estar seguro de que en realidad no quería saber la respuesta.

Aquella mujer le hacía estremecerse, aunque no sabría decir por qué. No era más que una oscura intuición, y quizá fuera infundada...

O quizá no.

Pero, pese a todos sus recelos, tenía la obligación de alentar a aquella mujer y acompañarla en el camino hacia la confesión. Era su deber de sacerdote.

—Dime, hermana, ¿qué pecado has cometido?

La mujer dudó unos segundos, y por fin respondió a la pregunta, lacónica y rotundamente.

—He matado.

Felix Thanner estaba conmocionado. Por alguna razón, había esperado que dijera aquello. ¿Qué otra cosa, si no, podía haberla atribulado así?

—He matado a un hombre —repitió—. Y no ha sido la primera vez.

Thanner hizo un esfuerzo por recomponerse. Durante sus estudios en el seminario recibió algunas lecciones en las que le indicaron cómo actuar en el caso de que un feligrés confesara un delito, pero lo cierto era que encontrarse con una situación así en la vida real era algo muy diferente.

Aquella mujer había cometido un pecado capital. Evidentemente, en el sentido más estricto el adulterio también era un pecado capital, pero... pero el asesinato eran palabras mayores.

—Antes de este hubo otro. —Hablaba con una voz casi imperceptible. Era como si, una vez roto el hielo, ya no tuviese miedo de hablar—. Era simpático. Muy simpático, de hecho. Tanto, que creí que lo amaba. Y estaba segura de que él me correspondía. Pero entonces... ¿Sabe usted lo mal que puede llegar a sentirse una cuando la rechazan? ¿Cuando comprende que se ha equivocado de persona? ¿Que aquel al que amaba no es como imaginaba? —dejó escapar una amarga risita—. No, no puede saberlo. Usted sólo ama a Dios.

—No es cierto —le respondió Thanner, mientras se afanaba en pensar qué debía decirle, cómo reaccionar—. Hay mucha gente a la que amo.

—Eso no cuenta. No hablamos de lo mismo —su voz sonó algo más fuerte. Parecía enfadada—. Yo tengo derecho a amar y ser amada, ¿lo entiende? Pero si resulta que el tipo al que adoro ni siquiera se ha fijado en mí porque no le gustan las mujeres... Porque prefiere manosear a los hombres... ¡Es repugnante!

Thanner sintió un escalofrío en la nuca. El frío se colaba por todos los resquicios de la rejilla del confesionario. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no salir corriendo. Estaba conmocionado. No sabía qué hacer.

Contrólate. Dios está contigo. No estás solo.

—¿Por eso lo mataste?

—Sí. Simplemente, ocurrió. Yo estaba indignada, y de pronto... de pronto estaba muerto. Así que me fui corriendo. Lejos, muy lejos. Me daba tanta pena... Pero por

otra parte se lo merecía, ¿sabe? Es decir, al fin y al cabo fue él quien me decepcionó. Me hizo creer lo que no era, se coló en mi mente, jugó con mis sentimientos y luego los pisoteó sin miramientos. Todo el que se comporta así merece que le castiguen, ¿no le parece, padre?

Está loca. Esta mujer está loca. Estoy escuchando la confesión de una chiflada.

—Nadie merece morir. —Intentó que su voz pareciera firme y serena—. Sólo Dios puede decidir quién vive y quién no.

—Bueno, entonces he sido su instrumento. —A Thanner le pareció oír una risita entre las palabras—. De no ser así, no me habría protegido. Nadie supo nunca lo que hice. Dedicaron mucho tiempo a buscarme, solo que no sabían quién era. Nadie lo sabía, nadie, hasta que apareció este tipo...

—¿Tu segunda víctima?

Un suspiro ligero.

—¿Sabe qué es lo más extraño?

Thanner juntó las manos. Estaba temblando.

—No, dímelo tú.

—Que matar a un hombre no es nada difícil. Y menos aún si ya lo has hecho antes. —Una vez más, le pareció que ella sonreía. Hablaba casi para sí misma, como si estuviera recordando una experiencia agradable. Y, por si quedaba alguna duda, añadió—: En el lugar en el que me crie había un granero enorme. De pequeña había jugado allí alguna vez. Una viga enorme que iba de punta a punta del techo, y los niños solíamos trepar hasta ella y saltar sobre la paja. Al principio me daba pánico subir, porque estaba muy alta...

—Pero lo hiciste.

—Sí. —Esta vez no había duda: estaba sonriendo—. Es algo muy extraño. Te crees que no podrás hacerlo nunca, pero entonces... Te decides. No es más que un instante, un parpadeo, y ya has saltado. Y cuando sabes lo que se siente, lo divertido que es hacerlo, ya no te cuesta nada repetir.

Thanner tragó saliva.

—¿Pretendes decirme que disfrutaste matando?

Apenas había pronunciado aquellas palabras cuando ella golpeó tan fuerte en la rejilla que Thanner dio un salto en su asiento.

—¿Por quién me ha tomado? ¿Por una loca? ¿De verdad cree que puedo encontrar algún placer en quitarle la vida a alguien?

—No creo que estés lo...

—¿Entiende de qué va esto? ¡He matado a dos personas! Me he cargado a dos hombres que tenían unas madres que los querían, y unos padres que les enseñaron cómo era el mundo.

—¿Tus padres fueron así contigo?

Ella se quedó callada un momento, y después murmuró:

—No, desde luego que no fueron así. Pero eso ya no importa...

—¿Y qué es lo que importa?

—Que he vuelto a encontrar a alguien a quien merece la pena amar —dijo ella, con voz dulce. Parecía imposible que esa misma voz acabara de hablar a gritos—. Y esta vez estoy segura. Con el otro me equivoqué, pero con este no hay duda. —Soltó una risita infantil—. Y lo mejor de todo es que él siente lo mismo por mí. Lo he visto en su mirada. Cuando posa sus ojos en mí siento todo lo bueno que hay en el mundo. He visto tantos horrores, tanta sangre y maldad... Pero una simple mirada suya hace que lo olvide todo.

Thanner se cogió las rodillas con las manos y apretó tan fuerte que se hizo daño. Estaba sentado ante una perturbada, una demente que acababa de confesarle dos asesinatos y que, por lo visto, sufría una especie de locura de amor. Y estaba claro que el hombre al que amaba no tardaría en convertirse en su tercera víctima. Seguramente lo mataría en cuanto su locura le indicara que era oportuno. Había saltado ya dos veces desde la viga del granero, y la tercera iba a ser pan comido.

¿Qué debo hacer? ¡Dios mío, dime lo que debo hacer!

—¿Te arrepientes de haber matado a esos hombres? —Le preguntó. Pese al frío que reinaba en la iglesia, Thanner empezó a sudar. Le temblaba la voz.

—Por eso estoy aquí, sí. —La voz de la chica había vuelto a convertirse en un susurro apenas audible—. Lamento muchísimo lo que he hecho, aunque no pude hacer nada por evitarlo. No me quedó más opción. No podía permitir que se interpusiera entre otro hombre y yo sólo porque sabía algo de mí que nadie debería saber. Y menos ahora que he encontrado a mi media naranja. —Tragó saliva antes de continuar—: Pero sé que lo que hice está mal, y le pido perdón a Dios por ello. Necesito recuperar mi inocencia. Quiero ser pura para él.

—Dios perdona todos aquellos pecados de los que nos arrepentimos de verdad —dijo Thanner, intentando que su voz sonara firme y decidida—, pero para ello deberías ser consecuente, hacerte responsable de tus actos y someterte también a la justicia terrenal.

—¿Pretende hacerme creer que debo entregarme a la policía porque esa es la voluntad de Dios?

A Thanner le pareció sentir en todo el cuerpo aquella fría oscuridad que les rodeaba. Nunca antes se había helado de aquel modo y nunca había sentido tanto miedo. Tenía la sensación de que aquella loca podía abalanzarse sobre él en cualquier momento... Tuvo que hacer un esfuerzo por sobreponerse y recuperar el habla:

—Sí, eso es justo lo que pretendo decirte. Debemos asumir nuestros pecados antes de que Dios pueda perdonarnos. El arrepentimiento y la admisión de la culpa son solo el primer paso. Les siguen la penitencia y...

Ella no quiso seguir escuchando. En lugar de eso se levantó y salió del confesionario.

Thanner dio un respingo en su silla cuando la mujer dio un manotazo a la puerta de su cabina. El enrejado de madera le permitió entreverla: llevaba un chubasquero

de color claro y se había calado la capucha hasta la frente, de modo que solo quedaba a la vista un mechón de pelo rubio y largo.

Una vez más, ella golpeó la puerta con la mano. «A la próxima romperé la madera», pensó Thanner.

—¿Te doy miedo? —dijo ella entonces—. ¡Vamos, respóndeme! ¿Te doy miedo?

Pues claro que le daba miedo. ¡Estaba temblando! Se sentía indefenso en aquel cubículo, ella era extremadamente peligrosa y él... Él siempre había sido frágil y miedoso, siempre había temido enfrentarse a la violencia física. Ya en la escuela fue un niño flacucho y tímido, como el grupo de camorristas de su curso no tardó en descubrir y ridiculizar de los más diversos modos. En una ocasión le metieron gusanos en el bocadillo del desayuno y le obligaron a comérselo, y cuando se hizo pipí encima, horrorizado, se rieron todos de él. De hecho ahora, tantos años después, pensó que volvería a mojarse los pantalones por culpa de esa mujer.

«Vamos —se dijo—, ya eres un adulto, y en este momento representas a un Ser Superior. Tienes que confiar en Él. Tienes que cumplir con su voluntad, tal como te enseñaron. De modo que haz el favor de recomponerte».

—Sí —dijo entonces—. Sí, me das miedo. Pero al mismo tiempo temo por ti. Necesitas ayuda, y yo puedo ofrecértela. Por favor, deja que te ayude.

Ella dio un paso atrás, pero no se fue. Durante un brevísimo y eterno instante permanecieron uno frente al otro, separados apenas por unos centímetros, cada uno de ellos a un lado de la puerta del confesionario. Thanner oyó su respiración agitada. Casi podía oír sus pensamientos...

—¿Sabes que no puedes hablar de esto con nadie, verdad? —dijo al fin—. No podrías hacerlo ni aunque te torturaran.

—Soy perfectamente consciente de ello. El secreto de confesión es sagrado.

—Espero que no lo olvides, por el bien de tu alma —le susurró ella, justo antes de salir corriendo hacia la puerta.

Thanner oyó el sonido de sus pasos y el del portal abriéndose y cerrándose.

—¡Puedo ayudarte! —gritó, sin atreverse a salir de su cabina.

La oyó decir algo, pero estaba ya demasiado lejos para entenderla. Aun así, le pareció que sonaba a «quizá». Después de aquello, la iglesia volvió a sumirse en el silencio, y Thanner se quedó solo.

En torno a él, envolviéndolo, un insoportable olor a pecado. Sintió una arcada, abrió a toda prisa la puerta del confesionario, salió y vomitó sobre el suelo de piedra.

El turno de noche estaba siendo muy tranquilo, de modo que hacia las doce Jan pudo tomarse un descanso y bajar a la cantina del hospital, que a aquellas horas parecía más bien una sala de reuniones desaprovechada.

Con sus mesas y sus sillas de plástico, la habitación tenía un aspecto triste y abandonado. Allí donde al mediodía bramaba un intenso rumor, mezcla de platos y de voces, reinaba ahora un tupido silencio, como en una iglesia. Ni siquiera las calabazas y las hojas de otoño que decoraban las mesas bastaban para romper ese frío estéril que lo impregnaba todo.

Junto a las máquinas de refrescos, dos enfermeras hablaban en voz baja, inclinadas ambas sobre la mesa como si estuvieran tramando una conspiración.

Jan reconoció la melena rizada y negra del doctor Franco Spadoni al otro lado de la sala. Estaba sentado junto a una de las ventanas, miraba hacia la oscura noche que transcurría al otro lado del cristal, tenía la frente apoyada en uno de sus puños y masticaba un trozo de pastel perdido en sus pensamientos. Al verlo así, Jan no pudo evitar pensar en alguno de los cuadros de Edgar Hopper. La imagen que estaba viendo bien podía titularse *Imagen nocturna*, en lugar de *Halcones nocturnos*.

Franco no movió la cabeza hasta que Jan se sentó a su lado. Parecía haber vuelto de un lugar muy lejano. Daba la impresión de que el turno de noche no le sentaba demasiado bien: no se había afeitado y tenía unas ojeras tan marcadas como si hubiese pasado varias noches sin dormir.

—Vaya, qué sorpresa —dijo Franco—. Un visitante nuevo en nuestro restaurante. Te lo advierto, amigo mío, creo que el pastel está hecho con cemento en lugar de harina. Necesitarás un par de descansos para poder tomártelo todo, aunque lo mojes en café.

—Gracias por el consejo, pero aún no estoy lo bastante desesperado como para venir a comer aquí. En realidad te estaba buscando. Quería hablar contigo, y arriba me han dicho que te encontraría aquí.

Franco apartó el tenedor a un lado y suspiró.

—Sí, tenía ganas de comer algo, pero... es evidente que este no era el lugar adecuado para satisfacer mis deseos.

Jan lo miró atentamente.

—¿Estás bien? Pareces algo... —se esforzó por buscar la palabra adecuada— alicaído.

—Bah, no es nada —Franco hizo un gesto de negación con la mano—. Pequeños desavenencias matrimoniales. Debe de ser cosa del tiempo, que deprime a cualquiera, y no sólo a los pacientes. Pero dime, ¿por qué me buscabas?

—Quería pedirte que le echaras un vistazo a algo.

—Por supuesto. Espero que sea algo que me levante el ánimo.

—Me temo que no, amigo mío, pero es de tu especialidad.

Jan se llevó la mano al bolsillo de su bata y sacó el sobre que le habían dejado en el limpiaparabrisas. Franco apartó el pastel, sacó el dibujo del sobre y lo dejó sobre la mesa.

—¿Quién ha pintado esto? ¿Una paciente del futuro hospital infantil?

—Dime primero qué piensa sobre este dibujo el psiquiatra experto en manifestaciones artísticas y yo te explicaré de dónde lo he sacado.

—Está bien —dijo Franco, poniéndose las gafas y acercando el dibujo hacia sí.

Durante un buen rato se quedó en silencio observando el campo y el sol, el gigante y la niña que llevaba a hombros. Por fin movió la cabeza hacia los lados y miró a Jan por encima de sus gafas.

—Bueno, si me lo preguntas, diría que esto es obra de un adulto. —Dio unos golpecitos a la mesa, por encima del papel—. A primera vista pensaba que se trataba del dibujo de un niño de entre seis y ocho años, pero ahora estoy bastante seguro de que lo ha hecho alguien considerablemente mayor.

Jan miró aquella imagen, pensativo. Por suerte él también había tenido la misma sensación, aunque no habría sabido decir por qué.

—¿En qué te basas?

Volvía a llover y el viento empujaba a la lluvia hacia la ventana, haciéndola repiquetear contra el cristal.

—Básicamente en las proporciones —dijo Franco—. A esta edad, la mayoría de los niños suele dibujar a los humanos de un modo mucho más desproporcionado. Todavía no mantienen una relación lógica con su cuerpo y eso queda reflejado en sus creaciones. Las personas que dibujan los más pequeños suele tener unas extremidades demasiado largas o demasiado cortas, y las cabezas acostumbran a ser desproporcionadas en comparación con el resto del cuerpo. Sobre todo en aquellos casos en los que el artista no es especialmente bueno, como es el caso. —Franco volvió a mirar el dibujo, como si estuviera leyendo un texto—. Yo diría que esto lo ha dibujado una joven, quizá incluso una adulta, pero por algún motivo quiere que pensemos que se trata de una niña. Se ha esforzado mucho en provocar esta impresión, y eso es precisamente lo que la delata. Presta atención a las líneas. Ninguna niña de seis años las dibujaría tan regulares. Al menos ninguna que yo conozca. Los pequeños son demasiado impacientes para eso. Y para crear un campo tan homogéneo se requieren trazos precisos, y tiempo. Por otra parte, las figuras están perfectamente coloreadas, y no cubiertas de rayas como sería propio de un niño. Quizá nos hallemos ante un caso de esquizofrenia...

Jan frunció el ceño.

—Estás hablando todo el rato en femenino. ¿Qué te hace estar tan seguro de que la autora de este dibujo es una mujer?

Franco se quitó las gafas y dio unos golpecitos con las patillas sobre el dibujo de la niña que iba a hombros del gigante.

—Apostaría lo que fuera a que esta niña la representa a ella. El color del vestido,

de un rojo tan intenso, parece querer decir: «¡mírame, estoy aquí!». ¿No lo ves? Y tampoco hace falta ser un lince para saber a quién representa el gigante. —Franco lo miró a la cara y añadió con picardía—: Sólo que yo nunca te he visto reír así.

Jan hizo caso omiso de la broma. También él se había reconocido en el dibujo. La complexión y la cara del gigante podían haber sido la de cualquier hombre de pelo oscuro del mundo, pero el gesto de la mano que le quedaba libre —con la otra sostenía a la niña sobre sus hombros— no dejaba lugar a dudas: aquella era una pose típica de Jan. Inconsciente, pero indudablemente típica: el brazo ligeramente doblado y el pulgar metido en el bolsillo del pantalón.

Solía ponerse así cuando no sabía qué hacer con las manos, que era la mayoría de las veces, y tenía infinidad de fotos en las que aparecía en aquella pose. Sin embargo, sólo era consciente de ello cuando llevaba pantalones más elegantes, con bolsillos alargados y verticales, como le sucedió en la fiesta del día anterior, donde no habría sabido qué hacer de no tener una copa en las manos.

Y por si aquello no hubiese bastado para identificarlo con el gigante, estaba también el tema del reloj de pulsera: en contra de lo habitual, el hombre del dibujo lo llevaba en la muñeca derecha, al igual que Jan, a quien así le parecía más práctico pese a no ser zurdo.

El reloj y la postura de su mano eran, al fin, lo que más le inquietaba de aquel dibujo. Fuera quien fuera el autor del mismo, no cabía duda de que se trataba de un observador metódico y atento a los pequeños detalles. Si el objetivo del dibujante —o quizá debería decir de la dibujante— tenía algo que ver con impresionarlo, estaba claro que lo había logrado... hasta el punto de colarse en sus sueños.

Pues claro que nos tienes miedo.

Pero en aquel dibujo había algo más; algo que Jan no sabía explicar. Era más bien una impresión, un estremecimiento que emanaba de algún lugar oculto entre los trazos y los colores del dibujo. Algo etéreo e inaccesible, como su propia autora.

—¿Pero qué sentido tiene que alguien me envíe este dibujo, Franco? ¿Tú qué crees que significa?

—¿Cómo? ¿No sabes de quién es?

—Ni idea. Me encontré el sobre ayer en el limpiaparabrisas del coche, al salir del acto a favor de la unidad de psiquiatría infantil.

—Qué insólito... Aunque eso refuerza mi teoría sobre la edad de su autora, ¿lo ves? Ninguna niña deambularía por los jardines de la clínica a esas horas de la noche. Mis hijas, al menos, seguro que estarían ya durmiendo.

—Tienes razón. Es todo muy extraño. Y más aún teniendo en cuenta que no es lo único que me ha hecho llegar.

—¿Ah no? ¿Tienes más dibujos?

—No, un ramo de rosas.

Franco arqueó una ceja.

—¿Cómo dices? ¿Rosas?

—Sí. Rosas rojas. Con toda la pinta de ser muy caras. En un primer momento pensé que eran de Carla, pero resulta que ella no fue. Y después recibí la llamada de alguien, cuya voz parecía la de una niña.

—¿Y qué te dijo?

—No mucho. Creo que me estaba pidiendo ayuda. Me dijo que no lo conseguiría sola, y cuando yo le pregunté qué no conseguiría me contestó «nada», y colgó.

Franco se pasó la mano por la barbilla, y su barba incipiente emitió un sonido como de papel de lija.

—Bueno, según lo que veo en el dibujo, nuestra desconocida te ve como una especie de héroe. Alguien lo suficientemente fuerte como para ayudarla, mientras ella se ve pequeña e indefensa como una niña... Al menos en algunos aspectos, porque en otros es lo suficientemente atrevida como para mandarte rosas rojas.

Jan hizo un gesto de desesperación con las manos.

—¿Pero por qué no me dice quién es? Quiero decir, su mensaje está claro, ¿no? Cree que yo puedo ayudarla. ¿Por qué se esconde, entonces? ¿Crees que le doy miedo?

Franco volvió a mirar el dibujo y apretó los labios.

—No. Las líneas claras y el colorido del dibujo, tan expresivo, no parece propio de alguien temeroso o apocado. El dibujo no muestra moderación. Por el contrario, el vestido rojo me lleva a atribuirle una personalidad fuerte y confiada, segura de sí misma. Por supuesto, esto no es más que una interpretación, pero creo que quiere proteger su identidad. Guardar las apariencias. Si se mostrara directamente se sentiría expuesta y, siempre desde su punto de vista, débil. Lo más probable es que esté manteniendo una intensa lucha interior: por un lado sabe que necesita ayuda, pero por el otro necesita mantener el control de su vida. Por eso te advierte de su existencia, llama tu atención y te prepara para cuando entréis en contacto, que será en el momento que ella decida.

Les interrumpió el chirrido de las sillas que las dos enfermeras apartaron para ponerse en pie y salir de la cantina. Una vez en la puerta, una de ellas se dio la vuelta hacia ellos, les hizo un gesto con la cabeza mientras les dedicaba un suave «buenas noches», y salió de la cantina junto a su colega.

—Lo que más me inquieta —dijo Jan, subiendo un poco el tono de voz al ver que la puerta se cerraba tras ellas— es que esta mujer parece saberlo todo sobre mí: el número de mi extensión en la clínica, el lugar en el que me encuentro, el coche que conduzco... Seguro que me sigue, y yo en cambio no sé nada sobre ella.

—Bueno, yo no estaría tan seguro —le dijo Franco—. Por el dibujo podemos saber que es rubia y de aspecto algo infantil. Seguramente se comporta como una niña cuando está a solas. Es minuciosa, tiene una cierta predisposición a lo artificioso y parece altamente comprometida a tenerlo todo tan controlado como le sea posible. Yo hablaría de un trastorno neurótico. Y como parece haberse enamorado de ti, lo más probable es que la tengas muy cerca. ¿Qué te parece? ¿Podrás hacer algo con

esto, para empezar?

Jan suspiró.

—Exceptuando lo del enamoramiento, tu descripción podría valer para muchas de las mujeres que conozco...

Franco echó un vistazo a su reloj, puso el plato en la bandeja y se levantó.

—Tengo que volver al trabajo —dijo, y luego añadió seriamente—: ándate con ojo, Jan. Parece que la chica de las rosas tiene muchos problemas, pero, vistos sus esfuerzos por mantener el control, lo más probable es que de puertas afuera parezca perfectamente normal.

—¿Qué opinas tú sobre todo esto?

—Mira, tal como yo lo veo, estamos hablando de una mujer muy perturbada y potencialmente peligrosa. Mira las manos de la niña de rojo. ¿Las ves? Tiene los puños cerrados, como si estuviera lista para golpear. Como un boxeador.

Jan observó el dibujo de la niña. Sí, eso debía de ser lo que le había inquietado tanto la primera vez, aunque de un modo inconsciente: los gestos de la pequeña. Sonreía, igual que el gigante, pero en su caso la expresión parecía forzada, irreal. Una sonrisa falsa, acompañada por unos puños amenazadores.

«Mira —parecía decir—, como te acerques demasiado te vas a enterar de quién soy yo».

—¿Te parece peligrosa?

Franco se encogió de hombros, y la taza tembló sobre la bandeja que llevaba en las manos.

—Es difícil decirlo. Quizá ni ella misma sepa que lo es. Pero en mi opinión tiene una potencial agresividad que no deberíamos subestimar. Hacia sí misma y quizá también hacia los demás. Al fin y al cabo su vestido es rojo, y dado que ha escogido el lenguaje simbólico para expresarse, parece evidente que sabe lo que eso significa.

Era un agujero inmundo. Un sótano frío, sucio y oscuro. Por las paredes de piedra se colaba la humedad y el suelo arenoso estaba empapado. Y apestaba. ¡Por Dios si apestaba! Era como si miles de ratas hubiesen bajado hasta allí durante todo un siglo para cubrir el suelo de excrementos, morir y podrirse.

Odiaba aquel sótano. Odiaba estar allí encerrada como si tuviera la lepra.

Había oído decir que los sueños no se repetían. Que una vez soñados no volvías a tenerlos. Pero el sueño de aquel sótano no dejaba de visitarla, noche tras noche, como si quisiera recordarle cuál era su sitio, lejos del mundo de las personas normales que llevaban una vida normal en la que no tenían cabida las criaturas anormales como ella.

«Eres anormal —le decía aquel sueño—. Eres fea por dentro, y el mundo exterior, el mundo normal, te tiene miedo».

No merecía nada más que aquel sótano.

Sí, sólo era un sueño, eso ya lo sabía. Lo sabía incluso mientras lo soñaba por enésima vez. Pero al mismo tiempo, era mucho más. Era el reflejo de sus miedos y esperanzas. En su empeño por descubrir el verdadero significado de aquella terrible y recurrente pesadilla, había leído muchos libros sobre la interpretación de los sueños, y aquella versión, la del reflejo de los miedos y las esperanzas, le había impactado especialmente.

La frase le infundía ánimos. «El reflejo de tus miedos y esperanzas». Eso quería decir que, por mucho miedo que tuviese ahí abajo, también podía tener esperanza. Y la esperanza era buena.

«La esperanza es lo último que se pierde», le decía siempre su madre. Ella siempre odió a su madre, visceral e indefectiblemente, porque era una mujer débil, pero el refrán estaba bien. Tenía sentido. Confiaba en él.

Al otro lado de la reja de hierro oyó pasos que se acercaban. Alguien avanzaba por el pasillo. Un andar lento pero decidido.

Asustada, miró hacia la oscuridad, más allá de su prisión. ¿Quién podría ser? ¡Allí siempre estaba sola!

Los pasos le daban miedo. En aquel lugar, en aquel inmundo agujero, los sonidos desconocidos no solían significar nada bueno.

Se acuclilló junto a la pared, temblando, y notó que su vestido se empapaba de la fría humedad rezumante. Sin apartar la mirada de la reja, cogió una de las muchas piedras que habían caído de la pared mucho antes de que ella descubriera aquel sitio por primera vez. Era dura y pesada. La asió con fuerza. Le serviría para protegerse, y en el peor de los casos para matar a su atacante si fuera necesario.

¿Pero podía ser necesario?

«¡No es más que un sueño! —se gritó a sí misma—. Un sueño que tienes que volver a pasar».

Aunque... ¿estaba segura de eso? ¿Cómo podía saber si aquello era un sueño o si estaba realmente en el sótano? ¿Cómo reconocer si los pasos eran imaginarios o reales?

¡Por el amor de Dios, si no fuera todo tan difícil! Le costaba horrores distinguir lo que era cierto de lo que no. A veces había llegado a dudar de su propia existencia. Cuando alguien se ve obligado a esconderse para demostrar a todo el mundo que es tan normal como el resto, puede perder a veces el sentido de la realidad.

Los pasos cada vez estaban más cerca y pronto pudo ver un foco de luz centelleante que apuntaba hacia las paredes húmedas. Fuera quien fuera la persona que se acercaba, ya la tenía ahí al lado.

Agarró la piedra con más fuerza.

Si estoy soñando, no tengo por qué tener miedo. En algún momento me despertaré y todo volverá a ser como antes. Pero si no estoy soñando y realmente me encuentro en este sótano, sola y abandonada...

No siguió, porque entonces la luz apareció en la esquina y ella vio quién la llevaba. Dando un grito, se sobresaltó y dejó caer la piedra.

¡Jan! ¡Era Jan! ¡La había encontrado, por fin!

Corrió hacia la reja gritando su nombre y él le dedicó una amplia sonrisa.

—Ten —le dijo él, ofreciéndole algo entre las rejas. Ella vio una llave dorada sobre la palma de su mano. Brillaba como el tesoro más valioso del mundo—. He venido para liberarte.

—Lo sé —le respondió ella, emocionada—. Siempre lo he sabido.

De pronto Jan desapareció, del mismo modo que la llave, y ella volvió a saberse encerrada, aunque ya no se hallaba en el sótano. Ahora estaba despierta, sin lugar a dudas, y sabía perfectamente que su prisión nunca desaparecería, porque era fruto de su imaginación.

Pero eso ya no le parecía terrible, porque ahora sabía que él tenía la llave. Miró al techo de su habitación, sonriendo, y vio las sombras de los árboles bailando en él a la luz de la luna mientras la lluvia repiqueteaba en el cristal de la ventana.

—Pronto —dijo, dirigiéndose a las sombras—. Pronto. Y será para siempre.

Felix Thanner deambulaba de un lado a otro de la iglesia, frotándose las manos. Estaba helado, pese a los esfuerzos de Edith Badtke por mantener la sacristía siempre caliente. Pero es que su frío tenía un origen distinto. Provenía de dos palabras que se le habían clavado en el alma y no lo dejaban en paz.

He matado.

Y la frase resonaba en su interior como un maldito eco.

La noche anterior apenas pudo conciliar el sueño, y sus ojos ardían de agotamiento. Se había pasado la mayor parte del tiempo plantado ante su portátil, buscando alguna información con la que contrastar lo que le había dicho aquella desconcertante mujer en confesión. Al fin y al cabo, no habría sido la primera vez que alguien se confesaba por un pecado no cometido... Y Thanner deseaba con todas sus fuerzas que en aquel caso se tratara también de algo así.

Sí, era posible que la mujer fuera algún tipo de chalada que se hubiese enterado de la muerte del periodista por la prensa y hubiese decidido atribuirse la autoría del crimen, ¿no? A veces se veían cosas así. A él nunca le había sucedido, es cierto, pero en una ocasión, en el seminario, un anciano sacerdote (encantado de poder compartir con él su dilatada experiencia eclesial) le habló de una historia semejante: la de un hombre que confesó haber cometido varias violaciones, cuando en realidad era mentira. No solo porque todas las mujeres de las que habló se encontraban perfectamente y llevaban una vida de lo más tranquila y apacible, sino porque el pobre hombre era parapléjico y le habría sido físicamente imposible violar a nadie. La confesión, pues, resultó ser una especie de válvula de escape para las fantasías sexuales de aquel pobre diablo, tan intensas que se habían convertido en una verdadera enfermedad, y tan reiteradas que al final acabó creyendo que las había cometido realmente.

Uno de los seminaristas le preguntó al anciano sacerdote qué había sucedido con aquel hombre, y este le respondió que poco después había empezado a hablar de sus violaciones a todas horas y en todo lugar, y no ya sólo en secreto de confesión, por lo que acabó siendo ingresado en la Clínica del Bosque.

Pero la mujer de ayer... Thanner meneó la cabeza. No, estaba seguro de que ella no había imaginado nada, por mucho que también fuera una magnífica candidata para ingresar en psiquiatría.

Por mucho que se esforzara en convencerse de lo contrario, Thanner sabía que lo que ella le había dicho era verdad. A esas alturas ya estaba convencido.

La mujer había hablado de dos asesinatos. Uno de ellos era el de Nowak, eso era evidente, y el otro, el que tuvo lugar antes que el del periodista... Thanner ya tuvo una ligera sospecha al respecto durante la confesión, después de que ella reconociera que su primera víctima había sido homosexual, pero ahora... cuanto más lo pensaba más claro lo veía.

De modo que por la noche empezó a bucear en Internet: informes, artículos, noticias... Hasta que lo encontró.

Él conocía a aquella víctima. No muy bien, eso era cierto, pero al menos habían coincidido en un par de ocasiones. Se llamaba Matthias Lassek, y había sido asesinado hacía más de un año y medio.

Fue a principios de mayo, lo recordaba bien. La prensa hablaba del «mayo amarillo» porque la temporada de sequía había sido muy larga y había provocado enormes nubes que lo envolvían todo —lo cual jugó, en opinión de los agentes que llevaron el caso, un papel definitivo en la realización del crimen. Y seguramente aquel fue el motivo por el que la mujer dijo que Dios la había protegido.

Lassek era un influyente hombre de negocios de Ulm. De origen muy humilde, empezó a comerciar con las más diversas mercancías cuando era muy joven y poco a poco logró construir un verdadero imperio: su propia cadena de supermercados. Sea como fuere, el hombre nunca olvidó sus discretas raíces y dedicó parte de su fortuna a invertir en proyectos sociales destinados a niños con problemas familiares.

Thanner, que por aquella época trabajaba en el centro de apoyo social juvenil de Ulm, estuvo siempre muy agradecido a aquel entrañable y risueño cincuentón cuya ayuda les sacó de no pocos aprietos. Pero lo que más le gustaba de él era su discreción. Nunca se daba autobombo ni se jactaba del uso que hacía de su dinero. Ayudaba porque quería hacerlo; no por la fama o las relaciones públicas.

Y por eso se quedó conmocionado al oír la noticia del asesinato de Lassek, al que los medios definieron como «obra de un loco». Thanner recordaba como si fuera ayer la imagen de los periódicos: aquella cabina telefónica de la zona peatonal de Stuttgart en la que los basureros habían encontrado el cadáver a primeras horas de la mañana. No muy lejos de la cabina había un bar nocturno llamado Boyhouse, y la prensa, inclemente, no dudó en mencionar el asunto y teñir con nuevas luces la biografía del fallecido.

A Lassek le destrozaron el cráneo con un adoquín de los muchos que había amontonados en una obra que quedaba cerca de la cabina de teléfonos. Según todos los indicios, parecía haberse tratado de un acto espontáneo.

En un primer momento se consideró la hipótesis de que el asesino fuera uno de los clientes del bar gay, un posible amante —secreto, claro— de Lassek, pero entonces apareció un vídeo en el que se veía a una presunta asesina. Una mujer.

La cinta pertenecía a una tienda situada a menos de dos manzanas de la cabina telefónica, y la grabación de seguridad de aquella noche mostraba a una mujer que caminaba tranquilamente por la calle, y, al llegar a la altura de la tienda, lanzaba de pronto al suelo una piedra ensangrentada, sin duda aquella con la que destrozó el cráneo de Lassek, como si acabara de darse cuenta de que aún la llevaba en la mano.

Pero el «mayo amarillo», precisamente, hizo que el polen se acumulara ante el objetivo de la cámara, creando una especie de velo que impidió que la mujer pudiera ser identificada. Además, la cámara era vieja y de poca calidad, de modo que ni la

policía científica, por mucho empeño y recursos digitales que invirtió en el asunto, logró extraer algo de las imágenes que capturaron. Lo único que parecía claro era que aquella silueta pertenecía a una mujer y que llevaba un abrigo con capucha, una pieza comprada en una de las grandes cadenas de moda barata, proveniente de Bangladesh, de la que debía de haber cientos de miles de ejemplares en todo el país.

De modo que el caso quedó sin resolver. Archivado. Ninguna de las pruebas que se encontraron, ninguno de los testigos que se consultaron, resultaron ser concluyentes. Y la culpable desapareció sin dejar huella.

Tras husmear aquella noche por internet, Thanner logró dar con la orden de búsqueda de la desconocida. Según la descripción, la mujer debía de medir entre metro setenta y metro ochenta, y era de complexión delgada. Además parecía estar en muy buena forma física (recordemos que llevaba el adoquín en una sola mano), de modo que era muy probable que fuese socia de algún gimnasio o que saliese a correr y a hacer ejercicio físico con regularidad. Por lo demás, se sabía también que tenía el pelo rubio y largo y una cara más bien pequeña, pero el polen y un grueso mechón de pelo que le caía por la cara hacían que no pudieran distinguirse bien sus rasgos.

«Y ahora conozco su voz y sé que vive en Fahlenberg —pensó Thanner—. Quizá entonces no, pero ahora seguro que sí. ¿Por qué, si no, habría venido a verme?».

Se quedó de pie ante la ventana. Amanecía sobre el cementerio, y el cielo, de un color gris turbio, anunciaba ya un nuevo día de lluvia.

El sacerdote se mordió el labio inferior. Aquella mujer estaba ahí fuera, en algún lugar. Una asesina que sufría un grave trastorno emocional. Y él había hablado con ella.

—¿Qué voy a hacer? —susurró en el silencio de la habitación, y reconoció un temblor de su voz.

Nada. No podía hacer nada. No le estaba permitido hablar de aquellos dos asesinatos con nadie, ni siquiera con la propia asesina, porque le habían sido dados en confesión. Y el silencio era obligado. Ella le había reconocido un pecado, pero a él le tocaba recordar que en realidad no se lo había dicho a él sino a Dios, y que él sólo había actuado como vehículo entre los dos.

Se suponía que ahora tenía que esperar y confiar en Dios. Él se encargaría de guiar a la pecadora por el camino del bien. Pero el yo más humano de Thanner se resistía a aceptarlo. Quizá podría haber confiado en la salvación de una persona que hubiera estado en plena facultad de sus capacidades, hubiera sido consciente de la magnitud de su tragedia y se hubiera arrepentido sinceramente de sus actos. Sí, quizá así podría haber aceptado mejor la situación y esperado que ella le escuchara y siguiera su consejo de entregarse a las autoridades. Pero aquella mujer estaba enferma. Muy enferma.

Se frotó las manos, en esta ocasión no para protegerlas del frío, sino para intentar controlar de algún modo el temblor que se había adueñado de ellas.

¿Y si volvía a hacerlo? ¿Tenía que quedarse esperando y confiando en que Dios la

movería a pedir ayuda antes de decidirse a matar por tercera vez?

Tal como estaban las cosas, no creía que aquella loca fuera a entregarse voluntariamente, y tampoco que pensara en pedir ayuda.

Así que... ¿qué pasaría con el hombre del que le había hablado? ¿Se convertiría en su siguiente víctima? ¿Lo mataría en cuanto, por el motivo que fuera, se sintiera traicionada por él?

Thanner parpadeó para intentar combatir el escozor que sentía en los ojos. Tenía el corazón acelerado y respiraba con dificultad. Era como si tuviera una roca de varias toneladas oprimiéndole el pecho y amenazando con aplastarlo definitivamente.

«Si reincide, seré culpable —pensó—, porque no lo habré impedido; aunque podría hacerlo. Si reincide, me pasaré el resto de la vida echándome esto en cara».

Por otra parte, no obstante, él mismo cometería un pecado si rompiera su secreto de confesión. Aquel era uno de las peores faltas que podía cometer un sacerdote: faltar a su silencio era un gesto tan punible y despreciable como los propios abusos físicos. Quizá la pregunta debiera ser ¿qué pesa más, proteger a una pecadora arrepentida o la vida de un ser inocente?

En realidad sabía que ni siquiera tenía derecho a plantearse aquella pregunta. Los preceptos de la Iglesia no dejaban en este sentido lugar a dudas: el secreto de confesión servía para cualquier información, independientemente del contenido. De hecho, conocía algún que otro caso extremo en el que el sacerdote había llegado a protegerlo con su propia vida, como por ejemplo San Juan Nepomuceno, a quien el silencio le llevó a ser torturado y finalmente ahogado por el rey de Bohemia.

Pero... ¿y si al hablar pudiera salvar una vida, o quizá más?

Miró el periódico que descansaba sobre la mesa de la cocina y leyó el titular de la primera página:

«Asesinato de un periodista... y seguimos sin avanzar»

Era como una acusación.

Por supuesto, la policía trabajaba en función de la declaración de aquel vecino de Nowak que, supuestamente, aquella noche lo oyó pelearse con una mujer en el aparcamiento; pero en opinión de Thanner avanzaban en una dirección equivocada. Se creía que la asesina era la compañera sentimental de uno de los grandes capos de la droga, y su descripción no tenía nada que ver con lo que él mismo había alcanzado a ver de la verdadera culpable.

Era evidente que podía cruzarse de brazos y esperar a que la policía advirtiera su error y se pusiera sobre la pista de la asesina, pero lo más probable era que tardaran lo suyo en hacerlo, y más teniendo en cuenta que la lluvia había echado a perder cualquier huella o pista posible en el lugar de los hechos.

¿Y qué sucedería si esa loca volvía a salir impune?

Le volvieron a la mente las palabras que ella dijo en su confesión: que había actuado como instrumento de Dios y que Él la protegía.

Una persona así jamás se detendría. Volvería a matar, seguro, cada vez que pensara que sus víctimas no le dejaban otra opción.

Y en algún lugar, probablemente en el propio Fahlenberg, había un hombre que, sin saberlo, se hallaba ya en su punto de mira.

—Buenos días, padre.

Edith Badtke lo sacó tan bruscamente de sus pensamientos que dio un respingo. Su ayudanta lo miraba con la misma cara de sorpresa que debía de tener él.

—He llamado —dijo la mujer, a modo de disculpa, y luego añadió con preocupación—: por el amor de Dios, padre, ¿se encuentra bien? Está usted pálido... blanco como el papel...

—No es nada, no es nada, estoy bien —mintió él—. Tendría que hacerme un favor, señora Badtke. Anule si es tan amable todos mis compromisos para hoy y pídale al diácono Liebmann que me sustituya en el servicio religioso de hoy. Tengo que salir a solucionar un asunto y lo más probable es que no vuelva hasta el anochecer.

—Pero... —Edith Badtke lo miraba con los ojos muy abiertos— ¿qué ha pasado?

—No puedo explicárselo, pero, por favor, haga lo que le he pedido, ¿de acuerdo?

En la mirada de la mujer podía leerse que ansiaba saber algo más, pero Thanner se dio la vuelta y salió de la habitación. Tenía que hacer una llamada urgente.

Sólo había un hombre que podía ayudarle.

Al acabar el turno de noche, Jan volvió a su casa y cayó en la cama, agotado. Las emociones de los últimos tres días y el desorden de horario que traían consigo las guardias empezaban a pasarle factura. Se puso el despertador a mediodía y durmió hasta entonces como un tronco.

En cuanto abrió los ojos oyó el sonido de sus tripas recordándole que hacía ya mucho tiempo que no comía algo saludable y en condiciones. Echó un vistazo a su nevera, pero ahí no había nada que hacer. Sus provisiones alimenticias se reducían a los restos de un plato precocinado para microondas, un trozo de *pizza*, un pote de aceitunas abierto, un poco de mantequilla y un trozo de emmental que tenía un inquietante tono azulado. Y los panecillos que Rudi había traído para el desayuno del día anterior ya se habían puesto duros.

Jan no pudo evitar pensar en su amigo, que en aquellos momentos debía de estar disfrutando de la vida bajo el sol de las Canarias. Para Rudi, que vivió la apretura económica y el hambre de la postguerra, era absolutamente impensable que alguien en su sano juicio tuviera la nevera vacía, o con menos provisiones de las que necesitaría para asegurarse dos semanas de supervivencia.

Visto lo visto, decidió acercarse al supermercado de la esquina y enmendar aquella situación. Muerto de hambre, empujó por los pasillos el carrito de la compra y fue llenándolo de alimentos mientras los altavoces del establecimiento iban llenándole la cabeza de música y ofertas irresistibles.

Cuando por fin llegó a las cajas vio que se habían formado dos largas colas para pagar, pero, al contrario de lo que sucedía el fin de semana, en el que la gente se mostraba especialmente inquieta e impaciente, hoy nadie parecía tener la menor prisa. Hasta las cajeras, por lo general nerviosas y malhumoradas, pasaban los alimentos por el escáner con relativa tranquilidad. Y la mayoría de los clientes cotilleaba sobre alguno de los dos temas que acaparaban las conversaciones de Fahlenberg por aquella época: la lluvia incesante, que había hecho crecer el cauce del Danubio y del Fahle, y por supuesto el brutal asesinato de Volker Nowak.

Los supermercados son como las antiguas plazas del pueblo, pensó Jan mientras se ponía en una de las colas. Cogió un ejemplar del *Fahlenberger Boten*, y mientras avanzaba lentamente, paso a paso, pudo leer el artículo de la portada, dedicado — como no podía ser de otro modo— al malogrado compañero. Por el momento la policía barajaba varias hipótesis, pero no tenía pruebas para ninguna.

—¡Doctor Forstner, pero qué casualidad!

Detrás de él estaba Bettina, sonriéndole, y una vez más, como cuando la vio en el hospital con aquel elegante vestido de color vino, a Jan le costó reconocerla. Bettina solía llevar la melena larga y rubia recogida en una coleta alta, pero ahora le caía suelta sobre los hombros, por encima del impermeable.

La joven movió la cabeza para señalar el periódico que Jan llevaba en las manos y

dijo:

—Qué horrible. Como si no hubiese ya suficientes tragedias en el mundo. ¿Han descubierto ya algo nuevo?

—No, aún no —respondió Jan.

—Dicen que lo más probable es que la asesina fuera una mujer, pero yo no acabo de creérmelo. No en el caso de Volker.

—¿Lo conocías?

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, depende de lo que entienda por conocerse. Resulta que mis padres vivían muy cerca de su casa, y mi madre conoce a Agnes Nowak desde hace un montón años. Fueron juntas al colegio, ¿sabe?

—Ya veo. ¿Y por qué dudas de que haya sido una mujer?

—A ver... —dijo ella, inclinando un poco la cabeza—, de todas las veces que me crucé con él, que no fueron pocas, nunca lo vi en compañía de una mujer. No, al menos, con una que tuviera pinta de poder ser su novia.

—¿Quieres decir que era...?

—¿Gay? —pronunció la palabra con expresión divertida—. No, yo creo que no. Volker era sólo un poco... raro. Aún vivía con su madre, ¿sabe? Y eso que ya debía de tener treinta y tantos años. ¿No le parece extraño?

Jan hizo un gesto de difícil interpretación. Por supuesto, no dejaba de ser algo curioso que un hombre de esa edad siguiera viviendo sólo con su madre, pero la crisis tenía estas cosas, y él no conocía lo suficiente a Volker Nowak como para haberse formado una idea sobre él. Todo lo que sabía era que Nowak había sido siempre un periodista trabajador y ambicioso que sabía cómo atrapar al lector con sus escritos, interesantes tanto en la forma como en el contenido, aunque a veces su afán de noticias lo había llevado a comportarse de un modo no demasiado correcto y a dejarse llevar por rumores y especulaciones. Jan sabía bien de lo que hablaba, pues él mismo se había visto envuelto en muchos chismorreos con la historia de su hermano, pero también es cierto que, pese a los rumores, Volker siempre había intentado cerrar unos artículos lo más justos y correctos posibles.

—Igual es la señora Nowak la que no está bien —continuó diciendo Bettina, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Yo nunca la he visto, ¿sabe? Pero mi madre dice que está muy enferma, y no sólo físicamente. Por lo que me han dicho, hace varios años que no sale de casa, a no ser que sea sábado por la noche.

—Eso explicaría por qué su hijo sigue viviendo allí, ¿no te parece?

—Sin duda —respondió Bettina.

Avanzaron un poco más en la cola y llegaron a las cajas. Mientras pensaba en Nowak y en su madre, Jan empezó a poner sus compras en la cinta del mostrador. Si era cierto que ambos habían tenido una relación tan estrecha lo más probable era que su madre supiese de qué quería hablar con él la noche en que murió, que en esos momentos era la pregunta del millón de dólares y no dejaba de rondarle por la

cabeza.

—Ahora somos casi vecinos, por cierto —dijo Bettina, devolviéndolo a la realidad.

—¿Disculpa? —Jan notó, no sin incomodidad, que Bettina estaba analizando lo que había comprado.

—Que somos casi vecinos —repitió ella—. Me he mudado, y ahora estoy a menos de dos manzanas de su casa. En la calle Bleuler.

—Pues has escogido bien, te felicito. Es un barrio muy agradable y tranquilo.

Se obligó a devolverle la sonrisa. El modo en que la enfermera observaba los alimentos sobre la cinta del mostrador estaba empezando a ponerle nervioso. Se sentía atacado en su intimidad. *Así que este es el yogur que te gusta, ¿eh? Vaya, la pasta de oferta pero la carne con el sello de Argentina, que es la más cara. Y, por supuesto, los raviolis con salsa enlatados. Típico de hombres.*

Bettina apartó la vista de la cinta y suspiró.

—Cierto. Aunque a veces demasiado tranquilo. Cuando el noventa por ciento de los vecinos son jubilados se siente una algo descolocada... Algo sola. Seguro que a usted le pasa lo mismo, ahora que la señorita Weller no está. ¿Quizá le apetezca venir a desayunar conmigo? Podría preparar un pastel —dijo, y señalando con la cabeza el pastel precocinado que Jan había puesto en la cinta, añadió con una sonrisa—: uno de verdad.

Una vez más le dedicó aquella mirada del día del vestido rojo y Jan sintió que volvía a ponerse igual de nervioso. Entonces le vino a la mente el ramo de rosas. ¿Era posible que se las hubiese enviado ella? ¿Era posible?

No, se dijo inmediatamente, qué tontería.

Bettina no.

—Gracias por la invitación —respondió al fin—, pero me temo que hoy tengo aún mucho trabajo que hacer.

—Ah, bueno. Pensaba que tenía el día libre.

—Aún así, trabajaré en casa. De verdad que lo lamento, pero hoy me es absolutamente imposible.

—Bueno —dijo Bettina, mientras la cajera acababa de pasar las últimas compras por el escáner— la oferta sigue en pie. Para cuando quiera, querido vecino.

Al salir del supermercado Jan volvió a pensar en el ramo de rosas, en el dibujo y en la incómoda llamada.

Sin ti no lo conseguiré.

Por absurdo que fuera todo o por loco que se sintiera... La sonrisa de Bettina y el modo en que lo miraba no le gustaron nada.

¿Qué fue lo que dijo Franco? Ah, sí, que la desconocida haría todo lo posible por mantener en secreto su verdadera identidad.

Tras saciar su voraz apetito, Jan salió de casa y se dirigió a la de los Nowak. Cuando llegó, aparcó en la calle de al lado. Estaba seguro de que en el aparcamiento de atrás habría encontrado alguna plaza libre, pero no se veía capaz de dejar su coche allí. El recuerdo del cuerpo de Nowak metido en una bolsa de plástico era aún demasiado reciente...

Apagó el motor y miró a través de la cortina de lluvia que caía por el cristal de su ventana. El piso de los Nowak formaba parte de un conjunto de edificios de tres plantas, cuyas fachadas —típicas de la gran expansión Alemana que empezó en 1781— se apretaban unas contra otras. En todas ellas, lo que un día fuera una capa de pintura blanca y limpia se había ido convirtiendo, con el paso de los años, en un rebozado *marronoso* que exigía con urgencia un lavado. Bajo la luz grisácea de aquel acuoso día de octubre, el edificio de los Nowak se veía oscuro y escabroso. No se veía luz en ninguna de las ventanas, aunque, tras mirar con más atención, Jan vio que todas tenían cortinas oscuras y que la mayoría estaban cerradas.

Jan esperaba que la madre de Nowak no se disgustara con su visita y no la considerara una falta de respeto, visto el poco tiempo que había pasado desde la tragedia, pero es que la curiosidad por saber qué quería decirle Nowak, la intriga por descubrir de qué querría hablarle, no lo dejaba vivir en paz, y quizá ella supiera algo al respecto.

¿De quién se escondía Nowak? ¿Por qué pensaba que lo seguían? ¿A quién quería evitar? ¿De verdad se trataba de la mafia rusa? ¿Y entonces para qué quería su opinión profesional?

Salió del coche, esperó a que pasara un camión que iba salpicando agua hacia las aceras, y cruzó la calle. Alzó la vista hacia el edificio y tuvo la extraña sensación de que este le devolvía la mirada.

¿Quién? ¿Quién podría estar espiándome?

Reprimió aquel pensamiento absurdo y se dirigió hacia la entrada del edificio, donde tres escalones conducían hasta la portería. A uno de los lados habían montado unos raíles para transportar una silla de ruedas, y Jan recordó lo que le había dicho Bettina acerca de la salud de Agnes Nowak: que estaba enferma, y *no sólo físicamente*.

En el portal no había ningún buzón con el nombre de Nowak, y tampoco aparecía su apellido en el listín telefónico. El periodista, con su avidez por temas candentes y comprometidos, había puesto un gran empeño en mantener su vivienda en el anonimato. Seguro que en casa de su madre se sentía seguro. Un error craso... y mortal.

Jan llamó al único timbre que no tenía nombre y esperó, pero no sucedió nada.

Quizá Agnes Nowak no estuviera en casa. Sin embargo, Bettina le había dicho que conocía a la anciana y que esta sólo salía de casa de noche, así que volvió a

intentarlo, esperó un poco más y se quedó mirando fijamente el cuadro del interfono, como si estuviera llamando con la mente. Sin respuesta.

Acababa de darse la vuelta para marcharse de allí cuando oyó un chasquido electrónico y vio encenderse una lucecita roja en el cuadro del interfono.

—¿Sí?

La voz ronca de una mujer, vacilante y desconfiada.

—¿Señora Nowak? Me llamo Jan Forstner. Conocía a su hijo. Lamento molestarla, pero le agradecería que me concediera unos minutos.

Un breve silencio.

—¿Qué desea?

—Me gustaría hablar con usted sobre su hijo.

—¿Usted es el psiquiatra, verdad? El del libro.

—Mire, si he venido en mal momento puedo marcharme y volver cuando usted me diga.

—¿Le han enviado ellos?

—¿Quiénes?

—¿Cómo que quiénes? La policía, por supuesto.

—¿La policía? No, en absoluto.

—¿Está seguro?

—Desde luego. He venido porque su hijo me dijo que quería verme justo la tarde del martes en que...

Lo interrumpió el zumbido de la puerta al abrirse, y la lucecita roja del interfono se apagó.

Jan entró en el edificio, que estaba a oscuras, y subió las escaleras hasta el piso de Nowak.

La puerta estaba abierta y en su interior reinaba la más absoluta oscuridad. El piso, que resultó ser un dúplex, olía a madera antigua y a suelo enmoquetado, y estaba también impregnado de un aroma dulzón que a Jan le hizo pensar en alguna pomada para el dolor. Debía de hacer años que nadie aireaba aquella estancia, y, aunque le daba la impresión de que tenía los techos altos —era difícil calcularlo a oscuras—, sintió de pronto una incómoda sensación de opresión.

Mientras avanzaba a tientas por el recibidor intentó encontrar algún interruptor, mas cuando al fin dio con uno y lo apretó, sólo se encendió un caminito luminoso en el suelo, que avanzaba por el pasillo y conducía hasta las escaleras que llevaban al piso de arriba.

Justo cuando Jan había empezado a buscar un segundo interruptor con el que encender las lámparas del techo, justo entonces, la puerta que daba a la calle se cerró detrás de él y se llevó consigo los últimos restos de luz del día.

Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a aquella tenue iluminación. Poco a poco pudo reconocer una antigua mesita de escritorio sobre la que reposaban una fuente de porcelana y un objeto alargado que parecía un cohete en miniatura. Y

junto al escritorio, una silla de ruedas eléctrica de la que pendía un impermeable.

—Hay una linterna sobre la mesa.

Jan levantó la vista hacia las escaleras. La débil iluminación del suelo apenas le permitió distinguir el contorno de una silueta de mujer, alargada y enjuta, que se sostenía con ambas manos en la barandilla y le señaló el escritorio con un gesto de cabeza.

—Cójala y suba. Pero no la levante. Manténgala iluminando el suelo.

Se dio la vuelta antes de que Jan pudiera decir nada y desapareció de su campo de visión arrastrando los pies. Así que a eso se refería Bettina con lo de «enferma, y no sólo físicamente».

Tomó la linterna, que no era otra cosa que el supuesto cohete en miniatura, y la encendió. El haz de luz que iluminó el suelo hizo que se sintiera inmediatamente reconfortado.

Subió las escaleras y avanzó lentamente por el suelo embaldosado, que, indiscreto, iba dejando constancia sonora de cada uno de sus pasos. Por fin encontró a Agnes Nowak en un espacioso salón, apenas iluminado —como no podía ser de otro modo— por unas luces que quedaban bajo los zócalos. La claridad apenas alcanzaba para reconocer lo necesario: un sofá que debía de ser de los años cincuenta y dos sillones orejeros a conjunto, una mesa de comedor con seis sillas puestas en tres de sus lados y un banco de madera en el cuarto, dos estanterías grandes y un reloj de pared cuyo sonido sordo y constante dominaba toda la situación.

En aquella habitación, el olor a medicina era aún más intenso.

—¿Le apetece un té?

Agnes Nowak estaba poniendo una segunda taza sobre la mesa. Apoyándose en el respaldo de una de las sillas, se dio la vuelta para mirarlo, no sin dificultad. Aquella mujer tan alta y delgada, cuyas esqueléticas piernas se torcían hasta formar una X, estaba ligeramente inclinada hacia delante, y parecía que si no se sentaba acabaría cayéndose irremediabilmente.

Jan hizo un gesto de negación con las manos.

—No, gracias, no se moleste.

—Por supuesto que le apetece un té —dijo ella, con firmeza—. Venga, siéntese. Y apague la linterna. Aquí ya hay suficiente luz.

Jan apagó la linterna, la dejó sobre una mesita que quedaba junto al sofá y se acercó a Agnes Nowak. Debía de tener unos sesenta años, por lo que dijo Bettina, aunque parecía mucho mayor. Observaba a Jan desde unos ojos oscuros y vivarachos que brillaban en una cara perfectamente ovalada, de mejillas hundidas y piel arrugada. El rostro de la señora Nowak era interesante y frágil, misterioso, y conservaba aún algo de la belleza que en su día debió de tener. A Jan le vinieron a la mente las últimas fotos de Audrey Hepburn, ya muy enferma, y no pudo evitar pensar que Agnes Nowak podría haberle hecho de doble, al menos en las tomas cortas, durante los últimos tiempos de la actriz. La tez de aquella mujer era

extraordinariamente pálida, y el luto de su vestimenta contribuía a acentuar aún más su palidez. Parecía llevar un maquillaje de cera blanca que, junto con su estropajosa melena, amarillenta por efecto de la mortecina iluminación, le confería un aspecto sorprendentemente irreal.

—Sentémonos —dijo, mientras se dejaba caer en una de las sillas con una cierta rigidez—. No suelo recibir visitas, ¿sabe? El padre Thanner viene de vez en cuando, y también una enfermera de los servicios sociales, pero ellos no cuentan como invitados. —Cogió una caja de cristal llena de galletas y levantó la tapa—. Aun así, siempre tengo galletitas en casa. ¿Quiere una? Pero claro, por supuesto que quiere una.

—Gracias —dijo Jan, cogiendo una de las galletas mientras tomaba asiento frente a ella.

Agnes Nowak lo miraba con ojos entornados.

—Si le han enviado ellos puede decírmelo, descuide, ahora ya está aquí.

—Nadie me ha pedido que venga, señora Nowak, créame.

Ella le guiñó un ojo y sonrió.

—En estos momentos está usted preguntándose por qué tengo tan pocas luces encendidas, ¿no es cierto?

—Para serle sincero, sí, eso mismo estaba pensando.

—Bueno, espero que mantengamos en todo momento una conversación sincera —le dijo ella, observándolo atentamente, o quizá juzgándolo—. En fin, por lo que respecta a la oscuridad... Seguro que como médico ha oído usted hablar de la EPP.

—¿La Protoporfiria Eritropoética?

Ella asintió, y al ver la flácida piel de aquel cuello Jan no pudo evitar pensar en una tortuga.

—Esa misma, sí. Aunque sólo Dios sabe por qué le pusieron este nombre, ya que la EPP es cualquier cosa menos poética. ¿Sabe usted lo que significa no haber visto nunca luz del día? ¿No tener ningún recuerdo de un juego de niños al aire libre? ¿Que una simple bombilla te provoque un dolor tan intenso que lo único que desees es volver a apagarla? No, por supuesto que no lo sabe. Pero quizá pueda imaginárselo.

Jan asintió, comprensivo. La EPP era un trastorno metabólico muy infrecuente que solía manifestarse en los primeros años de vida y que con el paso del tiempo iba volviéndose más agresivo hasta alcanzar niveles extremos de fotosensibilidad. En los estadios más avanzados de la enfermedad, los afectados pueden llegar a no soportar siquiera la luz artificial. Por lo que él sabía, no se conocía aún ningún remedio ni terapia eficaz contra la EPP, más allá de apagar las luces y vivir en la oscuridad. Aquel era el único modo de evitar el dolor.

Agnes Nowak cogió la tetera con manos temblorosas y sirvió una taza a Jan. Él observó aquellos dedos y muñecas deformados, que sin duda eran el motivo de aquel olor dulzón que impregnaba toda la casa.

—El dolor no es lo peor, ¿sabe? —dijo la mujer—. Lo peor es la soledad a la que

una enfermedad como esta te confina inevitablemente. Ninguna persona sana aguanta demasiado tiempo en un espacio sin luz, a no ser que la obliguen. De pequeña tuve pocos amigos, y con el paso del tiempo todos fueron desapareciendo. Una persona que evita los espacios vacíos siempre resulta algo inquietante y sospechosa... Pero no puedo quejarme, claro: tuve un marido maravilloso que estuvo a mi lado y un hijo que me cuidó. La mayoría de los que sufren esta enfermedad no han tenido tanta suerte. Pero ahora... ahora yo... —Cerró los ojos y movió la cabeza hacia los lados. Cuando volvió a abrirlos las lágrimas rodaron por el pergamino de sus mejillas—. ¿De modo que era usted amigo de mi Volker?

—Bueno, amigo quizá sea excesivo; hace un tiempo estuvimos en contacto...

—Lo sé. Escribió sobre usted. —Se pasó la mano por la cara y asintió—. Cuando pasó lo del bosque. Volker sentía una gran admiración por usted. Decía que había sido muy valiente. Un héroe. Mi Volker adoraba a la gente con coraje. Él también era así: siempre en busca de la verdad, ¡siempre! Según él, las mentiras debían salir a la luz, aunque resultaran incómodas o arrastraran a alguna víctima consigo, pues era nuestro deber combatirlas y defender la verdad. —Apoyó las manos en su regazo y suspiró—. Hasta que se convirtió en víctima de su propia lucha.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo haber sido?

—Esto ya me lo preguntó la policía. —Cogió una galleta con sus artríticas manos y observó a Jan como si fuera un objeto extraño e inclasificable—. Ese tal Stark y su colega, el que murió.

Jan pensó en Kröger. Con qué rapidez se propagaban las noticias, sobre todo si tenían que ver con la muerte. Llegaban hasta a aquellos que apenas tenían contacto con el exterior.

Agnes Nowak dejó la galleta en un platito que tenía delante de sí e hizo un gesto con la mano.

—Pero no pude ayudarlos. Volker nunca me hablaba de su trabajo. Hablábamos mucho y de muchos temas, pero nunca de lo que hacía como periodista. Decía que era mejor así; que prefería que yo no supiera nada. Era un buen chico. A su edad, la mayoría ya se habían casado y tenido hijos y perdido el tiempo para ocuparse de sus madres, pero él era distinto.

Jan recordó entonces lo que Carla le dijo en una ocasión sobre Volker Nowak. Hablaron sobre él después de que este publicara su artículo sobre la historia de la familia de Jan, y Carla le dijo que el periodista era un tipo insólito, por una parte lunático e infantil pero por otra introvertido e inaccesible.

—Tiene un secreto, me juego el cuello a que sí —le había dicho Carla.

Y ahí estaba él, sentado justo frente a aquel secreto: una mujer fotosensible que cuando hablaba de su hijo se refería a él como «mi Volker» o «un buen chico».

—Señora Nowak, he venido a verla porque su hijo me llamó el día en que lo asesinaron. Me dijo que quería verme para hablarme de un asunto importante, aunque no mencionó de qué se trataba. ¿Tiene usted alguna idea de lo que podría ser?

—No, no me dijo nada. Pero sé que a usted lo admiraba mucho...

—¿Le comentó alguna vez si tenía la sensación de estar siendo observado?

—Bueno... Nunca lo expresó con palabras —respondió ella, mirando a Jan con expresión asustada—, pero tengo ojos en la cara, ¿sabe usted? Y era evidente que últimamente tenía miedo de algo, y cuando tuvimos aquel encuentro... —Se interrumpió a media frase, inclinó la cabeza hacia un lado y asintió, mirando hacia Jan—. O sea que sí lo han enviado ellos, ¿eh? Vamos, admítalo. Le han dicho que venga y me confunda para que le cuente lo que vimos, ¿verdad?

En aquel momento la mujer le dirigió una mirada que a él le resultaba familiar: la veía cada día, cada vez que hablaba con sus pacientes, personas con delirios de todo tipo, muchas de ellas convencidas de que sabían algo que nadie iba a creer.

—Le aseguro que no me ha enviado nadie —repitió Jan, una vez más, aunque por la expresión de ella vio que no le creía—. ¿Por qué cree que querrían hacerlo?

—Para que le hable de un encuentro que tuvimos.

—¿Con quién?

Durante unos segundos pareció dudar, pero entonces abrió la boca y la respuesta salió presta y firme:

—Con un fantasma.

Jan sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Con un... fantasma?

—Vamos, no me mire como si me faltara un tornillo. —Hizo un gesto con la mano, en el que se reflejaba toda su rabia y su frustración—. Los policías reaccionaron igual. Está claro que piensan que soy una vieja loca que ha perdido el juicio, y ahora me envían el psiquiatra a casa.

—Señora Nowak, como ya le he dicho, le juro que...

—Quizá tengan razón —le interrumpió—. Quizá ya no sea del todo normal. Cuando una pasa a oscuras la mayor parte de su vida acaba... cambiando. Sin luz pueden verse y oírse cosas distintas, cosas muy distintas, y no todas son susceptibles de ser explicadas. Pero le aseguro que la mujer que vimos Volker y yo estaba allí. Lo estaba.

—¿Una mujer? —Jan se removió en su silla—, ¿y cómo era?

Agnes Nowak se encogió de hombros, y al hacerlo su rostro se contrajo en una mueca de dolor.

—No sabría decírselo. Apenas veíamos nada. Estaba ahí, y de pronto había desaparecido. —Miró a Jan a los ojos y añadió—: ¿Cree usted en los fantasmas?

Él carraspeó:

—No, si me lo pregunta así, la verdad es que no.

—Lo imaginaba —dijo ella, aunque no sonaba decepcionada—. No es usted muy creyente, ¿verdad, doctor Forstner?

—Creo en el sentido común del hombre sano —dijo Jan, con toda la sinceridad de que fue capaz—. De no ser así no podría ejercer como psiquiatra.

—No me sorprende —indicó la mujer.

Apartó la mirada de Jan y la dejó vagar por la oscura habitación. Él tuvo la sensación de que se alejaba, de que se deshacía en la oscuridad que los envolvía a ambos.

—Usted nunca ha observado la oscuridad, ¿no es cierto? Me refiero a observarla de verdad, atentamente. Todo el mundo piensa que en la oscuridad no puede verse nada más que eso: oscuridad y negrura, pero no es cierto. Cuanto más se observa, más detalles se ven.

Su rostro había adquirido una expresión algo extraña. Parecía la cara de un maniquí. Y mientras seguía hablando, parecía estar haciéndolo más consigo misma que con Jan.

—¿Sabe? Yo antes era muy religiosa. Dicen que la religión es el refugio de los débiles y desesperados, ¿no es cierto? Pues en mi caso era absolutamente cierto. Como sin duda imaginará, mi enfermedad hacía que me sintiera realmente desesperada. Al principio rezaba para que Dios se compadeciera de mí e intercediera para curarme, pero no lo hizo, así que empecé a pensar que quizá me hubiese puesto una prueba, un obstáculo para sortear, y que en mis manos estaba el dar sentido a mi vida actuando así como un ser fuerte y sacrificado. Entonces me envió esta maldita artritis —al decir aquello alzó una mano y observó sus dedos, que parecían pequeñas y deformes ramitas, y al volver a ponerlas sobre su regazo cerró los puños, cosa que, por el gesto de su cara, debió de provocarle mucho dolor—, y por fin, cuando se llevó a mi marido, empecé a odiarlo. ¿Qué tipo de enfermo era Dios? ¿Por qué era tan perverso e insensible? ¿Acaso disfrutaba enviando dolor, enfermedades y muerte a sus propias creaciones?

La mujer suspiró y se detuvo unos instantes, como si quisiera reflexionar un poco sobre lo que acababa de decir.

—Entonces, en algún momento, me dije que lo más probable era que no existiera. Que no fuera culpable de nada ni estuviese en su mano ayudarme. Si quiere que le sea sincera, esta es la tesis que sigo creyendo aún hoy. Pero no se lo diga al padre Thanner, ¿eh? Dejaría de venir a visitarme y eso me entristecería mucho.

—No le diré ni una palabra, se lo prometo.

Ella siguió como si no le hubiese oído:

—Sea como fuere, si no es Dios es otra cosa, pero algo hay seguro. Cuando uno pasa a oscuras el tiempo suficiente, lo sabe. Lo nota. Hay un mundo más allá de nuestra razón. Tiene que haberlo. ¿Qué sería, si no, de nuestros pensamientos, de nuestra alma o del sentido como usted mismo lo llama? Yo estoy absolutamente convencida de que algo en nosotros sigue vivo mucho tiempo después de que nuestro cuerpo haya desaparecido. Y por eso creo en apariciones como la de aquella mujer. Quizá le parezca ridículo utilizar la palabra fantasma, pero digamos que se trata de una... concesión. A falta de un término mejor. Porque le juro, doctor Forstner, le juro que mi Volker y yo vimos un fantasma. Un presagio de su inminente muerte.

Dicho aquello, se echó hacia atrás en el respaldo de su silla y, asintiendo lentamente, dejó que las palabras hicieran su efecto. Sólo se oía el tic-tac del reloj.

Jan observó a la señora Nowak con una mezcla de preocupación y compasión. Sin lugar a dudas, la enfermedad había hecho mella en su subconsciente, y la oscuridad había empezado a provocarle alucinaciones. Lo más probable era que el fantasma en cuestión no fuese más que un espejismo, aunque no descartaba que su origen fuera hasta cierto punto real. Al fin y al cabo, Volker Nowak murió poco después de discutir con una desconocida.

—Dígame... —le preguntó entonces—. ¿Podría decirme algo más sobre ese fantasma?

—Desde luego que sí. —Estaba quieta en su silla. Con aquella luz tan débil su rostro ovalado parecía el de una muerta—. Pero no sé si quiero. A estas alturas ya está usted convencido de que estoy loca, ¿no es cierto? Como la policía.

Jan movió la cabeza hacia los lados con firmeza.

—Señora Nowak, yo creo que vio usted a alguien. A una mujer a la que confundió con un fantasma, y me gustaría saber más sobre ella.

La mujer sonrió mostrándole el blanco artificial de su prótesis dental.

—Una respuesta muy diplomática, doctor. Está bien, se lo contaré. Quizá así me crea.

—Mi querido Felix, en esta ocasión Dios te ha puesto una prueba difícil, sin duda.

El obispo Hagen suspiró conmovido y se apoyó en el sobre de piel de su macizo escritorio. Era un hombre corpulento, de pelo ralo y ojos hundidos que miraban a Felix Thanner con preocupación.

—Puede apostar a que sí —le respondió Thanner, frotándose las sienes.

La pared de pizarra oscura intensificaba el intenso olor a madera de aquel amplio despacho. Un olor que le resultaba ligeramente nauseabundo y le provocaba dolor de cabeza. Aunque quizá la angustia que lo atenazaba tuviera también algo que ver con aquella sensación.

—No sé qué hacer...

—Bueno, desde un punto de vista meramente humano entiendo su dilema a la perfección —le dijo el obispo—: teme que esa mujer pueda matar a alguien más, y, por lo que ella misma dijo, parece más que posible. Sin embargo, hijo mío, nuestro deber no pasa por interferir en los planes de Dios. Nosotros no somos más que sus instrumentos... Claro que, por otra parte, fue Él quien la envió a tu confesionario, así que igual sí puedas hacer algo: quizá las palabras que le dijiste provoquen al fin su arrepentimiento y decida entregarse a la policía.

—Tengo serias dudas al respecto, Excelencia. En mi opinión lo único que quería era desahogarse. No me pareció que estuviera avergonzada o arrepentida, ni mucho menos.

El obispo se reclinó sobre el respaldo de su silla y suspiró sonoramente.

—Una desgracia, no hay duda. Pero no sé cómo puedo ayudarte. Debes tener presente que el secreto de confesión es sagrado y que tu deber, en tanto que mensajero de Dios, es protegerlo y respetarlo, tanto si la pecadora se arrepiente sinceramente como si no. Ella ha acudido a ti para descargarse de un gran peso, pero no son tus hombros los que ahora deben cargar con él, sino que siguen siendo los suyos. Con ayuda de Dios nuestro Señor, se entiende.

—Pero ¿y si reincide? ¿Y si vuelve a matar a alguien en un ataque de locura? ¡Moriré de angustia pensando que podría haberlo evitado! —Thanner tuvo que hacer un esfuerzo por no ponerse a gritar—. No puedo quedarme aquí quieto, cruzado de brazos, esperando a que actúe de nuevo.

—¿Pero estás seguro de que fue ella? ¿Tienes alguna prueba real, algo que no sea sólo su confesión?

—No, pero he comprobado lo que me dijo, y todo es cierto. No hay motivos para dudar de sus palabras. Y, como ya le he dicho, mis investigaciones me llevaron hasta el segundo asesinato que cometió.

—¿Estás absolutamente convencido, hijo? ¿No habías dicho que la mujer estaba algo... loca?

—Sí, sí, pero créame, Excelencia, todo lo que dijo es cierto, ¡todo! Estoy seguro

de que ella cometió los asesinatos.

El obispo Hagen apretó los labios y se miró las manos, entrelazadas sobre el abdomen.

—En este caso sólo puedo recomendarte que la próxima vez que entre en la iglesia hagas cuanto esté en tus manos para conseguir que se entregue a la policía. Apela a su conciencia. Hazle entender que una creyente católica debe rendirse a la ley, y que sólo así, sólo después de haber aceptado su castigo en la Tierra, podrá recibir el perdón y prepararse para el Juicio Final. —El obispo dijo aquello con firmeza, y después levantó el dedo índice y continuó—: De todos modos, querido Felix, no hace falta que te diga que sólo podrás hablarle en estos términos si ella misma se te acerca y vuelve a hablarte de este asunto, ¿verdad?

—Pero... ¿y si no vuelve? —insistió Thanner con la tozudez del hombre que espera encontrar otra solución para sus problemas—, ¿o sí vuelve pero no me habla del tema o no quiere escuchar mis consejos?

—Felix, Felix... —el obispo meneó la cabeza—. Te puede la sangre joven que corre por tus venas. Tienes que calmarte. Vuelve a tu parroquia y reflexiona un poco. ¿Qué esperabas que te dijera? ¿Querías que te liberara del secreto de confesión? No imaginaba que fueras tan ingenuo...

Thanner se levantó de un salto.

—¿Ingenuo, dice? —preguntó, alterado—. En algún lugar de Fahlenberg hay un hombre que se ha convertido en la nueva obsesión de esa mujer. Ella misma me lo dijo. ¿Y qué quiere que haga? No puedo cuidar sólo de ella. Tiene que haber algo que pueda hacer para proteger a sus futuras víctimas, ¿no? ¿O de verdad pretende que me quede de brazos cruzados? ¡Me niego a creer que esa sea la voluntad de Dios!

En aquel momento el obispo se levantó también y se mostró en toda su grandeza.

—Escúchame bien, Felix —dijo, en tono muy serio—. Entiendo el conflicto en el que te ves sumido por culpa de este incidente, pero me veo obligado a recordarte que no puedes desobedecer tus votos ni ir más allá de tus competencias. El secreto de confesión es indiscutible. Su finalidad es proteger a los pecadores que se arrepienten de sus actos ante Dios y ante la iglesia, y lo que tú oigas o pienses al respecto no importa lo más mínimo. ¡No sólo formas parte de la comunidad católica, apostólica y romana, sino que la representas! Así que antes de que sigas alzando la voz y criticando el sistema, o quizá incluso a Dios, me veo en la obligación de recordarte que hiciste unos votos y que te debes a ellos. Y si todo esto te supera te aconsejo que te tomes un descanso. ¿Qué tal unos ejercicios espirituales? Seguro que te sentarían de maravilla.

—No —respondió Felix—. No quiero desatender mis asuntos.

—Como deseas. Pero no olvides que todo este asunto está en manos de Dios, y no en las tuyas. Eres sacerdote, no policía. ¿He sido lo suficientemente claro?

Thanner notó que estaba temblando.

—Pero el hombre... Tiene que haber alguna manera de salvarlo...

El obispo asintió cautelosamente y miró a Thanner como lo haría un maestro con un alumno especialmente lento de reflejos.

—Sí la hay, hijo mío, y lo sabes perfectamente.

—¿Ah sí?

—Reza por él —dijo el obispo, sentándose de nuevo—. Y reza por la pobre alma de la pecadora. En la oración está la fuerza, no lo olvides. En la carta a los hebreos se nos dice «Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de los cielos, a fin de alcanzar la misericordia y hallar la gracia para una ayuda oportuna». Debemos confiar en el Señor, Felix. Sobre todo tú. —Entonces cogió una carpeta llena de documentos para firmar, la abrió y miró a Thanner a los ojos—. Con esto doy nuestra charla por finalizada. Puedes irte en paz.

Thanner se levantó temblando. Se sentía solo y abandonado en medio de aquel enorme despacho, tan grande que podría haber dado cabida a todo un acto de recepción oficial. Y el olor a madera le resultaba aún más intenso. Tenía el estómago revuelto y creía que las sienes le iban a explotar, pero aun así no acertaba a irse: algo en su interior —un sentimiento, una intuición, quién sabe si la voz del propio Dios— le pedía que se quedara.

«Se te escapa algo —le decía aquella intuición—; algo muy importante. El verdadero motivo que te ha traído hasta aquí. Tú no venías por el obispo. Venías por otra cosa».

Durante unos instantes pensó que aquello no era más que desesperación, o quizá la absurda esperanza de que el obispo se lo pensara mejor y le ofreciera una ayuda más amable que la mera referencia a su fe y a la justicia divina.

«Mira a tu alrededor —se dijo—. ¡Aquí hay algo que ya has visto muchas veces, pero ahora es importante!».

Dejó vagar la mirada por las imágenes de santos que el obispo Hagen tenía colgadas en la pared de detrás de su escritorio, todas ellas con marcos de oro. Aquel hombre era un apasionado coleccionista de arte sacro, y aquella galería era su mayor orgullo, según reconoció en una entrevista que le hicieron hacía tiempo para la hoja dominical.

Alguno de aquellos cuadros era muy antiguo. En ellos podía verse a Afra de Augsburgo, a San Antonio, a San Jorge luchando contra el dragón... y a San Cristóbal con el niño Jesús a hombros.

¡Sí! ¡Eso es!

Thanner sintió un escalofrío. Eso era lo que estaba buscando. Ahora entendía por qué aquella voz no le dejaba marcharse. Y... sí, quizá se tratara de un guiño de Dios, que le echaba una mano en su desesperación.

—¿Me oye, Felix?

En aquel momento se dio cuenta de que el obispo le había estado hablando.

—Le preguntaba si sucede algo.

Thanner asintió.

—Como sacerdote que ha escuchado una confesión no hay nada que hacer, pero como religioso sin más sí, ¿no?

El obispo Hagen lo miró con escepticismo.

—Siempre que la mujer acuda a usted y le pida ayuda en esos términos, sí, claro. Pero sólo en ese caso. ¿Lo ha hecho?

Thanner volvió a observar la imagen de San Cristóbal y pensó en la estatua de su capilla; en el mar de velitas y la capa roja que convertía al niño en una niña.

—Sí. Indirectamente.

La mujer no le había pedido ayuda con palabras, pero estaba claro que se había comunicado con él también fuera del confesionario. De modo que aquella visita no había sido en vano, al final.

Poco después, sumado ya al tráfico lento y perezoso del mediodía, Thanner observó a los transeúntes desde su coche.

Pensó en la desconocida y en el hombre con el que se había obsesionado. Eran como los individuos que caminaban por aquella calle. Dos personas de las que no sabía casi nada.

Pero quizá lograra cambiar aquello, pues cuanto más vueltas le daba a su idea — ¿o debería decir a su inspiración?—, más seguro se sentía de todo.

Había un modo de descubrir la identidad de la mujer. Evidentemente, no podía estar seguro de que funcionaría, no al menos al cien por ciento, pero al menos era una posibilidad... Y no le obligaba a romper sus votos.

Pero mientras conducía le vino a la mente otra idea mucho menos halagüeña: la mujer había estado al menos dos veces en su iglesia, una para «decorar» al santo y la otra para confesarse con él. Así que... ¿y si el hombre en el que la loca se había fijado era él?

Jan abrió el paraguas que siempre llevaba en el maletero de su viejo Volkswagen y cruzó la puerta de hierro forjado del cementerio de Fahlenberg. Mientras avanzaba por el camino cubierto de castañas y la hojarasca crujía bajo sus pies, iba pensando en la historia que Agnes Nowak le explicó en el salón de su casa.

Fue un relato de lo más misterioso, que le hizo pensar en las historias de miedo que solía leer de pequeño, sentado en la cama y cubierto con una manta: novelas y relatos cortos de E. T. A. Hoffmann, Edgar Allan Poe, Wilkie Collins o Bram Stoker. Por aquella época aún creía en los fantasmas y los fenómenos paranormales, y en el tipo de apariciones del que le habló la señora Nowak. Pero ahora ya era mayor y se había convertido en un adulto racional que sabía que los espíritus, sus voces y su presencia no eran más que productos de la imaginación, alucinaciones o malas interpretaciones de hechos reales sencillamente explicables. El hecho de relacionarlas con el más allá tenía su origen en el miedo a la propia futilidad de la existencia y a la esperanza de una vida más allá de la muerte.

A esas alturas Jan había escuchado ya demasiadas historias de aquel tipo, demasiadas, y sólo le servían para reflexionar sobre cuán creativa puede llegar a ser la imaginación del ser humano: apariciones de la Virgen, seres monstruosos, espíritus, fantasmas, demonios y dioses de todo tipo... La psiquiatría estaba llena de estas historias.

Y, sin embargo, estaba absolutamente convencido de que Agnes Nowak vio a alguien. A una persona, se entiende; no a un fantasma. Pero en la grisácea soledad del cementerio, en la que no se oía nada más que el murmullo del viento, el sonido de los coches en la autopista de al lado y el repiqueteo de la lluvia sobre su paraguas, el recuerdo de la historia que ella le contó hizo que se le pusiera la piel de gallina.

Estaba sentada en su silla, una figura pálida que llevaba años evitando la luz del sol. Sus manos deformes sujetaban con fuerza una taza de té, como si con aquel objeto quisiera recordarse a sí misma que se encontraba en un lugar y un momento reales; como si supiera que la historia que estaba a punto de contar no iba a creérsela nadie.

—Mi Eckardt murió poco después de que Volker entrara en el colegio —empezó a decirle, con la mirada perdida en la oscuridad—. Era un hombre bueno, de corazón grande y generoso, aunque por desgracia demasiado débil. Murió de repente, inesperadamente. Lo único que me consuela es pensar que no sufrió.

»Todavía me duele en el alma el recuerdo de no haber estado a su lado el día de su entierro. Aquel septiembre fue especialmente cálido y soleado, y mi enfermedad volvió a parecerme una maldición. Tuve que esperar a que se pusiera el sol para poder ir a despedirme de mi Eckardt por última vez. Y aquella noche le prometí que no dejaría de ir a visitarlo.

»Yo no tengo carnet de conducir, ¿sabe usted? En mi época no era algo tan

extraño, y además estaba el tema de mi ftofobia, así que, cada vez que quería ir a visitar la tumba de mi marido, tenía que llamar a un taxi. Y siempre lo hacía de noche, cuando el cementerio ya estaba cerrado para los visitantes. Por suerte el sacerdote que había en la parroquia en aquel momento me hizo una copia de la llave, y me la dejó, sólo para mí. Un gesto muy generoso, ¿no le parece?

—Desde luego, desde luego —le respondió Jan, aunque le pareció que ella no le escuchaba.

—Desde aquel día he estado yendo a visitar la tumba de mi Eckardt cada sábado por la noche, en cuanto se ponía el sol. Y en todos estos años no he faltado ni una sola vez. Aunque estuviera enferma o me encontrara fatal, he continuado yendo. Antes de que Volker se sacara el carnet de conducir íbamos los dos en el taxi, y después empezamos a ir en su coche. Cada sábado de cada mes de cada año, hiciera el tiempo que hiciera, nos pasábamos a visitarlo. Se lo debía a mi Eckardt. Nos conocimos cuando éramos niños y vivíamos en el mismo barrio, y a los ocho años nos prometimos que algún día nos casaríamos y pasaríamos juntos el resto de nuestras vidas. Como ve, cumplimos nuestra promesa. Solo que ese «resto de nuestras vidas» resultó ser mucho más corto de lo que esperábamos. —Dicho aquello, Agnes Nowak suspiró y dio un sorbo a su té antes de continuar—: Total, que el sábado pasado volvimos a ir al cementerio, mi Volker y yo. Era tarde, porque Volker estuvo trabajando hasta la noche —para él no existían los fines de semana, ¿sabe usted?—, pero no era la primera vez que le pasaba. Los dos somos animales nocturnos... Quiero decir... lo éramos. Volker debió de heredarlo de mí. Nunca nos levantábamos demasiado pronto, y siempre nos íbamos tarde a la cama. Y por cuanto hacía al cementerio... En realidad daba igual si íbamos a una u otra hora, porque teníamos las llaves.

»Creo que debían de ser las once cuando llegamos a la tumba de Eckardt. Como siempre, puse flores frescas en su jarrón (gladiolos, siempre gladiolos, porque a él le encantaban, pese a su mal olor), y cuando volví a reunirme con Volker me di cuenta de que tenía la vista fija en la oscuridad. Con los ojos entornados, no cabía duda de que estaba mirando algo, aunque no supiera decir de qué se trataba.

»«No es posible» le oí murmurar, y antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, lo vi con mis propios ojos. Dos filas de tumbas más allá había alguien. Una silueta oscura de mujer, de eso estoy segura. Llevaba un abrigo gris y un pañuelo en la cabeza, y un mechón de pelo rubio y largo le caía por la cara. No pude ver nada más, por mucho que con el paso del tiempo mis ojos se hayan ido acostumbrando a ver en la oscuridad. Lo único que pude distinguir era que tenía la cabeza inclinada hacia abajo, como una estatua.

»No se dio cuenta de nuestra presencia hasta que Volker intentó hablar con ella. Le preguntó quién era y qué hacía allí a aquellas horas (nosotros habíamos cerrado la puerta al entrar, como siempre, de eso estoy segura), pero la mujer no contestó. Por el contrario, se alejó corriendo de allí, como si estuviese asustada. Y debía de estarlo, de

hecho, porque no se dirigió hacia la salida, como habría sido de esperar, sino que se marchó en la dirección diametralmente opuesta.

»Volker salió corriendo tras ella, y en un momento dado lo oí hablar, aunque no fui capaz de distinguir lo que decía. Y entonces...

Agnes Nowak volvió a dar un sorbo a su té y se quedó callada. Para sacarla de su ensimismamiento, Jan tuvo que intervenir y preguntarle qué fue lo que sucedió entonces.

—Entonces oí ese grito. Tuvo que ser cosa de aquella mujer, claro, pero... pero... es que no parecía humano, ¿me entiende? Parecía más bien de un animal... o de un ser de otro mundo. Era espeluznante. Yo estaba en mi silla de ruedas, temblando como una hoja (en realidad aún puedo dar algunos pasos, ¿sabe usted?, pero para ir por la gravilla me siento más cómoda en silla de ruedas), y no sabía qué hacer —movió los ojos de un lado a otro, asustada, como si en aquel momento volviera a estar en el cementerio y no en la oscuridad del salón de su casa—. En seguida volvió el silencio —añadió entonces en un susurro, con los labios apretados—; un silencio oprimente y angustioso. Pasaron varios minutos hasta que Volker regresó (tres o cuatro, quizá incluso más), y cuando lo hizo estaba pálido como el papel. Le pregunté qué había sucedido y dónde estaba la mujer, porque para salir del cementerio tendría que haber pasado por mi lado y era obvio que no lo había hecho. Mi hijo se limitó a mover la cabeza hacia los lados, una y otra vez, hasta que volví a preguntárselo y entonces me dijo: «se ha ido. Así, sin más. Ha desaparecido». Yo le dije que eso era imposible porque por allí no había salida, pero Volker me insistió: «te digo que ahí no había nadie, ¿me oyes?». Eso me dijo. Que me parta un rayo si no fue así. ¿Acababa de decirme que la chica había desaparecido y ahora me decía que en realidad no había nadie? ¡Pues yo la había visto! ¡Más aún, la había oído! Aquel grito fantasmagórico aún resuena en mi cabeza, doctor Forstner, y no logro entender por qué mi Volker me mintió. Ni lo entendí en aquel momento ni lo entiendo ahora. El caso es que me empujó de vuelta al coche y me llevó a casa. No abrió la boca en todo el trayecto y cuando llegamos se encerró en su habitación.

En aquel momento, Agnes Nowak se había vuelto hacia Jan. En su mirada subyacía una súplica: «Créame, por favor. Le estoy diciendo la verdad».

—¿Entiende ahora a qué me refería al hablarle de un fantasma? Volker lo vio, pero no se atrevió a hablar de ello. Prefirió mantenerlo en secreto porque él no creía en el más allá. Tendría que haber sabido que yo lo entendería. ¿Quién iba a hacerlo, si no?

Ahora era él mismo, Jan, quien se hallaba frente a la tumba de Eckardt Nowak. Observó los gladiolos y vio que la lluvia les había arrancado la corola. Decapitados.

Cuando le preguntó a la señora Nowak si estaba segura de que su hijo no había hablado con nadie de aquel asunto, ella le respondió que no podía estarlo:

—Cuando me levanté a la mañana siguiente, Volker ya había salido de casa. No volvió hasta el mediodía, y cuando lo hizo estaba muy alterado. Parecía tener mucho miedo, como si hubiese descubierto algo terrible, o como si alguien lo estuviese amenazando. Se pasó el resto del día encerrado en su habitación. Ni siquiera quiso salir para comer. Me dijo que no tenía tiempo. Y entonces, a media tarde, salió de casa... Por última vez. —Se le quebró la voz y se cubrió los ojos con un pañuelo—. Le aconsejé que cogiera un paraguas porque llovía. Eso fue lo último que le dije a mi chico...

Jan fue dos tumbas más allá, hasta el lugar que le había descrito Agnes Nowak. Un caminito estrecho conducía hasta el camino principal, y de allí iba hacia la salida. Jan lo recorrió en sentido inverso, pasó junto a una carretilla y llegó por fin a una zona sin tumbas, justo delante del muro que rodeaba el cementerio. Era como una plaza en cuyo centro había una estatua del Buen Pastor rodeado de niños.

Si Volker y la desconocida habían salido corriendo en aquella dirección seguro que habían tenido que encontrarse en aquella plaza, entre otras cosas porque ya no había más opciones. Una vez llegados a ella, sólo quedaba regresar.

¿Qué habría sucedido aquella noche? ¿Qué le habría dicho Volker a la mujer? ¿Por qué gritó de aquel modo? ¿Y por qué dijo el periodista que ella había desaparecido?

Jan rodeó la estatua y detrás de ella vio el arco de una puerta vallada. Detrás podía verse una pequeña explanada y un contenedor de basuras orgánicas. Se acercó a la valla y la zarandeó, pero fue en vano. Estaba cerrada a cal y canto.

—¡Eh, oiga! ¡Si quiere salir, la puerta está por allá, justo al otro lado del cementerio!

Jan se dio la vuelta hacia la voz. Perteneecía a un tipo arrugado que tenía más pinta de vagabundo que de guardián o jardinero del cementerio. Pero Jan lo conocía, aunque sólo de vista.

Heinrich Pratt era uno de los personajes más emblemáticos y conocidos de Fahlenberg. Su colaboración con la comunidad se remontaba a la época en la que Jan aún iba a la escuela primaria. Desde entonces, el tiempo se había encargado de dejarle la marca inclemente de su futilidad: el que fuera un rostro sano y juvenil, aunque marcado por la viruela, se había convertido ahora en el embozo de una manzana oxidada y vieja, coronada por una cabellera hirsuta y canosa.

—¿Esta puerta está siempre cerrada? —preguntó Jan.

Pratt asintió.

—Sí, siempre, a no ser que tenga que llevar algo al contenedor. Pero sólo la abro cuando voy con el camión de la basura. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Y quién más tiene la llave, aparte de usted?

Pratt lo miró receloso.

—¿A qué viene tanto interés?

Jan decidió recurrir a una mentira piadosa:

—Es que ayer dejé un centro precioso sobre una tumba y acabo de comprobar que ha desaparecido. Es evidente que alguien ha debido robado, y, la verdad, me gustaría saber quién más, aparte de usted, tiene llaves del cementerio.

—Es imposible —le respondió Pratt con determinación—. Sólo hay otra llave además de la mía, pero está guardada en la parroquia, y me juego el cuello a que la señora Edith Badtke no se ha llevado nunca nada de nadie. ¿O está insinuando que fui yo quien robó su centro?

—No, no —respondió Jan, conciliador—, en absoluto. ¿Pero no es posible que haya alguna salida secreta? ¿Un agujero en el muro por el que pudiera colarse algún ladrón?

Pratt puso los brazos en jarras y movió la cabeza hacia los lados.

—No, que yo sepa no hay ningún agujero. Y ahora, si me lo permite, tengo que seguir trabajando. Si quiere poner una denuncia, vaya usted a la policía. Haga lo que le parezca oportuno, pero déjeme tranquilo, que yo no he tocado su centro.

Y dicho aquello, se dio la vuelta lanzando un bufido, cogió su carretilla y se alejó de allí refunfuñando.

Qué extraño, pensó Jan. Si era cierto que aquella noche entró una mujer en el cementerio y que no salió con los Nowak... ¿se habría quedado allí hasta el día siguiente? ¿O tenía una escalera con la que saltar el muro que lo circundaba? En algunas zonas era menos alto... Aunque entonces estaba coronado por un montón de cristales rotos cuya única función era, precisamente, la de impedir que alguien lo saltara. De modo que habría tenido que tratarse de alguien especialmente ágil y habilidoso.

Sea como fuere, la pregunta que más le inquietaba era qué demonios podía llevar a alguien a acudir al cementerio a aquellas horas de la noche. Las puertas estaban abiertas todo el día, así que podía haber entrado en cualquier otro momento...

A no ser que tuviera algo que ocultar. ¿Pero qué?

La lluvia caía densa, tozuda, persistente. Según los servicios meteorológicos, en el sudoeste de Alemania se había instalado una masa de aire frío proveniente de Escandinavia cuyas bajas presiones habían traído consigo unos imponentes nubarrones negros y bien cargados. Aun así, Jan quiso volver a casa dando un paseo. El movimiento al aire libre le ayudaría a ordenar sus ideas.

Mientras el frío viento tiraba de su paraguas, la hojarasca se agitaba a sus pies y los árboles del parque de Fahlenberg se movían hacia los lados como gigantes en pleno baile, Jan pensó en Agnes Nowak y en el fantasma que creyó ver en el cementerio.

Era evidente que la aparición no podía ser más que una mujer de carne y hueso — ¿por qué, si no, la había seguido Volker?—, pero la pregunta era ¿de quién se trataba?

Lo que más le inquietaba era saber si había una relación entre la mujer del cementerio, la que se peleó con Nowak justo antes de su muerte y la que le envió a él un ramo de rosas y un inquietante dibujo infantil. ¿Era posible que fuesen la misma? ¿Podía tratarse de una enferma mental? ¿Era aquel el motivo de la llamada de Nowak? ¿Había querido pedirle consejo profesional?

Pero en ese caso... ¿qué relación tenían Volker y la mujer? Porque estaba claro que debían conocerse, pero ¿de qué?

¿Y por qué había mentido a su desconcertada madre, hasta el punto de hacerle creer que habían visto un fantasma? ¿Acaso quería protegerla de la misteriosa desconocida?

Cuanto más vueltas le daba al asunto, más confuso le parecía. Si era cierto que todas aquellas historias estaban conectadas, no lograba descubrir de qué manera.

Al darse cuenta de que, pese al paraguas, estaba empapado —pues la lluvia caía prácticamente de manera horizontal—, decidió volver a su casa. Pero poco antes de llegar a la puerta de su jardín se detuvo, perplejo.

La luz del porche estaba encendida. Teniendo en cuenta que la lámpara se iluminaba cuando el sensor captaba movimiento, y que estaba programada para apagarse al cabo de dos minutos... Alguien tenía que haber estado ahí mismo hacía apenas un instante. Jan miró a su alrededor, pero, como siempre a aquellas horas, y más con aquel tiempo infernal, el barrio parecía desierto.

En aquel momento se apagó la lámpara. Los dos minutos habían pasado.

Se acercó un poco más la entrada de su casa. Qué extraño, pensó, el instalador le había asegurado que el sensor sólo se iluminaba con el movimiento de personas. De hecho, lo habían puesto a una altura determinada, precisamente para evitar que saltara con cada animalillo que pasaba por ahí. En aquella zona había muchos gatos y alguna que otra marta que salía de noche a pasear, y, de no haber estado bien colocado, habría sido una fuente de luz ininterrumpida.

Volvió a mirar hacia los lados, pero nada: en la calle no se veía ni un alma.

¿Cuánto podría alejarse alguien de allí en menos dos minutos? No tenía ni idea, aunque seguro que era lo suficiente como para desaparecer de su vista: bastaba con doblar la esquina que quedaba al otro lado de la calle.

Sí, seguro que eso fue lo que pasó: alguien llamó a su puerta, vio que no estaba en casa, y se marchó.

Alguien.

¿Un hombre o una mujer?

Por sencilla y lógica que le pareciera aquella explicación, Jan no se quedó tranquilo. Por tercera vez volvió a mirar a su alrededor. Seguía teniendo la sensación de que lo estaban observando. Quizá hubiera alguien agazapado entre los arbustos más tupidos de la calle, o en el jardín de algún vecino. Quizá estuviera incluso en su propio jardín, tan oscuro a esas horas que apenas podía distinguirse nada.

Sólo se oía el repiqueteo de la lluvia sobre los tejados, y de algún lugar indefinido le llegó el sonido sordo de unas voces y algo de música, proveniente sin duda de un televisor.

Jan aceleró el paso y respiró aliviado cuando llegó a la puerta de su casa. El sensor de movimiento volvió a dispararse y Jan dio un respingo. Frente a él, sobre el felpudo de la entrada, vio un sobre. Estaba tirado de cualquier modo, con el reverso boca arriba, como si lo hubiesen dejado a toda prisa.

Quizá me haya visto llegar.

Cogió el sobre. Era el modelo más típico, el más anodino y tradicional, y sin embargo le resultó inquietantemente familiar. Antes de darle la vuelta ya sabía que iba a encontrar en él su nombre escrito con letra infantil.

Abrió la puerta precipitadamente, entró en su casa y cerró tras de sí, recostando la espalda en ella.

Mientras observaba el sobre notó que le temblaban las manos. Esta vez no se sentía igual que con el sobre anterior, ni con el ramo de flores. Esta vez tenía miedo.

El primer dibujo lo recibió en el aparcamiento de la clínica, y las rosas también las recibió allí. Pero este sobre lo habían dejado a la puerta de su casa. La desconocida había estado en su casa.

«Cada vez la tengo más cerca», pensó entonces, angustiado.

Abrió el sobre ayudándose de las llaves de casa y, efectivamente, vio un dibujo en su interior. Ahí estaba de nuevo el campo verde fluorescente y la esfera de color amarillo chillón, con sus palitos a modo de rayos de sol, en medio de un cielo turquesa. El gigante y la niña habían desaparecido, en cambio, y Jan pensó que habrían salido del papel para colarse en sus sueños. La idea le hizo soltar una risita nerviosa, aunque, a la vista del dibujo que tenía en las manos, lo último que le apetecía era reír.

Y es que ahora el campo estaba lleno de vacas blancas y negras. Y todas ellas, el grupo entero, estaban decapitadas. Sus cabezas yacían hacinadas a la izquierda del dibujo, y bajo la montaña que habían formado podía verse una gran mancha roja

dibujada sobre el césped.

Sangre.

Mucha sangre.

Jan no la había visto, y eso que estaba a muy pocos metros de distancia de él, justo al otro lado de la calle. Había querido asegurarse de que él recogía su regalo, de modo que esperó agazapada entre los arbustos del caminito de entrada de unos vecinos hasta que lo vio entrar en su casa con el sobre en la mano.

Quizá habría sido un buen momento para darse a conocer, pensó, mas al final no hizo nada al respecto. Por muchas ganas que tuviera de acercarse a Jan, sabía que aún era demasiado pronto para rendirse a sus deseos. Primero tenía que hacerle entender quién era ella, y sobre todo cómo era. Sólo entonces podrían estar juntos para siempre.

Estaba helada. La lluvia le había calado hasta los huesos y el pelo mojado se le pegaba en la cara, pero no quería irse de allí. No podía. Deseaba pasar un rato más a su lado. Al fin y al cabo hoy era su cumpleaños, y ella odiaba los cumpleaños: en todos sus aniversarios, sus recuerdos se avivaban y su pasado volvía a visitarla con tanta fuerza que parecía querer arrancarla del presente y devolverla a años anteriores.

Imágenes recurrentes de su vida la azotaban como un látigo; la perseguían como una maldición. Su padre montado sobre ella. Su camisa azul. Su rostro iracundo, manchado de sangre. Ella misma estirada en el suelo, bajo él, y sus mejillas ardiendo como el fuego por las bofetadas.

El recuerdo era siempre tan vívido que parecía estar sucediendo en aquel mismo momento. Ella llevaba un vestidito ligero al que desde entonces había odiado con toda el alma, y miraba a su padre, que se elevaba por encima suyo como un gigante. Como un ogro que podría haberla aplastado de un pisotón. De hecho, parecía que se moría de ganas de hacerlo.

—¡Eres una deshonra! —le gritaba el monstruo—. ¡Una jodida deshonra!

Acercaba entonces su cara a la de ella —parecía que estaba a punto de aplastarla de un manotazo, como a una mosca— y la pequeña podía sentir el desprecio en cada poro de su piel.

—¡Sólo el diablo sabe qué debo haber hecho para merecer un castigo como tú! —seguía gritando el gigante—. Toda mi vida he querido tener un hijo varón. Un heredero que se haga cargo del negocio familiar. Que perpetúe mi apellido. ¿Y qué obtengo, en cambio? —contrajo el rostro de tal modo que por unos instantes ella creyó que iba a vomitarle encima—. ¡Una niña! ¡Una jodida llorona, inútil y cursi! Porque esto es lo que eres, sí, ¡una inútil! Haz el favor de mirarte. Este vestido... tus gimoteos... ¡No eres más que una criatura deplorable!

Y dicho aquello le pisó la cara, y aunque no fuera más que un recuerdo le dolió casi tanto como aquel día. La bota de cuero con borde reforzado sobre su frágil cuerpo. La huella de barro sobre su vestido. El morado que le dejó en el pecho: una enorme marca violeta con forma de mariposa... y sobre todo el dolor. Inmenso, insoportable, inolvidable.

Y mientras se recordaba a sí misma retorciéndose en el suelo de dolor, oyó de nuevo el mugido de las vacas en el establo. Un grito desesperado, un berrido que no había podido olvidar. Un sonido cuyo eco se había quedado grabado en su cerebro para toda la eternidad.

«Saben que se acerca la hora de su muerte —pensó—. Y saben que no pueden hacer nada por evitarlo. Pero lo mío es diferente. Yo sé que Jan puede salvarme. Él me enseñará el camino. Él tiene la llave. Me lo prometió».

Cerró los ojos y recordó la cara que tenía Jan en sus sueños, sus ojos sonrientes y su mano ofreciéndole la llave para escapar de la prisión en la que vivía. Y lo sintió más cerca que nunca.

Pensó en el modo en que solía mirarla. Era posible que los demás lo confundieran con amistad o con mero aprecio, pero ella sabía la verdad. Sabía que era mucho más.

Amor. Era amor incondicional. Pronto lo sabría todo el mundo. Pronto serían inseparables.

Sólo un poco más y todas sus pesadillas desaparecerían para siempre.

Un chillido agudo la arrancó de sus pensamientos. Era un pájaro que piaba a sus pies. Sin darse cuenta había ido alejándose de los arbustos tras los que se había escondido y había ido avanzando hasta la calle principal, donde se encontraba ahora, mirando al pajarillo que yacía sobre la acera. Era un pequeño petirrojo y tenía una de las alas extendida de un modo muy extraño. Debía de habérsela roto. Lo más probable era que lo hubiese atropellado un coche y que el pobre se hubiese arrastrado hasta la acera.

Aunque los pájaros no son nada expresivos, a ella le pareció reconocer el dolor en sus ojos. El modo enternecedor en que la miraba pidiéndole ayuda.

La compasión que sintió por aquel animalito era indescriptible. Se sintió tan identificada con él... Ambos sufrían terriblemente, cada uno a su manera pero en cierto modo igual.

El pajarillo volvió a piar e hizo un esfuerzo por arrastrarse hacia los arbustos y cobijarse de la lluvia, pero fue inútil. Las alas no le obedecían.

—Ay, pobre, pobrecito —dijo ella dulcemente, y el pájaro dejó de piar y se quedó quieto, mirándola como si la entendiera.

Ella reconoció la esperanza en sus ojos y volvió a sentirse conmovida, e invadida por la compasión. La típica compasión que sólo sienten las niñas lloronas, inútiles y cursis.

Sonrió al pajarillo.

Y lo aplastó con el pie.

SEGUNDA PARTE

ANHELOS

*«Here she comes.
Call 9-1-1.
This girl's a monster».*

DAVID LYNCH Y JOHN NEFF, *9-1-1*

—¿Alguna duda?

Matthias Weingand cerró las cremalleras de las dos mochilas con un ostentoso gesto y miró a Felix Thanner.

—¿Es todo muy fácil, no?

El sacerdote asintió.

—Gracias, Matt. Creo que lo he entendido todo.

—Guay. —El monaguillo sonrió. A sus trece años, le divirtió que Thanner se dirigiera a él usando la abreviatura de su nombre, como solían hacer sus amigos—. Pues entonces ya está. Por cierto, si lo necesita más días puede quedárselo hasta la semana que viene, ¿vale? Pero trátelo con cuidado, por favor. Si se rompe, mi padre me mata.

—Te prometo que lo trataré como si fuera un tesoro.

Matt metió las manos en los bolsillos de los pantalones y asintió desenfadado, como siempre.

—Ya lo sé. Yo estoy seguro de que no pasará nada, pero mi padre quería que te lo dijera.

—Comprendo.

—¿Y para qué lo necesitas?

Thanner se esperaba la pregunta.

—Nada importante. Un pequeño experimento.

—Ajá —dijo el chico—. Bueno, si te gusta mucho puedo hablar con mi padre. Seguro que te lo deja a precio de amigo. Además, dentro de poco saldrá el modelo nuevo, que es más completo.

—Muy amable —respondió Thanner—, pero espero no tener que volver a utilizarlo más veces.

Esquivó la mirada interrogativa de Matt, le agradeció una vez más la rapidez y amabilidad de su ayuda, y juntos empezaron a ultimar los preparativos de la misa matinal.

Tras el oficio, Felix Thanner sacó las dos mochilas de la sacristía, se aseguró de estar solo en la iglesia y subió al púlpito. Una vez allí abrió las bolsas acolchadas y extrajo un trípode y una videocámara, dando gracias a Dios de que el dueño de electrónica más importante de Fahlenberg hubiese querido que su hijo fuera monaguillo en su iglesia.

Aseguró la cámara sobre el trípode y la situó de tal modo que abarcaba todo el espacio de entrada de la iglesia. Entonces probó la cámara.

Al principio tenía sus dudas sobre si aquello iba a resultarle tan fácil como le había asegurado el chico (no era muy habilidoso con los aparatos de ese tipo y la

última cámara de vídeo que tuvo —muchos años atrás— fue una VHS muy voluminosa y sobre todo muy pesada que no tenía ni la mitad de opciones que la de Matt), pero en seguida comprobó que su uso era realmente fácil e intuitivo.

Tras muy pocas tomas, Thanner se sintió satisfecho con las grabaciones que hizo. El chico le había aconsejado bien...

La cámara de vigilancia funcionaba prácticamente como un sensor de movimiento: se activaba en cuanto percibía cambios en la imagen que enfocaba, y la grabación de los mismos se guardaba en un disco duro con suficiente espacio de almacenamiento como para registrar una semana entera de observación de la iglesia. Y la calidad de la imagen era magnífica. Cualquiera que se acercara a la iglesia en los próximos días quedaría retratado en aquel aparato.

Se estremeció al oír un ruido. Asustado, se asomó por encima de la barandilla del púlpito.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

En aquel instante pensó que quizá Edith Badtke se hubiese acercado a la iglesia para recordarle su cita en la Clínica del Bosque. Todavía iba bien de tiempo, pero no le habría sorprendido que su eficiente secretaria hubiese querido insistir en el tema de su puntualidad.

—¿Señora Badtke?

No obtuvo respuesta.

Thanner bajó las escaleras y miró hacia los lados. No vio a nadie, y sólo se oía su respiración y el suave zumbido del viento que se colaba por las bóvedas del techo.

Justo en aquel momento volvió a oír un crujido a sus espaldas, a pocos pasos de sí, y cuando se dio la vuelta pudo ver qué era lo que lo provocaba. Alguien debió de colocar mal el pasador de alambre de la puerta lateral, la que estaba rota, y ahora chocaba contra su marco espoleada por el viento.

Thanner respiró aliviado, cerró la puerta desde dentro y le dio varias vueltas al alambre para ajustarlo bien. Ya iba siendo hora de que ese tal Seif se acercara a la iglesia para arreglar la cerradura. Por mucho que el hombre fuera el mejor cerrajero de la ciudad, ya estaba tardando demasiado.

Entonces anduvo hasta el centro de la nave y comprobó si veía la cámara o el trípode desde algún ángulo de la iglesia. No, los visitantes habrían tenido que mirar muy atenta y certeramente para reconocer la sombra del trípode entre los barrotes de la barandilla del púlpito. Pero si no presuponían nada, no verían nada.

—Bueno —susurró entonces hacia la puerta—; ahora sólo falta que vuelvas a mí.

Aquella mañana, Jan empezó su turno asistiendo a la reunión semanal de la Clínica del Bosque, en la que participaban todos los médicos, enfermeros, terapeutas, psicólogos, consejeros espirituales y trabajadores sociales de la misma. Por lo general, en estas reuniones se debatía sobre intereses específicos de la clínica, acontecimientos especiales o casos de pacientes especialmente complejos, pero en aquella ocasión no había más que un tema: la recaudación de fondos para la estación de psiquiatría infantil y juvenil.

El proyecto había sido todo un éxito, y los donativos habían superado con creces las previsiones más optimistas. Cuando el doctor Straub anunció la suma obtenida, un murmullo de admiración recorrió la sala, y mientras el director de la clínica mostraba su agradecimiento por el esfuerzo realizado, todos los allí presentes prorrumpieron en entusiasmados aplausos.

En cuanto acabó la conferencia y los asistentes se levantaron para volver a sus trabajos, Felix Thanner esperó a Jan en el pasillo. La cara del joven sacerdote resplandecía de felicidad y Jan no pudo evitar pensar en un niño al que acabaran de regalar un carro vacío para que lo llenara de juguetes.

—Por fin una buena noticia —dijo Thanner, con los ojos brillantes—. ¡Es mucho más de lo que había imaginado! Aunque debo admitir que no me sorprende, Jan. Tu discurso fue extraordinariamente conmovedor, y me consta que hizo reaccionar a todos los que lo oyeron. Se dice que hasta hiciste llorar a la mujer del director del periódico.

—¿Ah sí? —Jan levantó las cejas—. Seguro que esto te lo dijo la señora Badtke, ¿me equivoco?

—¿Quién si no?

Thanner sonrió, y Jan pensó entonces que el sacerdote parecía cansado. Pese a su apariencia feliz y despreocupada, tenía unas ojeras considerables. Lo más probable era que los nervios y la excitación por aquella reunión lo hubiesen mantenido en vela toda la noche. A Jan no le sorprendía, porque de todos los que le habían estado apoyando con el proyecto, Felix Thanner era el que más empeño había mostrado.

Una vez más, Jan se preguntó por qué Felix ponía tanta ilusión en todo aquello. ¿Tendría algún conocido a quien pudiera serle útil? ¿Habría alguien —como le sucedía a él con su hermano Sven— por quien quisiera hacer algo? ¿Algún error que reparar? ¿Querría Felix estar al servicio de otros porque en algún momento de su pasado cometió un error con un ser querido y no estuvo presente cuando este lo necesitó? De ser así, ambos tendrían mucho en común.

Sea como fuere, no se atrevió a preguntárselo. Ambos trabajaban bien juntos, se entendían, pero su relación era puramente laboral.

—Bueno, es obvio que los donativos no se deben sólo a mi discurso —dijo Jan entonces, señalando hacia el techo y guiñando un ojo—. Yo diría que la generosidad

de nuestros donantes tiene mucho que ver con tus contactos ahí arriba.

Felix respondió algo, pero la presencia de un hombre muy flaco hablando con una enfermera al final del pasillo atrajo la atención de Jan. En aquel momento ambos lo miraron y el hombre asintió y empezó a caminar hacia él.

Jan calculó que tendría *cuarenta y muchos años*, o quizá *cincuenta y pocos*. Sus facciones eran angulosas y sus labios eran tan finos que su boca parecía más bien una raya negra en mitad de la cara. Llevaba el pelo rapado, probablemente a máquina por él mismo —en algunas zonas podían verse claros que dejaban al descubierto la carne rojiza de su cabeza—, y su ceja derecha estaba atravesada por una cicatriz que parecía llevar allí ya muchos años. Pero lo más llamativo de aquel hombre eran sus ojos, extraordinariamente brillantes y despiertos. Parecía imposible que se les escapara nada.

—¿Doctor Forstner? Soy el comisario Stark —dijo, ofreciéndole la mano—. Me dijeron que podría encontrarlo aquí.

El apretón de manos del policía fue más fuerte de lo que Jan había esperado, aunque bien pensado coincidía con su presencia: sus gestos y su mirada eran firmes y decididos.

—Pues le informaron bien, como ve. ¿En qué puedo ayudarlo?

Stark echó un vistazo al grupo de médicos que charlaba en tono desenfadado justo detrás de Jan y preguntó:

—¿Podríamos hablar a solas?

—Por supuesto. Si no le importa dar un breve paseo bajo la lluvia, le agradecería que me acompañara hasta mi despacho, pues en breve tengo que empezar con las visitas.

—Faltaría más. No le entretendré demasiado.

Salieron del edificio de administración y Stark siguió a Jan por los jardines de la clínica. La lluvia había disminuido y se había convertido en una suave llovizna, pero los nubarrones negros que se acercaban por el Este amenazaban con nuevos y potentes chaparrones.

—Seguro que ya imagina de qué quiero hablar con usted, ¿no es así? —dijo Stark, sin andarse por las ramas, mientras se encendía un cigarrillo.

—Imagino que tiene algo que ver con Volker Nowak.

Stark expulsó el humo por la nariz.

—¿Lo conocía bien?

—No. Sólo nos habíamos visto en una ocasión, y de eso hace ya mucho tiempo.

—¿Un asunto privado?

—No, un artículo periodístico.

—¿Y después de aquello no mantuvieron el contacto?

—No volví a saber de él hasta el domingo, cuando me llamó.

El policía asintió pensativamente.

—Según usted mismo indicó, habían quedado en verse la noche en que lo

asesinaron, pero, por lo que he leído en el informe, desconocía usted el motivo de aquella cita. ¿Es correcto?

—Es correcto, sí. Nowak se limitó a decirme que creía que lo estaban siguiendo y que necesitaba mi ayuda profesional.

—¿Eso es todo?

Jan se encogió de hombros.

—Me temo que sí.

Stark se detuvo, dio una intensa calada a su cigarrillo y se quedó observando el humo que exhaló a continuación.

—¿Y qué tipo de consejo cree usted que podría haber buscado? ¿Cree que podría tener algo que ver con una mujer?

Jan también se detuvo y observó al policía.

—¿Acaso hay alguna pista?

—Estamos avanzando en varias direcciones —dijo Stark, apagando su colilla en el poste de un farol.

—¿Trabajan también en el asunto de la mujer del cementerio?

La boca sin labios de Stark esbozó una breve sonrisa.

—De modo que ha hablado usted con la madre de Nowak —dijo, por toda respuesta.

—Sí, lo he hecho. Y la mujer me dijo que ustedes no la tomaron en serio.

—Desde luego que lo hicimos. —Con la colilla entre dos dedos, Stark buscó a su alrededor una papelera en la que tirarla. Por fin se dio por vencido y se la metió en el bolsillo de la chaqueta—. Evidentemente, no creo que el señor Nowak fuera la víctima de un fantasma, pero sí me parece probable que aquella noche madre e hijo se cruzaran con la futura asesina del joven.

Jan frunció el ceño y dijo:

—De modo que no tienen ninguna pista concreta, ¿verdad?

—¿Qué le hace pensar así?

—El hecho de que no me haya dicho aún el motivo de su visita —respondió Jan—. Usted quiere hablar conmigo para acusarme o descartarme como culpable.

Stark volvió a sonreír.

—Vaya, olvidaba que estaba hablando con un psiquiatra. Sabe usted analizar bien a sus interlocutores, ¿eh?

—No siempre, pero lo intento.

Ahora la sonrisa se convirtió en una carcajada.

—Es usted bueno, no me cabe duda. Debía de haberlo imaginado, después de lo que leí sobre usted en el libro de la señorita Weller.

Jan ignoró aquel comentario, lo cual provocó un imperceptible gesto de complacencia en la mirada del comisario Stark. Estaba claro que valoraba positivamente el modo en que Jan se relacionaba con su popularidad.

—¿Y qué hay de la novia del camello? —preguntó Jan—. Tenía entendido que

ella era su principal sospechosa...

Stark sacó otro cigarrillo. Arrancó el filtro de un Winston, y mientras se lo encendía observó a Jan calculadoramente.

—¿Puedo confiar en la confidencialidad de esta conversación?

—Por supuesto.

—Está bien. —Stark exhaló el humo de su cigarrillo—. Por cuestiones tácticas, lo que voy a contarle debe mantenerse en el más absoluto secreto.

—Seré una tumba.

—Le creo, doctor Forstner, y algo me dice que usted podrá sernos de gran ayuda, porque de momento queremos que la verdadera asesina siga creyéndose libre de toda sospecha.

—¿Están convencidos, pues, de que a Nowak lo mató una mujer?

—Bueno, en primer lugar tenemos a la fantasma del cementerio —dijo Stark, empezando a contar con los dedos de la mano—, después está el testimonio del vecino del aparcamiento, que poco antes del asesinato oyó a Nowak discutiendo con una mujer, y además hemos localizado allí varias huellas, pese a la lluvia, del número treinta y nueve. Por el contorno sabemos que se trata de una bota de mujer que hasta hace poco podía comprarse en un *outlet* de zapatos que está a las afueras de Fahlenberg.

Jan frunció el ceño.

—Y, sin embargo, no creen que se trate de la novia de ese tal... ¿cómo se llamaba?

—Dagon, como el dios sirio. Su nombre real es Adrian Stancu —le respondió Stark, y luego movió la cabeza hacia los lados—. No, es imposible que fuese ella. Su coartada es impecable.

—¿Ah sí?

—Estaba en Rumanía cuando mataron a Nowak. Y lo que es más importante... estaba muerta la noche en que Nowak falleció.

—¿Muerta?

Stark asintió lentamente.

—Nuestros colegas rumanos hablaron de ajuste de cuentas. Por lo visto su amor por Dagon había dejado de ser tan exclusivo como debía. Doce años son mucho tiempo, doctor Forstner, y en esos círculos aún más.

—¿Tenía un amante?

—Exacto. —Stark se sacó una hebra de tabaco de la lengua—. Y Dagon se volvió loco. Todavía no podemos adjudicarle los asesinatos de esos dos pobres desgraciados, pero el hecho de que ella muriera asfixiada y su cadáver tuviera metidos hasta la faringe los órganos sexuales de él parece bastante significativo, ¿no cree, doctor?

—¡Por el amor de Dios!

—Exacto.

—¿Pero por qué descartan a Dagon como posible culpable de la muerte de

Nowak? Quizá envió a otra de sus amigas en su nombre...

Stark arqueó una ceja.

—¿Por qué cree que lo descartamos?

—Porque si no, no me habría hablado de él.

Stark volvió a aspirar su cigarrillo, lo apagó contra la suela de su zapato y se metió la colilla en el bolsillo, junto a la otra.

—Tiene razón. El asesinato por venganza no me cuadra en esta historia. No es más que una intuición, pero le aseguro que conozco bien a Dagon. Un tipo como él jamás encargaría un asesinato a una mujer. Y el hecho de que un vecino los oyera discutir... En el remoto caso de que la mujer actuara bajo las órdenes de Dagon, le aseguro que habría puesto todo su empeño en ser discreta, por su propio bien, y jamás se habría puesto a chillar en el aparcamiento. Definitivamente, el asesinato por venganza no me cuadra en absoluto.

Jan echó un vistazo a su reloj y señaló con la cabeza el edificio en el que se hallaba su unidad.

—Llego muy tarde al trabajo, comisario, y mis pacientes me esperan. ¿Sería usted tan amable de decirme cuál es el verdadero motivo de su visita?

Stark suspiró y se pasó la mano por su cabeza rapada, en la que las gotas de lluvia parecían perlas de sudor.

—Está bien, no le molesto más. Al grano, pues: ¿cree que la asesina podría ser, o haber sido, una paciente de su clínica?

Jan ya había imaginado que los tiros podían ir por ahí. De hecho él mismo le había estado dando vueltas al asunto, sobre todo la noche anterior: se había estado preguntando si el dibujo de las vacas decapitadas en el prado podía tener alguna relación con la muerte de Nowak, y si la mujer que le enviaba aquellos mensajes podía tener algo que ver en todo aquel asunto.

Al principio pensó que no. Se dijo que era perfectamente posible que una loca perturbada estuviera pidiéndole ayuda mientras una asesina inclemente andaba suelta por Fahlenberg. Se resistía a considerar que una muerte tan brutal como la de Nowak pudiera ser cosa de una enferma mental. Le parecía una explicación demasiado simple, demasiado oportunista.

Pero algo en su interior, un instinto que había ido desarrollando a lo largo de su intensa carrera profesional, le decía que aquellas dos mujeres eran la misma persona. Que la autora de los dibujos era la asesina de Nowak. No tenía ninguna prueba, pero su instinto era tajante en ese sentido.

En cualquier caso... ¿de quién se trataba?, ¿de dónde había salido?, ¿la conocía? ¿Era por eso que se dirigía a él?

Era obvio que la mujer buscaba ayuda, su ayuda. Y el hecho de que hablase precisamente con él debía de tener una explicación, así que se dedicó a revisar mentalmente todos los pacientes con los que había tratado hasta la fecha. Antes de llegar a la Clínica del Bosque trabajó como médico forense y, obviamente, trató con

muchos delincuentes, pero todos fueron hombres. De modo que si lo que buscaba era una mujer, tenía que ser una de las pacientes que había tenido en Fahlenberg.

Y, la verdad, ninguna de ellas cumplía con el perfil de una asesina. Evidentemente no podía estar seguro al cien por cien, pero lo mismo sucedía con los cuerdos: al fin y al cabo, cualquiera puede convertirse en un asesino si tiene un motivo lo suficientemente fuerte, ya sea por un arrebato pasional o en acto de legítima —o no tan legítima— defensa.

—Imagino que mi pregunta debe de parecerle terrible —dijo Stark, sacando a Jan de su ensimismamiento—, pero, como comprenderá, tengo el deber de contemplar todas las posibilidades...

—¿Me está pidiendo que le permita acceder a las historias de todas mis pacientes? ¿Sabe usted que de ese modo quebrantaría mi juramento hipocrático?

—Por supuesto, por supuesto —le respondió Stark moviendo las manos hacia los lados—. Pero no hará falta que le recuerde lo que dice el epígrafe ciento treinta y ocho del código penal, ¿verdad?

—¿Me está amenazando?

—No me malinterprete, doctor. Sólo le estoy pidiendo su ayuda en un asesinato especialmente brutal. Un asesinato que con toda probabilidad fue cometido por una persona mentalmente desequilibrada.

—Me alegro, comisario, porque como sin duda sabe, el epígrafe que ha mencionado sólo me obliga a romper mi juramento hipocrático en el caso de que pueda demostrar convincentemente que uno de mis pacientes ha cometido un asesinato. ¿Y qué le hace pensar que la mujer que buscamos se esconde en la Clínica del Bosque?

Stark se metió las manos en los bolsillos de su pantalón y miró a Jan inquisitivamente.

—¿Qué le parece si hacemos un trato, doctor? Yo le cuento lo que sé y usted hace lo propio conmigo, ¿qué me dice? ¿Se apunta?

Jan miró al comisario, sorprendido. Parecía estar hablando en serio. ¿Qué motivo debía de tener para proponerle aquello?

—Está bien, cuénteme.

—Ese testigo, el vecino que salió al balcón —dijo Stark—, se acordó de algo esta mañana. Apenas pasó un minuto en el balcón, el tiempo para fumarse un cigarrillo, porque no quería perderse ni una vuelta de la Fórmula 1. Por eso oyó a Nowak y a la mujer discutiendo en el aparcamiento, pero entre el sonido que retumbaba en los edificios y el altísimo volumen de la tele que tenía encendida en el salón, no fue capaz de distinguir una sola palabra. La verdad, según nos dijo, es que tampoco sintió ni la menor curiosidad ni el más mínimo interés en escuchar nada, y, sin embargo, un poco después recordó que sí había oído una palabra, y aseguró estar seguro de que la pronunciaron al menos en dos ocasiones: Clínica. ¿Cree usted que podría referirse con ello a su clínica psiquiátrica?

Jan se encogió de hombros.

—Podría ser, pero también podría ser que no.

—Por supuesto —dijo Stark, pero entonces se le acercó un poco más y, con la expresión de alguien que está confesando un secreto, añadió—: pero mire, ¿quiere que le diga cómo me lo imagino yo? Nowak está a punto de entrar en su coche para ir al bar en el que había quedado con usted. Tiene la intención de hablarle de esa mujer. Probablemente quiera también mostrarle lo que ha descubierto sobre ella y pedirle su opinión profesional al respecto.

—Un momento, ¿qué le hace pensar que quería mostrarme algo?

—¿Cómo, no se lo había dicho? —Stark volvió a pasarse la mano por la cabeza y suspiró—. Vaya, debo de haberme olvidado.

—¿De qué? ¿Qué es lo que no me ha dicho?

—El ordenador de Nowak. Su portátil. No lo encontramos por ninguna parte, así que suponemos que lo llevaba encima cuando salió a verlo a usted.

—¿Y creen que ahora lo tiene esa mujer?

Stark asintió.

—Seguramente se lo llevó porque sabía que contenía algo que podría perjudicarla.

—¿Y tienen alguna idea de lo que podría ser?

—Ni la más remota idea, doctor. Como ya le he dicho no es más que una suposición, pero no debemos pasar por alto que Nowak era periodista, y que su curiosidad era enorme, además. —El comisario se detuvo un instante, como si esperara la aquiescencia de Jan, y luego continuó—: Es muy probable que la mujer lo siguiera por lo que tenía en el ordenador, saliera a su encuentro, lo amenazara y le obligara a destruir los archivos o lo que fuera que la comprometiesen. Nowak debió de negarse, y entonces ella insistió con mayor empeño. Quizá se pelearon y Nowak le dijo que tenía que ir al loquero.

—Clínica psiquiátrica.

—¿Cómo dice?

—Clínica psiquiátrica, si no le molesta.

Stark alzó ambas manos a modo de disculpa.

—Por supuesto, claro, perdone, no pretendía incomodarlo. A lo que iba, que Nowak pudo haberle dicho que necesitaba un tratamiento psiquiátrico, y que al oír aquello ella perdiera los nervios, lo cogiera desprevenido y le estirara del pelo justo antes de golpearle la cabeza con la puerta del coche sin que él tuviera tiempo siquiera para defenderse. Después ella habría seguido abriendo y cerrando la puerta contra su cabeza, con toda la ira del mundo. Enloquecida. Probablemente no se dio cuenta de lo que hacía hasta que ya estuvo hecho. Entonces cogió el portátil y salió corriendo de allí. No son más que especulaciones, pero a mí me parece que tienen sentido. ¿Qué opina usted, doctor Forstner?

Jan se encogió de hombros, pero respondió:

—Sí, puede que sucediera así.

—¿Y bien? —El policía lo miró esperanzado—. ¿Cree que alguno de sus pacientes podría hacer algo así?

—Mire, yo no conozco todos los casos de trastornos mentales de la clínica. Por supuesto es posible que una persona psíquicamente inestable sufra un ataque de ira que tenga consecuencias relativamente serias, pero comprenderá que no puedo meter a todos los pacientes en el mismo saco y ponerlos indiscriminadamente bajo sospecha.

—Evidentemente, doctor Forstner, no era esta mi intención. Sólo quería saber si hablaría conmigo en el supuesto caso de que considerara usted posible que una de sus pacientes se comportara de ese modo.

—¿Pero por qué me lo pregunta a mí? Si lo que desea es tener acceso a los datos de nuestros pacientes, sólo tiene que hacerse con una orden judicial y entregársela al director general, que estará encantado de ayudarle.

—Pero Nowak quería hablar con usted, amigo, no con el director. Podía haber llamado a cualquier otro psiquiatra, pero no lo hizo. ¿No le parece evidente, pues, que lo más posible es que conozca usted a la asesina?

—Pues lo lamento mucho pero me temo que no voy a servirle de ayuda. Entre mis pacientes no hay ninguna que sea capaz de realizar algo así. No que yo crea, al menos.

—¿Ni las de años anteriores? Quiero decir... ¿A cuántos pacientes atiende cada año? ¿Cien? ¿Doscientos? ¿Más?

Jan cogió aire antes de responder:

—Señor Stark, nuestro trato era compartir lo que sabemos acerca de este caso; no las hipótesis o las más descabelladas suposiciones que se nos ocurran. Ya le he dicho lo poco que sé, y le aseguro que no tengo ni la menor sospecha de ninguna de mis pacientes.

Stark inclinó la cabeza a un lado.

—¿Ni tampoco una a la que quiera proteger?

—Le aseguro que no —dijo Jan, muy serio—; y menos aún si existe alguna posibilidad de que haya matado a alguien.

Aquello era rotundamente cierto. Él intentaría evitar que sus pacientes tuvieran que someterse a cualquier tipo de interrogatorio, y más si no tenía ninguna sospecha firme o fundada, pero jamás protegería a una posible asesina.

—Está bien —suspiró el policía—. Ya le he retenido demasiado tiempo. Sólo una cosa más.

—Usted dirá.

El policía le dedicó una mirada intensa y penetrante. Parecía querer leerle la mente, y por unos instantes Jan creyó que podía hacerlo.

—Sé que me oculta algo —dijo Stark, y la frase ni siquiera sonó a reproche—. No puedo demostrarlo, por supuesto, pero la intuición no suele fallarme. Por eso sé

también que su silencio y sus reservas no son malintencionadas ni pretenden dificultar mi trabajo. Algo me dice que tiene usted a alguien en mente, pero que aún no puede demostrar nada. Si yo estuviera en su lugar también esperararía a saber más antes de decir nada, pero... ¿Y si me da sólo una pista, algo a lo que me pueda agarrar? ¿Aunque sólo sea para confirmar que mi instinto no ha empezado a fallarme?

Durante unos segundos permanecieron callados el uno frente al otro, y por fin Jan abrió la boca y contestó:

—Yo creo que los dos somos buenos en nuestro trabajo, y que los dos nos debemos a los hechos.

El comisario esbozó una sonrisa y cogió otro cigarrillo. Igual que antes, le sacó el filtro y se lo llevó a los labios.

—Por eso le aseguro que no molestaremos innecesariamente a ninguna de sus pacientes. ¿Y bien?

—Bueno, lo que pienso no es más que... ¿Cómo se diría? Pura especulación.

Stark guardó su encendedor y asintió.

—Entendido. Pura especulación.

—¿Podría decirme si en los últimos años se ha dado algún caso de mutilación de animales en la zona?

Stark miró a Jan sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—¿Cómo dice?

—Decapitación, de hecho. De vacas, por ejemplo.

Stark frunció el ceño y respondió:

—Pues no que yo sepa.

—Pero si se hubiese dado el caso... ¿lo sabría?

—Sí, por supuesto.

—Pues ya ve —dijo Jan, haciendo un gesto de rechazo con las manos—, me he equivocado. Y por eso no le diré nada más. No hasta que tenga más pistas sobre el tema.

Y dicho aquello se despidió y se dio la vuelta para entrar en el edificio en el que iba a pasar consulta.

—¡Doctor Forstner! —gritó Stark a sus espaldas.

Jan lo miró.

—Comprendo su actitud, de verdad que la comprendo —dijo el policía—. Esa mujer está enferma y necesita ayuda. Pero también es una asesina, ¿me oye? Le sugiero que no lo olvide.

Jan asintió. Sí, ya lo sabía. ¿Pero qué iba a hacer al respecto, si no tenía ni idea de quién podía ser?

Con la frente apoyada en el frío cristal de la ventana, miró a los dos hombres que hablaban en el parque. Tenía un dolor de cabeza horrible. Había empezado hacía apenas unos minutos, cuando los vio a los dos ahí abajo. Ahora sentía un latido en las sienes y una presión fortísima en el cráneo que le impedía pensar. Era como si alguien estuviera apretándole cerebro, como quien exprime una fruta verde para sacarle el jugo.

Pero peor aún que el dolor de cabeza era la imagen del hombre con el que estaba hablando Jan.

Un policía.

Porque era un policía, de eso no le cabía la menor duda. No llevaba uniforme pero lo tenía grabado en la frente. Su aspecto, sus gestos, el modo en que analizaba a Jan... Exigente, hostigador, distante. ¡Vomitivo!

Es culpa mía que esté aquí.

¿Por qué, si no, habría venido? Quería que Jan le hablara de su relación; quería enterarse de su plan para impedir que lo llevara a cabo.

¡Capullo asqueroso! ¡Ojalá cayera ahora mismo un rayo y te partiera en dos, maldito cabrón! ¡Hazme un favor y muérete!

Inspiró y expiró varias veces, intentando calmarse, hasta que el cristal se empañó y los hombres desaparecieron tras su vaho.

Este jodido dolor de cabeza... ¡Y el culpable de todo fue ese estúpido y curioso periodista!

Sí, Volker Nowak. Por su culpa tenía a los policías pisándole los talones.

Le sobrevino una oleada de odio infinito al recordar el modo en que ese gilipollas la miraba mientras hablaban.

—Lo tuyo es una enfermedad —le oyó decir; y peor aún—: sé lo que has hecho.

¿Qué ibas a saber? ¡Tú no sabías ni una mierda, niño mimado!

—Tienes que pedir ayuda en la clínica, ¿me oyes? Si no lo haces tú, yo mismo iré y pediré que te internen...

Fue todo tan rápido... Y tan fácil... Solo tuvo que cogerle del pelo, y el resto cayó por su propio peso. La primera vez lanzó un grito, pero las demás ya no se quejó. Después sólo emitió unos sonidos extraños, mezcla de crujidos y gárgaras, y empezó a vomitar sangre. Un poco con cada golpe. Como si fuera un bote de *ketchup* y ella lo estuviera agitando. Y al final se hizo el silencio.

El recuerdo transcurría lastimosamente lento en su memoria, pero no la hacía sentirse incómoda, sino que despertaba en ella una alarmante sensación de bienestar. Era como si acabara de cometer el asesinato en aquel momento, y no experimentó ni rastro de arrepentimiento. Por el contrario, pensó que había desaprovechado la oportunidad de propinar a aquel imbécil una paliza aún mayor, porque por su culpa la policía iba a ir tras ella.

De pronto dejó de sentirse tan tensa, y el dolor de cabeza remitió. Ya no le resultaba tan difícil concentrarse y pensar.

¿Por qué me pongo nerviosa? No va a pasarme nada. Estoy a salvo.

Sí, eso era cierto. No había motivos para angustiarse. Tenía un escondite magnífico, probablemente el mejor de todos, y además Jan la protegería. Estaba segura de que se las arreglaría para quitarse de encima a aquel desagradable policía, y que el tipo creería en él.

Al fin y al cabo, Jan era su héroe. Lo amaba tanto como él a ella, y haría lo posible por proteger su relación.

No tengo motivos para preocuparme.

No tenía motivos, ciertamente, o al menos no en plural. Porque quizá sí había algo, o mejor dicho alguien, a quien debería prestar atención: el sacerdote con el que se confesó. Felix Thanner. No debía perderlo de vista.

Necesitaba a Thanner para purificarse de sus pecados; para estar limpia cuando se entregara a Jan.

¿O había sido un error escogerlo a él? Desde luego, lo que había montado aquella mañana era un escándalo: tenía miedo de ella y por eso le había preparado una trampa en la iglesia, y luego, por la tarde, se habían cruzado en el recinto de la clínica. Tendría que ser muy cautelosa y tomar muchas precauciones, o aquello podría complicarse.

Sí, el policía que fumaba como un carretero no era un peligro para ella, pero el sacerdote... el sacerdote.

El vaho se había evaporado por completo del cristal y entonces vio a los dos hombres separándose y caminando en direcciones opuestas.

¿Te has librado de él, verdad, querido? Sí, sé que lo has hecho.

Sólo un poco más y todo este juego del escondite dejaría de ser necesario. Pronto les importaría un pito lo que los demás pensarán de ellos.

Pero hasta entonces debemos andarnos con cuidado. Tenemos que protegernos el uno al otro. Tú y yo, Jan. Sólo durante un tiempo. Hasta que esté todo listo para nosotros.

Un ruido a su espalda la sacó de su ensimismamiento. Alguien se acercaba a la puerta de cristal. Ella recobró la compostura, se sacudió la ira, se dio la vuelta y sonrió.

«Ya queda poco —se dijo—. Ya queda poco».

Cuando Jan entró en su despacho Bettina le sonrió.

—Tenemos dos nuevos ingresos —dijo—. Le he dejado las carpetas ahí, sobre la mesa.

Jan miró hacia donde le indicaba la enfermera. Normalmente, a cada cambio de turno se encontraba dos minutos con el psiquiatra que le precedía, y juntos comentaban los incidentes del día, pero en aquella ocasión Julia Neitinger parecía haberse ido ya.

—¿La doctora Neitinger se ha marchado?

Bettina movió la cabeza hacia los lados.

—No, hoy no ha venido a trabajar.

—¿Está enferma?

—Ni idea —dijo la joven, encogiéndose de hombros—. Simplemente, no ha aparecido. La doctora Kunert ha tenido que venir para cubrir su puesto, pero se ha marchado hace un ratito. Me ha dicho que le diga que tenía asuntos privados que resolver y que no podía quedarse más tiempo a esperarlo.

—Sí, me han entretenido —murmuró Jan, pensando en Julia.

Qué extraño... No era propio de ella faltar al trabajo sin justificación... Bueno, lo cierto es que era un poco lunática y no resultaba fácil entenderla —especialmente cuando estaba bebida y le daba por insinuarse en los lavabos de señoras—, pero como médico era impecable: concienzuda, inteligente y digna de confianza. En su vida privada podía tener todo tipo de dificultades —relacionadas, sobre todo, con los hombres y el alcohol—, pero profesionalmente era otra historia, y Jan estaba seguro de que Julia no se habría quedado en casa sólo por la vergüenza de lo que hizo aquella noche. No, el trabajo le habría pesado más que la sensación de ridículo.

¿Le habría pasado algo? ¿Estaría enferma de verdad? ¿Tanto como para no poder ni llamar por teléfono?

Durante unos instantes barajó la posibilidad de llamarla él, pero al final decidió no hacerlo y esperar.

—Tengo una cosa para usted, por cierto —dijo Bettina, ofreciéndole una bandejita con un plato de plástico—. Lo ha traído Lutz para desayunar. ¡Hoy es su cumpleaños! Ha dicho que es auténtica *bresaola* y me ha dado este trozo para usted, para que la pruebe.

Jan cogió el plato con el *carpaccio* de *bresaola*, olivas y varias rebanadas de pan, y pensó que era un lujo tener un colega italiano.

—Vaya, muchas gracias. Qué ración más generosa...

Bettina comprendió lo que significaba aquella frase y dijo, algo avergonzada:

—Está bien, lo reconozco. Le he puesto también la mía. Pero no se lo diga a Lutz, por favor. Se lo ha hecho traer a su cuñada desde Milán y tenía mucha ilusión en que lo probáramos.

—Tranquila, yo no sé nada —dijo Jan sonriendo y dejando el plato sobre su mesa—. ¿No te gusta la carne?

—Siempre he sido vegetariana, doctor. Mi madre trabajaba de dependienta en una carnicería, ¿sabe usted?, y desde pequeña me parecía una atrocidad tener que ver a diario los cuerpos mutilados de los animales expuestos en el mostrador. Recuerdo una ocasión en la que el carnicero me ofreció un trozo de salami y esperó a que lo probara delante de él. Me dijo que era su especialidad. No quise entristecerlo y lo tomé, pero me sentó tan mal que tuve que salir corriendo al lavabo. —Miró el plato de Jan e hizo un gesto de disculpa—. Oh, lo lamento, no pretendía quitarle el apetito. Seguro que está buenísimo, ¿eh? Es sólo que la carne no ha sido hecha para mí.

Entonces, inesperadamente, la cabeza de Jan se llenó de imágenes: un ramo de rosas, dos vestidos rojos (uno de dibujos animados y otro real y con un escote enorme) y un rebaño de vacas en un campo verde. Y esa voz al teléfono, tan difícil de encasillar.

Cuando la enfermera se marchó, Jan sacó el sobre del bolsillo de su chaqueta y lo puso junto a una de las notas que tenía en su mesa, en la que le informaban de que Andrea Kunert había trabajado en el turno de Julia Neitinger.

JAN FORSTNER

Su nombre aparecía escrito con mayúsculas, en un tamaño bien grande, mientras que la nota estaba redactada en minúsculas, pero en ambos casos podían verse varios puntos en común: los dos, por ejemplo, tendían a inclinarse hacia la izquierda y mostraban un trazo indiscutiblemente femenino; en ambos casos se había utilizado un bolígrafo azul tradicional y su trazo era igual de regular.

Podría ser perfectamente posible, pues...

—¿Bettina?

—¿Sí?

—¿Puedes quedarte un momento?

La enfermera estaba a punto de cerrar la puerta tras de sí, pero al oír aquella pregunta volvió a entrar en el despacho de Jan.

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

Jan le enseñó el sobre.

—¿Habías visto este sobre alguna vez?

Ella lo miró con curiosidad.

—¿He hecho algo mal?

¿Eran imaginaciones suyas, o la enfermera estaba evitando directamente la respuesta?

—Quizá deba preguntártelo sin rodeos —dijo Jan. Y señalando con la cabeza el sobre que tenía en la mano, añadió—: ¿Fuiste tú quien me envió esto?

—¿Yo?

Parecía realmente consternada. Si aquello no era cierto, Bettina era sin duda una magnífica actriz, pensó Jan.

Él asintió.

—Sí, tú.

—¿Y qué es?

—Una carta para mí. La segunda que recibo.

Bettina se puso roja como un tomate. Jan nunca la había visto así. Con un soplido, la enfermera apartó un mechón rubio que se le había escapado de la coleta y le caía ahora por la cara. Tenía la testaruda expresión de una niña a la que hubieran descubierto robando una chuchería y quisiera mantener su fechoría en secreto el mayor tiempo posible.

—¿Qué le hace pensar que yo pueda querer enviarle cartas?

—¿Lo hiciste?

—No. —La respuesta llegó rápida y enérgica, y Bettina movió la cabeza hacia los lados de tal modo que el mechón volvió a caerle sobre la cara, solo que en esta ocasión ni siquiera le prestó atención—. ¿De qué va todo esto, doctor Forstner?

Jan la miró a los ojos y se dio cuenta del esfuerzo que estaba haciendo la joven para no bajar la vista.

—He recibido ya dos cartas de una mujer. De una chica joven, probablemente. Tiene problemas y me pide ayuda. Quiere hablar conmigo pero por algún motivo no se atreve a hacerlo en persona.

—¿Y cree que esa chica soy yo? ¿Tiene usted algún motivo para pensar que tengo problemas?

Jan no apartaba la mirada de ella.

—¿Hay algún tema del que te gustaría hablar conmigo?

Seguía estando roja y los labios le temblaban, pero Jan no supo distinguir si la reacción era fruto de su inseguridad o de su indignación.

—¿Eso es todo? —preguntó a su vez, obviando la respuesta—. Tengo que volver al trabajo.

—Dime sólo quién me envió las rosas.

—Pues... —estaba haciendo un verdadero esfuerzo por mantener la compostura—, no lo sé. Las trajo un mensajero de Fleurop. ¿Qué demonios le pasa, doctor Forstner?

Jan no contestó. El enfado de Bettina parecía real. Quizá acababa de cometer un terrible error. Quizá no debería haber sospechado de ella...

—¿Quiere algo, más, doctor? ¿O puedo irme ya?

Jan asintió con la cabeza, y ella se dio media vuelta y salió del despacho. Una vez en la puerta se detuvo unos segundos y, sin mirarlo siquiera, añadió:

—Lamento que tenga usted esta opinión de mí.

Y dicho aquello salió al pasillo y dejó a Jan con una incómoda sensación.

Felix Thanner estaba helado. El púlpito estaba frío y ahí arriba había aún más corriente que en el altar. Pero lo que realmente le hacía temblar no era la temperatura, sino los nervios por conectar la cámara de vigilancia a su ordenador portátil.

Lo hizo todo como le había indicado Matt. Evidentemente, su portátil era mucho más pequeño que la tele que tenía en la parroquia, pero la calidad de la imagen era más que suficiente y Felix no se sentía capaz de esperar a que Edith Badtke acabara su jornada laboral. Así que prefirió soportar el frío polar de la iglesia a cuenta de la soledad que reinaba en ella.

Al apretar la tecla del *play* y ver la nave de la iglesia en su pantalla, sintió que el pulso se le aceleraba más aún. Estaba a punto de ver algo. Sabía que alguien había estado en la iglesia porque a la vuelta de su visita a la Clínica del Bosque, donde colaboraba como consejero espiritual, había visto cuatro velitas encendidas ante la estatua de San Cristóbal. Solo cuatro, nada de un mar de llamas, pero algo era algo.

En aquella época la gente no solía pasarse por la iglesia, si no era para acudir al oficio de la misa. En verano la situación era distinta porque siempre había algún que otro turista interesado en el histórico altar o en los frescos del techo, de los que se decía que eran obra del pintor rococó Jacopo Amigoni.

Pero la época de los turistas había acabado hacía tiempo. Además, estos no solían encender velitas a los santos. Entraban, hacían fotos y salían.

Y, sin embargo, ahora había cuatro velitas encendidas. Cuatro.

Thanner se quedó mirando la pantalla fijamente, como paralizado, y se pasó las manos por el pantalón para secárselas, porque estaban húmedas de sudor. Sólo se veía la iglesia vacía.

—Puede ser que al principio le cueste un poco —le indicó Matt—. El *software* debe reconocer su objetivo antes de poder distinguir las alteraciones del mismo.

De modo que Thanner esperó pacientemente a que algo cambiara.

Dos horas y cuarenta y siete minutos después de la activación de la cámara, Thanner vio algo en el monitor. Se puso tenso, se acercó a la pantalla y respiró hondo.

Alguien había entrado en la iglesia. Al principio no era más que una sombra que la puerta entreabierta de la calle proyectaba sobre el suelo de la nave central, cada vez más cerca del púlpito, pero en seguida se convirtió en una persona. Una mujer.

Con los puños apretados por la tensión, Thanner se concentró en aquella imagen que avanzaba por la iglesia.

—Date la vuelta, vamos... —susurró a la pantalla.

La mujer se movía lentamente, casi vacilante. Llevaba un abrigo negro y un pañuelo de colores en la cabeza, ambos empapados por la lluvia.

Dada la perspectiva desde la que grababa la cámara y la postura ligeramente encorvada de la mujer, resultaba muy difícil calcular su altura, aunque Thanner decidió que debía de medir metro setenta, o quizá incluso más.

Cuando llegó a la primera fila de bancos, se santiguó, hizo una discreta reverencia y se arrodillo ante el altar. Después transcurrieron cinco interminables minutos en los que Thanner contuvo varias veces el aliento, alterado ante la idea de que en cualquier momento la mujer fuera a darse la vuelta y mostrarle la cara.

Sin embargo, ella no quiso hacerle aquel favor. En su lugar se levantó y, sin darse la vuelta, se dirigió a la capilla lateral, donde desapareció exactamente tres minutos y veintidós segundos.

Thanner estaba temblando y tenía la piel de gallina. Por encima de su cabeza, el viento hacía crujir las vigas del techo. En varias ocasiones se vio tentado a pasar rápido la grabación, pero decidió contenerse y tener paciencia. Además, no quería arriesgarse a pasar por alto ningún posible detalle.

—Vamos —susurró de nuevo, dirigiéndose a la pantalla—. No puedes tardar tanto en encender cuatro velas...

Por fin, la mujer salió de la capilla lateral y avanzó hacia la salida por el pasillo de la derecha.

—¡Oh, no!

Las luces del techo iluminaban de tal modo que su rostro quedaba oculto a la sombra del pañuelo que llevaba en la cabeza. De nada sirvió pasar la grabación a cámara lenta o aplicar el *zoom* a la imagen: Thanner no pudo distinguir más que la barbilla. Una barbilla nada especial y desde luego nada conocida. ¿O sí?

—Vamos —siseó el sacerdote—. Sólo necesito un poco de luz. ¡Sólo un poquito más de luz!

Y entonces, como si la cámara hubiese oído su petición, la mujer se acercó ligeramente a la luz y la pantalla captó su rostro durante apenas unos segundos. Inmediatamente, Thanner apretó la tecla de pausa y observó la imagen casi sin pestañear. No podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

—Pero esto... esto... —balbuceó, moviendo la cabeza hacia los lados.

A efectos del *zoom* la cara de la mujer ocupaba prácticamente toda la pantalla, y estaba tan *pixelada* que se hacía difícil verla, aunque no tanto como para disipar cualquier duda.

Moviendo la cabeza hacia los lados, Felix Thanner observó a la octogenaria Antonia Schiller, una de las feligresas más devotas de su parroquia. Hacía poco tiempo que la mujer le había confesado el robo de una lata de caviar, y seguramente —pensó Thanner— aquellas cuatro velitas formarían parte de su penitencia, junto con varios Padrenuestros y Rosarios. Thanner se habría jugado lo que fuera a que la mujer había dejado de comer —literalmente— para ahorrar el dinero que quería dejar como limosna. Una suma que depositaría en el cepillo de donaciones y que equivaldría, con toda probabilidad, al precio de una lata de caviar.

No, pensó entonces, aquella mujer nunca encendería cientos de velas sin pagarlas antes, ni habría sido capaz de subirse a la estatua y cubrir al Niño con una capa roja.

Decepcionado, apretó de nuevo la tecla del *play* y se quedó observando el resto de

la grabación, que no hizo sino mostrarle una iglesia vacía. Al único que vio, dos horas después, fue a sí mismo. Se observó mientras caminaba por el pasillo central, asegurándose de que allí no hubiera nadie, y avanzando luego hacia el púlpito. Y entonces apagó la cámara.

Se quedó mirando la pantalla, ahora oscura. ¿Qué esperaba, si no? ¿Que la mujer se presentara en la iglesia al primer día y mirara directamente al objetivo? Eso habría sido magnífico, claro, pero las posibilidades de que sucediera algo así eran, por decirlo de un modo eufemístico... relativas. Ni siquiera tenía motivos para pensar que la desconocida fuese a volver alguna vez a aquella iglesia.

Sea como fuere, la cámara funcionaba bien —se dijo, para consolarse—, y Matt se la había dejado para varios días, así que aún tenía esperanzas.

Mientras volvía a enfocar la entrada con la cámara y ponía la grabación de nuevo a cero, Thanner se preguntó por milésima vez quién sería el hombre del que le habló la mujer, qué querría ella de aquel tipo y por qué le habría hablado a él precisamente de todo aquello.

¿Era en verdad posible que estuviese obsesionada con él?

¿Pero por qué?

Quizá por algún motivo que sólo pudiese explicarse desde la locura; algo que una persona cuerda no fuese capaz de interpretar...

Y aunque aquel pensamiento lo intranquilizaba, también le ayudaba a sentirse mejor, porque en caso de que el objetivo de la loca fuese él, no habría nadie más en peligro, y él tenía previsto mantenerse bien alerta y no correr riesgos innecesarios. Sólo le quedaba, pues, esperar y confiar en su intuición.

Justo en el momento en que empezaba a bajar las escaleras de caracol del púlpito oyó un ruido al otro lado de la puerta lateral. Alguien intentaba entrar en la iglesia, pero por ahí era imposible porque Thanner había cerrado por dentro con el alambre.

Oyó entonces una voz de mujer que maldecía en voz baja y notó que el vello de la nuca se le erizaba de pronto. La persona que estaba al otro lado de la puerta lo intentó una vez más y luego desistió.

Thanner corrió escaleras abajo, deshizo el cierre del alambre y abrió la puerta lo más rápido que pudo, pero cuando asomó la cabeza a la calle no vio nada. Allí no había nadie. Solo la lluvia, que volvía a caer con fuerza.

—¿Ha sido usted quien ha cerrado?

Thanner se dio la vuelta con un respingo.

Edith Badtke se le acercó señalando el cerrojo. Su moño brillaba con los reflejos de las gotas de lluvia.

—¿Qué buena idea, cerrar con el alambre por dentro! ¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí? Podríamos habernos evitado la visita del loco de las velas —dijo la mujer, y luego lo miró y añadió, preocupada—: ¿Se encuentra bien, padre? Vuelve a estar muy pálido...

—Sí, quiero decir, no —tartamudeó Thanner, cuyo corazón seguía latiendo a toda

velocidad—. Me ha dado usted un susto, eso es todo.

—Lo que usted necesita es una buena taza de té —dijo Badtke, con expresión decidida—. Pero cambiando de tema, quería decirle que esta mañana el médico forense ha dado luz verde para proceder con el sepelio del señor Nowak, de modo que si le parece bien organizaré el funeral para mañana.

—¿Para mañana, ya?

—Así lo quiere su madre. La pobre mujer desea que su hijo encuentre la paz lo antes posible. Y puesto que el funeral por el señor Kröger está previsto para pasado mañana...

Thanner sintió un escalofrío al ver que algo se movía a la entrada de la iglesia, por encima del hombro de Edith Badtke. Esta se había dejado la puerta abierta y ahora había alguien en el umbral: una mujer rubia que miraba a Thanner directamente a los ojos. Ella se cubrió la cara con las manos, y durante un brevísimo instante Felix sólo pudo verle los ojos y su melena larga y rubia mojada por la lluvia. Entonces se dio la vuelta y se marchó a toda prisa de allí.

—¡Espere! —gritó Thanner a sus espaldas—. ¡Por favor, espere!

Apartó a su atónita secretaria de un empujón y salió corriendo tras la mujer. Pero cuando llegó a la plaza de la iglesia no vio ni rastro de ella. Se había esfumado. Thanner se quedó unos minutos ahí quieto, mirando en todas direcciones, observando a los transeúntes y a los conductores de todos los coches, pero no pudo localizar a la mujer. Era como si se la hubiese tragado la tierra.

Edith Badtke lo había seguido y ahora lo miraba inquisitivamente.

—¿Qué ha pasado? ¿A quién perseguía?

Thanner se frotó la barbilla, pensativo.

—No lo sé —dijo, sin dejar de rastrear la plaza con la mirada—. Pero pagaría por saberlo.

Heinrich Pratt apagó el motor de su miniexcavadora, bajó de la cabina del conductor y se sacó un metro del bolsillo del pantalón. Era difícil excavar tumbas con esa lluvia incesante, y más teniendo en cuenta que en aquella zona del cementerio la tierra era especialmente fangosa. Pese a ello, no obstante, comprobó satisfecho que su intuición no le había fallado. Tenía un sentido de la proporción extraordinario y la tumba tenía la medida justa: dos metros y medio de largo, uno y medio de ancho y un metro ochenta de profundidad.

Asintió. Bendita rutina.

Se pasó la mano por la cara para apartarse el agua de la lluvia, apagó los faros de la excavadora y sacó la llave del contacto. Luego trotó con su linterna hasta la caseta del cementerio, donde le esperaba ropa limpia y una cerveza para celebrar el fin de la jornada laboral.

El reloj de la capilla del camposanto dio las seis, pero la tarde era tan oscura que bien podían haber sido las once de la noche. Pratt odiaba los meses de otoño e invierno, cuando los días eran cada vez más cortos y las noches más largas. De no haber sido porque la señora Badtke le había encargado a toda prisa que excavara la tumba para Nowak, él podría haber estado en casa hacía rato.

Aunque total, para qué, se dijo. En casa no habría hecho más que repanchigarse en el sofá a mirar la tele, y, teniendo en cuenta que cobraba por horas, no le iba nada mal alargar un poco más. Además, la cerveza que iba a tomarse en cuanto llegara a la caseta estaría incluida en el cómputo de horas trabajadas, por supuesto. Se lo merecía, después de que la vieja gruñona le hiciera salir a excavar con aquel tiempo de perros.

Aquella idea le hizo sonreír, aunque su sonrisa se esfumó de inmediato al oír un sonido sordo que venía de la caseta, y en seguida un golpe seco, como si algo muy pesado acabara de caer.

Se detuvo, asustado.

No se habrán...

«No, no es posible», pensó, intentando tranquilizarse. Los dos ataúdes —el de Nowak y el del viejo Kröger, que pesaba tanto que casi se hernió al moverlo— estaban apoyados en sendos podios, ambos perfectamente estables, y era imposible que se hubiesen caído.

Alzó la linterna por encima de su cabeza y se estremeció al ver la figura de dos personas —un hombre y una mujer— bajo el porche de la caseta.

La mujer iba en silla de ruedas y estaba justo delante de la puerta de cristal que preservaba los dos ataúdes, y el hombre quedaba algo más apartado y estaba fumando un cigarrillo.

—¡Eh, apague eso! —le gritó el tipo, cubriéndose los ojos con una mano. Por su acento debía de ser de Europa del Este.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Pratt a su vez—. El cementerio está

cerrado.

Indignado, Pratt dio un paso más hacia la pareja, y en cuanto reconoció a la mujer entendió por qué tenía que apagar la lámpara.

—Ah, es usted.

—Discúlpenos —dijo Agnes Nowak—. Sólo he venido a despedirme de mi hijo.

Al acercarse un poco más a la pareja, Pratt pudo ver el logo de una empresa de taxis bordado en la chaqueta de cuero que llevaba el hombre.

Acompañada por el débil murmullo del motor eléctrico y el crujido de las ruedas sobre la gravilla, Agnes Nowak se acercó hacia él. Su rostro era tan pálido que casi daba la impresión de poder brillar en la oscuridad.

—Espero no haberle molestado, señor Pratt. Nos marcharemos en seguida, créame.

Impresionado por el modo en que ella se le dirigió —era muy, pero que muy poco frecuente que alguien escogiera el tratamiento de «señor Pratt» para hablar con él—, el hombre hizo un gesto apaciguador con las manos y dijo:

—No, no, es igual. Es que creí que...

Se interrumpió al oír de nuevo el golpe seco que venía de la caseta. Ahora que estaba más cerca, pudo ver que la puerta que daba al cuartito de las herramientas —y de un par de cajas de cerveza—, estaba mal cerrada y golpeaba con el viento.

Pratt frunció el ceño. Qué extraño... Habría jurado que se aseguró de dejar la puerta cerrada.

—¿Quizá se la dejó abierta su compañero? —dijo el taxista, interpretando el motivo de las arrugas en su frente.

—¿Mi compañero?

—Sí, el tipo de la gabardina. Estaba saliendo de la caseta cuando nosotros llegamos.

Pratt no daba crédito a lo que oía.

—¿Y cómo era? ¿Qué aspecto tenía?

—Ni idea. Está muy oscuro... —dijo el taxista, quien, no obstante, levantó las manos y continuó—: Era así de alto, más o menos, y su aspecto era frágil como el de una mujer.

—¡Me cago en todo lo que se menea! —maldijo Pratt, precipitándose hacia la puerta semiabierta.

Casi dos años atrás se encontró un montón de grafitis con cruces esvásticas en un trozo del muro que quedaba al norte del cementerio, y una mañana, apenas un mes después de aquello, descubrió en la misma zona los restos de una fiesta juvenil: velas, botellas de vodka, latas de RedBull y —Pratt se quedó con la boca abierta— varios condones usados así como unas braguitas con el dibujo de la Hello Kitty. Y por si eso fuera poco, alguno de esos descerebrados adolescentes vomitó sobre la envejecida lápida de una de las tumbas. Obviamente, la policía buscó a los autores de aquella fechoría, pero no logró identificarlos. Para lo único que sirvió aquel incidente fue

para prestar —al fin— oídos a una petición que Pratt llevaba formulando mucho tiempo: la elevación de los muros del cementerio, para aumentar la seguridad y reducir posibles intrusiones. Desde aquel momento no habían vuelto a tener el menor incidente, y Pratt había creído que el asunto había quedado zanjado.

Pues bien, aquella noche, mientras entraba en el cuarto de las herramientas, deseó con toda el alma no haberse equivocado.

Una vez dentro, comprobó aliviado que todo seguía en su sitio. Quienquiera que hubiese estado allí, no se había llevado nada. Las herramientas estaban todas en el lugar que les correspondía, y hasta la caja de cervezas seguía intacta.

«Menos mal —pensó—. Parece que la señora Nowak y su chófer han llegado en el momento oportuno. Aunque...».

Pratt miró hacia el camino que conducía a su caseta y vio huellas de pisadas sobre el barro. Tragó saliva y anduvo hacia la puerta de entrada, titubeante. Estaba abierta.

—¿Qué cojones...?

La puerta estaba intacta, lo cual, teniendo en cuenta que siempre tenía pasada la llave, sólo podía significar que aquella mañana se había olvidado de cerrarla después de que le trajeran los dos ataúdes. Vaya despiste. La culpa era del sepulturero, claro, que lo invitó a tomar una cerveza después de subir a su pódium el pesado ataúd de Kröger. Después pasaron un rato arguyendo que los trabajos de aquel tipo —es decir, de traslado de pesos pesados que exigen un esfuerzo mayor— tendría que ir acompañado de una prima en el precio, del mismo modo que los viajeros de talla XXL tienen que pagar más por ocupar doble asiento en un avión. Y después de la primera cerveza vino otra, y después otra.

—¿Falta algo?

Pratt dio un respingo y miró al chófer.

—No, me parece que no —respondió. Y dicho aquello metió la llave en la cerradura y le dio dos vueltas, para mayor seguridad—. ¿Hacia dónde se fue el tipo que visteis?

—Hacia allá. —El taxista señaló hacia la puerta vallada tras la que estaba el contenedor de basuras—. Pero, como ya le he dicho antes, no estoy seguro de que no fuera una tipa.

—Sea lo que sea, da igual; por ahí no hay salida —refunfuñó Pratt entre dientes, antes de coger su navaja suiza, meterla en el bolsillo de su chaqueta y salir en la dirección que le había indicado el hombre.

Aquello era muy raro, pensó. Junto a la puerta vallada se encontró también con ese tal Forstner, que le preguntó si era una salida alternativa.

Lo mejor que podía hacer era ir a echar un vistazo y asegurarse de que todo estuviera en orden. ¿Y si realmente había un agujero en el muro y él no se había enterado?

Pratt revisó toda la zona, pero no vio nada que le llamara la atención. Y la puerta, como siempre, estaba cerrada. Sin embargo, algo en su interior le hacía tener la

desagradable sensación de estar siendo observado. Movi6 la linterna hacia todos los lados, enfocando piedras y matorrales con la esperanza de dar con alguien, m6s fue en vano —y, la verdad, se alegr6 sobremanera de que as6 fuera.

Al cabo de unos minutos decidi6 dejar de buscar, volvi6 a paso ligero a su caseta y observ6 que Nowak y su ch6fer se hab6an marchado ya.

Pratt cerr6 todos los cerrojos sin perder un segundo, confirm6 que lo hab6a hecho bien y se apresur6 hacia la salida del cementerio. La cerveza ya se la tomar6a en casa.

No se sinti6 a salvo hasta que estuvo sentado en su viejo Daimler y con el motor en marcha. Arranc6 en primera moviendo la cabeza hacia los lados y se alej6 de all6.

—Viejo chiflado —se dijo a s6 mismo, soltando una risita nerviosa.

Hac6a m6s de treinta a6os que trabajaba en el cementerio. Es cierto que al principio le parec6a algo siniestro —sobre todo por la noche y durante los meses de invierno—, pero despu6s de tanto tiempo conoc6a cada piedra del camposanto como la palma de su mano, y sol6a sentirse m6s a gusto en el silencio de los muertos que en el ruido de los vivos.

Pero aquella noche, por primera vez en su vida, hab6a pasado miedo. Miedo de verdad.

Antes de concluir su jornada laboral, Jan se pasó por la sala de enfermeras. Allí esperaba encontrar a Bettina y disculparse por lo que le había dicho; sentía remordimientos desde que la chica salió de su despacho.

La habitación, no obstante, estaba vacía. Bettina ya debía de haberse ido a casa. En la sala sólo se oía el sonido de la radio que alguien se había dejado encendida, y en la que un presentador algo acelerado preguntaba a los oyentes:

—¿Qué opináis, amigos? ¡Yo creo que allá arriba se han ido de vacaciones y se han dejado los grifos abiertos! ¡Lo mejor que puedo poner ahora es una canción de los Eurythmics, que queda genial con este desastre de tiempo! *Here comes the rain again*.

De vuelta al edificio en el que estaba su despacho, Jan iba tan concentrado en evitar que su paraguas se doblara hacia atrás por culpa del viento que casi chocó con Franco Spadoni. El psiquiatra estaba bajo el porche, del que caía un verdadero torrente de agua, y tenía pinta de llevar un rato esperándolo.

—Tengo que hablar contigo —le dijo, apagando su cigarrillo en uno de los ceniceros que flanqueaban las puertas de entrada, y encendiéndose otro inmediatamente.

En su último encuentro Jan pensó que las ojeras y la barba de cuatro días de su colega se debían a un exceso de trabajo —especialmente de guardias nocturnas—, pero ahora que lo miraba bien veía que el médico siciliano, hasta entonces siempre perfectamente bronceado, volvía a estar pálido como si le hubiese ocurrido algo horrible. Jan recordó la frase con la que Franco le contestó la otra vez a la pregunta de si iba todo bien. «Desavenencias matrimoniales», le había dicho. Bueno, parecía que la cosa era peor de lo que le había dicho.

—Tienes mal aspecto, Franco. ¿Te pasa algo?

—Bueno, yo... —Franco exhaló el humo mientras tosía y carraspeó—. Quería pedirte un favor. Por... por los años que llevamos trabajando juntos.

—Está bien, está bien. ¿Qué puedo hacer por ti?

Un coche pasó por delante del edificio y Franco esperó a que se alejara de allí.

—Hace dos meses —dijo, en voz baja— ¿recuerdas el congreso al que fui durante el fin de semana?

—Ajá.

—Bueno, en realidad no era ningún congreso.

Jan asintió. Sus sospechas se confirmaban.

—¿Necesitas que confirme tu coartada?

—Bueno, en realidad... Sí, así es.

—¿Quieres que diga que fuimos juntos? ¿Es eso?

—Exacto. —Franco apagó el cigarrillo con un gesto nervioso y metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Es decir... Sólo si a Flavia se le ocurre llamarte, por

casualidad. Lo más probable es que no lo haga, ¿eh? Pero por si acaso... Podría ser... —se encogió de hombros y añadió, casi con prisas—: Fue un error, Jan, nada serio, créeme.

Jan movió la cabeza hacia los lados y le dijo:

—Yo no soy nadie para decirte lo que has de hacer, Franco, y desde luego no me apetece nada el papel de apóstol de la moralidad, pero... ¿por qué lo hiciste? ¡Flavia es una mujer extraordinaria! Inteligente, atractiva, independiente... y una madre estupenda.

—Sí, desde luego, pero yo... —Franco hizo un esfuerzo por encontrar las palabras. Miró los charcos de agua del suelo y continuó, bajando algo la voz—: Llevamos casados más de diez años, ¿sabes? Y en los últimos tiempos... Bueno, los niños, la casa, la rutina... Necesitaba airearme, Jan. No sé cómo explicártelo. Me sentía superado. Entonces se me presentó una oportunidad y... bueno, la cagué. —Cerró los puños en un gesto de desesperación y añadió—: Créeme, cerré la historia en seguida. Se acabó. No fue más que un resbalón.

Se miraron a los ojos unos instantes, y entonces Jan asintió sin decir nada.

Franco tenía los ojos anegados en lágrimas.

—¡Jan, no quiero perder a Flavia! La amo. No sé... no sé lo que me pasó. —Cogió el brazo de Jan y este notó que estaba temblando—. ¿Me ayudarás? Sólo será esta vez. Yo creo que ella ha notado algo. O que intuye algo.

Jan se zafó del brazo de Franco y se quedó mirando su paraguas.

—¿Seguro que has acabado con la historia?

—Sí; que me parta un rayo si te miento, Jan. Ya no tengo ninguna relación con ella, ni volveré a tenerla jamás. Te lo juro. Fue muy emocionante, no te lo negaré, pero en seguida entendí lo que estaba poniendo en juego, y desde luego no quiero perderlo. No quiero acabar con mi familia. Por el amor de Dios, tengo claro que cometí un error, pero no puedo decírselo a Flavia. Si lo hiciera... tú la conoces, Jan. Si se lo dijera, me dejaría.

Jan vio el tormento en los ojos de su colega, y no pudo evitar pensar en la última cena que compartieron los cuatro, hacía apenas unos meses, en la que Flavia le aseguró que era la esposa más feliz del mundo. De corazón deseaba que volviera a serlo muy pronto, y por eso guardaría el secreto de Franco, por difícil que le resultara mentir.

Por fin asintió y dijo:

—¿En qué congreso estuvimos?

—Farmacología —la respuesta llegó rauda como el viento.

—De acuerdo —suspiró Jan—. Pero si vuelves a equivocarte no me lo cuentes, ¿vale? Quiero mucho a Flavia y si algún día se enterara de esto... Tú perderías a tu mujer, sí, pero yo también perdería a una amiga, ¿de acuerdo? Así que intenta cagarla más veces.

Franco suspiró como si se hubiese quitado varias toneladas de encima.

—Estoy en deuda contigo, Jan. Si algún día necesitas algo...

—Pues mira, ya hay algo que podrías hacer —le interrumpió Jan. Sacó el sobre de su chaqueta y lo abrió. Te lo habría enseñado de todos modos, pero así aprovecho ahora. He recibido otro dibujo. ¿Le echas un vistazo y me dices qué opinas?

—¿A ver? —Franco cogió la hoja y Jan notó que las manos aún le temblaban—. ¡Oh —dijo—, qué desagradable!

—Ni que lo digas. ¿Qué opinas? ¿Crees que las vacas murieron de verdad? Al principio pensé que sí, pero ahora ya no estoy tan seguro. ¿Es posible que el dibujo tenga un sentido simbólico?

Franco observó el dibujo con la cabeza inclinada.

—Veamos: el campo, el sol, los árboles... forman un paraje idílico. Casi cursi, ¿no te parece?

—Igual que el primer dibujo.

—Aunque quizá nuestro razonamiento sea falso —dijo Franco, sin apartar los ojos del dibujo—. Si interpretamos el dibujo desde un punto de vista meramente simbólico, las vacas pueden significar la conformidad social, la falta de autonomía, originalidad o personalidad. Fíjate en que todas son exactamente iguales, e incluso miran en la misma dirección y se hallan en un mundo supuestamente perfecto. Las cabezas decapitadas podrían significar la falta de individualidad de la masa: cada una se mueve porque lo hacen las demás, y no porque lo decida independientemente.

—Qué teoría más interesante.

—Bueno, si la interpretación fuera correcta, eso querría decir que tu artista mete a todo el mundo en el mismo saco —siguió diciendo Franco—, y el modo en que lo hace no deja lugar a dudas: es una persona agresiva y potencialmente peligrosa. No se limita a presentar unos seres sin rostro, como haría la mayoría en estos casos, sino que les arranca la cabeza y se entretiene en pintarles la sangre. Eso demuestra que se siente más fuerte y superior al resto de la masa.

Franco devolvió el dibujo a Jan y este se lo volvió a meter en el bolsillo de la chaqueta con un suspiro.

—Este sobre me lo dejó en casa. Justo delante de la puerta.

—Caray —dijo Franco—, qué mal rollo, ¿no? Qué angustia...

—Sí, desde luego. Y la verdad, Franco, es que ya no sé qué hacer. La autora de los dibujos me espía y no tengo ni la más remota idea de quién puede ser. No creo que sea una de mis pacientes, ni actual ni antigua, y la incomodidad me ha llevado incluso a acusar injustamente a una enfermera.

—¿Bettina?

—Sí —Jan asintió, sorprendido—. ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, hace un rato le he preguntado por ti y me ha respondido de un modo muy antipático. ¿Pero cómo demonios se te ha ocurrido sospechar de ella?

—¡Y yo qué sé! Supongo que empiezo a estar algo paranoico... No me gusta nada la idea de que una loca sepa dónde vivo.

—¿Y no la vio nadie? ¿Algún vecino?

—No, mi vecino más cercano está de vacaciones y Rudi es el único que puede ver mi entrada desde su ventana.

—¿Ya se lo has contado a la policía?

—¿Y qué quieres que les diga, Franco? Los dibujos, las rosas o la llamada no son ningún crimen *per se*. Tú, que has tratado a víctimas de acecho, sabes perfectamente lo difícil que es enfrentarse a eso.

Pensativo, Franco observó la balsa que se había formado frente a la entrada del edificio.

—Realmente, estás metido en una historia complicada ¿eh? Lo único que puedo recomendarte es que mantengas los ojos bien abiertos. Todo parece indicar que tarde o temprano ella saldrá de su escondrijo y te mostrará quién es. No hay duda de que está intentando llamar tu atención. Quiere mostrarte lo que hay en su interior, pero no quiere encontrarse contigo en la clínica. Como indica el segundo dibujo, ni siquiera es consciente de que tiene un problema psicológico. Se considera superior al resto del mundo, y cree que tú eres aún mejor que ella. Recuerda al gigante del primer dibujo... En su opinión, sin duda, ambos sois especiales.

—Por teléfono me pidió que la ayudara —dijo Jan—. Si se considerara tan perfecta no me pediría ayuda, ¿no?

—Bueno, quizá no estuviera pidiéndote ayuda psiquiátrica, si no...

—¿Si no qué?

—El ramo de rosas... ¿En algún momento mencionó que estuviera enamorada de ti?

—¿Estás hablando de erotomanía?

—Estoy hablando de un trastorno emocional y amoroso, sí, y en ese sentido la erotomanía parece bastante lógica: quizá crea que tú también la amas. En fin, Jan, no sé si te estoy ayudando o confundiendo más aún.

—No, no, me has ayudado mucho. Has confirmado todas mis sospechas, y eso ya es algo.

Franco dio un paso hacia delante y miró a Jan con expresión preocupada.

—Prométeme que irás con cuidado, ¿vale?

—Te lo prometo.

Franco le dio unos golpecitos con el dedo en el pecho.

—Y si de verdad se presenta en tu casa... No te hagas el héroe. No con alguien que parece capaz de decapitar a otros, sin más.

«O que ya lo ha hecho», pensó Jan, y estaba a punto de decirlo en voz alta cuando la puerta de la clínica se abrió a sus espaldas y dos enfermeras se quedaron ahí plantadas, junto a ellos, para fumar.

—Tengo que irme —dijo entonces Franco—. Flavia me espera y no quiero volver a meter la pata. Gracias por tu ayuda, amigo mío. ¡Y ándate con cuidado!

Salió corriendo bajo la lluvia, se metió en su coche y dejó a Jan ahí plantado, con

su sobre en el bolsillo del pantalón.

En casa le esperaba la señal luminosa del contestador automático. Marcaba tres llamadas, pero sólo habían dejado un mensaje. Era Carla, que se disculpaba por haberse mostrado tan lacónica la última vez que hablaron. Al oír su voz, a Jan le dio un vuelco el corazón.

—Ahora todo es complicado, pero espero que sepamos superarlo. ¿Crees que lo lograremos? Tengo que irme, pero no tardaré en volver. El *tour* ya casi ha acabado. —Y antes de colgar pronunció la frase que Jan tanto había deseado oír—. Te echo de menos.

Escuchó el mensaje varias veces más y a cada «te echo de menos», fue sintiéndose mejor. Después se metió en la ducha, apoyó las dos manos en las baldosas de la pared y dejó que el agua caliente le corriera por la espalda. Intentó no pensar en nada y mantener la cabeza despejada, pero no lo logró.

Su cerebro le llevaba una y otra vez a la desconocida y a la imagen de las vacas decapitadas. ¿Quién era y qué quería de él? ¿Cómo podía lograr que saliera de su escondite y lo dejara en paz?

Tarde o temprano saldrá de su escondrijo y te mostrará quién es.

Las palabras de Franco se quedaron resonando en su cabeza. Según su amigo, sería ella misma quien se acercara; lograrlo no estaba en su mano. Pero Jan no estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados. Tenía que haber algo, algún detalle en sus mensajes, que le diera alguna pista.

Apagó el agua, salió de la ducha y cogió una toalla que colgaba de un gancho en la pared.

Tenía que haber algún clavo al que agarrarse, pensó. ¿Pero cuál?

Fuera, un coche cruzó la calle justo delante de su casa. Los faros iluminaron el baño y Jan se llevó un susto de muerte. Ahí mismo, frente a su ventana, vio la silueta de una persona. Tenía la cara pegada al vidrio y las manos a los lados, haciéndole sombra y facilitándole la visión.

¡Le estaba espiando!

El coche acabó de dar la vuelta y la ventana volvió a quedarse a oscuras.

Jan se enrolló la toalla a la cintura a toda velocidad y salió disparado hacia la puerta. La ventana del baño quedaba justo a la derecha de la puerta de entrada, pero la distancia debía de ser suficiente para que el sensor de movimiento no se activara... y no lo hizo, efectivamente, hasta que Jan apareció en el umbral de su puerta.

Entonces, en aquel preciso instante, oyó unos pasos en el jardín y vio una figura que se alejaba corriendo de allí. Fue todo demasiado rápido y no pudo verle la cara, pero le pareció reconocer la falda de un impermeable gris ondeando al viento, justo antes de esconderse tras algún arbusto y desaparecer.

—¡Oye! ¡Espera, detente!

Descalzo y prácticamente desnudo, sólo con la toalla enrollada en la cadera, Jan

corrió tras la figura. La fría lluvia le golpeaba la piel mientras se adentraba en la oscuridad del jardín. El césped estaba mojado y fangoso y estuvo a punto de resbalar varias veces. Por fin dejó de correr. Estaba en la más absoluta oscuridad. Las farolas de la calle quedaban justo detrás del seto del jardín, y sólo oía era su respiración agitada y el murmullo de las hojas ondeando al viento.

—¿Dónde estás? —preguntó, pero no obtuvo respuesta—. Vamos, sal, por favor. Me gustaría hablar contigo.

¡Ahí! Un crujido a su izquierda.

Con mucho cuidado, Jan se acercó a los enebros en los que creía haber oído el ruido, pero sus ramas eran tan densas y la noche tan oscura que no pudo ver a la persona que sin duda estaba ahí escondida.

Su cuerpo temblaba de frío y excitación, y su pulso iba a toda velocidad.

—¿Por qué no sales? Querías verme, ¿no? ¡Pues aquí estoy!

Un nuevo crujido. Jan podía sentir sobre su piel la mirada de aquella persona. Era como un roce en la nuca...

De pronto, algo suave le acarició la pantorrilla. Jan dejó escapar un grito. Se dio la vuelta, dio una patada a lo que fuera que estuviera enroscándose en su pierna, resbaló y cayó al suelo. A medio metro de él vio una figura pequeña y oscura que dejaba escapar un aturdido «miau».

El maldito gato de lo los vecinos.

No había acabado de pensar aquella frase cuando su espía se precipitó a toda prisa del arbusto de enebro y pasó corriendo junto a él. Durante una milésima de segundo, Jan sintió la tela del impermeable en su mejilla. Se incorporó de un salto, pero sólo tuvo tiempo de ver a la sombra negra fundirse de nuevo en la oscuridad. Se alejaba de él a toda velocidad, cruzando el jardín en sentido inverso, junto a un lateral de la casa, directa hacia la calle de atrás.

En lugar de seguirla, Jan corrió hacia el otro lado y pasó corriendo por el interior de su casa para acortar el camino y encontrarse con ella en la parte trasera. Cuando llegó estaba empapado y sucio y apenas podía respirar de la emoción.

Pero miró a todas partes y no vio a nadie.

O la figura había sido más rápida que él, o había detenido su huida y había optado por volver a esconderse en el jardín. Fuera como fuera, no tenía sentido seguir buscándola. Y menos helado como estaba, y con una toalla en la cadera.

Franco le aconsejó que llamara a la policía en cuanto la desconocida volviera a acosarlo, y eso mismo se disponía a hacer. Sí, eso mismo.

En la puerta se detuvo y volvió a pasar la mirada por el jardín. No se veía ni un alma.

Ella sigue aquí.

Cerró la puerta, cogió el listín telefónico de la mesita del recibidor y se dirigió al lavabo para quitarse el barro de la piel y ponerse algo de ropa, porque estaba helado. Pero al pasar junto al comedor oyó unos pasos. El corazón le dio un vuelco y se

detuvo, aterrorizado.

—¡Hombre, aquí estás!

Ahí estaba Julia Neitinger, de pie frente a él. Jan la miró con la boca abierta. Aquello sí que era una sorpresa.

—Perdona si te he asustado —añadió la doctora—. La puerta estaba abierta. He llamado, pero no contestabas... —Señaló la toalla con una mano y esbozó una sonrisa—. ¿Has salido así a la calle? ¿A estas horas?

Jan creyó que el corazón iba a salirle por la boca.

—¿A qué has venido?

Julia dejó de sonreír.

—Disculpa. Pasaba por aquí y he querido venir a verte para excusarme de nuevo por mi comportamiento del otro día. Lo que pasó fue una tontería. Algo realmente estúpido por mi parte. Y lo lamento.

—Ya te dije que estaba perdonado y olvidado.

—Sí, lo sé. Pero he querido volver a decírtelo.

—¿Es este el motivo por el que no has ido al trabajo?

Se dio cuenta de que Julia aún llevaba su impermeable puesto. La persona del jardín también llevaba un impermeable, aunque... ¿Qué significaba eso? Casi todo el mundo llevaba impermeable con aquel tiempo de locos... Lo más probable era que la desconocida siguiera agazapada en algún rincón de su jardín.

—No —respondió Julia—. Al menos no exclusivamente.

Jan cogió el teléfono.

No te hagas el héroe. Llama a la policía.

Ella se le acercó.

—He venido a despedirme.

Jan no pudo evitar retroceder hasta apoyar la espalda en la pared.

—¿A despedirte? —dijo, intentando controlar los latidos de su corazón, que amenazaba con explotarle en el pecho.

Ella bajó la cabeza.

—Sí, esta mañana he presentado mi renuncia al doctor Straub y él la ha aceptado.

—¿Te has despedido? ¿Pero por qué?

—Bueno —dijo ella, sin dejar de mirar el suelo—. Llevo una temporada muy mala en mi vida. Tras el aborto me sometí a una terapia psicológica, pero lo cierto es que no me ha ayudado demasiado. De un modo u otro, nada de lo que hago me sale bien. Y está claro que el enfoque psicológico no fue el adecuado. En fin, el caso es que he decidido marcharme a Namibia durante un año para colaborar en un proyecto de voluntariado que me parece muy interesante. Seguro que me irá bien alejarme de todo durante un tiempo...

—Sí, quizá sea una buena idea —dijo Jan, intentando decidir si le decía la verdad.

—¿Sabes, Jan? Mi última relación después de separarme fue un desastre, y me dejó muy hundida. Pero aun así fui lo suficientemente estúpida como para volver a

complicarme la vida con un hombre, y no sólo eso, sino que además era un hombre casado. Y eso que... —suspiró y lo miró a los ojos— lo cierto es que yo nunca me habría fijado en él, ¿sabes? Antes, mucho antes, lo habría intentado con otro...

Jan no tuvo que pensar demasiado para comprender de quién le estaba hablando, y también quién era el hombre casado, y en su fuero interno movió la cabeza hacia los lados y lamentó aún más la tontería que había cometido Franco. ¿Cómo podía haberse liado con Julia? ¡Precisamente con ella! Es decir, era atractiva y tenía ese puntito que gusta a los hombres pero... era evidente que empezar algo con una colega sólo podía traerle problemas. Además, Julia no estaba bien, eso saltaba a la vista, y todo el personal de la clínica era consciente de ello. La pobre doctora había intentado acercarse a ellos, pero nadie le había dado la oportunidad de empezar una vida nueva en Fahlenberg. Y si bien era cierto que su vida parecía algo complicada, también lo era que su trabajo como profesional resultaba impecable.

«¿Cómo era Julia Neitinger en realidad? ¿Qué se escondía tras aquella compleja fachada?», pensó Jan.

Se dio cuenta de que aún estaba temblando, y no era sólo por el frío. En aquella tesitura era poco más que imposible llamar a la policía sin provocar que ella saliera corriendo o que se malinterpretara la situación: estaba mojado y casi desnudo. Nadie creería que el acosador no era él.

Por otra parte, no obstante, se sentía muy vulnerable. Antes, cuando Julia estaba escondida en el enebro, le había parecido fácil invitarla a hablar con él, pero ahora estaba muy asustado, además de desnudo y desprotegido, en todos los sentidos. Delante de sí tenía a una persona absolutamente impredecible que, además, podía convertirse en una asesina si las cosas se torcían.

—Me gustas, Jan —estaba diciendo ella entonces, con una amarga sonrisa en la boca—. Me gustas mucho, diría yo. No eres uno de esos tipos que va fardando por ahí de sus aventuras y que en cuanto ve a una mujer se imagina quién sabe qué. Y siempre me has tratado con respeto, por mucho que te haya incordiado. Porque lo he hecho, lo sé.

Puso el dedo sobre la tecla de llamada. Ya no había lugar a dudas. Era ella. Todo lo demás sería cosa de la policía.

No te hagas el héroe.

—Julia, he tenido un día muy difícil y estoy agotado. Además, me gustaría mucho ponerme algo encima, porque estoy helado.

—Por supuesto, entiendo —dijo ella sonriendo, aunque sus ojos se mantuvieron serios—. Dime sólo una cosa: ¿habríamos podido tener una oportunidad? Quiero decir, si Carla no hubiese existido...

Jan abrió la puerta.

—Será mejor que te marches. Por favor.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—No me lo puedo creer —susurró—. ¿Tienes miedo? ¿Te asusto?

—¡Julia, por favor, márchate!

Ella asintió.

—Oh, Dios, te doy miedo. Yo... no pretendía provocar esto. Te ruego que me disculpes.

Se quedó mirando a Jan unos segundos, y él temió que en lugar de salir por la puerta se abalanzara sobre él y le golpeará con algo, pero al final pasó a su lado y se marchó.

Ya en las escaleras, Julia se dio la vuelta y lo miró una vez más.

—No te molestaré más, no te preocupes —dijo—. Pasado mañana me marcharé de aquí. No sé qué será de mí a partir de ahora, pero te prometo que no volveré a Fahlenberg y que no te incomodaré más.

—Te deseo toda la suerte del mundo —dijo Jan.

Le habría encantado creerle, pero mucho se temía que aquello no era posible.

Se acercó una vez más a él y Jan tuvo que reprimir la tentación de cerrarle la puerta en las narices. No podía hacerlo. Tenía que evitar que se enfadara. Tenía que lograr que se fuera tranquila, que volviera a su apartamento y que le diera tiempo para llamar a la policía.

Julia se obligó a sonreír una vez más, pero sus ojos seguían tristes. Jan vio que estaba haciendo un esfuerzo por no llorar.

—Jan... Te ruego que no me malinterpretes.

—No lo hago, Julia, no lo hago.

—No soy como todos dicen...

—Lo sé.

Los labios de ella temblaban.

—Que te vaya bien —susurró.

Luego le dio un beso en la mejilla, se dio la vuelta y salió corriendo hacia su coche.

Temblando como un flan, Jan la vio marcharse de allí. Julia no se dio la vuelta en ningún momento. Subió a su coche y una vez dentro se pasó la mano por la cara. Estaba llorando. Luego puso el motor en marcha y se alejó de allí a toda velocidad.

En aquel preciso momento sonó el teléfono que llevaba en la mano, y Jan se llevó tal susto que creyó que iba a morir de un ataque al corazón. Tenía los nervios a flor de piel y tardó unos segundos en reaccionar y apretar la tecla de descolgar.

—¿Se puede saber qué quería de ti esa puta? —gritó una voz de mujer al otro lado de la línea—. ¡Vamos, dímelo!

En cuestión de segundos todo había cambiado. El nuevo estado de la situación golpeó a Jan como un mazazo. ¡Había vuelto a equivocarse! Julia tampoco era su acosadora, porque estaba claro que aquella voz histérica de mujer que le hablaba al teléfono no podía ser de ella.

Jan se acercó a la ventana. Si había visto salir a Julia, tenía que estar por ahí cerca... Efectivamente. Ahí estaba, plantada al otro lado de la calle. Estaba todo muy oscuro y no pudo verle la cara, pero el impermeable le resultaba ya inconfundible.

—¿Ha intentado provocarte? —siseó la mujer al teléfono—. ¿Quería que te la follaras?

Jan sabía que aquella era su oportunidad, pero no tenía la menor intención de volver a correr tras ella semidesnudo ni de dejarla entrar a su casa. Tenía que lograr que se quedara donde estaba.

—No. No es más que una conocida del trabajo —hizo un esfuerzo por parecer calmado, aunque su mente iba a mil por hora. Tenía que seguir hablando con ella mientras llamaba a la policía.

Mi móvil. ¿Dónde está mi móvil?

Fue a la entrada y rebuscó en su abrigo, pero no lo encontró.

—De modo que una conocida, ¿eh? —repitió ella, enfadada—. Me estás mintiendo. Quería que te la follaras, es evidente. ¡Perra asquerosa! He visto cómo os despedíais, ¿eh? Y dime, ¿es buena en la cama?

Jan entró como un rayo en su dormitorio y rebuscó en su escritorio. *Mi móvil. ¿Dónde demonios está mi maldito móvil?*

—Escucha —dijo, mientras recorría su habitación con la mirada—. Por favor, te ruego que me escuches. No tienes ningún motivo para enfadarte. Entre esa mujer y yo no hay nada. Lo que a mí me interesa es lo que tú quieras decirme. Porque querías hablar conmigo, ¿no? Para eso habías venido a verme...

¡Sus pantalones! Corrió al lavabo y palpó en los bolsillos de sus tejanos, pero sólo encontró las llaves del coche. Y entonces lo recordó: aquella tarde, poco después de hablar con Bettina, había visto que se estaba quedando sin batería y había puesto el móvil a cargar. Lo había dejado sobre su escritorio para no olvidárselo... y ahí debía seguir.

De puta madre.

—No, Jan, escúchame tú —dijo la desconocida entonces, y su voz sonaba ahora amenazadoramente calma—. Las cosas no deben ir así, ¿me entiendes? No puedo permitir que una zorra como esa se dedique a ponerte caliente. Eso me duele. No tienes ni idea de lo mucho que me duele.

Mientras ella hablaba, Jan tiró la toalla y se enfundó en los tejanos. También se puso un jersey e iba a ponerse los zapatos cuando se dio cuenta de que su interlocutora había colgado.

—¡Mierda!

Se precipitó a la ventana. La mujer ya no estaba allí. Oyó el motor de un coche que se alejaba por algún lugar de la calle, pero no llegó a ver el vehículo.

Inmediatamente comprendió a dónde se dirigía.

—¡Julia!

Cuando Jan llegó al aparcamiento que quedaba frente al piso de Julia, el coche de la policía ya estaba allí.

Antes, cuando el susto remitió lo suficiente como para permitirle pensar con cierta claridad, Jan estuvo a punto de llamar a Stark, pero al final optó por no hacerlo, porque el comisario habría empezado a hacerle preguntas y no había tiempo que perder. Por otra parte, y más allá de sus sospechas —basadas en la interpretación de dos dibujos simbólicos y pseudoinfantiles—, no tenía ninguna prueba con la que demostrar que su acosadora era la buscada asesina. Ya había errado dos veces en sus sospechas, y no quería intervenir negativamente en la investigación.

De modo que optó por hacer una llamada rápida a la comisaría de policía de Fahlenberg.

«Una mujer está amenazando a una compañera de trabajo», se limitó a decir. Y luego dio su nombre y dirección. Eso bastó para enviar a un par de agentes de inmediato.

Bajó del coche de un salto, corrió hacia la puerta de entrada y llamó de un manotazo a todos los timbres, hasta que alguien le abrió la puerta y entró.

En el tercer piso vio a los agentes hablando con Julia, que los atendía desde el umbral de su puerta.

Jan corrió hacia ella y, casi sin aliento, le preguntó:

—¿Todo en orden? ¿Estás bien?

Ella asintió sin entender.

—Jan, ¿a qué viene todo esto? ¿Qué significa este lío?

—¿Es usted quien nos ha llamado? —preguntó a su vez uno de los dos policías, un tipo anguloso en cuya placa ponía: «R. Wegert».

Los dos agentes lo miraban con cara de estar hartos de bromitas de aquel tipo.

Aún sin aliento, Jan les explicó brevemente lo que acababa de pasar.

—De modo que una acosadora —dijo Wegert, lentamente—. ¿La ha amenazado? —Se dirigía a Julia.

—No, a mí no me ha amenazado nadie —respondió ella, y mirando a Jan añadió—: ¿De verdad te ha dicho que quería hacerme daño?

—Bueno, no directamente —suspiró él—. Pero me ha dicho que no iba a permitir que te me acercaras de nuevo. Se sobreentiende, ¿no?

—¿Tiene alguna idea de quién puede ser esa mujer? —preguntó Wegert—. ¿Una exnovia celosa, quizá?

—No —respondió Jan, nervioso—. Ya le he dicho que no la conozco. Me ronda desde hace unos días, pero nunca le he visto la cara.

En aquel momento se abrió la puerta del piso de al lado y Lutz Bissinger salió al pasillo. El enfermero de la Clínica del Bosque, que fue quien habló a Julia de la posibilidad de alquilar el piso que quedaba junto al suyo, llevaba unos pantalones

cortos y una camiseta vieja y parecía adormilado.

—¿Ha pasado algo? —dijo, y entonces vio a Jan y añadió—: Ah, hola, doctor Forstner. ¿Ha sido usted el que llamaba a todos los pisos?

Tras él apareció otra figura, vestida sólo con una camiseta.

—¿Qué pasa, cariño? —murmuró, mientras abrazaba a Lutz por la espalda. Era Bettina. Cuando vio a Jan cambió de expresión.

—Vuelvan a entrar en su piso, por favor —dijo Wegert a la pareja—. Mire —añadió entonces, volviéndose hacia Jan—, con todos mis respetos por su preocupación y sus ganas de proteger a la doctora Neitinger, a mí me parece que esto no es más que una falsa alarma. Por lo que a mí respecta, al menos, no podría decirle cuál es el peligro. ¿O usted sí, doctora? ¿Necesita que la protejamos de algo, o de alguien?

Julia movió la cabeza hacia los lados.

—No, no; a mí nadie me ha amenazado.

—Mire, si ve algo sospechoso o siente que algo no va bien, no dude en llamarnos inmediatamente, ¿de acuerdo? —dijo el policía, con amabilidad.

—Pero esa mujer... —empezó a decir Jan.

—Le aseguro que nos ocuparemos de ella en cuanto pueda decirnos quién es —le interrumpió Wegert, sin dejar que acabara la frase—. Mientras tanto, por supuesto, puede usted poner una denuncia contra una desconocida. Mi compañero le indicará cómo hacerlo.

Y dicho aquello se despidió y empezó a bajar las escaleras.

—¿Y ya está? ¿Esto es todo lo que van a hacer? —les espetó Jan.

—Mire —le respondió Wegert—, lo lamento mucho pero mientras no tengamos constancia de una amenaza real no hay nada que podamos hacer.

Sus pasos aún resonaban en las escaleras del cuando Jan se dio la vuelta hacia Julia y la miró.

—¿Creíste que yo era la acosadora, no? —dijo ella, en voz baja—. Está bien, no importa. De todos modos, gracias.

Cerró la puerta antes de que Jan pudiera responderle. Lutz y Bettina también habían cerrado la suya, de modo que se quedó solo en el rellano de la escalera.

Solo y desconcertado.

Voces que lo acompañaban en el sueño.

He matado a un hombre.

Mi querido Felix, Dios te ha puesto una prueba difícil.

He matado a un hombre.

A un hombre.

Matado.

Una prueba difícil.

Felix Thanner se removía y jadeaba en el sofá del comedor, mientras que en otro mundo —el mundo de los sueños, aquel en el que de vez en cuando visitamos el subconsciente para revisar temas que en consciencia mantenemos intocables— posaba la mano sobre el pomo de hierro del portal de la iglesia y notaba su desagradable frío en la piel. Dudó unos instantes, pero al fin lo movió hacia un lado y abrió la pesada puerta de roble, que se abrió ante él con un chirrido de bisagras.

Del interior de la iglesia de San Cristóbal le llegó el conocido olor a piedra, incienso y madera oscura. La fría noche de luna llena iluminaba los mosaicos de las ventanas y cubría las filas de bancos con un manto de luz caleidoscópica.

Sintió un escalofrío. El silencio era absoluto, pero al poco empezó a oír un tenue murmullo que le llegaba desde el altar. Sin poder evitarlo se dirigió hacia el lugar del que provenía la voz, y entonces vio a la mujer. Estaba arrodillada ante las escaleras que conducían al tabernáculo y le daba la espalda. A la tenue luz nocturna de la iglesia, su melena rubia parecía casi blanca.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Tenía la voz tomada. Sus palabras sonaron roncadas de pura intensidad.

La mujer no se movió ni un pelo, y siguió susurrando.

—¿Quién es usted? —repitió Thanner, y al ver que no reaccionaba empezó a acercársele cada vez más.

Entonces se percató de su olor. Cuanto más cerca la tenía, más intenso le resultaba: era un olor fuerte, como a madera quemada, y a cada paso que daba le resultaba más duro soportarlo. Por fin llegó hasta ella, donde el hedor era casi inaguantable. Si le hubiesen dicho que aquella mujer había pasado su vida en un ahumadero, lo habría creído sin dudar.

Se dio la vuelta para mirar al púlpito. Ahí arriba, entre las sombras de los barrotes, un aparato electrónico no le quitaba el ojo de encima y grababa todos y cada uno de sus movimientos. Cómo se pasaba la mano por el pelo. Cómo volvía a mirar a la mujer. Cómo le hablaba de nuevo.

¿Quién – es – usted?

El *zoom* automático de la cámara se reajustó para ofrecer una imagen nítida de su brazo en movimiento ascendente, de su mano acercándose al hombro de la mujer, de sus dedos posándose sobre él y de su suave pero firme presión a fin de sacarla de su ensimismamiento.

Lo que no pudo grabar el ojo electrónico, en cambio, fue la sensación que le produjo entrar en contacto con aquel cuerpo de mujer, frío y duro como el hielo, pese al abrigo. No, aquel aparato no pudo dejar constancia del tacto de ella, como tampoco pudo reflejar su olor. *¡Aquel hedor insoportable y gangrenoso!* Parecía haber regresado carbonizada del infierno, sólo para verlo a él.

Seguía con la mano apoyada en su hombro, cuando ella se dio la vuelta al fin para mirarlo. Su melena larga y rubia resbaló sonoramente por la tela del abrigo y entonces... al fin pudo verle la cara.

El pánico le hizo alejarse de aquel ser que podía ser cualquier cosa menos una mujer. Sí, nunca lo fue, ni entonces ni ahora. El ser que estaba en su iglesia ni siquiera era humano, sino un engendro de la naturaleza, una criatura demoníaca, una pesadilla hecha realidad. Sin rostro, ni ojos ni nariz, sólo una enorme boca de dientes largos y afilados, que empezó a abrirse cada vez más.

Thanner se quedó petrificado ante el creciente agujero rojo oscuro que emanaba un olor insufrible y dejaba escapar unos sonidos gangosos y agonizantes.

Y entonces se cerró sobre su cara, arrancándosela de un mordisco, y todo fue oscuridad.

Sus propios gritos lo libraron de su pesadilla. Thanner despertó bañado en sudor y lo primero que hizo fue palparse la cara para asegurarse de que seguía bien. Aún sin aliento, jadeando, se recostó contra el respaldo del sofá y se quedó mirando el fuego que crepitaba en la estufa. Los nervios le hicieron soltar una risa nerviosa, irreconocible, que le provocó un escalofrío.

Aquella boca que amenazó con tragárselo... Tenía claro lo que significaba. Todo aquello era demasiado para él. La situación le superaba. El secreto que no podía compartir acababa de mostrarle su cara más inquietante.

Mi querido Felix, Dios te ha puesto una prueba difícil.

Pues sí, ya lo creía que sí. Una prueba realmente difícil, cuyo objetivo principal consistía ahora en no perder la cordura.

Conducir hasta la gasolinera a las dos y media de la noche para comprarse una terrina de helado de tamaño familiar en realidad no tenía nada de especial. Durante su época de estudiante, y también después, cuando realizaba sus prácticas como residente, Julia Neitinger había repetido reiteradamente aquel ritual. A veces sola, aunque por lo general acompañada de alguna de sus amigas, solía ir a última hora de la noche —o primera de la mañana— en busca de una gasolinera en la que comprar una terrina de helado, una bolsa de patatas fritas, una lata de Coca-Cola o, en algunas ocasiones más festivas, una botella de vino o de algo con más graduación. Eran tiempos felices, y Julia disfrutaba de la vida ajena a toda preocupación.

Hasta que conoció a Rolf. Y después de Rolf, a muchos otros tipos como él: atractivos, encantadores y seductores... al menos hasta conseguir lo que querían de ella. Después, todos recuperaban su verdadera esencia y se convertían en lo que de hecho eran: hombres casados, hartos de la rutina del matrimonio —eso que ella tanto envidiaba— y deseosos de tener una aventura. Porque eso fue ella en todo caso: una simple y efímera aventura.

Con cada nueva historia que empezaba, Julia se sentía como una princesa, y durante un tiempo fantaseaba con la idea de haber encontrado al fin a su príncipe azul, pero al final todos acababan mostrándole su verdadero aspecto de rana. Y ella caía en la misma trampa una y otra vez, absurda e irremediabilmente. Podría haberlos numerado: Rolf 1, Rolf 2, Rolf 3... y así hasta llegar a Rolf X, que excepcionalmente no estaba casado y decidió formar una familia con ella, pero que la abandonó en cuanto ella perdió el bebé que esperaban (una niña que se habría llamado Laura, de no haber fallecido tres semanas antes de nacer).

Durante el seminario de autoanálisis, punto esencial de su especialidad en psiquiatría, Julia intentó descubrir el patrón patológico que la llevaba a escoger siempre el mismo tipo de hombre como pareja. Su objetivo pasaba por romper el círculo vicioso en el que estaba inmersa, y lo cierto es que al principio avanzó tanto que creyó que iba a lograrlo —*hola, papi, gracias por acompañarme siempre y en todo lugar pese a llevar ya varios años muerto*—, pero entonces su profesor entró a formar parte de la lista de Rolfs que entraron en su vida y la maldición volvió a cernirse sobre ella.

Hasta ahora. Esta vez iba a ser distinto. Iba a conseguirlo, sí; Franco había sido el último Rolf de su vida, y en su fuero interno agradeció a Jan no haberse convertido en uno más.

Quizá su sufrimiento no había sido aún lo suficientemente intenso como para desear que las cosas cambiaran de verdad. Quizá. Pero ahora sí lo era. Namibia le ofrecía una oportunidad única para alterar el ritmo de su inercia, y aquella noche decidió empezar a cambiarla sin más dilación: el enorme helado de chocolate, nueces y almendras que acababa de comprarse no iba acompañado de ron, porque a partir de

ahora también evitaría el alcohol. Aunque no fuese más que un nimio detalle, para ella era importante porque era el primer gesto palpable que hacía en pos de su cambio de actitud.

«Qué locura», se dijo, echando un vistazo a la terrina que reposaba en el asiento del copiloto, nueces, almendras y chocolate como símbolo de una nueva vida.

Sonrió. La idea cada vez le gustaba más. Se le había ocurrido espontáneamente durante el largo rato que pasó en la bañera tras el incidente con Jan. Al principio aún estuvo un rato barajando la posibilidad de volver a intentarlo con él, pues su preocupación por ella la había conmovido, pero al final logró apartar de sí aquella idea y devolver a Jan al lugar al que pertenecía: junto a Carla.

Después alguien había estado un buen rato llamando a su puerta, no sin insistencia, pero ella no se había movido ni un centímetro: se había quedado allí estirada, añadiendo agua caliente cada vez que notaba que la de la bañera empezaba a enfriarse y disfrutando del momento.

Entonces le entraron ganas de salir a comprarse el helado. No tenía demasiada hambre y lo más probable era que no tomara más de dos o tres cucharadas del mismo, pero es que no se trataba de eso, sino de reencontrarse y recuperar a aquella joven feliz y despreocupada que solía comportarse así.

«Empiezan a verse las primeras contracciones en su electroencefalograma, amiga», pensó, sonriendo de nuevo. Mañana por la mañana entregaría su viejo Renault Clio a su nuevo propietario, haría las maletas, se desharía de las cosas inútiles que aún le quedaban y poco a poco las contracciones irían volviéndose cada vez más visibles y definidas...

—¡Eh!

Las luces largas del coche de atrás la deslumbraron. Julia conducía despacio, adecuando su velocidad al mal tiempo, y no pasaba de los ochenta kilómetros por hora, pero el conductor de detrás parecía tener mucha prisa. Conducía tan pegado a ella que en algún momento pensó que sus luces traseras se habían fundido con las delanteras del otro.

—¡Mantén la distancia, idiota! —gritó al retrovisor—. ¿O es que no has oído hablar del *aquaplaning*, tú? ¿Eh?

A aquellas horas de la noche, la autovía hacia Fahlenberg solía ir prácticamente vacía y en aquel momento la visibilidad era magnífica y no se veía venir a nadie en contradi dirección.

—¿Pero por qué no me adelantas, caray? ¿No tienes tanta prisa? ¡Pues pasa!

Pisó el pedal del freno, y por fin consiguió que el otro coche aumentara la distancia de seguridad, pero fue solo durante unos segundos, porque en seguida volvió a acercársele tanto que pensó que iba a atropellarla.

Nerviosa y algo asustada, puso el intermitente de la derecha para indicar que la adelantara, pero el otro siguió impertérrito ahí detrás, deslumbrándola con sus luces largas.

—¡Será hijo de puta! —exclamó Julia, moviendo su espejo retrovisor.

Conducir con aquella lluvia ya le parecía lo suficientemente complicado —entre otras cosas porque sus escobillas habían conocido tiempos mejores—, y sólo le faltaba ahora el loco ese complicándole la visibilidad.

El coche no dejaba de acercársele y alejársele, como la pata de un toro iracundo a punto de dar su embestida.

—¡Por el amor de Dios, pásame y déjame en paz, cabrón!

Una vez más puso el intermitente para indicarle que le adelantara, y por fin el tipo pareció entender lo que le decía. Julia oyó el motor del coche acelerando, y lo vio pasar junto a ella hasta adelantarla.

La cortina de lluvia era demasiado densa y la carretera estaba demasiado oscura como para ver quién iba al volante de aquel coche, pero como era un modelo viejo y antiguo Julia pensó que debía de tratarse de algún joven que volvía a casa al salir de la discoteca. Lo más probable era que no fuera solo, y que sus compañeros de viaje estuvieran muertos de risa en aquel preciso momento.

¡Jajaja! ¡Mira la cara de la tía! ¡Se ha cagado de miedo!

«¿Bueno, y qué? —se respondió a sí misma—. Vosotros reíros, que yo no pienso dejar que nada ni nadie me estropee el buen humor. Ahora mi electro me gusta demasiado como para volver a desactivarlo».

El destartado coche de los jóvenes se alejó del suyo a toda velocidad. A una cierta distancia de allí se veía la luz roja de un semáforo, pero a aquellos gamberros no pareció importarles lo más mínimo: pasaron sin frenar por el cruce que daba entrada a la autopista y pronto fueron engullidos por la oscuridad de la noche.

Julia, en cambio, frenó al llegar al semáforo y con un suspiro esperó a que se iluminara el disco verde.

—Inconscientes. Algún día nos encontraremos en la sala de urgencias del hospital y yo os miraré mientras vosotros gritáis de dolor. Aunque, ahora que lo pienso... ¡yo ya no estaré en este hospital!

Cuando el semáforo cambió de color, apretó el acelerador y empezó a pensar en el helado que estaba a punto de zamparse.

¿Sólo dos o tres cucharadas? No, mejor diez o doce. Con los nervios de la conducción le había entrado un apetito voraz. Quizá hasta se tomara la terrina entera. Al fin y al cabo, no sabía cuándo podría volver a tomar un helado, ¿no? Algo le decía que el dulce no iba a ser una opción fácil en Namibia... No es que le preocupara demasiado, la verdad —ahora sus preocupaciones eran otras—, pero no estaba de más satisfacer el deseo de dulce ahora que podía, en lugar de...

Dos reflectores rojos se iluminaron justo delante de ella. Julia gritó. No había visto el destartado coche en mitad de la carretera, con el motor y las luces apagadas.

Apenas tuvo tiempo de frenar. Dio un volantazo a la derecha para evitar chocar con el vehículo, pero en su lugar se dio con la valla protectora.

Todo sucedió muy rápido. De pronto arriba era abajo y abajo era arriba.

Y el choque fue muy doloroso. Brutal.

El teléfono lo sacó de su sueño. Dio un respingo y se descubrió reclinado sobre la mesa de su cocina. Tenía ante él varias pilas de papeles, listines telefónicos, antiguos almanaques de su época de estudiante, álbumes de fotos y varias cajas llenas de imágenes que por un motivo u otro no habían llegado a completar su trayecto hasta los álbumes. Jan se había quedado dormido con la frente apoyada en una libreta de notas y ahora notaba el cosquilleo que la huella de la espiral había dejado en su oreja izquierda.

La libreta estaba llena de nombres, todos ellos tachados concienzudamente, y en su mano derecha aún sostenía el bolígrafo.

Se había pasado toda la noche dándole vueltas al tema, intentando descubrir la identidad de la misteriosa mujer que lo acosaba, y para ello había estado revisando los nombres de todas las mujeres que se le habían pasado por la cabeza. Había apuntado, pues, el nombre de todas, absolutamente todas las mujeres que de un modo u otro habían tenido un papel en su vida. Conocidas, vecinas, antiguas compañeras de escuela, de universidad, de residencia..., colegas de la clínica, pacientes y, por supuesto, antiguas parejas y relaciones. Estas últimas no es que fueran demasiadas, y en ningún caso le parecían capaces de manifestar un comportamiento tan desequilibrado, pero aun así las escribió en su libreta porque no quería dejarse a ninguna fuera de la lista. Por eso las apuntó a todas, aunque luego fuera tachándolas una a una, incapaz de sentir por ellas el menor rastro de sospecha.

Así fue como, al fin, concluyó que la mujer no podía ser más que una desconocida. Alguien a quien él no conocía pero al que ella creía conocer. Una de las lectoras del libro de Carla, con toda probabilidad.

Aquella idea le resultó exasperante, pues, de ser cierta, no había nada que pudiera hacer. Nada con lo que enfrentarse a esa mujer. Nada con lo que protegerse de ella y de sus maquiavélicos juegucitos.

Hasta ahora la historia no le había parecido excesivamente alarmante —él podía haber seguido recibiendo notas y dibujos tan ricamente, a la espera de que ella cometiera un fallo y revelase su identidad—, pero desde ayer tenía miedo. La desconocida le había mostrado su cara más imprevisible, su versión más peligrosa, y él ya no tenía ninguna duda de que su acosadora era también la asesina de Nowak, y de que su espíritu estaba lo suficientemente trastornado como para moverla a matar una vez más, si lo consideraba necesario.

El miedo lo había movido a investigar lo más concienzuda y objetivamente posible, si aquella historia tenía un punto de partida. Algo que hasta ahora se le hubiese pasado por alto. Un hilo del que poder tirar.

Pero no había hallado nada.

«No tengo ni idea de quién puede ser», fue la frustrante conclusión a la que se vio obligado a llegar.

Y en algún momento, ya a primeras horas de la mañana, debió de quedarse dormido sobre la mesa de la cocina, de la que ahora se levantaba con unas terribles punzadas en la espalda. La nuca también le crujió al incorporarse, pero lo peor era sin duda el dolor de cabeza. Notaba el pulso en las sienes, como si la sangre estuviera a punto de salirle disparada por las cuencas de los ojos en cualquier momento.

«No me extraña», pensó, mientras apartaba de su vista la botella de güisqui *single malt* que había pasado la noche justo al lado de la libreta de notas. Ayer, en su desesperación, había estado dándole algún que otro trago, pero ahora el estómago se le retorció con sólo mirarla.

Volvió a sonar el teléfono. Un timbrazo penetrante. La persona que llamaba lo había dejado sonar hasta que le saltó el contestador, y entonces había colgado sin dejar mensaje y había vuelto a llamar inmediatamente. Fuera quien fuera, se trataba de alguien muy persistente.

Jan rodeó la mesa y se tambaleó hasta el mármol de la cocina, donde se hallaba el móvil. La pantalla indicaba «Número desconocido».

—¿Hola? —tenía la voz adormilada, y el güisqui había convertido su lengua en algo reseco y áspero.

Jan oyó un ruido al otro lado de la línea, y después un tímido «¿Te he despertado?».

—¿Carla? ¿Eres tú?

La respuesta llegó acompañada de un suspiro tenso y descompuesto.

—No, te aseguro que no soy Carla —siseó una voz femenina que le puso la piel de gallina.

¡Era ella!

De pronto se sintió despierto y sobrio, y hasta olvidó el dolor de cabeza o el de espalda. Aquella voz tenía mucha más influencia sobre él que un termo entero de café y todas las aspirinas de su botiquín.

—Esa hija de puta te abandonó, ¿lo has olvidado? Cambió estar a tu lado por hacerse rica y famosa a costa de tu historia, ya lo sabes, y seguro que lleva tiempo follándose a algún otro. Sí, Jan, tú sabes tan bien como yo que la aprovechada de Carla no volverá a llamarte.

La mano de Jan se tensó sobre el auricular hasta hacerle daño.

—¿Quién eres?

—Vamos, cariño, dejémonos de juegos, al menos por esta vez. Hoy no estoy de humor para tonterías.

Jan se presionó las sienes con la mano libre y tuvo que hacer un esfuerzo enorme por controlarse y no gritar. Esta vez tenía que lograr que no colgara. No hasta saber quién demonios era.

Sin embargo, y pese a su esfuerzo, la voz le salió en un tono más fuerte de lo normal.

—¡Te he pedido que me digas tu nombre!

—De acuerdo.

De nuevo oyó un suspiro, aunque en esta ocasión parecía estar reprimiendo la risa, como si la pregunta de Jan le hubiese recordado un chiste malo. ¡Estaba segura de que la conocía! ¡Eso era! Y sin embargo, por mucho que se esforzaba Jan no lograba relacionar aquella voz afónica, ya aguda ya grave, con la de ninguna mujer que conociera.

—Llámame Jana.

—Jana —repitió Jan—. ¿Es tu verdadero nombre?

—¿Y eso qué importa? —dijo ella, dejando escapar una risita—. Jan y Jana. Unidos por las mismas consonantes, y por la misma vocal. La primera. La más importante. Resulta adecuado, ¿no te parece? Al fin y al cabo, tú eres lo más importante para mí. No tengo a nadie más.

«Al fin algo a lo que agarrarse», pensó Jan.

—¿Sólo me tienes a mí? ¿Y qué hay de tu familia?

La respuesta llegó rápida y decidida.

—Nadie. —Y luego añadió, con dureza y frialdad—: No hay nadie más. Nadie que me parezca importante. Tú eres lo único que me importa.

Jan se pasó la mano por el pelo. No estaba preparado para aquella charla. Si se hubiese tratado de una paciente de la Clínica, habría dedicado su tiempo a informarse lo más posible sobre ella y las circunstancias que la habían llevado hasta ahí, pero en esta ocasión ella le había sorprendido —una vez más— y la cabeza volvía a dolerle de un modo insoportable.

«Profesionalidad, doctor —se dijo—. Intenta descubrir todo lo que puedas sobre ella. Es tu oportunidad».

—¿Por eso me enviaste los dibujos? —le preguntó—. ¿Porque quieres que te entienda?

—¿Te gustaron?

—Me parecieron... —se detuvo para buscar la palabra adecuada— muy expresivos. De gran simbolismo.

—Sabía que te gustarían —le respondió ella, feliz—. Son mis sueños. Los he pintado para ti. Pesadillas tan reales que no logro distinguirlos de la realidad. Pero al final apareces siempre, siempre, para salvarme. Eres mi héroe. Puedes con todo. Ay, Jan, ¿qué sería de mí sin tu amor?

Poco a poco empezaba a formarse una idea de cómo era aquella mujer. No externamente, sino en su interior. Un diagnóstico provisional. Echó un vistazo al desorden que reinaba en la mesa de su cocina y no pudo evitar sonreír. ¿Cómo podía haber pensado, ni que fuera por un segundo, que se trataba de alguien conocido? Lo más probable era que jamás hubiesen coincidido, por mucho que Jana estuviera convencida de lo contrario.

Tendrías que haber hecho caso de tu intuición, amigo.

Lo más probable era que Jana —a falta de su verdadero nombre se conformaría

con llamarla así por el momento— sufriera un trastorno esquizofrénico alucinatorio. Eso explicaría los dibujos sobre sus sueños, muy cercanos a la realidad pese a ser obviamente ilusorios. Sueños en los que él era un gigante y ella una niña pequeña, subida a sus hombros, en un campo verde y rodeados de vacas decapitadas.

Jana estaba desquiciada, indudablemente, pero lo más significativo en aquel sentido era que ella debía de saberlo. Quizá no del todo, pero sí en parte. De un modo u otro, sabía que algo no iba bien. De ahí que lo hubiese escogido a él, al psiquiatra, como héroe y salvador de sus paranoias. Quizá la mujer se había enterado de su existencia por el libro de Carla, o quizá por la prensa psiquiátrica que cubrió todo el asunto del escándalo de su hermano. Si no recordaba mal, una de las revistas del gremio le dedicó un artículo que tituló «El héroe psiquiatra»; era evidente que Jana debió de tomarse aquello al pie de la letra.

A eso había que añadir, por supuesto, el hecho de que su esperanza en Jan y en la ayuda profesional que este podría brindarle estuviera mezclada con el amor que decía sentir por él. Su interpretación de la realidad estaba tan intensamente deformada y manipulada que había acabado cayendo en una absoluta locura de amor.

«Una erotómana esquizofrénica —pensó Jan—, genial». Desde luego, aquello no facilitaba nada las cosas. Y menos aún si la susodicha había cometido un asesinato y era consciente de ello.

—¿Sigues ahí? —su voz sonaba ahora como la de una niña tímida y asustada ante la posibilidad de haber hecho algo mal.

—Jana, me gustaría ayudarte. ¿Me dejarías?

—No, Jan —respondió ella, y, como si hubiese apretado otro interruptor, la niña volvió a convertirse en mujer—, no te escondas en el condicional. Tú me ayudarás, porque me lo prometiste. Fuiste tú quien me mostró la llave para salir de mi prisión. ¿Acaso lo has olvidado?

«No te escondas en el condicional», repitió Jan para sí. ¿Quién formularía una frase así? Sin duda alguien con estudios...

Evidentemente, no tenía ni la menor idea de qué le hablaba la desconocida. Fuera cual fuera el significado de aquella llave, debía de tratarse de algo que sucedió en su imaginación. Pero, por supuesto, fingió entender de qué iba el tema, pues no podía permitirse el lujo de acabar ahí la conversación.

—¿Cómo voy a olvidarlo, Jana? —le dijo, con el tono más amable que pudo—. Pero sólo podré seguir ayudándote si vienes a verme. Dado que yo tengo la llave para sacarte de tu prisión... tenemos que encontrar juntos el camino de salida.

—¿Quieres que vaya a verte?

—Sí.

Ella se quedó callada, pensando. Jan aprovechó el silencio al otro lado de la línea para intentar oír algo —un sonido, un ruido, una voz, lo que fuera— que le diera alguna pista sobre el paradero de la mujer, pero fue en vano. Por lo visto estaba en un lugar absolutamente tranquilo y silencioso. Y no demasiado grande, pues no se oía

eco. Sólo su respiración, suave y pausada.

—No, Jan —dijo al fin—. Creo que no es buena idea. Es demasiado pronto. Cada vez falta menos para poder llevar a cabo nuestro plan, pero me temo que aún no estás preparado para ello.

—¿Qué plan?

Ella volvió a lanzar un suspiro.

—Vamos, querido, lo sabes perfectamente. Ya hemos hablado mucho sobre el tema...

—¿En tus sueños?

—Si quieres llamarlo así...

Jan ya había contado con que rechazara su propuesta. La mayoría de sus pacientes necesitan un tiempo de adaptación para hacerse a la idea de que van a visitar al psiquiatra. Pero ya habían dado el primer paso, es decir la admisión de que necesitaba ayuda para seguir adelante, y también el segundo, el reconocimiento de que algo en su interior no estaba bien. El hecho de acudir al psicólogo supondría el fin de su mundo imaginario, y aquello, lógicamente, le provocaba miedo y ansiedad. Era una reacción muy propia de los psicóticos. Su mundo, todo aquello que hasta ahora había considerado real, le sería presentado como alucinatorio y le provocaría una terrible angustia y desorientación, al menos en la primera fase.

Pero él se mantuvo firme. Si quería convencerla, tenía que esgrimir argumentos que partiesen de su locura.

—Mira, Jana, tú también sabes perfectamente que, tal como están las cosas, lo nuestro no puede funcionar. Para que el plan se cumpla tenemos que vernos. Tenemos que estar solos tú y yo. Si no, no saldrá bien.

Casi le pareció oír el movimiento de la cabeza de ella moviéndose hacia los lados.

—No. No puedo colgar y pasarme por tu casa así, sin más. Es imposible, Jan. El peligro sería excesivo.

—¿El peligro?

—Sí, el peligro de que tú también quieras de mí lo que quieren todos. Eso ensuciaría nuestra relación, ¿lo entiendes? Y no debemos arriesgarnos a ello. Para cumplir nuestro plan debemos estar completamente limpios y puros. Sólo entonces podrá funcionar.

«Lo que quieren todos», pensó Jan. ¿Le daba miedo acercarse a él porque era un hombre? ¿Habría sido víctima de una violación? ¿Sería ese el motivo por el que se veía como una niña en sus dibujos, y su voz sonaba infantil algunas veces? ¿Odiaba su aspecto femenino porque había sufrido alguna experiencia traumática como mujer?

Era muy probable, aunque no se trataba de la única opción. También era posible que estuviese harta de su rutina de adulta y que por eso prefiriera presentarse como una niña pequeña. Muchas de sus pacientes habían pasado por aquella fase: la mayoría se había visto obligada a pasar a la etapa adulta de un modo brusco o

inesperado —quizá por la enfermedad o muerte de los padres— y sufrían una regresión a la infancia porque necesitaban sentirse a salvo y protegidas.

—Bueno, pues entonces veámonos en un lugar neutral —propuso Jan—. ¿Quizá en el centro? ¿Algún lugar que te guste?

—¿Donde todo el mundo pueda oírnos y vernos? No, Jan, nuestro plan sólo nos afecta a nosotros, y de ningún modo debemos correr el riesgo de que algún cotilla de esos que anda suelto oiga de qué se trata, porque haría lo posible por impedirlo.

—¿Qué es lo que querrían impedir?

—Venga, querido, lo sabes perfectamente. Por eso es importante que nadie nos oiga.

—Sí, perdona, tienes razón —dijo, apretando los puños por los nervios. Por fin la tenía donde quería. Ahora era el momento de intentarlo—: Bueno, Jana, ¿y si te vienes a mi consulta? Allí podemos cerrar la puerta y hablar sin que nadie entre a interrumpirnos.

—¿Al manicomio? —Parecía realmente sorprendida— ¿Por qué iba yo a querer ir al manicomio?

—Bueno, allí es donde trabajo.

Al otro lado de la línea se oyó un golpe seco y muy fuerte, como si ella hubiese golpeado algo, quizá una mesa, con la palma de la mano.

—¡No, Jan, no, no, no! ¡No digas que estoy loca! ¡No vuelvas a decirlo nunca!

Jan se sobresaltó. Se sentía como si hubiese estado llevando un huevo crudo en una cuchara y de pronto la hubiese movido de tal modo que el huevo estuviese a punto de caer.

—Pero si yo no...

—¡Sí, Jan, desde luego que lo has hecho! —lo interrumpió—. ¿Quién demonios te crees que eres, eh? ¿Te cueles en mis sueños, me prometes el oro y el moro y luego quieres enviarme al manicomio? ¡Eso es cruel, Jan, muy cruel! Y me indigna, ¿lo entiendes? ¡Me indigna enormemente!

—Jana, yo...

—¡No! —gritó ella, fuera de sí—. No permito que me trates así. ¡No tienes ningún derecho a tratarme de loca!

Aunque ella no podía verlo, Jan levantó la mano que tenía libre en un gesto con el que al mismo tiempo parecía pretender calmarla y defenderse.

—Jana, por favor, escúchame. No pretendía disgustarte, te lo juro. Sólo quería...

—¡Shhh! —susurró ella al aparato—. Está bien, querido. —Ahí estaba otra vez. Era como si alguien hubiese vuelto a cambiar de interruptor y su voz volvía a sonar suave y cálida—. Lamento haberte gritado. No era mi intención. No quiero pelearme contigo, pero es que a veces me vuelvo un poco... colérica. ¿Me perdonas?

Jan respiró hondo.

—Pues claro que sí, todos perdemos los nervios de vez en cuando. Es algo muy...

—Gracias —le interrumpió ella, y era obvio que se sentía aliviada—. Gracias Jan,

tú sí que me entiendes. Es que hoy no he tenido un buen día, ¿sabes? Ya he pasado una noche lo suficientemente complicada... Porque no lograba sacarme de la cabeza a esa puta que ayer fue a tu casa a molestarte, ¿sabes?

«Sí, hasta el punto de hacer que yo mismo sintiera pánico», pensó Jan, y luego le preguntó:

—¿Has vuelto a tener pesadillas?

—Sí. Quiero decir... no. —Parecía desconcertada—. No han sido pesadillas, o al menos eso creo. Las pesadillas son distintas. Lo de esta noche ha sido real. Ay, Jan... creo que he sido mala. He hecho algo que lamento. ¡Pero es que no me quedaba más remedio! Yo...

Jan sintió que el pulso se le aceleraba. Quizá aquello no fuera más que otro de sus enfermizos jueguecitos, aunque algo en su interior le hacía pensar que iba en serio.

Él se había marchado de casa de Julia poco después de las diez.

Ya he pasado una noche lo suficientemente complicada...

¿Qué significaba aquello?

—¿Fuiste a verla?

—Ahora tengo que colgar, Jan. Ya hablaremos, ¿eh?

—¡Jana, dime qué has hecho! —gritó él—. ¿Qué quiere decir que has sido mala?

—Te quiero. No lo olvides.

—¡Jana, espera!

Un clic, y ya había colgado.

Jan colgó también maldiciendo en voz alta, e inmediatamente volvió a sonarle el teléfono.

—¿Jana?

—¿Qué sucede? ¡Llevas mil horas comunicando! —Era Franco. Y antes de que Jan pudiese responderle añadió—: ¿Ya te lo han contado?

—¿Contarme el qué? —dijo Jan, sintiendo que se le revolvía el estómago.

Y lo que oyó a continuación confirmó la peor de sus sospechas.

Cuando Jan llegó a la unidad de cuidados intensivos del Hospital Central de Fahlenberg, Franco lo estaba esperando. Estaba sentado junto a la puerta de la habitación de Julia y tenía la mirada perdida en un punto fijo del suelo. Con la bata azul prescrita para los visitantes de la unidad, el italiano parecía especialmente pálido y enfermo, como si estuviese a punto de caerse de la silla en cualquier momento. Pero se levantó lentamente en cuanto vio aparecer a Jan.

—Franco, ¿cómo está?

El hombre tenía los ojos rojos y era obvio que tenía que hacer un esfuerzo por no perder la compostura.

—Está consciente, pero no recuerda nada —dijo, en voz baja—. Por lo visto, su coche quedó como un acordeón. El médico me ha dicho que cuando vio las fotos del

accidente pensó que era imposible que hubiera sobrevivido. Jan, ella... —Franco tragó saliva—. Julia ha tenido muy mala suerte. Han tenido que amputarle un brazo y las fracturas en el otro son extraordinariamente complicadas, pero es que además...

—¿Hay más?

Franco asintió.

—Se ha fracturado tres vértebras. Tiene destrozada la columna vertebral.

—¡No! —Jan notó que se quedaba sin aliento—. Eso significa que...

—Que se ha quedado parapléjica. Sí.

—Gracias por venir.

Julia miró a Jan. Su boca se torció en un gesto que quizá quisiera ser una tímida sonrisa. Tenía la cara cubierta de morados, el párpado derecho hinchado y violeta y el poco trozo que asomaba de ojo completamente bañado en sangre. La nariz estaba cubierta de costras y la frente, cubierta por un vendaje por el que se escapaban algunos mechones de pelo rubio.

Pero no fueron las vendas y los hematomas lo que más lo impresionaron, ni tampoco el muñón en el que se había convertido un brazo o las férulas con las que esperaban salvar el otro, sino la inmovilidad que desprendía su cuerpo, y a la que estaba irremediabilmente condenada. Ahí estirada, con la sábana blanca cubriéndola como una mortaja, parecía una muerta en un velatorio plagado de máquinas.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, acercando una silla a la cama.

Su sonrisa desapareció.

—Como si ya no fuera yo —susurró, y se pasó la lengua por los labios resecos—. Me han dicho que aún es demasiado pronto para darme un diagnóstico definitivo. Que tenemos que esperar a que remitan las inflamaciones y demás... Pero yo no les creo.

—Quizá sea cierto.

—Te agradezco que intentes protegerme, Jan, pero antes de pasarme a psiquiatría atendí unos cuantos casos como el mío. Y los dos sabemos lo que significa paraplejia. —Torció los labios en un gesto extraño y añadió—: Lo que hay que hacer para librarse de la mala comida de los aviones, ¿eh? Al fin y al cabo, seguro que en Namibia habría pasado demasiado calor.

—Julia, no te rindas. Eres muy fuerte y por eso estás viva.

—Sí, Jan, estoy viva. ¿Pero sabes cuál es la ironía?

—Cuál.

—Que no me acuerdo de nada. Por la marca del frenazo la policía supone que algo debió de cruzar la carretera justo cuando yo pasaba por ahí. Un ciervo, quizá. Yo sólo sé que salí a comprarme un helado y que volvía hacia casa. —Dejó escapar una risita desesperada y sus ojos se llenaron de lágrimas—. A partir de ahora necesitaré que alguien me dé de comer.

Jan cogió un pañuelo de papel de la cajita que había sobre su mesita de noche y le enjugó las lágrimas con cuidado, haciendo un esfuerzo sobrehumano por disimular el temblor de su mano.

—Julia, me gustaría preguntarte algo.

—Dime.

—Antes de salir de casa... ¿Sucedió algo? ¿Te llamó alguien por teléfono, quizá?

—¿Una llamada? —Julia reflexionó unos segundos—. No, creo que no. Recuerdo que me di un baño muy largo, y que de pronto me entraron ganas de tomarme un

helado. Un jodido helado. Todavía crees que alguien... —No acabó la frase.

—Yo... no lo sé, pero podría ser... —dijo Jan, incapaz también de acabar la frase. Pero en su fuero interno estaba absolutamente convencido de quién había provocado aquel frenazo. No tenía pruebas, eso era cierto, pero la probabilidad de que aquello fuera casualidad le parecía demasiado remota.

Sí, Jana no se había limitado a amenazarlo. No había querido sólo asustarlo. Había sido —por decirlo con sus propias palabras— mala.

—¿Crees que pudo haberte seguido alguien?

El ojo que Julia tenía visible se movió rápidamente de un lado a otro mientras intentaba recordar, pero al final miró a Jan y le dijo:

—No lo sé. No me fijé. Sólo recuerdo que en el camino de vuelta un idiota se me acercó tanto por detrás que pensé que iba a atropellarme. Pero acabó adelantándose y no hubo más.

—Bueno, quizá no fue un ciervo lo que te hizo dar el volantazo...

—Estás pensando en la acosadora, ¿no? ¿Aquella por la que llamaste a la policía?

—Sí.

Julia dejó escapar un suspiro.

—No sé qué decirte, Jan. El accidente me ha provocado cierta amnesia. No recuerdo nada de lo que pasó después de que aquel coche me adelantara. Sólo tengo un agujero negro. Pero, la verdad, no me importa. Aunque la culpa fuera de aquella mujer... Esto —dijo, mirándose el cuerpo— no cambiaría, ¿lo entiendes?

—Está bien —dijo Jan, y le secó de nuevo las lágrimas—. Te pido disculpas. No pretendía...

—Ahora tengo sueño, Jan. Ya sé que sólo querías ayudarme.

—De acuerdo.

Se puso en pie.

—Jan...

Le costó Dios y ayuda sostener la mirada que Julia le dirigió. Nunca había visto semejante desesperación.

Ella volvió a pasarse la lengua por los labios y continuó:

—Por favor, dile a Franco que no vuelva a visitarme. Ya le he causado suficientes problemas. Dile que le quiero mucho, pero que no me debe nada. Que lo que dijo en su día aún sirve para hoy: «es mejor que no volvamos a vernos».

—Está bien, se lo diré. ¿Puedo hacer algo más por ti?

Ella tosió, y en su cara volvió a dibujarse aquella sonrisa desesperada.

—Sí. Por favor, ponme la almohada en la cara y presiona con fuerza. Prometo no oponer resistencia. No lo haría ni aunque pudiera.

Jan bajó la cabeza y salió de la habitación. Una vez en el pasillo tuvo que hacer un esfuerzo por no ponerse a llorar.

Sentía un odio terrible. Un odio infinito hacia una mujer que se hacía llamar Jana.

—Cazzo! ¡Vaya puta mierda!

Franco dio una patada a una piedrecita que había a la entrada del hospital. El guijarro chocó contra una papelera, rebotó y patinó por el asfalto empapado.

—¡Tranquilo! —Jan se puso ante él—. Enfurecerte no te servirá de nada.

Franco asintió jadeando, rebuscó entre los bolsillos de su cazadora y por fin sacó un paquete arrugado de Lucky Strike.

—Tienes que ir a la policía —dijo, encendiéndose un cigarrillo con las manos temblorosas.

Jan esquivó la nube de humo y movió la cabeza hacia los lados.

—¿Y qué quieres que les diga? ¡No tengo nada! Ni el menor indicio de quién puede ser esa mujer, y menos aún de que haya tenido algo que ver con el accidente de Julia. Si hubiera habido alguna pista ya la habrían encontrado en el lugar de los hechos, ¿no te parece? Las huellas de otro coche o algo así...

—¡Pero si ella misma te lo dijo por teléfono! —insistió Franco.

—No, no lo hizo. Sólo me dijo que había sido mala. Pero eso puede significar cualquier cosa, y seguro que a la policía no le bastará como prueba. En realidad no es más que una sospecha, en mi opinión una sospecha más que fundada, pero eso es todo.

Franco exhaló el humo de su cigarrillo y tosió.

—De todos modos, tendrías que decírselo.

—¿Y arriesgarme a que monten una caza de brujas en torno a mis pacientes? ¿Te imaginas lo que sucedería si abriesen una investigación? Ninguna volvería a confiar en mí; ¡sería el fin de mi carrera!

—Pero esa no es la cuestión, Jan. ¿Y si realmente es una de tus pacientes?

—No, no lo es. Créeme, las he estado analizando todas a conciencia y estoy absolutamente convencido de que ninguna de ellas tiene el perfil para cometer actos tan violentos. Además, si alguna hubiese manifestado un delirio amoroso hacia mí... ¿no crees que en las sesiones lo habría notado? Y por último, pero no menos importante, ya se ha negado a verme en varias ocasiones. Es obvio que si fuera una paciente no habría tenido tanto miedo a mostrarse, pues ya lo habría hecho con anterioridad. No, Franco, estamos ante una desconocida. Alguien que hasta el momento no ha despertado ninguna sospecha y que se siente a gusto en el anonimato... Al menos por ahora.

—Está bien —dijo Franco, lanzando un suspiro—. Pero al menos podías hacer que la policía vigilase tu casa, ¿no?

—Sí, yo también lo había pensado. Pero si esa Jana se enterara... entonces todo sería mucho peor. No hay duda de que está chalada, pero te aseguro que tonta no es. Y tiene grandes dotes de observación. Si descubriera que mi casa está siendo vigilada, no imagino de qué sería capaz y cuántas víctimas más añadiría a su lista.

Indignado, Franco tiró su colilla al suelo y la destrozó con la suela de su zapato.

—¡Joder, Jan! ¿Pero entonces qué coño piensas hacer?

—Esperaré a que vuelva a llamarme y utilizaré todos mis conocimientos psicológicos para desenmascararla —respondió él—. Ya sé que es una opción angustiada, pero creo que es el único modo de tener al menos ligeramente controlado el riesgo.

Franco lo miró a los ojos. Parecía no tenerlas todas consigo.

—¿Y si no vuelve a llamarte?

—Lo hará, créeme —le aseguró Jan, y después añadió, con todo el cinismo—: ella me ama, ¿recuerdas? Tengo que aprovechar esta locura.

—Te estás metiendo en un juego muy peligroso, amigo mío.

—Lo sé. Hace tiempo que todo está caldeado.

Jan metió las manos en los bolsillos del pantalón y se encogió de hombros al tiempo que lanzaba un largo y sonoro suspiro.

—Está bien. Tú sabrás lo que haces. Sea como sea, ya no voy a poder ayudarte.

Jan arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Y eso qué significa? No puedes rajarte ahora. ¡Te necesito!

—Significa lo que significa —le respondió Franco—. Yo soy médico, no *cazadelincuentes*. Además, tengo demasiado en juego. Flavia me habló de sus sospechas y yo... le dije la verdad. Fue todo muy duro, pero al final me dio otra oportunidad, a cambio de jurarle que no volvería a tener ningún contacto con Julia. Hoy he roto mi juramento, pero ha sido la última vez. Así que a partir de ahora me mantendré al margen de toda esta historia, ¿de acuerdo? No vengas a buscarme.

—Franco, pero esto es...

—Me da igual lo que creas —le interrumpió el italiano—. Tengo la oportunidad de recuperar a mi familia y te aseguro que no voy a desaprovecharla. Se acabaron las trampas.

—¿Te parece que todo esto sólo tiene que ver con Julia?

—Sé perfectamente que no, Jan, pero ahora tengo que pensar en mí.

—Está bien, como quieras. Pero en mi opinión esto es cobardía.

—Llámalo como quieras —dijo Franco, y dándole unas palmaditas en la espalda a modo de despedida, añadió—: yo lo llamo sentido común. Quien juega con fuego acaba quemándose...

—No me queda ninguna otra opción, Franco.

—Por supuesto que sí. Siempre hay más opciones. No cometas el error de convertir todo esto en una *vendetta* personal. Julia no recuperará su vida.

Y dicho esto se dio la vuelta y se alejó de allí.

—¡Franco, espera! —Jan lo siguió bajo la lluvia—. Sólo una pregunta más y te dejaré tranquilo.

Franco se detuvo y respiró hondo.

—Suéltala.

—¿Qué te dice el nombre de Jana? —preguntó Jan—. Estoy convencido de que es un nombre simbólico, pero...

—¿Nunca te rindes, eh?

—No, ya te lo he dicho. Así que cuéntame: ¿qué crees que puede significar «Jana»? Es decir, más allá de las similitudes con mi nombre...

Franco se cogió el labio inferior con los dedos de la mano derecha y se quedó mirando el suelo, pensativo.

—Jana, Jana, Jana... —murmuró—. No sé, quizá sea la versión femenina del dios Jano, el de las dos caras. Me dijiste que te parecía una mujer culta, ¿no?

—Sí —dijo Jan—, estoy convencido de que lo es. Y lo del dios Jano me parece que tiene mucho sentido, dada su esquizofrenia.

—Jan, por favor —Franco lo miró directamente a los ojos—, escúchame: mantente alejado de este asunto. Hay cosas que nos sobrepasan. El problema es que sólo nos damos cuenta cuando ya es demasiado tarde. ¿No lo ves? Al menos piénsalo un poco, ¿de acuerdo? Hazlo por mí.

—Está bien —mintió Jan—, lo pensaré.

Franco le dio una nueva y amistosa palmada en los hombros.

—Y no te enfades conmigo. Es posible que no sea más que un cerdo egoísta y cobarde, pero Flavia me ha dado una oportunidad y para mí eso es lo más importante. Quizá haya tardado en darme cuenta, pero lo he hecho, y eso es lo que importa. El amor es algo extraño, Jan. Sólo luchamos por él cuando nos damos cuenta de que podemos perderlo.

Y dicho aquello se alejó de allí sin volver la vista atrás.

Desde una distancia prudencial, Jana observó al grupo de fieles que se había reunido para dar el último adiós a Volker Nowak. Un puñado de figuras vestidas de negro, bajo un techo de paraguas abiertos y no menos negros a los que la lluvia no dejaba de golpetear.

En el centro del grupo, la madre de Nowak, inmóvil en su silla de ruedas. La mayor parte de su tez blanca como el papel estaba cubierta por unas enormes gafas de sol. Pese al paraguas que uno de los allí presentes sostenía abierto sobre su cabeza, su vestido estaba cubierto de perlas de lluvia, y el ramo de gladiolos que llevaba en el regazo se mecía ligeramente con sus sollozos.

Sintió lástima por la pobre anciana. Habría querido acercarse a ella y pedirle perdón. Pero eso sería un error en todos los sentidos, y lo sabía bien. Al fin y al cabo, no fue culpa suya que Volker muriera, sino de él. Si no hubiese sido tan cabezota, no le habría tocado ni un pelo. Sí, lo habría dejado en paz. Seguro.

«¿Qué tonterías son estas, eh? —le preguntó una voz grave e iracunda en su interior—. ¿Quieres que te responda yo? ¡No son más que cursiladas! ¡Sensiblerías! ¡Una reacción vergonzosa y nada propia de mi hija! ¿Se puede saber qué se te ha perdido aquí? ¡Y en pleno día!».

—Perdona —susurró—. Yo sólo quería...

¡Me importa un carajo lo que querías! ¿Qué harías si alguien te viera, eh? ¡Crees que tienes un buen escondite, pero eso no basta para evitar el riesgo, joder, y últimamente te arriesgas demasiado!

Ella asintió. Sí, la voz tenía razón, por supuesto. No podía correr más riesgos. A partir de aquel momento se ceñiría a su plan. Sólo a su plan.

Al acabar el funeral por Volker Nowak, Felix Thanner corrió hacia el púlpito. Se había pasado toda la mañana pensando en la cámara secreta, y le costó una barbaridad concentrarse en algo que no fuera ella. Tenía la sensación de estar atrapado en una pesadilla de la que no podía salir por propia voluntad. Durante toda la ceremonia se había preguntado si la desconocida habría entrado en la iglesia mientras él cumplía con sus obligaciones en el cementerio.

Durante el entierro había tenido una abrumadora sensación de opresión en el pecho, y apenas se sintió con fuerzas de mirar al ataúd.

«¡Sé quién es la asesina de Volker! —le habría gustado gritar para los allí presentes, en lugar de recitar el sermón del sepelio—, ¡he hablado con ella!, ¡sé que lo hizo, pero no puedo decíroslo!».

Y cuando al fin estuvo solo, acompañado apenas por el quejido del viento entre las vigas del techo de la iglesia, apretó la tecla del *play* en la cámara, y con las palmas sudorosas y el corazón en un puño pasó más de media hora mirando la pantalla del monitor.

Al acabar cerró la tapa de la cámara y se echó hacia atrás, lanzando un suspiro de decepción.

Nada. De nuevo, nada.

La cámara había cumplido con su cometido y había grabado a todo aquel que entró en la iglesia: Thanner observó a cámara rápida al cerrajero Seif, arreglando por fin la puerta de la iglesia, y poco después a Edith Badtke y Bruni Kögel —la florista— que se pasaron unos cuatro minutos —habrían sido diez veces más si lo hubiese pasado a velocidad normal— arreglando la decoración floral del altar, a continuación los preparativos para la bendición y despedida final de Nowak, y para acabar la Eucaristía propiamente dicha.

Pero, aparte de esto, no pudo ver a nadie más. Sólo una imagen fija y estática de la nave central de la iglesia, sobre la que planeaban las marcas del paso del tiempo: minutos, segundos y milésimas de segundo en los que no sucedió nada en absoluto.

Y eso que mientras miraba la cinta, Thanner no pudo dejar de pensar en aquel ser abominable de su pesadilla y en la posibilidad de que apareciera en la grabación en cualquier momento, agazapado tras el primer banco, esperando a sorprenderlo. Un ente con apariencia de mujer que no mostraba su verdadero rostro hasta tener a tiro a sus víctimas.

Esa boca... Esos dientes grandes y afilados... Esa garganta demoníaca... ¡Son mis remordimientos, la angustia que amenaza con devorarme porque no puedo actuar!

El mero recuerdo del sueño le hizo ponerse a temblar. La frente se le perló de sudor y no pudo evitar sentirse como un idiota. Estaba empezando a perder los nervios. Necesitaba que aquello acabara de una vez. ¿Cuánto tiempo debería convivir

con aquella angustia existencial que se colaba en sus noches y confundía sus sueños mientras esperaba a que la loca volviera a hablar con él?

Suponiendo que volviera a hacerlo, claro.

—Vamos —susurró a la cámara—. ¡Vamos! ¡Estoy aquí! ¡Ven a verme!

En cuanto llegó a casa llamó a la clínica y dijo que estaba enfermo. Sabía que Jana no se acercaría al edificio, así que tenía que buscarla en otros sitios.

Descorrió las cortinas y apartó todas las macetas que tenía en las ventanas para asegurarse de ver bien lo que sucedía en la calle. Después cogió uno de los dos sillones orejeros que tenía en el salón, lo arrastró hasta la ventana y se sentó en él, con los ojos bien abiertos, a observar.

Odiaba tener que esperar, pero lo cierto es que el rato que estuvo así le sirvió para calmarse e intentar controlar su odio por aquella mujer que se hacía llamar Jana. En lo que fracasó, en cambio, fue en apartar de sí la imagen de Julia postrada en la cama, con la mirada anhelante, suplicándole que la matara.

Tenía que hacer un esfuerzo por mantener la compostura, por no perder los nervios, por no olvidar su profesionalidad. Tenía que estar lo suficientemente calmado y lúcido como para poder enfrentarse a ella.

Y se dedicó a respirar lenta y pausadamente, observando cuanto pasaba por su ventana, con la mayor tranquilidad a la que pudo acceder.

Ella se acercaría a espiarlo, de eso estaba seguro. La erotomanía implicaba una adicción obsesiva, y en eso debía centrarse. Jana no podría reprimir el deseo de estar cerca de él. Las llamadas y las visitas a su casa evidenciaban el hecho de que a aquellas alturas ya no tenía suficiente con imaginar que estaban juntos, sino que necesitaba más. Un contacto real. Los síntomas eran los mismos que en la adicción a las drogas: el yonqui necesita ir aumentando su dosis para mantener el mismo efecto cada vez.

De vez en cuando pasaba por la calle algún que otro peatón, apareciendo y desapareciendo por su ventana. Eran como sombras grises que se deslizaban junto a la verja de su jardín y se difuminaban bajo el incesante manto de lluvia otoñal. Jan vio a uno de sus vecinos, uno cuyo nombre desconocía pero del que sabía que paseaba por la zona dos veces al día para sacar a su enorme y precioso dogo. Sobre la verja que daba a la calle sólo podía ver la cabeza del can, que en aquel momento se había detenido, expectante. Jan se preguntó si el animal podía notar que estaba siendo observado. Y si así era, ¿podría Jana sentirlo también? ¿Podría saber que la estaba esperando? ¿Se mantendría alejada de él por ese motivo? ¿Sabría lo enfadado que estaba? ¿La ira que lo atenazaba desde que provocó el accidente de Julia?

El vecino tiró impacientemente de la correa del perro mientras se esforzaba por evitar que el viento diera la vuelta a su paraguas o se lo arrancara de las manos. Por fin el animal se puso en marcha, y se alejó de allí sin mirar hacia su ventana.

No me ha visto.

Poco después la calle quedó desierta. Nervioso, Jan se mordisqueaba la parte interior de la mejilla, hasta el punto de que había empezado a formársele una herida. La espera era descorazonadora, aunque en ningún momento dudó de que ella

aparecería de un modo u otro.

Lo haría.

Tenía que hacerlo.

Transcurrieron varias horas, apenas acompañadas por el tic-tac del reloj de pared, pero Jan no se movió ni un pelo y no apartó la vista de la ventana.

Entonces, cuando empezó a oscurecer, vio una figura delgada que se acercaba corriendo desde el otro lado de la calle. Llevaba una chaqueta con capucha y... era una mujer.

Se dirigió directa hacia su casa y se detuvo bruscamente frente a la verja del jardín. Durante un breve instante se quedó mirando hacia la ventana. Una mujer delgada de mirada despierta. Una mecha rebelde y rubia se escapó de su capucha y le cubrió la cara. Era guapa, de rasgos armónicos.

Parecía que estuvieran mirándose, pero Jan sabía que eso era imposible. Él estaba a oscuras; ella no podía verlo.

Entonces se inclinó ante la verja y desapareció.

Jan se levantó del sofá de un salto. El pulso le iba a toda velocidad. Corrió hasta la puerta de entrada, la abrió y vio la espalda de la mujer justo frente a la verja de su casa.

¿Qué diantres hacía allá?

Respiró hondo y anduvo hacia ella, que se dio la vuelta para mirarlo en cuanto él abrió la puerta de la verja.

—¿Jana?

Ella lo miró y le preguntó.

—¿Vive usted aquí?

Jan asintió.

—Entonces esta es su parcela de acera... —dijo con seriedad, antes de mostrarle el pañuelo que llevaba en la mano y señalar la suela de su zapatilla deportiva— ¡y su caca de perro!

Jan no supo si ponerse a gritar o a reír a carcajadas. ¡Estaba a punto de volverse majareta!

No es más que una joven que ha salido a hacer footing y ha pisado el regalo que debió dejar frente a mi casa ese maldito y enorme dogo. ¡Joder! ¡Estoy paranoico perdido!

—¿Sabe usted lo que cuesta quitarse esto ahora? —la joven le tiró el pañuelo a los pies y puso los brazos en jarras—. ¡Haga el favor de mantener limpia la entrada de su casa, como hacemos el resto de los vecinos!

Jan balbuceó una leve disculpa y vio alejarse a la mujer, que lo dejó ahí plantado sin añadir nada más. Entonces oyó el sonido del teléfono en su comedor y corrió de nuevo a casa.

Su contestador automático estaba programado de tal modo que saltaba tras el quinto timbrado, y si no se equivocaba había oído ya tres. Llegó al aparato justo a

tiempo para evitar que el buzón de voz se conectara.

—¿Hola? —dijo, casi sin aliento.

—Hola, Jan.

¡Es ella! ¡Es ella!

—Hola, Jana.

Se dejó caer en el sofá y cerró los ojos para concentrarse en cualquier sonido que pudiera oír al otro lado de la línea, por débil que fuera. Aunque al principio no pudo oír más que los latidos de su corazón...

«Cálmate, cálmate, Jan —se dijo a sí mismo—. No cometas errores. Tienes que lograr que te diga quién es. ¡Esto es lo único que importa!».

—Es agradable oír tu voz. —Su voz sonaba más débil y afónica de lo normal, y Jan pudo apreciar el desánimo que acompañaba cada una de sus palabras—. Hoy no he tenido un buen día.

«Y por eso aumentas la dosis y me llamas por segunda vez —pensó él—. Bien, muy bien. Eso significaba que la tenía donde quería. Él era el camello con la droga que ella necesitaba. No, mejor aún, él era la droga».

—¿Por qué no has tenido un buen día? ¿Qué te ha pasado?

Con los ojos aún cerrados intentó reconocer algún sonido de fondo, pero fue en vano. Sólo se oía su respiración.

—Nada —dijo ella, y parecía desorientada y ausente—. En realidad no me ha pasado nada. De vez en cuando tengo días así.

«Es propio de tu enfermedad», se dijo Jan, constatando así su diagnóstico inicial. Los cambios bruscos de humor, que pueden producirse incluso en cuestión de minutos, son muy frecuentes en los enfermos sicóticos.

—¿Sabes? —continuó diciendo Jana—, el hombre es el único animal que puede odiarse a sí mismo.

—¿Y tú te odias?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por ser como soy —susurró—. Me gustaría tanto ser distinta... Ser como los demás. Así no tendría que esconderme. Podría llevar una vida normal.

Jan intentó entender el significado de aquellas frases. ¿Estaba refiriéndose a su trastorno mental o había algo más? ¿Era posible que tuviera alguna deformidad, o que parte de su cuerpo estuviera desfigurada, y que aquel fuera el motivo por el que se escondía?, ¿para no tener que soportar las burlas o las miradas de rechazo o compasión del resto del mundo? ¿Era ese el motivo por el que deseaba tanto tener una pareja, pese a saber que jamás tendría una de verdad?

Quizá fuera eso. Quizá estuviera tan atormentada que ni siquiera fuera capaz de llevar una vida relativamente normal.

—¿Y por qué no puedes ser normal? —le preguntó—. ¿Qué te lo impide?

—Lo sabes perfectamente. Ya hemos hablado mucho sobre el tema.

—Pero sólo en tus sueños —replicó Jan.

«Tengo que sacarla de su trinchera —se dijo—. Tengo que lograr que me cuente más cosas sobre ella; que me de un punto de partida para descubrir quién es».

—Bueno, en el mundo real tampoco hemos hablado nunca sobre nuestro plan —añadió ella.

—¿Ah, no?

—No.

Jana soltó una risita, como si su depresión acabara de desaparecer en aquel preciso momento. Y lo más probable era que hubiese sido así.

—Te voy a hacer un regalo, Jan. Uno que no olvidarás.

—¿Vas a contarme tu plan?

De nuevo la risita.

—¿Quieres saber cómo se me ocurrió?

—Claro, pero antes cuéntame de qué se trata. ¿Qué quieres hacer?

—Mira, fue hace ya mucho tiempo —dijo ella, haciendo caso omiso de su pregunta—. Iba yo por la autovía cuando vi a dos ardillas en el asfalto. Un macho y una hembra. Bueno, la verdad es que no sé distinguir los sexos, pero estoy segura de que se trataba de una pareja. La más grande estaba muerta. Creo que era la ardilla macho. Había intentado cruzar la autovía y un camión la había atropellado. La otra, la hembra, estuvo un buen rato ahí quieta, viendo cómo los coches pasaban una y otra vez sobre el cuerpo cada vez más destrozado de su pareja. Era tan triste, Jan... Aquella imagen me rompió el corazón. ¿Y sabes lo que hizo la hembra al final?

—No, dímelo tú.

—Saltó a la autovía para que la atropellaran también —dijo Jana, y la alegría con la que habló hizo que Jan sintiera un escalofrío—. Sacrificó su vida para reunirse con su pareja. ¿No te parece maravilloso? ¡Eso es amor verdadero, Jan, y no las cursiladas que pretenden hacernos creer las novelas rosas! Es tan fácil decir que se ama a alguien... Pero muy pocos están dispuestos a demostrarlo en realidad, con todas sus consecuencias.

—Pero tú sí que estás dispuesta, ¿verdad? —Jan sujetaba el teléfono con tanta fuerza que los dedos empezaron a dolerle—. ¿Quieres demostrarme cuánto me amas?

—Sí, muy pronto lo verás. —Seguía utilizando aquel tono ligero y desenfadado que a Jan le hacía sentir escalofríos.

—¿Cuándo?

—Muy pronto —repitió, utilizando el tono propio de una niña que no puede esperarse a entregar un regalo que a ella le parece muy especial.

—¿Y por qué no ahora, Jana?

Aquello la pilló desprevenida. Jan oyó como aguantaba la respiración.

—Pero... es que yo... no puedo... —empezó a decir, pero se detuvo.

—Jana, por favor, quiero verte —dijo, haciendo un esfuerzo por parecer sincero—. Te prometo que entre nosotros todo será limpio y puro. Yo solo quiero verte...

Unos instantes de silencio. Jan temblaba como una hoja. Se lo había jugado todo a una carta. Había optado por la estrategia ofensiva.

Silencio.

—No sé que decirte —dijo ella al fin, dudosa—. Creo que sería un error, ¿no te parece?

—No, Jana, yo creo que sería el mejor regalo que podrías hacerme.

«Y te aseguro que es la pura verdad», añadió para sí mismo.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—¿Y no haríamos nada que perjudicara nuestro plan?

—Te doy mi palabra.

—¿Tu palabra?

—Te lo juro.

Volvió a quedarse callada, esta vez tanto tiempo que Jan se preguntó si se habría marchado dejando el teléfono descolgado. Pero entonces oyó un ruido y en su imaginación creyó entender de dónde venía: Jana se había puesto el auricular sobre el pecho mientras pensaba, y ahora volvía a cogerlo y a ponérselo en el oído.

—No sé si podré —dijo entonces, muy seria—. Aún es demasiado pronto. Falta algo, lo sé. Lo noto.

Jan se sentía como el pescador que observa el agua cristalina y ve cómo el pez se acerca al anzuelo. Bien, Jana estaba ya muy cerca del suyo y ahora le tocaba mover la caña suavemente, para que viera agitarse el cebo y se decidiera a morderlo.

—¿Y no puede ser que te equivoques?

—Claro que puede ser. Pero, aun así... no sé si sería lo correcto.

—Jana, yo creo que no hace falta que esperemos más. Hemos llegado ya tan lejos, hemos pasado tantas cosas juntos... En mi opinión ha llegado el momento de encontrarnos cara a cara, ¿no te parece?

Una vez más, ella se quedó pensando antes de responder:

—Sí, seguramente tienes razón. Es sólo que tengo un poco de miedo... No estoy acostumbrada, ¿sabes? Llevo tanto tiempo viviendo sola, ocupándome de mí... Siempre que me he descubierto ante alguien me ha sucedido algo horrible. Nadie me ha dado una oportunidad. Todos retroceden ante mi aspecto externo y no se detienen a observar mi interior.

«Dirás más bien que les ha sucedido algo horrible a ellos, ¿no? —pensó Jan—. A Volker Nowak, por ejemplo. Y parece que hubo otros antes que él. ¿Cuántos han sido, Jana? ¿Cuántos?».

—Escucha, te prometo que yo no me iré. Te doy mi palabra.

Ella dudó de nuevo. Tenía miedo. En realidad estaba aterrorizada.

—¿Tú lo deseas, verdad?

—Sí, lo deseo —respondió él.

—¿Lo nuestro es amor, verdad, Jan? ¿Como el de las ardillas?

Jan tragó saliva. Creyó que no iba a poder seguir hablando, pero al final lo consiguió. El recuerdo de Julia le ayudó.

—Sí, pero nosotros dos sobreviviremos.

O al menos eso espero.

La oyó respirar varias veces, profundamente, como si se preparara para levantar un peso muy grande, o como si estuviera a punto de saltar desde muy alto.

—Está bien. Vendré. Pero antes tengo que arreglar un asunto.

Jan se puso tenso. *Se lo ha creído, no me lo creo. ¡Ha picado el anzuelo!*

Estaba emocionado, pero en seguida apareció su suspicacia y le sobrevino la sombra de la sospecha.

Algo iba a suceder. No podía decir qué sería, pero ese algo lo estropearía todo.

—¿Qué significa que tienes que arreglar un asunto, Jana?

—No te preocupes, Jan —dijo ella, rápidamente—. No tiene nada que ver con nosotros, y no me llevará demasiado tiempo.

«No sigas preguntando —le advirtió su subconsciente—. Te ha creído y eso es lo único que cuenta. Ahora, por el amor de Dios, no hagas que cambie de idea».

—¿Pero vendrás?

—Sí, lo haré.

—De acuerdo. Te esperaré.

Ella susurró algo que Jan no pudo entender, y después preguntó:

—¿Estás hablando en serio, verdad? ¿No me tomas el pelo?

Ahí estaba de nuevo la niña tímida e inocente... Jan no pudo evitar pensar en la suposición de Franco acerca de su nombre: Jana, la de las dos cabezas; la niña cándida y la asesina iracunda.

—Te hablo tan en serio como tú a mí —le respondió él.

—Entonces todo irá bien, por fin —susurró ella, y colgó.

El reloj de la torre dio las seis cuando Felix Thanner regresó a la iglesia. Después de la última campanada pudo oír el viento golpeando contra el enorme rosetón del santuario y colándose entre las flautas del órgano, que emitían sonidos fantasmagóricos y vibrantes.

El sacerdote cruzó la nave temblando de frío y con una mano apoyada sobre su abdomen, que en aquel momento parecía a punto de estallar. Edith Badtke le había ofrecido una cena opípara y ahora tenía una terrible acidez de estómago. Seguro que era por los nervios.

La mujer le dijo que estaba preocupada por él, y lo obligó a acabarse la comida con pertinaz intransigencia. En su opinión, últimamente estaba demasiado pálido y delgado, y parecía apesadumbrado. ¿Necesitaba ayuda? ¿Podía hacer algo por él?

Thanner le mintió y le dijo que no le pasaba nada, que todo iba bien, que hacía unos días había tenido una indigestión, pero que ya se encontraba mejor. Y dicho aquello intentó cambiar de tema ocupándose de los asuntos cotidianos de la parroquia —la reparación del cerrojo, por fin, los preparativos para el entierro de Heinz Kröger y la siguiente colecta—, pero a la señora Badtke no se le escapaba nada y supo que, aunque ella no volvió a insistirle ni a hablarle del tema, no había conseguido engañarla.

Mientras charlaban ella se dedicó a mirarlo de un modo que acabó incomodándolo. Tenía la sensación de que podía leerle el pensamiento, en el que no había otro tema que el de la desconocida asesina. Por eso se sintió especialmente aliviado cuando tuvo que despedirse de su ayudante para acudir al confesionario.

En primer lugar se dirigió una vez más a la cámara que tenía oculta en el púlpito, aunque ya había abandonado toda esperanza de encontrar algo que no fuera la misma iglesia vacía. Y así fue, efectivamente. Nada interesante en la grabación.

Quizá la mujer se asustó al verlo junto a Edith Badtke, se dijo. Quizá creyó que él había incumplido su secreto de confesión contándoselo todo a su ayudante. Quizá por eso no fuera a volver... ¿Quién sabe lo que sucede en el cerebro de una loca?

Aunque quizá aquellas suposiciones no fueran más que la manifestación de su impaciencia. No podía esperar que la mujer saludara directamente a la cámara sólo porque él había tenido la brillante idea de grabarla.

Cuando llegó al confesionario y se sentó en la oscura y enrejada cabina, todas sus ideas y temores cobraron cuerpo y lo envolvieron en una angustiosa inquietud. Cuando cerró la puerta consigo dentro, la desazón era ya prácticamente insoportable.

Ahí estaba de nuevo: ese olor a pecado que apenas le dejaba respirar.

«Oh, Dios —pensó—, ella va a volver. No estoy seguro de que quiera hacerlo, pero se va a ver obligada a venir».

Al fin y al cabo, si él no lograba quitarse de la cabeza lo que le había contado... ¿Cómo iba ella a poder pensar en nada más?

Volvería a verlo cuando el peso de la culpa le resultara insoportable, igual que sucedió en la otra ocasión. Sí, ahora tenía claro que volvería. La pregunta era cuándo.

Thanner esperó en el silencio del confesionario, y cuando más tiempo pasaba más nervioso estaba y más le ardían el estómago y la garganta.

Estaba helado pero al mismo tiempo, empapado en sudor. Pensó en lo que acababa de decirle la señora Badtke y supo que tenía razón. Estaba enfermo, lo cual no era sorprendente después de todo lo que había pasado en los últimos días. Él nunca había sido un tipo fuerte o de complexión atlética. De pequeño, en la escuela, él era siempre el primero en caer enfermo de gripe, y a medida que fue creciendo...

El sonido de unos tacones sobre el suelo de la iglesia lo arrancó de sus pensamientos. Unos pasos rápidos y decididos llenaron el silencio de la iglesia y resonaron en las paredes de piedra de la construcción.

Thanner se quedó petrificado. Sus manos se tensaron sobre el libro de oraciones que tenía sobre el regazo.

¡Es ella! Estos pasos... Tiene que ser ella.

Con los ojos como platos, miró hacia la rejilla del confesionario y los pasos se detuvieron justo frente a él. Una figura entró en la cabina y cerró la puerta dando un portazo.

—Hola, padre.

Su voz sonaba completamente distinta a la última vez. En esta ocasión no había ni rastro de humildad. Sí, esta vez parecía... indignada.

Él se dispuso a saludarla con los formalismos propios de la confesión, pero antes de que pudiera pronunciar la primera palabra ella empujó algo contra la rejilla.

—¿Qué se supone que es esto? —dijo.

Felix observó desconcertado el objeto que la mujer sostenía en la mano.

¡Era la cámara! ¡Oh, Dios mío, había encontrado la cámara! ¿Pero cómo era posible?

Sintió que la sangre se le acumulaba en las sienes y las manos empezaron a temblarle.

—¿Cómo...? —empezó a decir, pero ella le interrumpió de inmediato.

—¡La has puesto para pillarme! ¡Querías ponerme una trampa!

Thanner tragó saliva. Sabía que mentirle sólo lo estropearía todo aún más.

—Bueno, yo... —empezó a decir, y su voz no era más que un gemido—, no lo he hecho con mala intención, créame. Sólo quería ayudarla.

—¿Ayudarme? Ya veo. ¿Ayudarme espiándome? —dijo, y se rio burlescamente.

—No, yo...

—¿Quieres que te diga cómo lo veo yo? Tenías curiosidad, padre; querías saber quién soy porque tenías miedo de lo que te dije.

—Sí —dijo Thanner, haciendo acopio de valor—. Sí, quise espiarla para saber quién era. Puse la cámara para verle la cara, pero no tenía la menor intención de disgustarla.

—¿Ah, no?

—Como ya le he dicho, quería ayudarla. De hecho aún lo quiero —dijo, y se sorprendió a sí mismo de lo seguro que parecía—. Ha matado usted a un hombre y ha pedido perdón al Señor, pero él sólo podrá perdonarla si confiesa también ante la justicia. Yo puedo acompañarla en este viaje y ayudarla a entregarse, pero eso sólo puede decidirlo usted.

—¿Y qué te hace pensar que Dios no me ha perdonado ya? —lo interrumpió ella—. Está claro que es mucho más compasivo que tú y todos los que son como tú, con vuestra justicia a la carta. Créeme, el Señor hace tiempo que me ha perdonado mis pecados. Y hoy ha premiado mi arrepentimiento.

—No, se equivoca —la contradijo Thanner con firmeza—. Está yendo por el mal camino.

—¡Eres tú el que se equivoca! —siseó la mujer—. Creías que volvería para confesarte más pecados y posar ante tu cámara, y esperabas aprovechar la situación para entregarme a la policía, ¿verdad? Pues no he venido por eso. Esta vez he venido por ti.

Instintivamente, Thanner se aferró aún más al libro de oraciones y se lo puso ante el pecho, como si fuera un escudo con el que protegerse de todos los males.

—¿Por mí? —Hizo un esfuerzo por disimular el temblor de su voz—. ¿Cómo que por mí?

—Para advertirte —dijo ella, lenta y amenazadoramente—. Deja de acosarme. Deja de pensar en traicionarme. No le contarás a nadie quién soy ni qué he hecho. Eso quedará para siempre entre nosotros dos. Será nuestro secreto. De lo contrario arderás para siempre en el fuego del infierno. ¿Me has entendido?

—No le diré nada a nadie —le aseguró—, pero aun así espero que acepte mi ayuda, si no ahora, quizá más adelante. Puede contar conmigo en cualquier momento.

—No —le dijo ella en voz baja—, tú no puedes ayudarme. En el mundo real sólo yo puedo ayudarme a mí misma.

—Se equivoca, créame —insistió Thanner—. Nadie está solo ante Dios. Todo el mundo puede recibir ayuda.

—¡Yo no! —reiteró ella enfáticamente—. ¿Quieres saber por qué?

—Sí, dígamelo.

—No, no voy a decírtelo —susurró la mujer—; voy a mostrártelo. Mírame atentamente.

Y tras decir aquello se inclinó hacia delante.

—¡Mira, hombre de Dios, mira! ¿Lo entiendes ahora?

Felix Thanner vio cómo la mujer se acercaba su rostro hacia la rejilla que los separaba. Al principio no era más que una sombra, pero poco a poco fue volviéndose más nítido.

Durante una fracción de segundo pensó que estaba a punto de ver la boca oscura y enorme de su pesadilla. Unos dientes largos y afilados, blancos, bajo la melena rubia.

Destrozarían la rejilla, se lo tragarían y él desaparecería para siempre en las profundidades del infierno.

Pero lo que vio en realidad, el rostro al que tuvo que confrontarse, fue peor que el de cualquier pesadilla. Mucho peor.

—No vuelvas a acercarte a mí nunca más, ¿me has entendido? —dijo la figura, contra la rejilla—. ¡Nunca más!

Felix salió de la cabina entre alaridos, y vomitó al llegar al pasillo de la iglesia. Empezó a convulsionar y creyó que iba a morir asfixiado, hasta que perdió el conocimiento. Lo último que vio antes de quedarse sin sentido fue a aquel ser alejándose de allí.

Un cuarto de hora después de la llamada ya estaba todo preparado. De pie en mitad del salón, con el corazón latiéndole a toda velocidad, Jan se aseguraba de que todo estuviera a punto.

Sobre la mesita que quedaba junto al sofá había puesto una vela, dos copas de vino y una botella de Merlot.

En el vino había diluido una buena dosis de diazepam, que sacó de las muestras que tenía en su extenso botiquín. La cantidad que vertió habría bastado para dormir a un caballo y, según cómo, si Jana le daba mucho a la bebida, también podría matarla, le advirtió el médico que llevaba en su interior. En función de su forma física, era posible que sufriera un paro respiratorio, un colapso circulatorio o un ataque al corazón.

Pero el otro Jan, el que vio a su antigua colega mutilada y paralizada y a Volker Nowak con el cráneo destrozado, se limitó a encogerse de hombros tras oír la advertencia del doctor. Pasaría lo que tuviera que pasar. En cualquier caso, estaba claro que él tenía que protegerse hasta obtener la confesión de Jana y entregarla a la policía. Y, al menos en aquel caso, el fin justificaba los medios.

Por supuesto también había contemplado la posibilidad de que, en contra de todo pronóstico, Jana no quisiera probar el vino, y había ideado un plan alternativo: bajo uno de los cojines del sofá había un espray de pimienta. Si ella tenía un ataque de ira inesperado, él estaría preparado. Al fin y al cabo, Jana había matado a un hombre con sus propias manos, sin ayuda de ningún arma, y toda medida de seguridad le parecía más que justificada. Y el espray le daba seguridad.

Encendió la lámpara del techo y, al otro lado de la ventana, el exterior ennegreció. Ya no veía lo que sucedía en el jardín y en la calle, sino solo el reflejo de lo que había en su salón. Jan se había cambiado y ahora llevaba tejanos, una camisa y una chaqueta deportiva en cuyo interior había metido la grabadora. Su vieja grabadora, que tanta suerte le había aportado en el pasado...

Ojalá esta vez funcionara igual.

Y también se había puesto una loción para después del afeitado que le regaló Carla y con la cual, le dijo, tenía un olor «extraordinariamente masculino». Con aquella loción pasaron juntos muy buenos ratos y quizá hoy le ayudara a facilitarle el camino.

«Al fin y al cabo, se supone que tengo una cita», se dijo, y sonrió a su reflejo en la ventana.

Entonces se dio la vuelta, cogió de la estantería un libro al azar y se sentó en el sofá a fingir que leía.

¡Vamos, pececillo, muerde el anzuelo!

Ojeó el libro sin prestar atención a lo que hacía. Era la primera edición alemana del libro *El señor de las moscas*, de Holding, herencia de su padre. Jan iba pasando

las páginas sin llegar a leer una sola palabra. Todos sus sentidos estaban puestos en la puerta de entrada, en la que el viento chocaba continuamente.

Vamos, Jana. ¿dónde estás?

Le había dicho que tenía algo que hacer. ¿A qué podía referirse? Bueno, quizá se lo contara en un rato...

Empezó a leer de verdad, casi sin darse cuenta, al llegar al punto en que Jack y Ralph discuten sobre el animal que encuentran en una colina. Jack, el colérico, quiere cazarlo y matarlo, y Ralph, el racional, propone avisar al resto de los niños y mantenerlos a una distancia prudente del mismo. El «Yo» y el «Ello» de Freud luchando por imponer su primacía.

«Igual que yo —pensó Jan—. Y ahora soy Jack, el cazador».

Justo en aquel momento sonó el timbre de la puerta. Jan se incorporó de un salto, como si le hubiesen dado una descarga eléctrica.

«Tranquilo —se dijo—. Mantén la calma. Estate atento y no te pasará nada».

Hizo un esfuerzo por recuperar la compostura y recogió el libro del suelo, pues con el susto se le había caído. Lo puso en la estantería con cuidado, se alisó la camisa y avanzó hacia la puerta.

Al poner la mano en el pomo recordó las palabras que Jana le dijo en su última conversación:

«Siempre que me he descubierto ante alguien me ha sucedido algo horrible. Nadie me ha dado una oportunidad. Todos retroceden ante mi aspecto externo y no se detienen a observar mi interior».

Jan se recordó a sí mismo que, tuviera el aspecto que tuviera, no debía retroceder ante ella. No debía manifestar el menor rechazo ante su físico.

Tragó saliva, se esforzó por esbozar una sonrisa amistosa y abrió la puerta.

En aquel preciso momento, una figura femenina le saltó a los brazos y lo abrazó.

—¡Sorpresa!

—¡Dios! —gritó Jan, asustado, y ella lo soltó.

—No es para tanto, de verdad, me conformo con que me llames Carla —bromeó ella.

—¡Carla! ¡Pero qué demonios...! —Jan miró a la chica sin dar crédito—. ¡Pensaba que aún tardarías un par de días en volver!

—He cambiado de idea. Puedo hacerlo, porque soy famosa —se rio, pero en seguida volvió a ponerse seria—. ¿Acaso no te alegras?

—¿Que si yo...? ¡Pues claro que me alegro! —tartamudeó Jan, mirando hacia la calle. Estaba desierta, con la única excepción del gato de los vecinos, que yacía adormilado sobre el felpudo de la casa—. Pero es que... estoy francamente sorprendido.

Los faros de un coche se acercaron por la derecha de la calle. Pertenecían a un coche pequeño y antiguo.

—Dime, Jan —continuó Carla—. ¿No vas a dejarme entrar?

El coche estaba cada vez más cerca. En aquel momento pisó uno de los charcos de la calle y el agua salió disparada hacia los lados.

Jan se mantuvo plantado en la puerta, cerrándole el paso a Carla. Si la dejaba entrar, su plan se iría al garete. Tendría que explicárselo todo y esconderla en algún lugar de la casa, y no tenía muy claro que ella estuviese dispuesta a aceptarlo. Además, aunque lo estuviera, lo más probable es que no tuviera tiempo de contárselo todo. Jana se estaba retrasando y seguro que aparecía en cualquier momento. Sí, quizá ella fuera la conductora del coche que estaba acercándose.

—Oye, ¿qué tal si nos vemos dentro de un rato en tu piso? —le propuso—. He estado trabajando tanto que tengo la casa patas arriba. ¡Un desastre! Además, a ti seguro que te irá bien darte una ducha tras el viaje de vuelta, ¿no?

Ella lo miró sorprendida:

—Jan, ¿qué pasa? ¡Nunca te ha importado el desorden! Tranquilo, te prometo que no me pondré a ordenar.

El coche llegó a la altura de su casa, y Jan pudo ver que se trataba de un vehículo alquilado. Con el corazón en un puño, intentó ver a la persona que iba sentada al volante, pero estaba demasiado oscuro. Entonces, el coche se detuvo.

«Maldición —pensó—. Quizá ya sea demasiado tarde, pero al menos tengo que intentarlo».

—Carla, te lo ruego. Aún tengo cosas que hacer. Te lo explicaré dentro de un rato, ¿de acuerdo? Y traeré una botella de cava para celebrar tu regreso y hablar tranquilamente.

—No, nada de cava —dijo ella, sonriendo maliciosamente—. Si vas a traer una botella, que sea de champán.

—De champán entonces, te lo prometo.

La puerta del coche se abrió y de su interior salió una joven. Era Corinna Faller, la novia de su vecino desde hacía medio año. Su viejo polo debía de haber pasado a mejor vida, y de ahí lo del coche de alquiler. Los miró desde lejos y los saludó con la mano.

«Es evidente que esa no es Jana», se dijo Jan, aliviado, mientras veía a la joven entrar en la casa acompañada por su gato.

—Está bien, hombre misterioso —dijo Carla, lanzando un suspiro—. Es obvio que he llegado en mal momento. Pero no te entretengas mucho, ¿vale? Trabajas demasiado, y yo diría que tenemos mucho de qué hablar.

—Vendré en cuanto acabe con lo que tengo entre manos —le prometió.

Ella lo besó. Fue un beso largo y apasionado, y Jan notó la mano de ella en su entrepierna.

—Te he echado de menos —susurró Carla—. Date prisa, y quizá aún me encuentres en la bañera.

Y dicho aquello se dio la vuelta y se dirigió hacia su coche, le lanzó un beso desde la puerta del conductor y se metió para dirigirse a su casa.

Durante las semanas que sucedieron a su separación, Jan había estado soñando con un momento como ese —Carla de regreso y obviamente con ganas de volver a estar juntos—, y ahora se sentía fatal por haberse librado de ella.

Pero las cosas habían cambiado, y ahora se sentía acosado por una loca que sin duda acosaría también a Carla a no ser que él hiciera algo por evitarlo.

Volvió a pasear la mirada de un lado al otro de la calle.

—Vamos, ven de una vez —susurró—. Ya estoy listo...

Se dio la vuelta y volvió a entrar en su casa. Se sentó en el sofá, palpó el spray de pimienta bajo los cojines y esperó.

Si en lugar de mirar hacia el coche de alquiler hubiese prestado atención al otro lado de la calle, habría visto a Jana iluminarse con las luces del vehículo de Corinna.

Llevaba allí más de un cuarto de hora, de pie, sin atreverse a dar un paso más. Resguardada bajo el porche de una de las casas vecinas, Jana observaba inmóvil la cortina de lluvia, incapaz de decidirse a aceptar la invitación y llamar a la puerta de Jan.

En su interior reinaba un verdadero caos:

Por una parte sentía una alegría indescriptible ante la idea de estar a punto de conocerlo, por fin, en el mundo real. Su ilusión era tanta que hasta le había traído un ramo de flores, uno de tulipanes rojos que sacó de uno de los jarrones de la iglesia, y se había sentido sobrecogida ante la abrumadora idea de estar cerca de él. Muchas veces había soñado cómo sería todo cuando estuvieran juntos —juntos de verdad, en el mundo de las cosas físicas y materiales—, y no tenía la menor duda de que resultaría maravilloso.

Pero por otra parte también debía admitir que en cierto modo temía aquel encuentro. Le angustiaba sobre todo cómo reaccionaría Jan al verla. Al reconocerla.

Y justo en el momento en que se decidió a seguir adelante, a no echarse atrás, a hacer un último y magistral esfuerzo para acercarse hasta la puerta y llamar al timbre... justo en ese momento... apareció ella.

¡Ella!

¡Esa rata asquerosa!

¡Esa maldita ramera!

Sí, había visto perfectamente lo que esa zorra había hecho. ¡Lo había besado! ¡Más aún, le había tocado un lugar que era indudablemente impuro!

Le alivió al menos ver que a él le resultaba incómodo. No, incómodo era poco. Estaba claro que le había parecido un gesto odioso, asqueroso. Como a ella.

Eres demasiado bueno para este mundo, querido. En lugar de apartarla de ti como lo has hecho, tendrías que haberle gritado que se fuese. Tendrías que haberte separado unos centímetros de esa depravada y haberle golpeado con el cinturón en su maldita cara de puta.

Había sido tan duro tener que ver aquella escena... ¡Sobre todo ahora, cuando él ya había admitido su amor en el mundo real! Sí, se había sentido como si le arrancaran el corazón del pecho sin anestesia. Un dolor agudo e intenso, infinito, en todos los poros de su cuerpo.

Sollozando en silencio, vio a aquella innombrable volver a su coche y pasar junto a ella al alejarse de allí. La ramera ni siquiera se fijó en su presencia, y en cambio ella no pudo quitarle la vista de encima, y se quedó mirando fijamente el punto por el que desapareció su coche, destrozando los tulipanes con sus manos hasta convertirlos en un indefinido revoltijo de hojas, tallos y corolas apretujados entre sus dedos.

—No —susurró—. No, no, no.

—No, Bobby.

—Vamos, ¿a qué viene esto ahora?

—He dicho que no, ¿vale? Vuelve a guardarlo.

Él la miró y suspiró. Ya imaginaba que pasaría algo así.

Sandra Straub era con toda probabilidad la chica más explosiva que había llevado en su coche, y Bobby, cuyo nombre completo era Robert Hennings, conocía a un montón de chicos que habrían pagado por lograr una cita con ella.

El problema era que la chica era una lunática. Y para muestra, un botón. ¡Por Dios, si no hubiese estado tan jodidamente buena la habría enviado a freír espárragos sin dudarle un segundo!

—¡Pero si hace un segundo querías! —protestó.

No iba a rendirse tan rápido. Todo encajaba a la perfección: estaban solos en el coche, tenían a los Chili Peppers de fondo y el aparcamiento del bosque estaba vacío.

—Bueno, pues ahora ya no.

—¿Y por qué no?

—He cambiado de opinión.

—¡Venga ya! —suspiró él—. ¿Me tomas el pelo?

—No, no te tomo el pelo.

—Pues dime por qué has cambiado de opinión.

—Es asqueroso y sabe fatal.

—¿Pero cómo vas a saberlo si no lo has probado?

—Me lo imagino, y con eso basta, ¿vale?

Él la miró de abajo a arriba, con aquella mirada que hasta ahora le había servido para conseguir a todas las chicas que se había propuesto. Su mirada seductora.

—Vamos, Sandy. Ya verás cómo te gusta. ¡Es divertido!

—Ya te he dicho que no, Bobby. ¡No insistas!

—Caray, no me lo creo —se quejó él—. Pensaba que íbamos a pasarlo bien con esto...

—Pero podríamos pasarlo bien de otro modo, ¿no?

Ella apartó la mirada y pasó la mano por el cristal, que estaba empañado.

—¿Tienes miedo de que tus padres se enteren? Fliparían si supieran que su hija, siempre tan modosita, fuma porros, ¿no?

—Eres gilipollas.

—¿Por qué? ¿Tengo razón, no? ¿Qué diría el señor catedrático si te viera aquí conmigo, eh? ¿Te quitaría la pasta para la carrera?

Ella lo miró indignada.

—¡Que te den, Bob! Paso de seguir con esto. Si no eres capaz de entender lo que significa «no», allá tú. Ahora quiero irme. ¡Llévame a casa!

Él hizo un gesto conciliador con las manos.

—Ey, va, perdona, no pretendía...

De pronto Sandy se dio la vuelta y se quedó mirando fijamente hacia delante, hacia la carretera, a través del cristal empapado.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué?

—Alguien acaba de gritar.

—Yo no he oído nada.

—Baja el maldito volumen. —La chica se inclinó hacia delante y quitó el volumen de la radio.

—Ey, espera al menos a que se acab...

—¡Ahora! ¿Lo has oído?

En esta ocasión él también pudo oír los gritos. Sin lugar a dudas, una mujer. No podía andar muy lejos...

Robert se metió el porro en la chaqueta, sacó una linterna de la guantera e iluminó el aparcamiento a través de la ventana del conductor. Ahí no había nadie, aunque los gritos podían oírse cada vez mejor. Agudos y largos, resonaban en el silencio de la oscuridad.

—¡Joder! ¿Qué está pasando?

Sandra miró Robert, asustada.

—¡Tenemos que ayudarla!

«Lo que me faltaba», pensó él.

—Ni lo sueñes. ¿Qué te hace pensar que me voy a meter en el maldito bosque en plena noche?

—¡Dame la linterna!

—Sandy, haz el favor de calmarte. No sabemos lo que está pasando. Igual nos encontramos con una pareja follando y...

—¡Anda ya, no digas tonterías! Los gritos no sonarían así.

—Sí, claro, habló la experta.

—¡Dame de una vez la maldita linterna, cobarde!

Él tragó saliva. ¿Cobarde, él? ¡Vamos!

—Está bien, joder, iré contigo.

Volvió a inclinarse hacia la guantera y en esta ocasión sacó una bolsa de cuero. La abrió y ella se quedó mirándola con la boca abierta.

—¿Qué es eso?

—¿A ti qué te parece?

Robert tiró la bolsa sobre el asiento de atrás, levantó la pistola y la cargó. Dos años antes, un grupo de matones lo arrinconaron en un callejón para pegarle una paliza y él tardó varios meses en poder volver a andar. Lo primero que hizo en cuanto salió a la calle fue conseguir una pistola. Tenía claro que aquello no volvería a pasarle.

—¡Dios mío, Bobby, no hagas tonterías! ¿Es de verdad?

Él sonrió al mirarla.

—¿Quién es cobarde ahora, eh? Bueno, qué, ¿te vienes conmigo o no?

Bajaron del coche y caminaron hasta el lugar del que provenían los gritos. A medida que se acercaban fueron oyendo algo más: golpes. Como si alguien estuviese golpeando un tronco.

La oscuridad era absoluta, pero algo más allá, ya dentro del bosque, podía verse un pequeño haz de luz. Una linterna, probablemente.

Robert se detuvo. Enfocó con la linterna hacia el mismo sitio que la pistola y la movió de un lado a otro como había visto hacer cientos de veces en las películas. No tenía ni la menor intención de disparar —al menos si podía evitarlo— y en cualquier caso la pistola no tenía más que balas de fogueo, pero en aquel momento se sentía realmente guay. Después de aquello, seguro que al final se tiraba a Sandy.

—¡Hola! —gritó, intentando que su voz sonara firme y decidida.

Sandra se asustó al oírlo y se puso detrás de él.

—¡Hola! —repitió Robert—. ¿Necesita ayuda?

La luz del bosque se apagó inmediatamente y por unos instantes el bosque quedó sumido en el más absoluto silencio. Robert siguió avanzando. Sólo se oía el crujido de la hojarasca bajo sus pies y el susurro de las copas de los árboles, ondeando al viento.

—¿Por qué se ha callado, Bobby? —preguntó Sandra, mientras se secaba la lluvia de la cara—. ¿Crees que estará...?

En aquel preciso momento una sombra cruzó el haz de luz de la linterna. Sandra lanzó un grito y Robert se llevó tal susto que dio un salto hacia atrás. La sombra desapareció inmediatamente tras unos árboles y el eco de sus pasos resonó en la oscuridad.

—¡Mierda!

Robert salió corriendo hacia el lugar por el que desapareció la sombra.

—¡Bobby, espera, no me dejes sola!

Sandra corrió tras él, tropezó con raíces y ramas y al fin oyó gritar a Bobby:

—¡Joder! ¿Qué coño es esto?

Se detuvo, dudó un poco y por fin siguió caminando hacia él.

—¿Está ahí, Bobby? ¿Está...?

—No, pero mira esto.

Bobby iluminó el tronco de un árbol con su linterna. Estaba lleno de cortes y de marcas y había perdido parte de su corteza. Una rama enorme yacía partida en el suelo, sobre el suelo cubierto de hojas. Estaba completamente machacada, como si alguien hubiese estado golpeando el tronco con ella, en un terrible ataque de ira.

Con expresión de incredulidad, Robert se pasó la mano por el pelo.

—Tiene que haber sido esa loca.

—¿Cuál? ¿La de los periódicos?

—Sí. Tenemos que avisar a la policía.

—¡No, Bobby! ¡Si mis padres se enteran de que he estado aquí, me matan!

—Sandy, si es cierto que esa mujer ha estado aquí, tenemos que...

—¿Es que no lo entiendes? —le interrumpió ella—. ¿Sabes el lío en el que nos meteríamos? La policía querrá saberlo todo, y en cuanto se enteren de que tienes porros y una pistola... Se montará un lío de mil pares de narices.

—Es cierto —reconoció él—. Yo sólo pensaba que... Pero en realidad no ha pasado nada, ¿no?

—Exacto —continuó ella—. Aquí había alguien pasando el rato y cuando nosotros hemos llegado se ha ido. Eso es todo. Además, no podemos estar seguros de que se trate de la mujer del periódico, ¿verdad? Podría ser perfectamente alguna paciente de la Clínica del Bosque.

—Pues entonces dile a tu padre que vigile mejor a sus locos.

Robert volvió a iluminar el suelo y contempló la rama destrozada. Fuera quien fuera quien hizo aquello debía de tener una fuerza extraordinaria.

Luego iluminó el bosque. La loca ya había huido, o bien estaba escondida. Fuera como fuese, aquello no le daba buena espina.

—Bueno —dijo entonces—, pues pirémonos de una vez. Esto da muy mal rollo.

—Sí, Bobby, vayámonos de una vez. Ella no está lejos. Lo presiento.

—¿Oyes algo?

—No.

—Pues machémonos ya.

Volvieron al coche tan rápido como se lo permitieron la oscuridad y el miedo. Robert fue dándose la vuelta cada dos por tres para apuntar con su pistola a sombras que al final no eran más que árboles o arbustos. Intentó hacerse el duro para impresionar a Sandra, pero en realidad no estuvo tranquilo hasta que, varios minutos después, se alejaron de allí conduciendo a toda velocidad.

Jana observó a los jóvenes desde una cierta distancia. Estaba agazapada tras un arbusto, y tenía la respiración acelerada, en parte por los nervios, en parte por la cólera que la atenazaba.

Había ido al bosque para intentar librarse de su ira gritando hasta desgañitarse y aporreando algún árbol, pero le había sucedido justo lo contrario: ahora estaba más indignada que antes, y su rabia era mucho mayor.

Lo peor era que en su colérica ceguera había corrido un riesgo enorme. ¿Qué habría pasado si la hubiesen visto? ¡El chico llevaba una pistola! Seguro que la habría usado si se hubiese sentido amenazado...

No, era mejor que no pensara en eso. Ahora ya había pasado todo y ella había vuelto a tener suerte. Pero ya iba siendo hora de dejar de confiar en la suerte. Había llegado el momento de actuar.

«Mi plan —pensó—. ¡Mi plan es lo único que cuenta! Bueno, ahora tendré que

cambiar algún detalle par volver a centrarme en él».

—¡Ya va, ya va!

Ludwig Hofmann apagó la radio, tanteó sus zapatillas con los dedos de los pies, se las puso y se levantó lenta y pesadamente del sofá. Seguido de cerca por su perro labrador, cruzó la habitación —que al mismo tiempo era su piso— y llegó a la recepción arrastrando los pies.

La época dorada del Astoria ya había pasado a la historia. En los sesenta fue uno de los mejores hoteles de la comarca, pero desde entonces todo había cambiado una barbaridad. El barrio se había venido a menos, los clientes habituales habían cambiado de zona y ni siquiera el turismo emergente en Fahlenberg había podido hacer nada por evitar su degradación.

Ahora, el antiguo restaurante y la sala de baile del hotel habían sido comprados por un importantísimo comerciante de alfombras, que los había convertido en sendos almacenes, y los únicos clientes que se dejaban caer por allí eran trabajadores esporádicos o agentes comerciales que buscaban un lugar barato en el que pasar la noche.

También había clientes que reservaban una habitación por horas. Al principio Hofmann intentó evitarlo, porque como concepto no le parecía bien, pero lo cierto es que nunca llegó a rechazar una petición. Total... ¿si las parejas querían pasar un rato agradable, quién era él para oponerse? Sabía que no podría seguir manteniendo el hotel abierto durante demasiado tiempo —si no hubiese tenido una renta tan ridícula ya lo habría cerrado hacía años, de hecho, pues a sus setenta y cuatro años había sufrido un desprendimiento de retina inoperable que lo había dejado prácticamente ciego—, pero mientras tuviera algún ingreso seguiría tirando del carro.

Al llegar a la recepción le pareció ver a una mujer. Con la poca visión que le quedaba creyó reconocer a una rubia con un chubasquero. En contra de lo que había supuesto, la mujer no olía como el resto de las féminas que se acercaban al hotel a aquellas horas de la noche: no olía a perfume barato e intenso, sino a lluvia y a... a algo más.

«¿Madera? ¿Musgo? —se dijo Hofmann—. Sí, esta mujer huele como un paseo por el bosque».

Pero eso no era lo mejor. Lo más importante, sin duda, era que había venido sola, sin ningún indeseable toqueteándola desde el recibidor, con lo cual seguro que se ahorraba los típicos problemas que siempre traían las parejas que aparecían a esas horas por el hotel.

—¿Qué desea? —preguntó.

A sus pies se oyó un gruñido.

—¡Calla, Othello!

El perro enmudeció.

—Una habitación para dos noches —dijo la mujer.

Su voz sonaba afónica y grave, como si estuviese resfriada, «o como si hubiese estado gritando durante horas con toda el alma», pensó Hofmann. No era la primera vez que alguien buscaba cobijo en su hotel tras una pelea matrimonial, y la mayoría de veces eran mujeres.

Hofmann le indicó el precio y oyó cómo ella abría el billeteo y dejaba el dinero sobre el mostrador. Se acercó los billetes a la cara para poder verlos bien, confirmó que el importe era correcto y le entregó la llave de la habitación.

—Número diecinueve —dijo. Era una de las tres que quedaban libres, y la única que tenía limpia y ordenada. El mal tiempo había propiciado que los trabajadores se quedaran a dormir en el hotel—. Si tiene maletas, puede aparcar en el patio y acercarse a la puerta de atrás. Así no tendrá que caminar tanto rato bajo la lluvia. La llave que le he dado también abre esa puerta. No puedo ofrecerle un desayuno, pero dos calles más allá tiene una cafetería muy barata.

—Gracias —dijo la mujer, y Othello volvió a gruñir—. Vaya, parece que no le gusto a su perro.

—Bueno, no se lo tenga en cuenta. No suele ser muy amable con los desconocidos —mintió Hofmann.

No habría sabido decirle cuán extraño le parecía el comportamiento de su perro, que jamás gruñía a nadie. El animal tenía un instinto infalible para las personas, y si gruñía era porque algo no iba bien. De hecho, él también se sentía inquieto. Aquella mujer parecía más bien un poste de electricidad a punto de soltar un chispazo. Y aunque intentara esconderse tras sus palabras, parecía tener una vasta experiencia con las agresiones. Ya sólo por el modo en que dejó los billetes en el mostrador...

«No me habría extrañado que hubieses dado un manotazo sobre la mesa. Parece que acabas de tener una buena riña en casa, ¿eh?», pensó para sí, aunque hizo un esfuerzo para que ella no lo notara. Al final, lo único que contaba era que la mujer le pagara sin objeciones y en metálico, y eso mismo había hecho ya.

—Bueno, entonces le deseo una feliz noche, señora...

—Weller —completó ella la frase—. Carla Weller.

TERCERA PARTE

PASIÓN

«Gritó en un susurro a una imagen, a una visión, gritó dos veces un grito que no era más que un suspiro: ¡Ah, el horror! ¡El horror!»

JOSEPH CONRAD, *El corazón de las tinieblas*

Cuando Carla despertó, llevó la mano hacia la otra mitad de la cama y comprobó que estaba vacía. La manta estaba subida y el colchón, frío.

Echó un vistazo al despertador, medio adormilada, y comprobó con sorpresa que era ya media mañana. ¡Dios, había dormido como un tronco y ni siquiera había oído marcharse a Jan!

En la cocina la esperaba un termo de café y una notita. Jan le daba las gracias por la noche que habían pasado y le decía que ya tenía ganas de que llegara la tarde para volver a verla.

Cualquier otro día se habría emocionado al pensar en ello —y más ahora, que ambos habían decidido apostar por una relación de mayor calidad—, pero aquella nota parecía escrita con prisas, algo ausente, como pensando en otras cosas.

A Jan le preocupaba algo, lo notaba, y también intuía que no tenía que ver con ellos dos. La noche anterior intentó preguntarle qué le pasaba, pero él prefirió esquivar el tema: le dijo que tenía un caso muy complicado entre manos y que había llegado tarde a cenar porque tenía que buscar mucha información para gestionarlo adecuadamente. Pero a Carla le pareció que aquello no era del todo cierto, si es que tenía algo de verdad.

Por un momento se planteó la posibilidad de que Jan hubiese conocido a alguien durante su ausencia, pero en seguida rechazó la idea. Ayer por la noche se amaron con tanto fervor, con tanta intensidad... Él se mostró más apasionado que nunca, más aún que en sus comienzos, y ella se sintió extraordinariamente deseada. Sí, Jan no podía estar con otra. Al menos no el Jan que ella conocía.

Tenía que ser otra cosa. ¿Quizá algún problema con la unidad de psiquiatría infantil? Ayer no llegó a sacarle el tema, entre otras cosas porque la media botella de vino que se bebió mientras lo esperaba empezó a surtir efecto y no tenía muchas ganas de hablar, pero sobre todo porque después de tantos días separados se había dado cuenta de cuánto lo quería y lo añoraba, y sólo quería disfrutar de su presencia. Pero esta noche le sacaría el tema otra vez, y quizá le hablara también de su nuevo proyecto literario, un libro por el que su editor le había ofrecido una suma indecente de dinero y cuya temática también le gustaría a Jan, estaba segura.

Llamaron a la puerta. Carla se acercó al telefonillo y oyó una voz de mujer.

—¿Hola? ¿Señora Weller? Me han dicho que el Mini Cooper que hay en el garaje es suyo, ¿es cierto?

—Sí, ¿por qué? —preguntó Carla.

Aquello no sonaba nada bien.

—Lo lamento muchísimo, pero me temo que al aparcar he rallado su coche. La plaza era tan estrecha que... bueno, me temo que he calculado mal.

Carla puso los ojos en blanco. ¿Qué la plaza era estrecha? ¡Por el amor de Dios, en las plazas de aquel garaje habrían podido aparcar camiones de mercancías!

—Vaya —suspiró—. Está bien, espere, ahora mismo bajo.

Se vistió rápidamente, cogió su móvil por si tenía que llamar a la policía para hacer un parte y se metió en el ascensor para bajar al garaje. Esperaba que no fuera más que un rasguño. No es que su descapotable fuera muy moderno, pero a ella le gustaba así.

El ascensor llegó al garaje, se abrieron las puertas y Carla vio que el aparcamiento estaba desierto.

Por favor, ¿ahora resulta que la mujer no sólo es torpe aparcando, sino que encima me espera en la portería en lugar de bajar aquí?

Miró hacia el lugar en el que estaba su mini, cuyo color rojo brillaba bajo la oscura luz del aparcamiento, y vio que no tenía ningún vehículo a los lados. ¿Y si la otra se lo había pensado dos veces y se había marchado? Pero no, eso no tenía sentido. Por el telefonillo parecía muy interesada en disculparse...

Se acercó con curiosidad hasta el coche y descubrió sorprendida que no tenía ni un rasguño. Se inclinó hacia delante y constató el descubrimiento: ni abolladuras ni arañazos. Nada.

—Bueno, querida, no sé con quién has chocado —murmuró—, pero está claro que conmigo no.

Entonces, en el momento en que volvió a incorporarse, una sombra apareció tras el coche y alguien la cogió por detrás y la empujó contra el capó del mini. Fue todo tan rápido que Carla no tuvo tiempo de reaccionar. Antes de entender lo que estaba pasando notó un pinchazo agudo en el cuello.

Lanzó un grito e intentó zafarse de su agresor. Golpeó y pataleó cuanto pudo, pero el tipo era más fuerte que ella y la mantuvo placada e inmovilizada contra el frío metal.

En cuestión de segundos, la cabeza empezó a darle vueltas y ella dejó de resistirse, abandonándose a un sueño profundo y amenazador.

La campana del cementerio marcó la una. Jan estaba algo apartado del grueso de los asistentes, que eran un montón. Medio Fahlenberg había querido acudir a dar el último adiós al viejo y querido comisario Heinz Kröger. La gente se apretaba entre las hileras de tumbas y escuchaba con decoro el sermón del sacerdote.

Jan escogió un lugar desde el que podía observarlo todo con discreción pero con relativa claridad, aunque la lluvia y su consecuente despliegue de capuchas y paraguas hacía prácticamente imposible distinguir los rostros de los allí presentes.

Felix Thanner estaba de pie junto a la tumba, leyendo su sermón, mientras dos monaguillos lo protegían de la lluvia con sendos paraguas. Parecía cansado y enfermo, pensó Jan. Estaba temblando y tenía la tez blanca como el papel.

Paseó la vista por el resto del grupo y vio a Rutger Stark. El actual jefe de policía se hallaba junto a la viuda de Kröger y le había pasado un brazo por los hombros. Jan se sorprendió: no sabía que los dos comisarios hubieran sido amigos. «En cualquier caso, me alegro», pensó. Él siempre había tenido muy buena relación con Kröger, especialmente tras los acontecimientos del invierno pasado. El policía había sido un buen hombre, siempre sincero y con los pies en el suelo, y el hecho de que confiara en Stark le daba tranquilidad y le hacía pensar que la conversación que debía mantener con él sobre Jana no sería, quizá, tan complicada como había imaginado. Y es que aquella noche, estirado en la cama de Carla pero incapaz de conciliar el sueño mientras la abrazaba, había decidido que tenía que hablar con él.

Jana no había acudido a su cita. Él la había estado esperando durante más de dos horas, pero al final desistió. Debió de haberlo visto con Carla. No se le ocurría otra explicación. Y quizá ahora Carla estuviese en peligro...

Es cierto que Jana no se había puesto en contacto con él ni lo había amenazado como hizo cuando lo vio con Julia, pero ahora el riesgo le parecía excesivo. Debía admitir que todo aquello empezaba a superarlo.

De modo que lo primero que hizo aquella mañana fue pasarse por su casa para ver si tenía algún mensaje de Jana. Otro dibujo, quizá. Uno que pudiera entregar a Stark como nueva prueba de la locura de su acosadora. O, mejor aún, un mensaje en su contestador. Pero no encontró nada de eso. Nada de nada.

El silencio lo inquietó aún más que cualquier mensaje, así que no perdió ni un segundo más en llamar a la policía. Marcó el número de la jefatura pero allí le dijeron que Stark había ido al entierro de Kröger, y Jan no dudó en salir hacia allí. A esas alturas ya no le importaba si su historia tenía lógica o pruebas o nada. Necesitaba ayuda urgente, o acabaría enloqueciendo él también.

En cuanto Thanner les hubo dado la bendición, el grupo se disolvió y Jan se dirigió hacia la salida, donde esperó a que llegara Stark.

Lo vio algo alejado del resto, fumando discretamente, y se le acercó. El jefe de policía lo saludó con una inclinación de cabeza.

—¿No tendrá usted fuego por casualidad, verdad, doctor? —le dijo Stark con el ceño fruncido, mientras le mostraba un encendedor de plástico que tenía en la mano —, estos trastos siempre se estropean cuando más los necesitas.

—No, lo siento —le respondió Jan—. Pero dígame... ¿podemos hablar un momento?

—Por supuesto. ¿Le importa si aprovechamos para acercarnos al expendedor de velas? Igual allí encontramos cerillas...

Se acercaron hacia el expendedor, junto a la salida del cementerio, y Stark metió una moneda en la ranura.

—Pero dígame, ¿de qué quería hablarme?

—Bueno, yo... —en ese preciso momento le interrumpió el sonido de su móvil —. Disculpe un segundo —dijo—, podría ser de la Clínica...

En la pantalla leyó el nombre de Carla, y descolgó.

—Yo no lo haría —oyó decir a una voz susurrante.

Jan la reconoció de inmediato y sintió un escalofrío. Jana parecía más amenazadora que nunca.

Miró a su alrededor, asustado. *¡Me ve! ¡Está aquí!*

—¿Va todo bien? —se interesó Stark, mientras abría un paquetito con cerillas.

—No, desde luego que no lo haría —repitió Jana. Jan sintió un escalofrío.

Tiene el móvil de Carla. Su querido iPhone, del que no se separa ni un minuto y que esta misma mañana estaba en su mesita de noche.

—Sabes perfectamente a qué viene esta llamada —la voz de Jana nunca le había sonado tan fría—, así que no se te ocurra meter la pata, ¿me oyes?

Él asintió y a duras penas pudo pronunciar un débil «sí», mientras observaba a su alrededor con desesperación. Había mucha gente saliendo del cementerio, pero ninguna de las mujeres que vio iba hablando por teléfono.

—Bien. Ahora despídete y ve a tu consulta. Volveré a llamarte.

La línea se cortó inmediatamente y Jan se quedó mirando su teléfono, desesperado.

—Doctor Forstner, ¿qué sucede?

Stark lo miraba con expresión preocupada y exhalando el humo por la nariz.

—Una llamada de la clínica —mintió Jan, esperando sonar convincente.

—¿Algo importante?

—Me temo que sí. Tengo que irme.

—¿Pero de qué quería hablarme? —le dijo Stark, mientras Jan empezaba a correr.

Ni siquiera se detuvo a contestarle. Se dirigió hacia su coche espoleado por el pánico y condujo hasta la clínica como alma que lleva el diablo.

Al principio todo estaba oscuro. Después, poco a poco, fue recuperando la memoria. Pequeños *flashes* que venían y se marchaban, como los recuerdos de un borracho. Como el eco de su propia voz.

Ni un rasguño.

Espere, ahora bajo.

¿Quién es?

El coche oscuro.

La sombra.

Lo que más la inquietaba era el recuerdo de la sombra, aunque no habría sabido decir por qué. Había hecho que pasara algo, ¿pero qué?

Le costaba horrores pensar. Cada idea le suponía un esfuerzo, y tenía que sacar fuerzas de donde no las tenía. Ni siquiera podía abrir los ojos: sus párpados no la obedecían; pesaban como el mármol.

Estoy tan cansada.

Habría querido volver a dormirse, pero algo se lo impedía; una especie de instinto de supervivencia; una alarma interior que le advertía que no debía hacerlo. *No vuelvas a dormirte. No vuelvas a hacerlo por nada del mundo.*

«Ha sucedido algo —le decía el instinto—. Ahora no puedes recordarlo, pero ha sucedido algo. De ahí que tengas la boca reseca, seguramente. Parece como... como si tuvieras cuero en la lengua».

Quiso tragar saliva y entonces se dio cuenta de que tenía algo en la boca. Movi6 la lengua y comprob6 que se trataba de algo duro y redondeado, y comprendi6 que ese algo no solo le ocupaba todo el interior de la boca, sino que le rodeaba la cabeza a la altura de las mejillas.

En alg6n lugar, no muy lejos de su cabeza, oy6 el zumbido de una mosca. Luego volvi6 la oscuridad.

Jan bajó corriendo las escaleras del hospital y cruzó el pasillo a toda prisa hacia su despacho. Una enfermera regordeta salió de una de las habitaciones, lo miró y se interpuso en su camino preguntándole:

—¿Es usted el doctor Forstner?

—Sí, ¿por qué?

—Soy la enfermera Marion, de la unidad número nueve —dijo la mujer, presentándose y sin hacer el menor ademán de apartarse—. La sustituta de Bettina.

—¿Cómo dice? ¿Qué le ha pasado a Bettina? —preguntó Jan, mirando con impaciencia hacia la puerta de su despacho. ¿Era posible que el teléfono estuviese sonando?

No, no se oye nada. Jana está intentando ganar tiempo. Está como una cabra, pero le gusta tenerlo todo controlado, y no podía saber que yo iba a hablar así con ella. De modo que ahora debe estar pensando en cuál va a ser su próximo paso. Por eso me ha enviado a la clínica: aquí no llamo la atención y no puedo hacer más que esperar a que se ponga en contacto conmigo.

Jana necesita tiempo. ¿Pero para qué? ¿Para qué?

Sólo con pensar que aquella mujer tenía a Carla en su poder... se le formaba un nudo en la garganta y le costaba respirar. ¿Qué tenía Jana pensado?

—¿Señor Forstner, me oye usted?

Miró a la enfermera, contrariado.

—Disculpe, ¿qué decía?

—Que Bettina ha llamado para decir que está enferma —repitió la mujer, mirándolo con suspicacia—. Parece que la pobre ha cogido un buen catarro. Tenía una voz fatal. Y ahora que lo pienso, pensaba que usted también estaba enfermo, ¿no? Al menos eso me habían dicho... ¿ya se encuentra mejor?

—Sí, sí. Ya me he recuperado —dijo Jan, con creciente impaciencia—. Disculpe pero debo...

Empezó a avanzar alejándose de la enfermera pero ella aún le dijo:

—Una cosa más, doctor.

—Dígame —Jan tuvo que hacer un esfuerzo por no gritarla.

—Le ha llamado su mujer.

Jan se sobresaltó tanto como si la mujer le hubiese pegado un puñetazo en la cara.

—¿Mi mujer?

Marion asintió.

—Bueno, al menos eso ha dicho. Jana Forstner. ¿Acaso no es su mujer?

Jan apretó los puños e intentó disimular sus nervios.

—¿Y qué quería?

—No me lo ha dicho. Sólo me ha pedido que lo salude de su parte y que le diga que volverá a llamarlo más tarde.

Jan la cogió del brazo e insistió:

—¿Más tarde? ¿Cómo que más tarde? ¿Cuándo?

Sorprendida, la enfermera apartó el brazo para zafarse de él y dio un paso atrás.

—No lo sé. Sólo dijo «más tarde». Llamó hace unos cinco minutos. Pero si es tan urgente puede llamarla usted, ¿no?

—Sí —dijo Jan—. Por supuesto, claro... Le ruego que me disculpe.

Evidentemente, no podía llamarla. El móvil de Carla estaba apagado. Durante el camino a la clínica la llamó varias veces con la esperanza de que Jana lo encendiera y contestara. Pero lo único que había oído era la voz grabada de Carla, invitándolo a dejar un mensaje y asegurándole que le devolvería la llamada lo antes posible.

No le quedaba más remedio que esperar. Y no podía confiar en nadie. No, al menos, si no quería arriesgarse a complicar aún más las cosas para Carla. Tenía las manos atadas.

El juego aún no había acabado.

¡Socorro!

Carla intentó pronunciar aquella palabra, pero no pudo. Lo que tenía en la boca se lo impedía. Lo único que consiguió fue emitir un sonido inarticulado. Trató de abrir los ojos una vez más, y en esta ocasión, al fin, lo logró. Lenta y pesadamente, pero lo logró.

La habitación tenía un extraño tono rojizo. Se movía tan rápido como los latidos de su corazón, daba vueltas y desaparecía en cuanto ella intentaba fijar la vista en un punto determinado. El mareo hizo que sintiera ganas de vomitar, y el insoportable olor a polvo, aire estancado y moho no hacía sino empeorarlo todo.

Quiso incorporarse, o al menos poner un pie en el suelo para detener aquel tiovivo en el que se sentía, pero algo la detuvo. No podía mover los brazos ni las piernas.

Su primer pensamiento fue «estoy atada». El segundo, «estoy estirada en una cama».

Incorporó la cabeza cuanto pudo y el mareo empezó a remitir. La habitación empezó a mostrarle sus contornos. Carla reconoció un armario, unas pesadas cortinas con un estampado desteñido y pasado de moda por el que intentaba colarse la luz del día, una puerta junto a la que había un plano plastificado indicando la salida de emergencia, y una mesa sobre la que había una lámpara cubierta con una tela roja.

«De ahí el tono rojizo de la habitación», se dijo, aunque su mente iba aún demasiado lenta como para reunir toda aquella información.

Agotada, volvió a dejar caer la cabeza sobre la almohada.

Tengo tanto frío...

Cerró los ojos y de pronto se vio sobre un acantilado, ante un precipicio enorme. El suelo se hinchaba y fluctuaba bajo sus pies, como si se tratara de un ser vivo. Ella no tenía dónde cogerse, perdió el equilibrio... y cayó al vacío.

La sensación de caída le hizo dar un salto en la cama. Tenía el pulso acelerado y recuperó la claridad. De pronto comprendió dónde se hallaba y cuál era su situación.

Estaba atada de pies y manos a las patas de una cama, en una sucia y destartalada habitación de hotel. Estaba amordazada. Y estaba desnuda.

Carla intentó gritar con todas sus fuerzas, pero la tira de cuero que tenía metida en la boca amenazaba con ahogarla. Hizo un esfuerzo desesperado por coger aire mientras empezaba a ver manchas blancas ante sus ojos. Se debatió y forcejeó cuanto pudo, pero el frío y duro metal de las esposas parecía a punto de cortarles las articulaciones.

Cuanto más se movía más dolor sentía y más le costaba respirar.

Sintió una arcada y se rindió, respirando irregularmente por la nariz. Inspira, expira, inspira, expira, inspira...

Varios minutos después logró controlar el pánico. Las manchas blancas desaparecieron, pero su corazón seguía latiendo con fuerza... Y entonces oyó abrirse

la puerta.

Jan llevaba más de una hora y media esperando en su despacho de la Clínica del Bosque, dando zancadas de un lado a otro de la habitación y posando su mirada desesperada en el reloj de pared y en el teléfono, alternativamente, una y otra vez. En una ocasión, la doctora que lo sustituía durante su supuesta baja apareció en el despacho y, al encontrarlo ahí de pie, le dijo que se alegraba de verlo recuperado y regresó a su unidad sin hacer preguntas y visiblemente aliviada. Jan también celebró quedarse solo sin tener que dar explicaciones sobre su inesperada recuperación. Estaba demasiado preocupado como para pensar en nada que no fueran Carla y la llamada de Jana.

Su teléfono había sonado varias veces, de hecho, y en todas se le había parado el corazón, al menos hasta descolgar y comprender que eran meras llamadas de trabajo de las que tenía que zafarse a la mayor celeridad.

El segundero del reloj avanzaba a cámara lenta.

¡Lláname de una vez, maldita chalada! ¡Dime qué te traes entre manos!

Volvió a mirar el teléfono, y justo en ese momento sonó un timbrazo. Cogió el auricular a toda prisa. ¡Era Jana, por fin!

—Hola Jan.

—¿Dónde está Carla? —gritó al aparato—. ¿Qué le has hecho?

—¿Sabes, Jan? —suspiró ella—. Imaginaba que reaccionarías así. Me amas pero aún no la has olvidado del todo. Y eso que no es más que una furcia. Una simple puta que...

—¡Jana, por favor, dime lo que has hecho con ella!

Estaba gritando, y lo más probable era que pudieran oírle desde el pasillo, pero le daba igual. Si hubiese tenido a Jana físicamente delante, la habría pegado hasta sacarle una respuesta.

—De acuerdo —dijo ella, bajando la voz, y su tono adquirió un matiz iracundo y amenazador—. Si quieres saber lo que hace esa zorra, acércate al viejo hotel de las afueras y mira lo que sucede en la habitación diecinueve.

Jan tiró el teléfono sobre el escritorio y salió disparado del despacho. En el pasillo había varias enfermeras y pacientes que se lo quedaron mirando boquiabiertos. Por lo visto habían oído sus gritos. Sin prestar atención a sus miradas inquisitorias, Jan se abrió paso entre ellos y se precipitó hacia las escaleras.

«Si quieres saber lo que hace esa zorra», las palabras de Jana resonaban en su cabeza, y hasta le pareció ver su horrible sonrisa ante sus ojos.

... al viejo hotel de las afueras.

¡Por favor, Dios mío, haz que no llegue demasiado tarde!

—¡Aquí está! ¡Lo he buscado por todas partes!

Las palabras de Edith Badtke resonaron en la iglesia mientras ella avanzaba por el pasillo central hasta la primera fila de bancos, en la que estaba arrodillado Felix Thanner.

Aún llevaba su casulla. Probablemente acababa de volver del entierro.

Se sentó a su lado, y al mirarlo se quedó de piedra. El joven sacerdote tenía los ojos rojos y humedecidos. Estaba claro que había llorado. Edith Badtke le habló con voz dulce:

—Por todos los santos, padre, ¿qué sucede? ¿Qué está pasando?

Thanner apretó los labios y se frotó los hombros como si tuviera frío. Ella insistió:

—¿Quiere hacer el favor de decirme lo que le atormenta? Hasta un ciego vería que hay algo que no le deja vivir. Prácticamente tengo que recordarle que coma cada día, y parece que lleve varios días sin dormir. Antes, durante el entierro, temía que fuera usted a desplomarse en cualquier momento, y acaban de llamar de la Clínica del Bosque preguntando por qué no ha acudido a su visita semanal. Esto no puede seguir así...

—Yo... no puedo más —susurró Thanner, cerrando los ojos. Las lágrimas le caían por las mejillas.

—¿Por qué no confía en mí y me dice lo que le preocupa?

—Porque no puedo —dijo en voz baja.

—Bueno, pues entonces cuénteme sólo hasta donde pueda.

Él alzó la cabeza y la miró.

—Si estuviera en sus manos evitar el sufrimiento de alguien, pero al mismo tiempo supiera que al hacerlo atentaría contra su propia integridad espiritual... ¿qué haría?

—¿Mi integridad espiritual? —le preguntó ella a su vez, sorprendida—. No lo entiendo...

—Pues no es tan difícil: quiero decir que perdería todo cuanto le importa. Que se iría directa al infierno porque debería admitir un pecado terrible. El peor de todos, quizá. Pero a cambio salvaría la vida de otras personas.

La señora Badtke lo miró con los ojos como platos y asintió. Podía decirlo más alto, pero no más claro; ahora comprendía lo que le pasaba al joven sacerdote: alguien debía de haberle dicho algo en secreto de confesión, y ese algo le provocaba un terrible conflicto interior. Tenía que ser algo muy muy serio. Algo que fuera cuestión de vida o muerte. ¿Por qué, si no, habría de sufrir tanto?

De pronto le parecía lógico que hubiera aplazado tantas citas y pedido audiencia con el obispo. ¿Pero qué podría sugerirle ella, si ni siquiera su superior había podido ayudarlo?

«Lo mejor que puedes hacer es decirle lo que harías tú en su lugar —le dijo una voz interior—. Lo que te sugieren la razón y el hecho de estar en tu sano juicio».

—Mire usted, padre, yo no soy más que una simple feligresa —dijo, encogiéndose de hombros—, pero también soy una anciana con toda una vida a sus espaldas, y por eso me preguntaría si realmente es un pecado hablar con alguien de lo que me angustia, siempre que ello pudiera evitar el sufrimiento de una persona (o quizá de más). ¿De verdad es tan grave lo que le han confesado?

Él asintió seriamente.

—No importa lo grave que sea: lo escuché en nombre de Dios y, según la Iglesia, airearlo sería un pecado. ¡Un pecado mortal!

Ella dejó escapar un suspiro.

—Ay, la Iglesia... —dijo—. No quisiera faltar a nadie al respeto, padre, pero la Iglesia está formada por hombres, o al menos así es como yo la veo, y en ese sentido me parece que también puede equivocarse.

Felix Thanner dejó escapar un profundo suspiro. Uno que parecía contener toda la pena y la desesperación de su alma.

—Es que no puedo imaginarme que Dios nos castigue por algo que hacemos con la mejor de las intenciones, ¿entiende? Si alguien comete un pecado, pero lo hace para ayudar al prójimo, yo creo que Dios no puede enfadarse con él.

Thanner se pasó las manos por la cara. Estaba pálido como la tiza y su rostro, ya de por sí delgado, parecía más anguloso que nunca.

—Tiene razón —dijo, en un tono de voz que no parecía el suyo—. Y lo peor es que hace tiempo que lo sé. Es sólo que me cuesta una barbaridad enfrentarme a la verdad. He sido un cobarde. No me he atrevido a hacer lo que debía. Bien mirado, siempre he sido así. Ya hace años que tendría que haber hecho algo, y así no habría llegado a donde estoy hoy.

A la señora Badtke le sobrevino una cierta desazón... ¿Estaban hablando de lo mismo?

—Creo que no le entiendo.

—Me he topado con el demonio —dijo él, y por la seriedad de su mirada parecía que hablaba en serio.

Edith Badtke lo miró con incredulidad.

—¿El demonio?

—Sí —dijo él, asintiendo lentamente—. Y no me refiero a un demonio metafórico, sino al de verdad. Entiendo que pueda pensar que me he vuelto loco, pero estoy convencido de que lo que le digo es cierto. Del mismo modo que sé que existe Dios. Yo he visto al demonio en los ojos de una persona, pero he decidido ignorarlo, y lo he hecho por cobardía. Durante un tiempo no ha pasado nada porque él también me ha ignorado, pero ahora... ahora se ha despertado y me está buscando.

Y dicho aquello se levantó, jadeando como un anciano al que cada movimiento le costara un enorme esfuerzo.

Edith Badtke hizo lo propio. Estaba muy angustiada.

—¿Qué va a hacer? —preguntó con cautela.

—Reparar un terrible error —le respondió él, y era obvio que, fuera lo que fuera lo que se llevaba entre manos, le provocaba pavor.

La mujer le tocó el brazo con la mano y le preguntó, mirándolo a los ojos:

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Con sus palabras me ha ayudado mucho más de lo que imagina —dijo él, sonriéndole tímidamente—. Pero si de verdad quiere hacer algo por mí... Rece. Por mi alma. Por que no sea demasiado tarde.

La señora Badtke notó que se le ponía la piel de gallina. Parecía que la iglesia se hubiese enfriado de golpe.

—¿Y por qué habría de ser demasiado tarde?

Thanner intentó volver a sonreír, pero en esta ocasión su rostro se contrajo en una especie de mueca atemorizada. Y entonces se dio la vuelta y se alejó de allí.

Jan avanzó por las calles como un loco, saltándose un semáforo en rojo y evitando chocar contra un camión por unos pocos centímetros. Acompañado por el concierto de bocinas del resto de la circulación, se abrió paso entre los transeúntes que cruzaban los pasos cebra e incluso cogió una calle en contradirección. Sólo le importaba Carla. Estaba en peligro y tenía que rescatarla. No había tiempo que perder.

Cuando al fin llegó al viejo Astoria, a las afueras de la ciudad, aparcó tras un coche deportivo rojo que estaba estacionado justo frente a la puerta y se precipitó al interior del edificio.

El anciano recepcionista levantó la cabeza, asustado. Junto a él, un transistor del año de la *maricastaña* emitía una música suave.

—¡Por el amor de Dios! Vaya susto me ha peg...

—¡Carla Weller! —le gritó Jan—. ¿Está aquí?

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre, entornando los ojos tras sus gafas de culo de botella.

Jan golpeó el mostrador con la palma de la mano.

—¡Maldita sea! ¿Qué habitación? ¡Es una emergencia!

—Nu... número diecinueve —tartamudeó el recepcionista, señalando hacia las escaleras—. Primer piso, a la izquierda. El ascensor no funciona.

Jan salió disparado hacia las escaleras, subió los escalones de dos en dos y corrió por el pasillo mirando los números de las habitaciones. Al llegar frente al diecinueve golpeó la puerta con el puño.

—¿Carla, estás ahí? Soy yo, Jan. ¡Abre la puerta!

En el interior pudo oír la voz desconcertada de un hombre farfullando algo, pero nada más. Nadie abrió la puerta.

—¡Abran la puerta! —chilló—. ¡Abran la maldita puerta!

—¿Quién es? —de nuevo, una voz masculina.

—¡Haga el favor de abrir la puerta, o la tiraré abajo!

—¡Calma, calma! —dijo la voz. Parecía asustada e insegura—. ¡Puedo explicárselo todo!

En aquel momento, Jan oyó una segunda voz. Emitía unos sonidos extraños, como si estuviera a punto de vomitar. Y era una voz de mujer.

¡La voz de Carla!

Jan arremetió contra la puerta, y, al ver que no se movía, le dio una patada. Al segundo intento, la débil hoja de madera tembló bajo la suela de su zapato; y al tercero cedió y se rompió.

Entró en la habitación como una exhalación y de inmediato se quedó inmóvil, petrificado. Sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. No podía creer lo que veían sus ojos.

—¡Vamos, hombre, acelere! —espetó Stark a su joven compañero, que se apresuró a hacer una complicada maniobra de adelantamiento.

El jefe de policía se apoyó en el salpicadero para no perder el equilibrio y lanzó una mirada al reloj mientras su coche volaba por las calles de Fahlenberg y adelantaba a una furgoneta con la sirena puesta a todo trapo. Habían pasado seis minutos desde la llamada de Forstner. El psiquiatra le había parecido aterrorizado, y Stark supuso que tendría algo que ver con lo que le había querido explicar al acabar el entierro.

«¡La mujer! —le había gritado al otro lado de la línea—, ¡sé cuál va a ser su siguiente paso!».

De modo que no se había equivocado: el tipo había estado siguiendo sus propias pistas. Bueno, ojalá fuesen las correctas. En la comisaría no habían hecho más que toparse con callejones sin salida: ni las muestras de ADN que obtuvieron en el lugar del crimen ni las dudosas declaraciones de los testigos (en su mayoría ávidos de protagonismo o de recompensas) habían servido de nada.

Perseguían a un fantasma y no tenían ni la más mínima idea de los motivos que lo movían a actuar, más allá de que aquella mujer estuviese como una cabra. En su fuero interno, Stark deseó que Jan hubiese dado realmente con algo que les permitiese avanzar al menos un poco más.

Pero, aun así, sentía un enorme desasosiego. Al teléfono no le había parecido que Jan quisiera hablarle de una nueva pista, sino más bien citarlo en un nuevo lugar de los hechos.

Jan estaba paralizado. Aquello era una pesadilla. Sí, tenía que ser una pesadilla. La luz roja que iluminaba la habitación del hotel, el vomitivo olor a moho y humedad, mezcla de desodorante, adrenalina y sudor...

Estoy soñando. Pronto me despertaré y todas estas imágenes habrán desaparecido. Me levantaré de la cama, iré a la cocina y me encontraré con Carla, que me estará esperando. Nos tomaremos un café y nos reiremos sobre lo absurdo de mi sueño. Nos...

«No, no es un sueño —le corrigió su propia voz interior, negándose a remitir bajo la fuerza de la conmoción—. Lo que está pasando es real. Carla es real. La cama en la que está estirada y atada de pies y manos es real. ¡Todo es real!».

Miró a Carla, desesperado. La cara de ella estaba empapada de lágrimas y tenía los ojos tan abiertos que parecían a punto de salirse de las cuencas. La tira de cuero que tenía en la boca le estiraba las comisuras hacia arriba y hacia los lados, de un modo grotesco, como si el pánico le hubiese helado el rostro en una sonrisa fatal. Estaba desnuda, y su cuerpo temblaba de frío y miedo. El pecho se hinchaba y deshinchaba a gran velocidad y Jan pudo oír sus jadeos aterrorizados.

Fueron precisamente esos jadeos lo que lo sacaron al fin de su conmoción y lo llevaron a fijarse en la segunda persona que estaba en la habitación. A menos de un metro de él había un hombre con el pelo largo, de un metro ochenta de estatura aproximadamente y complexión atlética. Llevaba los pantalones sin abrochar, así que debía de habérselos puesto a toda prisa mientras Jan tiraba abajo la puerta.

—¡Doctor Forstner! —exclamó el tipo, con un hilo de voz, mientras intentaba en vano abrocharse el botón del pantalón.

Jan tardó aún unos segundos en reconocer a quien le estaba hablando. El hombre que tenía ante sí era Mirko Davolic, su antiguo paciente, el rompecorazones al que las enfermeras miraban a escondidas cuando se paseaba por los pasillos de la clínica. Y el hombre que acababa de violar a Carla, o que se disponía a hacerlo.

Algo en el interior de Jan explotó, sin más. Cerró los puños con toda la rabia y la fuerza del mundo y le dio un puñetazo en la mandíbula a Davolic, haciéndole perder el equilibrio y tirándolo al suelo mientras su cabeza se movía hacia un lado y su melena ondeaba al viento como si estuviese delante de un ventilador.

Jan se tiró también al suelo, sobre él, y continuó golpeándolo con furia.

—¿Qué le has hecho? —se oyó gritar a sí mismo—. Maldito hijo de puta, ¿qué le has hecho?

Davolic parecía demasiado perplejo como para defenderse. Se limitó a lanzar una serie de quejidos breves mientras que, en la medida de lo posible, movía los brazos para protegerse de los golpes de Jan.

—¡Me lo ha pedido ella! —alcanzó a decir, al fin, mientras un hilillo de sangre empezaba a salirle de la nariz—. ¡Pregúnteselo! ¡Joder, pregúnteselo usted mismo!

Jan se detuvo de golpe, con el puño de nuevo en alto y dispuesto a golpear.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

Davolic lanzó un quejido de dolor, sorbió parte de la sangre que le caía de la ceja y la nariz y señaló la mesa que quedaba frente a la ventana. Jan miró hacia el lugar que le indicaba y se quedó petrificado. Allí, bajo un enorme cenicero de cristal, había varios billetes de cien euros.

—¡Fue ella quien me lo pidió! —repitió Davolic, mientras apartaba a Jan con sorprendente facilidad y se hacía a un lado—. Por todos los demonios, ¡me pagó para que lo hiciera!, ¿lo pillas?

Jan se quedó inmóvil, mirando a Davolic en silencio, absolutamente incapaz de reaccionar, mientras este se abrochaba al fin del botón de los pantalones y se ponía una camiseta para cubrirse el pecho.

—Este es el nuevo trabajo del que te hablé.

Jan movió la cabeza hacia los lados.

—Entonces tú...

—Follo a cambio de dinero, sí. ¿Algo que decir? Tu novia me ha pagado trescientos euros por toda esta burrada que ha montado.

—No la ha montado ella —dijo Jan.

Se acercó a la mesa, hipnotizado y tambaleante, y con manos temblorosas empezó a desabrochar los nudos que la inmovilizaban.

—Lo siento tanto... —susurró, acariciándole el pelo—. Es culpa mía. Todo esto es culpa mía.

Ella apartó la cabeza y se quedó mirando hacia la pared. Las lágrimas le caían, silenciosas, por las mejillas.

Un gruñido ronco a sus espaldas hizo que Jan se diera la vuelta. Un labrador negro los observaba desde la puerta. Cuando se cruzaron sus miradas, el animal le enseñó los dientes amenazadoramente. Tras él se oyeron pasos y voces que venían de la escalera, y justo después apareció el comisario Stark acompañado de otro policía. Habían desenfundado sus pistolas y apuntaron con ellas a Mirko Davolic.

La estupefacción al ver lo que estaba sucediendo en aquella habitación quedó incuestionablemente marcada en sus rostros.

El ruido de unas suelas de goma acercándose por el pasillo sacó a Jan de su ensimismamiento. ¿Cuánto tiempo habría pasado? Tenía el cuerpo entumecido, así que debía de haber estado varias horas sentado en la cama de Carla, cogiéndole la mano.

Ella no había dejado de removerse entre las sábanas; por lo visto, ni siquiera los calmantes que le habían suministrado podían librarla de las pesadillas, en las que no dejó de murmurar cosas como «déjame», «no» y «no quiero». Murmullos que en sus sueños debían de ser gritos aterrorizados, y que Jan escuchó con absoluta desesperación.

Sólo ahora que empezaba a amanecer y la luz volvía a colarse entre las rendijas de la persiana del hospital, el sueño de Carla daba la sensación de haberse apaciguado y ella parecía descansar. De vez en cuando una enfermera se les había acercado comprobar que todo estuviera en orden. En una ocasión le ofreció a Jan una manta para taparse, pero este se limitó a negar con la cabeza, sin dejar de mirar a Carla y escuchando sus murmullos y las gotas de lluvia repiqueteando en la persiana.

En esta ocasión, cuando la enfermera se acercó hasta él, tenía grabado en la cara el cansancio y al mismo tiempo el alivio de los que trabajan de noche y saben que su turno está a punto de acabar.

—Doctor Forstner —le susurró—. En el pasillo hay alguien que quiere hablar con usted. Es de la policía.

Jan asintió y se levantó de su silla. Dejó la mano de Carla con cuidado sobre la cama y ella se encogió hasta quedar en posición fetal. Él le acarició la frente, empapada en sudor, y salió de la habitación tras a la enfermera.

Stark estaba apoyado en la pared, con las manos metidas en los bolsillos. Al ver a Jan se incorporó y caminó hacia él. Bajo la pálida luz del pasillo, su rostro sin afeitar parecía más bien una máscara de papel gris y arrugado.

—¿Cómo tiene la mano? —le preguntó el policía, con interés.

—¿La qué? —Jan se miró la mano en un acto reflejo, y vio que la tenía morada y algo hinchada en los nudillos. Entonces sacudió la cabeza hacia los lados—. Ah, bien, no es nada.

—Le dio usted su merecido a ese cretino —dijo Stark, y en su voz se intuía un deje de admiración. Después miró a Jan a los ojos y le dijo, algo cansado pero con firmeza—: Lamento molestarle en estos momentos, pero creo que ha llegado el momento de hablar. Mis colegas de la comisaría de Fahlenberg preparan un café malísimo pero fuerte; estoy seguro de que ahora le sentaría bien.

—¿Qué ha sido de Davolic?

—Nos hemos pasado toda la noche haciéndole cantar. Es una situación confusa. Una enfermera pasó junto a ellas por el pasillo, y Stark se hizo a un lado.

—Venga conmigo. Vamos a buscar un sitio tranquilo en el que hablar.

Hizo un gesto para que le siguiera, y Jan salió con él del hospital.

Era una sensación de lo más extraña. No, en realidad era una mezcla de sensaciones, y la más intensa de todas era la de que al fin estaba a punto de poner en marcha su plan. Había esperado tanto ese momento... Pero es que había tenido muchas dudas e inseguridades, y sobre todo había temido el hecho de que en el último momento algo pudiera salir mal.

Todo estaba pensado al detalle, evidentemente —Jan y ella lo habían estudiado todo un millón de veces en la oscuridad del sótano de su casa—, pero, aun así, el miedo era algo incontrolable. Y ahora no había vuelta atrás. Ya habían esquivado el primer obstáculo. Ahora venía la segunda parte, que era más difícil pero mejor.

«Vamos, contrólate —le dijo una voz en su interior. Era la voz de su padre, alta y fuerte, como si le hablara un puro bloque de acero—. No te permito que tengas miedo, ¿me oyes? ¡El miedo es para los débiles!».

Asintió, primero algo insegura, después con más contundencia, y por fin se concentró en el sobre que tenía entre las manos. La idea se le ocurrió cuando estaba frente a la casa de Jan y le pareció que era brillante. Aquella carta sería un triunfo extra para su plan. El broche de oro. Sólo en caso de que hiciera falta.

No había sido nada difícil imitar la letra de Jan. Le habían bastado un par de pruebas a partir de un trozo de papel que encontró en su basura. Tenía una caligrafía elegante y perfecta, propia de un noble romántico, y cada letra tenía su espacio y su personalidad. No cabía la menor duda de que el autor de aquellas líneas era una persona estructurada y cuidadosa. Hasta su firma podía entenderse, al contrario de lo que sucedía con todos los médicos que ella había conocido, y cuya escritura parecía basarse más bien en el arte de los jeroglíficos. Un par de pruebas, pues, y su imitación de la letra de Jan rozó la perfección.

Mientras escribía la carta estuvo escuchando a Mozart, lo cual le ayudó enormemente a ponerse en el papel de Jan, y por supuesto lo hizo con guantes: unos guantes de látex que no le dificultaron la escritura pero le aseguraron la ausencia de huellas.

También llevaba los guantes cuando se acercó a la casa de Carla Weller al amanecer y dejó la carta en el buzón.

Stark había dado en el clavo al describir el café de la comisaría de Fahlenberg. Pese a lo malo que estaba, Jan tomó dos tazas mientras hablaban, para luchar contra el cansancio que poco a poco iba apoderándose de él.

A medida que Jan avanzaba en su relato, los rasgos de Stark iban volviéndose más y más sombríos. El policía estaba sentado en el antiguo puesto de Kröger, daba golpecitos a su taza con los dedos y escuchaba el relato de Jan con suma atención.

—No puedo dejar de pensar en la señora Nowak —estaba diciendo Jan en ese momento—. Es como si esa tal Jana fuera en verdad un fantasma.

Stark asintió y se quedó mirando su taza, pensativo.

—Ciertamente, doctor Forstner, este es el problema: seguimos sin tener la menor idea de quién puede ser esa mujer.

Con un gesto mecánico metió la mano en el bolsillo interior de su arrugada americana y sacó un paquete de Winston. Entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo, lanzó una mirada furtiva al cartel de prohibido fumar que había junto a la puerta y volvió a dejar el paquete donde estaba.

—Le aseguro que quiero creerlo —le dijo a Jan—, pero es que además tenemos otro problema: si no le he entendido mal, resulta que esa mujer, Jana, está como una cabra, ¿no? Y le ha dicho que tiene un plan; pero claro, como está loca, es imposible predecir cuál va a ser su siguiente paso o extraer alguna lógica interna a partir de sus movimientos... suponiendo que en este caso pudiéramos hablar de lógica, claro está.

—Sí, sólo sé que su plan tiene algo que ver conmigo —le respondió Jan—. Esa mujer está enajenada y obsesionada conmigo. Cree que está enamorada de mí, y que yo lo estoy de ella, y de ahí que cada mujer que tenga cerca se convierta en un obstáculo, en una interferencia entre los dos. Y de ahí también que quiera quitarlas de en medio. Siente unos celos enfermizos, y me temo que nunca mejor dicho.

—Entonces... ¿cabe la posibilidad de que el plan de esa mujer sea en última instancia tener una relación con usted?

—No, yo creo que no —le respondió Jan moviendo la cabeza—. Los erotómanos viven en una especie de ilusión. De ahí el concepto «locura de amor», y de ahí también, precisamente, que sus acciones sean básicamente impredecibles. Si la relación se convirtiera en algo real, su deseo de conseguirlo desaparecería inevitablemente y eso es algo que este tipo de locura no puede tolerar. La erotomanía, por lo general, no es más que la consecuencia de alguna otra enfermedad mental. En el caso de Jana yo diría que se trata de una esquizofrenia alucinatoria, y que es esta la que la mueve a seguir lo que ella llama «su plan». Algo que en ningún caso podremos entender, a no ser que contemos con alguna información sobre su vida y su pasado.

—Genial —se quejó Stark, rascándose la barbilla—; o sea, que no podemos hacer nada. Pero hay algo que me molesta desde hace días y en lo que no puedo dejar de pensar: ayer mismo nos llamaron para advertirnos que una mujer se estaba

comportando de un modo... bueno, digamos que algo insólito, en el parque, y que la gente estaba algo escandalizada; de modo que la cogimos y la llevamos a la Clínica del Bosque a que le hicieran un chequeo. La mujer no tiene nada que ver con todo esto, pero yo me pregunto... ¿cómo es posible que hasta ahora nadie se haya fijado en el comportamiento de Jana? ¿Cómo es posible que nunca haya llamado la atención de nadie? Sabemos que ha estado siguiéndolo, de modo que ha tenido que estar cerca de su casa o de su trabajo o lo que sea. Pero entonces... ¿cómo es que nadie la ha visto nunca? ¿Ni siquiera usted mismo ha reparado en nadie sospechoso?

—A estas alturas he sospechado ya de demasiada gente, comisario, y parece que en todo caso de manera equivocada...

—¿Y los vecinos?

Stark dio otro sorbo a su café.

—El vecino que vive más cerca está de vacaciones estos días.

—Pero es muy extraño, ¿no te parece? —continuó—. Excepto Nowak y su madre, que se encontraron con Jana en el cementerio, nadie la ha visto nunca. Y dado que no puede ser un fantasma —Dios me libre de empezar a creer en los fantasmas a mi edad—, es obvio que debe de seguir algún tipo de rutina, ¿no? Tiene que vivir en algún sitio, comprar en alguna tienda y todo eso, ¿no? Y una loca como ella llamaría la atención.

Encogiéndose de hombros, Jan dejó su taza sobre la mesa.

—La única explicación que se me ocurre es que tenga una segunda identidad y que haya aprendido a utilizarla para esconder su trastorno ante el resto de la sociedad. Esto en psiquiatría se conoce como *Coping*. Piense en todos aquellos asesinos o perturbados en los que ninguno de los vecinos repara antes de darse a conocer sus crímenes... Por supuesto, estaban enfermos desde hacía mucho, pero nadie acierta a creérselo. Simplemente, el enfermo aprendió a disimular.

»Yo creo que Jana también se esconde tras una falsa identidad que oculta su verdadera naturaleza. Lo más probable es que aprendiera a desarrollarla durante su infancia y que, con el paso del tiempo, haya ido echando mano a estrategias cada vez más sofisticadas para evitarla.

—¿Me está hablando de esquizofrenia? ¿De doble personalidad?

Jan sacudió la cabeza.

—Sí y no. Aún no tenemos claros los límites de estos trastornos. Pregunte a diez colegas diferentes y cada uno de ellos le dará una respuesta distinta. Seguramente se debe a la naturaleza de semejantes enfermedades. Son bastante imprevisibles... Aunque también es posible que ella misma se contenga. Se hace llamar Jana. Me dijo que era para tener más cosas en común conmigo, aunque quizá no fuera más que una trampa. Un amigo de la profesión me hizo caer en cuenta de que Jana también puede ser el femenino de Jano, el Dios de las dos caras.

Lanzando un suspiro, Stark se recostó en el respaldo de su silla.

—Desde luego, cuanto más intento comprender todo este asunto, más confuso me

resulta.

—En mi opinión, no debemos intentar entenderlo —dijo Jan—. Créame: en la mayoría de los casos es absolutamente imposible.

—Pero yo pensaba que esta era la misión del psiquiatra, ¿no? —preguntó Stark, sorprendido.

—No, no. Nuestra misión, como usted la llama, es otra muy distinta: localizar los efectos que la alteración psíquica tiene sobre el enfermo e intentar localizar sus causas. Es el único modo que tenemos de sugerir una terapia adecuada. Y se trata de esto, al final. Si intentara adentrarme en los recovecos psicológicos de cada caso que trato con la voluntad de entenderlo de una manera racional, no tardaría en encontrarme precisamente entre mis propios pacientes.

—Muy interesante —dijo Stark, asintiendo pensativamente—. Pero para un investigador no puede haber nada peor que desconocer los motivos que llevaron a un agresor a cometer su crimen. Nosotros llevamos días buscando en vano una estela, un rastro, algo que nos ayude a avanzar, pero no tenemos absolutamente nada.

El policía se levantó, dio unos pasos por la sala y finalmente se apoyó en la superficie de una de las mesas de comisaría.

—Mire, doctor Forstner, me gustaría creerlo; pero en base a la información de que disponemos, yo diría que el ataque a Carla Weller no ha sido un ataque.

—¿Perdón?

—Quiero decir —continuó Stark con evidente incomodidad— que no hay ningún indicio de que exista una tercera persona envuelta en este asunto. El recepcionista del hotel nos ha dicho que fue la propia Carla quien reservó la habitación y le pagó al contado.

—¡Por el amor de Dios, si el hombre está prácticamente ciego! —exclamó Jan.

—Lo sé, doctor Forstner, y no excluyo la posibilidad de que nuestra amiga Jana haya querido aprovecharse de ese detalle —todos sabemos ya que está como una cabra pero que sabe perfectamente lo que hace—, pero es que la agencia para la que trabaja el señor Davolic también ha confirmado que quien contrató sus servicios fue una mujer llamada Carla Weller.

—¡No, no fue ella! —dijo Jan, sacudiendo enérgicamente la cabeza—. ¡Fue Jana haciéndose pasar por Carla!

Stark se frotó las sienes, suspirando.

—Claro, la duda es más que razonable, pero... fuera quien fuera la que llamó, lo hizo desde el móvil de Carla, y este se hallaba en el interior de su coche, que estaba cerrado con llave y sin signos de haber sido forzado.

—Me toma el pelo, ¿verdad? —le interrumpió Jan—. ¿Insinúa que Carla llamó a una agencia para que alguien la violara? ¿Se le ha contagiado la locura?

—Mire, doctor Forstner, a mí también me cuesta mucho considerar esta posibilidad, pero piense que no tenemos nada. ¡Nada!

Jan tuvo que hacer un esfuerzo para no pegar un puñetazo en la mesa.

—¡Vamos, hombre! ¡Han violado a mi mujer! ¡Y eso no es algo que se pida por teléfono, como una *pizza*!

Stark respiró hondo y continuó:

—Ayer estuve hablando largo y tendido con la responsable de la agencia. Créame, al colgar el teléfono dudé seriamente de mi propia salud mental. Parece una locura, pero... bueno, por lo visto no es tan extraño que la gente les pida... ella los llamó requisitos especiales. Y Davolic y otro tipo de la agencia se habían especializado en estas cosas: juegos de rol, violaciones, sadomasoquismo... ya sabe. Por lo visto, da mucho dinero.

El comisario de policía miró a Jan y este sintió que le faltaba el aire.

—Pues yo no me lo creo —susurró—. Tiene que haber alguna pista, en algún sitio.

Stark se recostó en la silla y lo miró con compasión.

—Me temo que no. Todo apunta a que fue ella misma quien reservó la habitación y montó toda la escena. La mordaza y las esposas eran muy sencillas, de esas que venden fácilmente por Internet o en cualquier *sexshop*. Y, por cierto, no tienen más huellas que las de Carla y Davolic.

—¡Pero no tiene sentido! Se supone que la atacaron en el aparcamiento. Seguro que encuentran algún indicio de lucha o de algo parecido...

—En el aparcamiento había una cámara de vigilancia, por supuesto. La hemos estado revisando con toda la atención pero no hemos visto ni rastro de una pelea o situación de violencia, por leve que fuera.

—¿Y la inyección? Carla dijo que le habían inyectado algo.

—Sí, también lo hemos investigado. Es cierto que tiene la marca de un pequeño pinchazo en el cuello, pero según el médico no había ni rastro de tranquilizantes en su sangre. En todo caso tendrían que haberle inyectado una sustancia de las que se eliminan rápido del cuerpo. Quizá un narcótico como el GHB, siglas —seguro que usted ya lo sabe— de gamahidroxibutirato.

—El GHB se utiliza principalmente para las epidurales y enfermedades de tonificación muscular, y desde hace un tiempo también para los enfermos de párkinson. ¿Es posible que Jana trabaje en un hospital?

—Sí, claro, aunque también puede ser algún tipo de camello... Hoy en día hay gente vendiendo de todo en cualquier esquina. Trabajaremos en esta dirección, se lo aseguro, aunque no puedo decirle ni cómo ni cuándo.

—Pero entonces... ¿qué podemos hacer?

Stark volvió a echarse hacia atrás.

—Me temo que no nos queda más opción que seguir remando sin rumbo —dijo, justo antes de clavar los ojos en Jan y añadir, con voz firme—: Pero a partir de ahora, por favor, deje usted de jugar a los detectives. Siga estando atento a todo pero infórmenos inmediatamente de cualquier descubrimiento que haga. Yo pediré que le pongan protección. Piense que no andamos muy sobrados de efectivos, así que quizá

tarden unos días en concedérsela. Hasta entonces, le aconsejo que vigile mucho a la señorita Weller, y sobre todo que se vigile usted mismo. Usted es el anzuelo, no lo olvide.

Sabía dónde encontrar a Jan, y el destino quiso que encontrara un sitio libre para aparcar justo en el lugar adecuado. Una nueva señal de que el cielo estaba de su parte. Ahora llevaba un buen rato esperando. Horas. Apretando el volante con las manos, observaba el antiguo Golf de Jan, empapado bajo la lluvia que caía en el aparcamiento de la Clínica del Bosque, y pensaba.

En aquel momento, quien más le preocupaba era el cura. Se estaba convirtiendo en un problema. No cabía la menor duda de que lo había infravalorado. ¡Aquella mañana, Felix Thanner había ido a verla! La había dejado sin palabras. Jamás habría imaginado que un tipo tan insulso como él pudiese tener tanto valor... y menos aún desde que sabía quién era ella.

Al principio se mantuvo fiel a las reglas y no le importunó con deseos no formulados o preguntas retóricas. Se limitó a interesarse por ella y a ser amable.

Lo intentó por las buenas, vaya. Así lo habría formulado su madre. Si deseas algo de alguien, inténtalo por las buenas, al menos al principio. Aquella era su divisa.

Su madre siempre creyó en la bondad del ser humano. ¡Craso y terrible error! En el mundo no existe la bondad, y quien crea lo contrario está perdido. En el mundo sólo existen seres malvados que te obligan a hacer cosas de las que luego te arrepientes el resto de tu vida. El mundo es cruel, desalmado y perverso, y está dominado por la codicia y el odio.

Su madre nunca quiso entender esto. Fue una mujer sumisa que renunció a sus sueños a cambio de un techo bajo el que vivir. Aunque hubo un tiempo en el que supo querer a Jana, en seguida volvió a comportarse como lo que era: una puta barata que se abría de piernas a cambio de comida caliente. Y llegó el momento en que su madre no fue más que una sombra, lo cual facilitó enormemente el trabajo a todos aquellos que querían utilizarla o pasar por encima suyo, sin más. Ella lo toleraba todo sin quejarse jamás, porque estaba segura de que un día sería recompensada por su sumisión.

Y entonces, cuando todo se fue al garete, Jana se sintió en la obligación de liberarla de sus necios pensamientos. Le pareció algo difícil pero absolutamente necesario. Y adecuado. De hecho, seguía pensando que había hecho lo correcto, así que no tenía nada de lo que arrepentirse.

Y el cura le recordaba mucho a su madre. Él también era un manojo de nervios, miedos y lloriqueos. Despreciable. Vomitivo. De hecho, cuando se acercó a hablar con ella le entraron ganas de escupirle a la cara. Y cuando llegó al punto álgido de la conversación y apeló a su sentido de la justicia y a la razón... Fue algo grotesco.

¡Si supiera por qué lo había escogido precisamente a él para confesarle sus crímenes! Pero no, evidentemente no tenía ni la menor idea. Consiguió engañarlo y le prometió que reflexionaría sobre lo que habían hablado; le dijo que tenía miedo de entregarse a la policía, pero que sabía que no podía quedar libre tras lo que había

hecho. Y esto último era verdad. Algo tenía que ocurrir aún...

Tras sus mentiras el párroco pareció sentirse mucho más aliviado y le ofreció reiteradamente su apoyo, acompañamiento y oración. Y antes de marcharse le pidió que volvieran a verse pronto.

«Sí, sí, por supuesto —se dijo ella—. El cura me ayudará, aunque no exactamente como él espera».

Tenía claro que no le quedaba mucho tiempo. Aquel don nadie no tardaría en romperse por dentro y faltar a su juramento confesional. Lo había visto en su mirada. No soportaba la presión, y no iba a aguantar mucho más. Ya solo el hecho de haber ido a verla... Estaba a punto de entregarla a la policía, sin duda.

Aunque, por otra parte, ahora lo tenía justo donde había querido tenerlo todo el tiempo. Ya solo quedaba convocar a un nuevo personaje, y por fin ella y Jan estarían juntos para siempre.

Una sonrisa le iluminó el rostro cuando vio aparecer a Jan por la puerta del hospital. El frío y la larga espera en el coche habían valido la pena. Seguro que él había notado las ganas que tenía ella de volver a verlo y por eso había decidido salir ya. Con los hombros encogidos, la mirada fija en el suelo y las manos en los bolsillos de los pantalones, caminaba hacia ella bajo la lluvia.

Había estado toda la tarde con Carla. Seguro que se sentía responsable y se había visto obligado a hacerle compañía. Seguro que le daba pena no haber encontrado un modo más fácil de librarse de esa tipa para poder estar ella, su verdadero amor.

¿O es que Carla aún significaba algo para él? ¿Era ella la que le hacía sentirse tan abatido?

Se encogió de hombros, indiferente. Daba igual el papel que jugara Carla para él. De hecho, cuanto más cerca se sintiera de ella mejor, porque si su plan volviera a fracasar, en contra de todo lo esperado, aquello le serviría para acercárselo aún más.

Pero iba a salir bien. Sí, todo andaba según lo previsto. Dios estaba de su parte.

Sólo un poco más, Jan, sólo un poquito, y mi nombre será lo único en lo que pienses. Día y noche. Por los siglos de los siglos.

Jan estaba a punto de llegar a su casa cuando cambió de opinión. La mera idea de pasar la noche solo le resultaba insoportable. Cómo le habría gustado pasar un rato con Rudi y charlar con él de todo un poco. Echaba de menos a su viejo amigo, que en aquel momento debía de estar en las Canarias disfrutando de una segunda primavera. A él también le habría ido bien alejarse un poco de todo...

Se detuvo en un bar que se llamaba «Vértigo». Había pasado cientos de veces junto a él y nunca había entrado. «Bueno, siempre hay una primera vez», se dijo.

El interior del bar apestaba y tenía una acústica horrible. Todo el mundo gritaba, pero no le importó. Solo quería estar acompañado. Recorrió el local con la mirada. Estaba decorado al estilo de los años cincuenta. Aliviado, se dio cuenta de que no veía a nadie conocido; no tenía ningunas ganas de hablar.

Encontró un taburete libre junto a la barra, echó un vistazo a la infinidad de botellas que estaban expuestas en la pared y, para sorpresa de la camarera, pidió directamente dos copas de Glenmorangie. La primera se la bebió de un trago.

El güisqui le ardió en la garganta, y Jan deseó que aquello pudiera quemarle también la rabia y la frustración. Tras su charla con Stark había vuelto al lado de Carla y se le había partido en corazón al verla en aquel estado.

Desde que se había despertado no había vuelto a abrir la boca. El día anterior se había visto obligada a declarar para la policía, pero hoy había preferido parapetarse tras una máscara de silencio y aislamiento. Ni siquiera había reaccionado a sus caricias. Se había limitado a mirar por la ventana mientras él se quedaba junto a su mesa, en la que la comida fue enfriándose poco a poco. Pasaron una eternidad ahí plantados, sin decir ni hacer nada, hasta que al fin ella se había cubierto hasta la cabeza con la manta y se había quedado dormida.

No había llorado. No había mostrado ni la menor emoción. Parecía haberse escondido en lo más recóndito de su ser; el único lugar, probablemente, en el que aún podía sentirse segura. Eso lo dejó muy preocupado. Carla iba a necesitar un psicólogo lo antes posible; alguien que le ayudara a trabajar su trauma. Era una mujer fuerte y estaba seguro de que lo superaría, pero cuanto más esperase más difícil iba a ser la recuperación.

Pidió una tercera copa y la movió con la mano para ver los destellos dorados del güisqui al girar.

No pudo evitar pensar en Jana. Pese a su locura, lo había logrado. Le había alejado de Carla. Había alzado un muro que iba a ser imposible de derribar. Su relación nunca volvería a ser como antes. Quizá ni siquiera seguiría siendo una relación... Justo ahora, que se estaban planteando el futuro...

Su vecino de al lado, un tipo rollizo con los ojos caídos y el pelo engominado hacia atrás, le dio un golpe en el hombro.

—Vamos, colega —cógelo o apágalo, pero haz algo, porque me estoy poniendo

nervioso.

Solo entonces se dio cuenta de que su móvil estaba sonando. Lo llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Lo cogió y miró la pantalla: número oculto. Antes de descolgar supo quién estaba al otro lado.

—Hola cariño, ¿cómo estás?

Al escuchar su voz sintió un pesado y desagradable sabor metálico en la boca. En aquel instante se sentía perfectamente capaz de matar a Jana. Lo que fuera, con tal de quitársela de encima.

Tardó unos segundos en sobreponerse y organizar una frase con sentido.

—Jana —dijo al fin, esforzándose por que su voz sonara lo más neutra posible—, estás por aquí cerca, ¿verdad?

—Sí, te estoy viendo.

—Yo también quiero verte. Ahora mismo.

—No creo que sea buena idea, dadas las circunstancias.

—Oh, sí. Te aseguro que es una idea genial. —Se dio la vuelta y recorrió el bar con la mirada. El ruido de las voces y la música era excesivo para determinar si Jana se hallaba en el local o no—. ¿Dónde estás?

—Cariño, pareces enfadado. ¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? —Jan se levantó y siguió mirando hacia todos los lados. No soportaba aquello ni un segundo más—. ¿De verdad quieres saber qué me pasa? ¿Qué te pasa a ti, eh? ¿Tan enferma estás?

—Jan, no me gusta ese tono...

—¿Ah, no? Pues será mejor que vayas acostumbrándote, porque no voy a hablarte de ningún otro modo, jamás.

Reconoció a cuatro mujeres que hablaban con el móvil. A dos las desestimó enseguida porque seguían hablando sin parar, al contrario que Jana. La tercera también quedó excluida cuando rompió a reír escandalosamente, con una risa que su interlocutor tardaría sin duda varias horas en olvidar.

De modo que sólo quedaba una posibilidad: una mujer guapa y joven con el pelo negro y largo que estaba de pie junto a la puerta, justo delante del cartel en el que se anunciaba la película homónima de Hitchcock. Llevaba un vestido azul y parecía del sur de Europa. Mientras escuchaba lo que le llegaba del otro lado de la línea parecía nerviosa. Tenía las piernas cruzadas y se mordía el labio inferior.

—¿Por qué eres tan malo conmigo? —oyó decir a Jana en el momento en que una camarera se interpuso entre él y la sureña, de modo que no pudo ver si movía los labios—. Me dijiste que me amabas.

Jan se abrió paso hacia la chica y se plantó justo delante de ella.

—Era mentira y lo sabes. Quería ganarme tu confianza para poder entregarte a la policía.

La joven lo miró unos segundos con sus bonitos ojos marrones y luego siguió hablando. En aquel momento Jan pudo oír que hablaba en español.

—No, no me mentiste —insistió Jana.

Tenía que estar ahí, en el maldito local.

—Desde luego que sí —dijo él, abriéndose paso entre un grupo de gente que acababa de entrar y saliendo al exterior.

—¡No es cierto, Jan, no lo es!

—No he sido más sincero en toda mi vida —dijo Jan, con desprecio, mirando hacia ambos lados de la calle—. Ya estoy hasta los huevos de tanta tontería, ¿lo entiendes? Has destrozado mi relación con Carla, que era lo único que me importaba. Ya no tengo nada que perder.

—Cariño, estás borracho. La bebida te hace decir cosas que no...

—Ni se te ocurra volver a llamarme así. No soy tu cariño ni nada que se le parezca. ¿Entiende esto el chalado de tu cerebro?

Aquello le dolió. La oyó coger aire, conmocionada. Jan se detuvo frente a un BMW gris y vio a una persona muy alta y delgada hablando por el móvil en el asiento del conductor. No podía verle la cara, pero sí el brillo de dos anillos en sus largos dedos y el movimiento de su cola de caballo al hablar.

—Jan, no lo entiendo... —Jana habló, y la persona del BMW hizo lo propio.

Fuera de sí, Jan corrió hacia el coche, abrió la puerta y gritó:

—¡Está bien! ¡Basta de tonterías! ¡Sal ahora mismo!

En un único movimiento, la persona se dio la vuelta y salió del coche. Sorprendido, Jan se encontró frente a un hombre de metro ochenta que lo miraba con pequeños ojos negros, iracundo.

—¿Y a ti qué te pasa, eh?

—La mujer —dijo Jan, con un hilo de voz—. Pensé que...

No pudo añadir nada. El cabezazo que le dio el tipo fue tan abrupto que no notó el dolor hasta estar tendido en el suelo.

—Ahora ya puedes pensar, borracho —dijo, mientras Jan se apartaba la sangre de la cara.

—Miguel, ¿qué ha pasado?

Jan oyó el taconeo de unos zapatos acercándose y vio a la joven morena del local.

—Déjalo, querido, déjalo. ¡No tiene nada que ver conmigo! ¡No le conozco! ¡Tú eres el único al que quiero!

—Has tenido suerte, chalado —farfulló entonces el gigante de la coleta, y se metió en el coche con la chica, alejándose de allí a toda velocidad.

Cuando se levantó del suelo estaba empapado, tenía la ropa manchada de barro y sangre y temblaba de rabia e impotencia.

—¿Ves lo que has hecho? —gritó en plena calle desierta—. ¡Mira lo que has conseguido, hija de puta! ¡Mira lo que me has hecho!

Unos metros más allá, en la calle de enfrente, se encendieron los faros de un coche. Un pequeño utilitario gris se puso en marcha, hizo una maniobra y se alejó derrapando en el barro.

—¡Cobarde! —le gritó Jan—. ¡Eres una maldita cobarde! Pero te encontraré. Te juro que te encontraré, ¿me oyes?

Había vuelto a llamar, por fin. Rutger Stark estaba entrando en la comisaría —de la que había salido para fumarse un cigarro que llevaba más de media hora deseando saborear—, cuando Jan Forstner lo llamó para informarle de lo sucedido.

El psiquiatra estaba fuera de sí. Era obvio que tenía los nervios a flor de piel y Stark le obligó a jurarle que iría directo a casa, se tomaría una tila y esperaría a que le enviara una patrulla para protegerlo.

—Intervengan los teléfonos del doctor Forstner —dijo a uno de sus colaboradores—. Y tráiganme una lista de todas las llamadas que ha recibido esta tarde en su móvil.

—Disculpe —le respondió el hombre—. No quisiera importunarle, pero... ¿sabe usted qué hora es?

—Perfectamente, sí. Por eso se lo pido con tanta urgencia. Y de paso hagan una lista con los nombres de todas las personas que tengan un pequeño utilitario gris con la matrícula de Fahlenberg.

—¿Sabemos al menos la marca y el modelo?

—No.

—¿Nuevo o viejo?

—Ni idea.

El policía puso los ojos en blanco.

—¡Por el amor de Dios, jefe, la mitad de los habitantes de Fahlenberg conducen un coche gris! Mi mujer tiene un Polo gris, mi vecino, un Micra gris, la amiga de mi hija un Corsa gris... ¡El gris lleva años estando de moda!

Stark miró a su colega y se encogió de hombros.

—Seguramente ese es el motivo por el que la sospechosa conduce uno: es muy astuta y se esconde entre la gente, haciendo lo que hace la mayoría. Pero ha cometido un fallo, y, con un poco de suerte, quizá alguno más.

Se acercó a su escritorio y cogió los papeles con la declaración de los testigos del asesinato de Volker. Los miró como si se trataran de un tesoro... Si Forstner no se hubiese mostrado tan nervioso al teléfono, le habría comentado su idea; pero prefirió callar, porque dudaba de que el psiquiatra hubiese podido escuchar una sola palabra.

Stark sonrió mientras miraba los papeles. Se lo comentaría todo a Jan en cuanto este recuperara la compostura. Para entonces hasta era posible que tuviese alguna novedad más.

Estaba agotado, pero satisfecho por primera vez en muchos días. Jana empezaba a cometer fallos, y eso los acercaba. Bastaba con que se equivocase una o dos veces más, y ya podría darse por pillada.

Pero entonces, una vocecilla incómoda en su interior le hizo dos preguntas que le borraron de golpe la sonrisa del rostro.

¿Y si no vuelve a equivocarse? ¿O si no son errores, sino pistas falsas?

Un ruido metálico lo despertó de golpe. Jan estaba a oscuras y por unos segundos se sintió completamente desorientado.

Tanteó a su alrededor, tocó la lámpara que tenía junto a la mesa y comprendió que se había quedado dormido en el salón. También recordó que al volver del bar había bajado las persianas de toda la casa porque no soportaba la idea de que ella pudiera estar observándolo.

Estás comportándote como tus pacientes, Jan. Como un paranoico. La diferencia es solo que tú sabes que alguien te observa de verdad.

Se levantó, encendió la luz y se acercó a una ventana. Y volvió a oír el ruido metálico.

Al levantar la persiana se encontró con un día gris y lluvioso. En la acera de enfrente un corpulento basurero se dio la vuelta para mirarlo, justo antes de vaciar un contenedor en el camión de la basura.

Jan se descubrió a sí mismo recorriendo la calle con la mirada para ver si descubriría algún coche de color gris, y se alegró de que no fuera así.

Fue al lavabo, donde un rostro que apenas pudo identificar como el suyo le devolvió la mirada desde el espejo. Parecía cansado, desconcertado y apaleado. Sobre la ceja izquierda tenía un morado de color aún rojizo. El golpe que se dio al caer al suelo se había convertido en un chichón, pero por suerte no era demasiado grande.

Sonó el teléfono y Jan se dio la vuelta. Corrió hasta el salón y descolgó el auricular mientras miraba el número que aparecía en el aparato. Era un teléfono fijo con el prefijo de Fahlenberg. Y empezaba con la cifra 90, que era el número con el que empezaban todas las extensiones de la Clínica del Bosque. ¿Quién podría ser?

—¿Doctor Forstner? Al habla el doctor Sikandar Mehra. ¿Me recuerda? Coincidimos hace cosa de un año.

—Sí, por supuesto —respondió Jan, trayendo a la memoria la imagen de aquel médico indio bajito y regordete, con los dientes muy blancos y la mirada amable, que trabajaba en urgencias—. Le recuerdo perfectamente. ¿Qué sucede?

—Bueno... lamento molestarle, pero... —dijo Mehra. Parecía muy angustiado—. Se trata de su compañera, la señorita Weller.

Jan se puso tenso.

—¿Qué le ha pasado?

—Bueno, físicamente ha superado sin problemas el... —carraspeó— el incidente, pero me preocupa su estado emocional.

—Comprendo —respondió Jan—. Sí, intentaré convencerla de que acuda a un psicólogo en cuanto salga de la clínica.

—Ya, doctor Forstner, pero este es precisamente el motivo de mi llamada. La señorita Weller se ha ido.

—¿Cómo dice? No le entiendo. Su colega me dijo que tenía que quedarse hasta

finales de semana...

—Se ha ido por voluntad propia —le interrumpió Mehra—. Mi colega ha intentado explicarle que era demasiado pronto, pero ella se ha mostrado inflexible y no ha querido atender a razones. Ha dicho que la decisión era suya y que asumía la responsabilidad, y ha desaparecido antes de que pudiéramos entregarle los papeles del alta. La enfermera que trabaja en recepción dice que debió de haber llamado al taxi antes incluso de comunicar su deseo a los médicos.

—¿Y cuándo ha sido? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Debe de hacer una hora. Lamento haber tardado tanto en llamarlo pero no lo he sabido hasta que he cogido el relevo.

—Está bien, descuide, se lo agradezco —dijo Jan, justo antes de colgar.

A toda velocidad, marcó el número de casa de Carla. Por el comportamiento que tuvo ayer, dudaba mucho de que quisiera estar con él o ir a verlo. Por el contrario, lo más probable era que se encerrara en su piso y se negara a salir de allí. Una opción que no sólo preocupaba al doctor Mehra sino también, y sobre todo, a él.

Jan dejó que sonara varias veces y luego colgó. De la clínica a casa de Carla no habría más que un cuarto de hora en taxi, pensó. Veinte minutos si el tráfico era intenso. Veinticinco en el peor de los escenarios. Si Mehra no se había equivocado en su respuesta, Carla tendría que estar en su casa desde hacía ya un buen rato, y el hecho de que no cogiera el teléfono no era buena señal, como tampoco lo era su obsesión por abandonar la clínica.

En parte podía entender que no quisiera pasar más rato allí y que prefiriera estar en casa, tranquila y sola, pero el aislamiento voluntario podía ser contraproducente, y más teniendo en cuenta la fragilidad de su actual estabilidad emocional.

Se puso la chaqueta a toda velocidad y salió disparado hacia el piso de Carla. Por el camino la llamó varias veces, pero tenía el móvil apagado y no cogía el fijo.

Una vez en el portal, apretó el timbre varias veces y sintió un alivio indescriptible al ver que la puerta se abría para dejarlo pasar. Subió los escalones de dos en dos y al llegar al piso de Carla se encontró con Edwina Frank, la vecina tosca y setentona de Carla. Como siempre, llevaba un delantal con flores azules y el pelo recogido en un moño imposible que hacía pensar en el peinado de Elsa Lanchester en la película *La novia de Frankenstein*.

—Ah, doctor —dijo—, debía de haber imaginado que era usted. ¿Se ha propuesto despertar hasta a los muertos? ¿Sabe usted cómo resuena todo en este edificio?

Jan miró a la puerta cerrada del piso de Carla y luego a la novia de Frankenstein, a la que, por supuesto, no se le escapaba ni un detalle de lo que sucedía en aquel edificio, y preguntó.

—¿Está la señorita Weller?

—Ya no —le respondió ella—. Se ha marchado hace unos minutos.

—¿Cuántos?

Edwina Frank miró a su reloj.

—Unos diez, supongo.

—¿Y ha hablado con ella? ¿Sabe a dónde se dirigía?

—No, solo la he visto meterse en el coche. Pero dígame, doctor, ¿qué sucede? ¿Algo no va bien, verdad?

La mujer tenía la curiosidad marcada en el rostro. En cuanto él se diera la vuelta, todos los vecinos empezarían a enterarse de que a Carla Weller le había pasado algo, y probable algo terrible.

—Qué va, todo está en orden —mintió Jan.

Pero la novia de Frankenstein no se dejó engañar.

—¿Ah sí? Pues a mí no me lo ha parecido, y menos aún tras el episodio en las escaleras.

Jan ya se había dado la vuelta para marcharse, pero entonces se detuvo y la miró con curiosidad.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, yo estaba casualmente en el recibidor de mi casa cuando oí unos pasos que subían por las escaleras; no pude contener la curiosidad, así que miré por el agujero de la cerradura; y entonces la vi frente a su puerta, con una carta en la mano y llorando desconsoladamente. Quise salir a consolarla, pero cuando abrí mi puerta ella desapareció a toda prisa en el interior de su piso. Aún la oí llorar un poco más al otro lado de su puerta, pero no me atreví a llamar al timbre. Volví a mi piso y, pocos minutos después, ella salió del suyo, bajó las escaleras y se alejó de aquí en su coche rojo.

—Señora Frank, ¿no habló con ella? ¿No le dijo nada?

Ella cruzó los brazos y sacudió la cabeza.

—Acabo de decírselo, doctor. No, no me dijo nada. Y si ella no quiere hablar, yo no soy nadie para obligarla. No soy de ese tipo de personas que se mete en los asuntos de los demás, ¿sabe? Aunque algunos lo piensen, yo no soy así.

Abatido, Jan salió del edificio. ¿A dónde podría haber ido?

Volvió a llamarla al móvil, pero fue en vano.

Jan estaba junto a la ventana de la oficina de Stark, mirando hacia la plaza que quedaba justo delante de la comisaría. La lluvia continua había formado numerosos charcos en el suelo, y los coches parecían más bien balsas sobre el asfalto.

—¿Le parece posible que Carla quiera hacerse daño? —le preguntó Stark.

Jan se dio la vuelta para mirarlo.

—Sinceramente, no lo sé. De hecho Carla habría sido la última persona del mundo de quien habría creído que pudiera tener instintos suicidas, pero después de lo que ha tenido que aguantar... —no concluyó la frase y en su lugar hizo un gesto desesperado con el brazo.

—Sea como fuere, me alegro de que haya venido a explicárnoslo tan deprisa, doctor Forstner —dijo Stark, sonriéndole amablemente—. Todos nuestros efectivos están advertidos sobre el caso de la señorita Weller y tendrán los ojos abiertos.

—Estoy muy preocupado —dijo Jan—. Ya he llamado a todos sus amigos y conocidos, pero nadie sabe dónde puede estar.

—Bueno, no nos pongamos en lo peor —le respondió Stark, intentando consolarlo—. Quizá solo tenga la necesidad de pasar un rato sola para reflexionar y sobreponerse.

—Eso espero...

—Tenemos buenas noticias, por cierto —añadió el comisario, señalando una carpeta que tenía sobre su mesa—. Tenemos un testigo dispuesto a declarar que Carla Weller fue secuestrada.

—¿Cómo dice? ¿Un testigo?

—Un transeúnte vio a dos mujeres aparcando un Mini rojo en el sótano del Astoria.

—¡El coche de Carla!

—Sí, y por la descripción no hay duda de que una de las mujeres tenía que ser ella. Por lo visto ambas entraron en el hotel por la puerta trasera y Carla parecía estar muy borracha. Según el testigo, caminaba con dificultad y tenía que apoyarse en los hombros de la otra, que la sostenía mientras avanzaban hacia la recepción. El testigo dijo que se detuvo a mirarlas porque era mediodía y le pareció lamentable que una mujer estuviera ya en aquel estado.

—¡De modo que es cierto! ¡La drogaron! Y el GHB sería una explicación más que plausible para justificar su incapacidad de recordar el secuestro. El líquido provoca pérdidas de memoria y se expulsa rápidamente del cuerpo... —Al pensar en aquella posibilidad, Jan sintió que le ardía la sangre—. Esa maldita hija de puta... ¡Podría haberla matado! ¿Tenemos al menos una descripción por parte del testigo?

—Estamos en ello. Creo que no será suficiente como para hacer un retrato robot, pero al menos sabemos que es muy delgada y bastante alta. Entre el metro setenta y cinco y el metro ochenta. Y que tiene el pelo largo y rubio. El testigo no le vio la cara

porque llevaba un chubasquero con capucha. —Stark se encogió de hombros y suspiró—. Ya sé que no es mucho, pero al menos tenemos por dónde empezar. Y además, tenemos una coincidencia con el asesinato de Volker Nowak: Jana llamó a Carla desde el teléfono de Nowak. Por desgracia, fue lo suficientemente lista como para desconectarlo justo después y sacarle la batería, de modo que no hemos podido localizar su ubicación.

—Qué extraño... ¿Por qué lo hace? ¿Por qué quiere que sepamos que fue ella quien mató a Nowak?

—Llevo varias horas haciéndome la misma pregunta —dijo Stark—. Por lo que sabemos de ella, es obvio que Jana nunca hace nada sin pensárselo muy bien, así que... ¿Por qué decidió quedarse con el móvil de Nowak e incluso lo utilizó?

—¿Hizo más llamadas con ese teléfono?

—Ninguna. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, es obvio que está empezando a correr riesgos: en primer lugar, lleva a Carla a un hotel a plena luz del día, aun a riesgo de que la vean, y ahora nos da a entender que también fue la autora del asesinato de Nowak. Parece que a estas alturas ya está dispuesta a todo y quiere que sepamos que ha empezado la cuenta atrás.

—¿La cuenta atrás para su plan?

Jan asintió.

—Si al menos supiéramos de qué se trata... Aunque me temo que lo sabremos antes incluso de lo que esperamos, bien porque consigue llevarlo a cabo, bien porque empieza a importarle todo un comino, dado que ahora ya no tiene nada que perder.

—¿Y eso? ¿Por qué cree que ya no tiene nada que perder?

—Porque ayer le dije que no la quería.

Tras su encuentro con Stark, Jan volvió corriendo a casa y escuchó el contestador. Le habría gustado tener algún mensaje de Carla, aunque sabía que era una opción poco probable. De haber querido hablar con él, lo habría llamado al móvil...

Así fue, efectivamente. No tenía ningún mensaje. Era obvio que Carla no quería compartir con él su ubicación, y eso le preocupaba.

La teoría de Stark —que Carla había huido en busca de un lugar para estar sola y reflexionar sobre lo que le había ocurrido— tenía un punto peligrosamente atractivo. Le habría encantado creérsela. De hecho, parecía una reacción bastante propia de Carla: semejante a la del viaje que había querido hacer para reflexionar sobre su relación.

Pero por otra parte estaba el recuerdo de su último encuentro: el pesado silencio del hospital, la mirada perdida de ella, su cuerpo encogido bajo las mantas... Aquello lo había asustado.

El alma humana permanece siempre oculta, y cuando se rompe lo hace en el más absoluto silencio. No hay chasquidos ni crujidos ni ruidos secos ni sordos. Y los pedazos rotos sólo se ven cuando ya están en el suelo. Por eso, Jan sabía que debía estar preparado para lo peor.

Se dejó caer en el sofá, agotado. Los últimos días lo habían dejado sin fuerzas. Sentía que había envejecido varios años. Lo peor había sido la espera, y ahora volvía a enfrentarse a ella; volvía a tener que esperar. A un mensaje de Carla, al siguiente paso de Jana, a que alguien cogiera a esa loca de una vez por todas.

Odiaba esperar. El que espera depende irremediabilmente de los demás. No puede hacer nada, no puede decidir nada, solo puede esperar, y luego reaccionar. Y ese era el peor descubrimiento que había hecho desde que Jana entró en su vida: ella tenía el control; él solo podía esperar. *She's the boss*, como en uno de sus viejos discos de vinilo de Mick Jagger. Y era cierto: ella era la jefa porque estaba como una regadera y era imposible adivinar lo que tenía pensado hacer. Era imprevisible. Era —ya lo dijo Agnes Nowak— como un fantasma.

¿Quién podía ser aquella rubia que vio el testigo del hotel? ¿Qué debía de pasarle por la cabeza? ¿Cuáles serían sus planes? ¿Qué sucedería si se encontraba al final con ella? ¿Sería como mirar al diablo a la cara?

El teléfono sonó y Jan pegó un brinco que lo levantó de golpe. Antes de que sonara el segundo timbrado, ya había cogido el auricular.

—¿Carla?

—Jan...

Era una voz masculina, débil, casi un susurro. La voz de alguien que teme hablar en voz alta. Jan conocía aquella voz, pero tardó unos segundos en ponerle una cara.

—Felix, ¿eres tú?

—Escúchame bien, por favor, no tengo mucho tiempo —susurró el cura.

—¿Podrías hablar más alto? Casi no te oigo.

—No, imposible —le respondió—. Ella está aquí, a mi lado.

Jan notó que se le ponía la piel de gallina.

—¿Quién está a tu lado?

—Por favor, no puedo alargarme. Voy a romper mi juramento. Está siendo la decisión más dura de mi vida, pero voy a romper el secreto de confesión. Creo que hago lo correcto y estoy dispuesto a aceptar las consecuencias. Y quiero decírtelo a ti primero, porque eres mi amigo. Tienes que saberlo. No soportaré que le haga daño a más gente.

Jan apretó el teléfono con todas sus fuerzas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, aunque sabía perfectamente la respuesta.

Pero... ¿qué demonios tenía que ver Felix Thanner con Jana?

—Sé quién es la mujer que estás buscando. Me confesó sus pecados y yo mantuve el silencio, pero ya no puedo soportarlo más. Y menos después de lo que le ha pasado a tu chica. Sé quién la secuestró. Sé quién le hizo daño, y te juro que lo siento con toda el alma. Nada de esto habría pasado si yo hubiese reaccionado antes...

—¿Quién es, Felix? Dímelo...

Jan lo oyó respirar hondo. Casi le pareció ver a Felix ante sí, sosteniendo el teléfono con manos temblorosas y buscando el modo de darle el nombre de la asesina...

—Esa mujer está como una cabra —dijo—, y es realmente peligrosa. He intentado que se entregara a las autoridades por sí misma, pero ahora he visto que no lo hará. Su corazón está lleno de odio.

—¿Pero quién es? Dime su nombre.

—Tienes que coger el coche e ir a Steinbach —susurró el cura—. La encontrarás en... —se calló de pronto. Jan oyó unos golpes quedos. Parecía que alguien estuviese golpeando una puerta. Felix gimió—. Tatjana. —Su voz apenas podía oírse—. Se llama Tatjana Harder. Ella... Pfauenhof...

En aquel momento hubo un estruendo terrible y Felix gritó.

—¡Felix! —Con el corazón en un puño Jan intentó entender lo que estaba pasando—. ¿Qué sucede, Felix? ¡Contéstame!

Pero la línea se cortó.

El número de Stark estaba ocupado, así que Jan llamó directamente a la comisaría de policía de Fahlenberg. No tenía guardado el número, de modo que tuvo que marcar cada una de las cifras y a punto estuvo de chocar con un Ford que apareció por una esquina. Pero al fin consiguió que le cogieran el teléfono.

—¡Soy Jan Forstner! Tengo que hablar inmediatamente con el comisario Stark.

Dio un volantazo, pasó junto a dos jóvenes que estaban detenidos ante un semáforo y se encontró con las ráfagas de luces de un Mercedes que le advertía que iba en contradirección.

—Lo lamento —le dijo la voz al otro lado de la línea—, pero el comisario ha salido a atender una emergencia. ¿Puedo ayudarle?

Jan no vio el embotellamiento hasta estar prácticamente empotrado en el coche de delante, pero al final logró frenar a tiempo. *Qué justo, por Dios.*

—¿Qué tipo servicio?

—Doctor Forstner, no puedo bloquear la línea —dijo el policía, impaciente—. ¿Qué es lo que desea? ¿De qué se trata?

Jan estaba a punto de contestar cuando vio la columna de humo subiendo por la torre de la iglesia. En algún lugar no muy lejano oyó las sirenas de los coches de bomberos. En aquel instante comprendió a qué se debía el embotellamiento.

En el pequeño folleto turístico de la ciudad de Fahlenberg, que era gratis y estaba expuesto en todas las tiendas de la ciudad, o casi, se hablaba de la parroquia como una de los edificios históricos más admirables y dignos de visitar. La nave principal fue construida en 1736, y ahora, doscientos cincuenta y siete años después, las llamas estaban reduciendo a cenizas aquel soberbio fragmento de historia. La cúpula central, que había sido rehabilitada hacía pocos años, ardía como si estuviese hecha de madera, y ni siquiera la lluvia había podido apaciguar el fuego, que avanzaba inclemente.

El comisario Stark corría de un lado a otro entre los bomberos, que mantenían una lucha desesperada contra las llamas con el propósito de evitar que el fuego pasara al resto de los edificios.

—¡Alto! ¡Deténgase! —gritó el policía a un enfermero que en aquel momento estaba intentando cerrar la puerta de su ambulancia—. ¿Sabe si la señora Badtke está ahí dentro?

—Sí, ¿por qué?

—Tengo que hablar con ella.

—Ahora no va a poder ser —dijo el hombre—. La pobre mujer está en estado de *shock*.

—Será solo un segundo —insistió Stark, abriéndose paso hacia él—. Es muy urgente.

—Bueno, pero la responsabilidad será suya, ¿de acuerdo? —dijo el enfermero, gritando para hacerse oír por encima del ruido y precediéndolo al interior de la ambulancia.

Edith Badtke estaba estirada en una camilla, con la mirada perdida y el rostro inexpresivo. Le habían cubierto las piernas con una manta, pero aún así parecía tener frío.

—Señora Badtke, soy el comisario Stark, jefe de la policía de Fahlenberg —dijo Stark, ofreciéndole la mano.

Cuando ella se dio cuenta de su presencia, lo miró a la cara y su inexpresividad dio paso a la desesperación.

—Ha sido... ha sido culpa mía —tartamudeó, mientras las lágrimas empezaban a caerle por las mejillas—. Tendría que haberlo ayudado, pero fui demasiado cobarde.

—Imagino que será difícil para usted, pero le agradecería enormemente que me explicara lo que ha sucedido.

Edith Badtke hizo un esfuerzo por contener las lágrimas y respiró hondo.

—Una pelea —dijo, con un hilo de voz—. Estaba con alguien. Una mujer. Se gritaban y discutían.

—¿Ha podido verla? —preguntó—. ¿Ha podido reconocerla?

Un movimiento de negación con la cabeza.

—No, sólo la he oído. Había salido a buscar un par de cosas para el padre Thanner, que por lo visto no se encontraba muy bien, y cuando regresé ella ya estaba allí: en el primer piso; frente al despacho. Y ante la puerta... bueno, es que... —cerró los ojos y respiró a toda velocidad. No podía calmarse.

—Vamos, tranquila, ya ha pasado todo... —dijo Stark, notando la fuerza con la que ella le sujetaba la mano—. Dígame, ¿qué o quién estaba en la puerta?

—Alguien la había tirado al suelo —susurró, con los ojos abiertos como platos—. Lo más probable es que le dieran una patada o algo así. Y entonces yo... he oído aquellas dos voces gritando y me he dado la vuelta para no molestar. ¿Qué podía hacer si no? No soy más que la vieja ama de llaves de la parroquia...

—Está bien, no se preocupe, lo que ha hecho ha estado bien —la tranquilizó Stark—. Nadie va a reprocharle nada.

—Pues claro que sí: ¡yo! —le respondió ella—. Yo me reprocho no haber hecho nada; lo que fuera; ¡cualquier cosa! Me he ido a llamar a la policía en lugar de proteger todo esto. He oído gritar al padre Thanner, y luego me ha sorprendido el silencio. Un silencio pesado y horrible. Y me he quedado quieta en el comedor, con el teléfono en la mano. Me he quedado paralizada de miedo. Y entonces la he oído bajar corriendo las escaleras y marcharse de aquí. Solo entonces me he atrevido a echar un vistazo. ¡Oh Dios, oh Dios mío!

La mujer empezó a llorar desconsoladamente, temblando de arriba abajo. Se le había deshecho el moño y su pelo se movía oscilante como las serpientes en la cabeza de Medusa.

El comisario le cogió las manos con las suyas.

—¿Qué ha visto? ¿Quién estaba en la puerta? Dígamelo, se lo ruego.

Una mano masculina se posó en el hombro de Stark y una fuerte voz de barítono le espetó:

—Oiga, tenemos que llevárnosla a la clínica inmediatamente.

—Sí, sí, ahora mismo —dijo Stark, zafándose de la mano sin mirarla siquiera—. Por favor, señora Badtke, es muy importante. ¿Qué es lo que ha visto?

—Fuego —dijo ella, mirándolo con expresión enajenada y aterrorizada—. ¡Estaba ardiendo! Debió de rociarlo con gasolina... la garrafa seguía junto al cuerpo... y entonces prendió toda la sala... y yo ya no he podido ver nada, ¿entiende? No he podido salvarlo... estaba ardiendo...

—¡Está bien, ya es suficiente! —dijo el barítono, con voz amenazadora, mientras volvía a poner la mano sobre Stark, solo que esta vez en el brazo y con mucha más fuerza—. ¡Haga el favor de marcharse! ¿No ve que está a punto de sufrir una conmoción?

Stark levantó el brazo que tenía libre en señal de disculpa y se incorporó. Al salir de la ambulancia y cerrar la puerta pudo oír de nuevo la voz de Edith Badtke, desesperada, gritando «¡No he podido ayudarlo! ¡Dios Todopoderoso, perdóname por haber sido tan cobarde!».

Un segundo después, la ambulancia se alejó de allí a toda velocidad.

Entonces alguien gritó su nombre y él se dio la vuelta. A pocos metros de allí estaba Jan Forstner, rodeado de los vecinos y curiosos que se habían acercado a ver qué pasaba, y estaba haciéndole señas desesperadas.

—¡Stark! ¡Oiga, Stark! ¡Ya sé quién es! ¡Sé cómo se llama!

CUARTA PARTE

AMOR VERDADERO

«*Strange what love does*».

DAVID LYNCH, *Ghost of Love*

Steinbach era un pueblecito que quedaba a menos de treinta kilómetros de Fahlenberg, justo en la frontera noroeste del país. El lugar era bastante idílico y estaba rodeado por colinas cubiertas de abetos, aunque en los días de lluvia no quedaba demasiado qué ver de ese pintoresco encanto.

A las afueras del pueblo, a orillas de una pequeña elevación, se hallaba la residencia Pfauenhof, un enorme edificio en forma de T ubicado en plena naturaleza. Se construyó a mediados de los años cincuenta y tenía muy buena fama como centro de acogida de ancianos con demencia senil y personas con graves discapacidades mentales.

Empezaba a anochecer y un frío viento del norte envolvía la lluvia que caía sobre el aparcamiento de la residencia. Jan estaba sentado en el asiento trasero de un Audi azul oscuro y miraba hacia delante: Stark y su colega Erler parecían estar recabando fuerzas para salir del coche y enfrentarse a ese edificio tan imponente. La luz del día, cada vez más mortecina, le confería un aire realmente sobrecogedor... aunque quizá la angustia no viniese provocada por el edificio en sí, sino por Jana.

Jan no paraba de moverse de un lado a otro del asiento. No habían pasado ni dos horas desde que se encontrara con la iglesia en llamas, y se topara con Stark y le contara lo que le había dicho Felix Thanner al teléfono, y el comisario ordenara buscar toda la información que tuvieran las bases de datos sobre esa tal Tatjana Harder.

Efectivamente, en Steinbach había una mujer con aquel nombre, y, según los datos a los que pudieron acceder, vivía en la residencia. Debía de ser una de las enfermeras o cuidadoras de Pfauenhof; eso explicaría su acceso a las drogas con las que durmió a Carla.

Los policías descubrieron también que la residencia disponía de cuatro Renaults Twingo para uso de su personal, que en muchas ocasiones atendía a los enfermos a domicilio. En aquel preciso momento, los cuatro automóviles estaban perfectamente alineados y aparcados en la entrada del edificio.

Todo parecía indicar, pues, que se hallaban sobre la pista adecuada, por lo que Stark decidió pedir ayuda a los servicios especiales de la policía. «Solo les aviso por si la cosa se complica», se apresuró a matizar, aunque lo cierto era que, después de todo lo que sabían ya sobre esa tal Tatjana Harder, cualquier ayuda parecía poca.

—... y cuando entienda que la hemos descubierto, pinta que será capaz de cualquier cosa... —estaba diciendo Stark en ese momento.

—Pues yo sigo estando en contra —dijo Erler, mirando a Stark y a Jan con expresión sombría.

El jefe de los servicios especiales era un hombre huesudo y alto con el pelo muy corto y una expresión siempre seria que parecía fruto de muchos años de estricta disciplina.

—Al menos podrían haber llamado para preguntar si está aquí —continuó Erler, testarudo.

—¿Y ponerla sobre aviso? —le preguntó Stark a su vez—. No, no, el doctor Forstner tiene razón. Tenemos que aprovechar nuestra ventaja, ahora que por fin la tenemos. Ella aún no sabe que conocemos su identidad, pero lo habría descubierto seguro si se hubiese enterado de que la policía preguntaba por ella. Y llamarla haciéndonos pasar por un ciudadano de a pie no habría servido de nada porque no nos habrían dado la información.

Erler no parecía tenerlas todas consigo.

—¿Y quién les hace pensar que después de haber matado a Thanner querrá volver aquí?

—¿De verdad no lo entiende? —les interrumpió Jan—. Tatjana Harder se siente segura aquí dentro. Pfauenhof es su refugio, por así decirlo. No le quepa la menor duda de que en un momento u otro volverá aquí y se comportará como si nada hubiera sucedido, para no levantar sospechas. O al menos eso es lo que creerá, porque así ha sido siempre. Lo único que no podemos saber, obviamente, es si ya está aquí o todavía no.

Erler se quedó pensativo unos instantes, y por fin asintió y dijo:

—De acuerdo entonces. Entremos y salgamos de dudas.

—No —dijo Jan—. Iré yo solo, tal como acordamos.

—Joder —le espetó Erler—. ¿Ahora resulta que trabajo a las órdenes de un psiquiatra?

—Nadie trabaja para nadie —intervino Stark, conciliador—, pero debe entender que si la mujer aún no ha vuelto y a su regreso nos encuentra a todos en el vestíbulo, habremos perdido la oportunidad de detenerla. Seguro que tiene alguna amiga ahí dentro; alguien que le pasaría la información en cuanto nos viera aparecer.

—¿Y qué les hace pensar que no pasará lo mismo si se encuentra a solas con Jan?

—Su grado de demencia, sin duda —dijo Jan—. No olvide que esa mujer está loca y sufre alucinaciones. Ella misma me dijo que yo ya había ido a visitarla varias ocasiones en sus sueños, así que ahora solo se trataría de repetir el gesto en la vida real.

»Pero lo más importante es que ella cree que yo la conozco de verdad. Que sé quién es. Por creer cree incluso que tenemos un plan común, un proyecto, aunque yo no tengo ni idea de cuál es. Y, ya puestos... no olvide que está enamorada de mí.

Stark puso una mano en el hombro de su colega y lo miró directamente a los ojos.

—Por favor, Erler, deje que lo intentemos primero a nuestro modo, tal como habíamos quedado. El doctor Forstner entra primero y encuentra el modo de salir con ella a la calle. Una vez allí, sus hombres intervienen y la detienen.

—Créame, Erler, Tatjana confiará en mí —dijo Jan—. No me hará daño y no pondremos en peligro a ningún trabajador ni colaborador de la residencia. En cambio... haga el favor de valorar los riesgos: ¿qué cree que sucedería si esa mujer se

entera de pronto de que la policía ha ido a su residencia a buscarla? Por desgracia ya hemos podido comprobar en varias ocasiones lo que sucede cuando esta mujer se siente amenazada y entre la espada y la pared.

—Erler... Esta mujer no solo es muy peligrosa, sino que además está como una regadera —insistió Stark—, y el doctor Forstner es psiquiatra. Sabe cómo tratar a este tipo de gente, ¿verdad?

Jan asintió.

—Sí, me veo perfectamente capaz de salir con ella de la residencia sin que nadie salga perjudicado. Y una vez fuera... será cosa de ustedes evitar que se escape.

Erler se recostó en el respaldo de su asiento y cerró los ojos. Tenía la boca cerrada y apretaba con fuerza sus huesudas mandíbulas. Un silencio tenso y pesado se apoderó del vehículo. Por fin, el hombre suspiró y miró a los otros dos.

—Está bien, acepto. Intente hacerlo a su manera, señor James Bond. Pero piense que si algo sale mal, si algo se tuerce aunque sea mínimamente, declinaré toda responsabilidad, ¿me ha oído? ¿Me han oído los dos?

—Alto y claro.

Erler se dirigió a Jan.

—¿Lleva el micrófono?

Jan bajó la mirada y se tocó la camisa. El esparadrapo que llevaba pegado al pecho le tensaba la piel.

—Sí, todo está en su sitio.

Erler volvió a apretar los dientes.

—Bien —dijo al fin—. Se lo repito por última vez: en cuanto tenga delante a la loca, háganoslo saber. Nosotros les esperaremos aquí fuera. Pero si ella se niega a salir, no intente hacerse el héroe. Entraremos a buscarlos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Stark miró a Jan. Él también tenía la tensión marcada en el rostro.

—¿Está listo?

—Sí, empecemos de una vez.

—No se preocupe: lo tendremos vigilado en todo momento. Oiremos lo que usted oiga. Y si se cree en peligro, si sucede algo que no le guste... Solo tiene que decir la palabra y nos tendrá ahí en un santiamén.

—Todo irá bien —le respondió Jan.

Se pasó las manos por el pelo, subió la cremallera de su chaqueta y abrió la puerta del coche.

Cuando salió a la calle se dio cuenta de que le temblaban las rodillas. Cerró la puerta a sus espaldas y cruzó el aparcamiento en pocas zancadas.

Los dos policías lo siguieron con la mirada. Por el altavoz que tenían instalado en el coche podían oír su respiración acelerada bajo la lluvia, y el roce de la ropa sobre el

micrófono.

—Tiene que volver a bajarse la maldita cremallera —dijo Stark, aunque sabía que Jan no podía oírlo—. El ruido molesta.

Erler estaba serio y concentrado, pero Stark notó su preocupación y sus nervios a flor de piel.

Cuando puso en marcha el limpiaparabrisas, ambos vieron a Jan entrando por la puerta corredera que daba al vestíbulo de la residencia.

—Vale, ya estoy dentro —oyeron susurrar a Jan, y justo después un crujido incomodísimo les taladró los oídos.

—Es la chaqueta —dijo Stark—. Ha vuelto a bajarse la cremallera.

Erler le lanzó una mirada nerviosa, y después, mirando también a las dos furgonetas que se habían colocado a ambos lados del edificio, se tocó el auricular con los dedos y dijo:

—Está dentro. Atentos.

El vestíbulo de entrada de la residencia era muy parecido al de un hotel. Su arquitectura era la propia de una época en la que la crisis y la contención económica aún no habían entrado a formar parte del diccionario de los gobiernos. El centro del *hall* había un magnífico parterre circular de vegetación verde y frondosa, y junto a los ascensores, dos enrejados cubiertos por densas plantas trepadoras. Las paredes, de color crema, estaban decoradas con obras de Franz Marc y August Macke, y a uno de los lados, un grupo de sillones de cuero y una mesa de cristal con un montón de diarios tenían como finalidad amenizar cualquier posible espera de los clientes. En la pared que quedaba detrás del mostrador de la recepción podía verse un mosaico gigantesco al más puro estilo de los años cincuenta. En él, un majestuoso pavo real con la cola bien abierta; el encargado, sin duda, de poner nombre a la residencia, dado que, en alemán, Pfauenhof significa «La finca del pavo real».

Jan se acercó al mostrador, tras el que una joven regordeta y con gafas de pasta hablaba por teléfono y miraba la pantalla del ordenador muy concentrada. Según el cartelito que llevaba en la solapa se llamaba Petra Körber. Cuando colgó, miró a Jan y le sonrió.

—Bienvenido a Pfauenhof —le dijo, y mirando compasivamente hacia la chaqueta de Jan, añadió—: Vaya por Dios, ¿aún no ha dejado de llover?

—Buenos días —dijo Jan, también con una sonrisa e intentando disimular su nerviosismo—. Me llamo Jan Forstner y me gustaría...

—¿Jan Forstner? —lo interrumpió ella, levantando tanto las cejas que le desaparecieron tras la montura de las gafas—. ¿El doctor Jan Forstner?

—Sí. —Jan hizo un esfuerzo por no poner los ojos en blanco. Ahí estaba otra vez. Alguien más que lo reconocía porque había leído el libro de Carla...

—¡Pero bueno, qué sorpresa más agradable! —le dijo ella, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Por fin puedo ponerle cara! Llevábamos tiempo preguntándonos cuándo se pasaría usted por aquí.

No, esto no tiene nada que ver con el libro.

—Perdone, pero no entiendo...

—¿Viene a ver a Tatjana, no?

Jan la miró, desconcertado.

—Así es, sí. A Tatjana Harder. ¿Cómo sabe...?

Petra Körber lo miró con condescendencia, como si acabara de decir una tontería enorme.

—Vamos, hombre, aquí lo sabemos todo. Espere un segundo, por favor.

Y antes de que Jan pudiera preguntarle a qué demonios se refería, la joven cogió el teléfono y marcó el número de una extensión.

—Hola, soy Petra, de recepción. ¿Puedes venir? Tengo aquí al doctor Forstner. —Asintió al oír lo que le decían al otro lado de la línea, y le guiñó un ojo a Jan—.

Exacto. Claro, se lo digo. —Y colgó.

Jan estaba perplejo. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué debía de haberles explicado Tatjana, movida por su locura?

Estaba a punto de formular su pregunta a la recepcionista, cuando el teléfono volvió a sonar y Petra Körber descolgó el auricular con un gesto rápido y profesional. Inmediatamente le hizo un gesto de disculpa a Jan. Era obvio que la conversación iba a durar un rato.

Jan se alejó unos pasos del mostrador y fue hacia los sillones de cuero. Incluyó la cabeza y susurró al micrófono:

—Estoy en la entrada, esperándola. En cuanto esté con ella le pediré que salgamos a dar un paseo. Lo único que me desconcierta es que, por lo visto, me estaba esperando.

Stark y Erler miraban el altavoz con expresión tensa y preocupada. Parece que funciona, pensó Stark, humedeciéndose los labios con la lengua. Habría dado lo que fuera por fumarse un pitillo en aquel momento, pero antes hizo el amago de sacar uno y la mirada reprobadora de Erler fue lo suficientemente clara como para que volviera a guardárselo en el bolsillo de la chaqueta.

Pasaron varios minutos en los que solo oyeron la respiración del psiquiatra. Entonces distinguieron la voz de una mujer.

—Hola, aquí estoy.

Sonaba algo alejada. Entonces oyeron el susurro de Jan:

—Está en el ascensor y me saluda con la mano. Camino hacia ella.

Pasos.

—Qué bien —dijo la voz femenina, ahora mucho más cerca. Jan debía de estar ya frente a ella.

—Bien —dijo Stark, frotándose las manos—. Ahora sáquela del edificio...

—¿Es usted? —empezó a decir Forstner, pero ella lo interrumpió.

—¿Sería tan amable de acompañarme? No tengo mucho tiempo. Tatjana está arriba. Le mostraré el camino.

—No, no, no —susurró Stark—. Dile que... —se calló al oír la voz de Jan.

—¿No puede ir a buscarla? Me gustaría enseñarle algo de...

—Lo lamento, doctor Forstner. Tatjana no puede salir. Pero por supuesto tiene todo el tiempo del mundo para usted —le respondió la mujer. En su tono sonaba una educada impaciencia—. Pero acompáñeme, se lo ruego. Está en el primer piso.

Ruido de pasos, seguidos de una voz metalizada: «cerrando puertas». Y apenas un segundo después, se perdió la conexión.

—¡Será idiota! —gritó Erler—. ¿En qué coño está pensando? ¿Cree que ella va a invitarlo a tomarse un café con pastas?

—Bueno, ojalá quiera ofrecerle eso y no un nuevo asesinato —respondió Stark, moviendo la cuchara en su taza—. Démosle algo de tiempo. Yo creo que el doctor Forstner sabe lo que tiene que hacer.

Por suerte dio con un paquete de caramelos de menta. Se metió un par en la boca y empezó a saborearlos mientras Erler miraba fijamente las pantallas, de las que no les llegaban más que crujidos y alguna palabra inconexa.

—El maldito ascensor bloquea la línea.

Pasaron unos segundos que a Stark se le antojaron minutos y por fin volvieron a oír la voz de Jan.

—¿... tiempo hace que Tatjana está aquí en Pfauenhof?

—Pues no sabría decírselo con exactitud —le respondió la mujer—. En cualquier caso, llegó antes que yo. Bueno, ya estamos.

—¿Es aquí? —la voz de Forstner sonó excesivamente sorprendida, y Stark y Erler

intercambiaron una mirada desconcertada.

—Sí, claro —dijo la mujer—. Esta es Tatjana. ¡Pensaba que se conocían!

—¿Esta es Tatjana?

De nuevo, la voz de Jan sonó a sorpresa absoluta.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó Erler en voz alta.

—Stark, ¿me oye? —Jan estaba hablando indudablemente hacia el micrófono—. Esto es increíble. Dígale a Erler que ya puede abortar la misión. Lo mejor que pueden hacer es venir a ver esto cuanto antes.

La habitación era pequeña y las paredes estaban pintadas con el mismo color ocre que los pasillos. Los pocos muebles que había quedaban perfectamente integrados en la austeridad del espacio. Había un armario, una mesa y una silla sobre la que se amontonaba algo de ropa. Una cama y una mesita de noche con un jarrón en el que había una única rosa roja. Sobre la cabecera de la cama, dos cuadros con marco de plástico; dos ángeles de la guarda que acompañaban a sendas jóvenes arrodilladas y rezando.

Junto a la ventana, una mujer de edad indefinida sentada en una silla de ruedas. Su cuerpo delgado y atrofiado se mantenía erguido gracias a unas correas de cuero que la sujetaban a la silla. Sus manos huesudas reposaban sobre su regazo, y sus dedos frágiles y blanquecinos hicieron pensar a Jan en un grupo de tizas. En el cuello, un cable unía la garganta a un aparato de respiración asistida que quedaba justo detrás de la silla de ruedas. Obviamente, habían tenido que practicarle una traqueotomía para permitir que su cuerpo paralizado pudiera seguir respirando, aunque aquello le impidiera completamente el ejercicio del habla.

Le vino a la mente la imagen del astrofísico inglés Stephen Hawking, solo que este, a diferencia de la mujer que tenía frente a sí, contaba con un rostro de apariencia humana. Tatjana Harder, por el contrario, tenía todo el cráneo desfigurado y calvo, con un único y grotesco mechón de pelo rubio que se abría paso entre las cicatrices, resultado, aparentemente, de un montón de quemaduras de primer y segundo grado. La mitad izquierda de su rostro parecía haber sido reconstruida con una máscara de cera, y la derecha se había visto reducida a una espantosa mueca, una semisonrisa de la que le caía un hilillo de baba que iba a parar a una servilleta adecuadamente colocada sobre su hombro.

Tatjana lo miró con su único ojo, de un azul tan claro que más bien parecía transparente.

Fue precisamente aquel ojo lo que más le impactó: la mirada de Tatjana daba a entender que entendía y reconocía perfectamente lo que estaba sucediendo.

—¿Cómo? ¿Se supone que esta es la mujer que estábamos buscando? —dijo Stark.

—Bueno, al menos responde al nombre de Tatjana Harder —le respondió Jan.

—Entonces mi equipo y yo hemos estado perdiendo el tiempo —dijo Erler, con frialdad—. Esto tendrá consecuencias, Stark, ya puede apostar a que las tendrá.

Dedicó a Jan y al comisario una mirada iracunda y salió de la habitación sin despedirse. Inmediatamente, antes de que ninguno de los dos pudiera reaccionar y decir algo, Stark desapareció en el ascensor.

—¿Podrían hacerme el favor de explicarme qué es lo que está pasando?

La enfermera, que se había presentado como Maria Ostmann, los miraba con una expresión de admiración y sorpresa a ambos.

—¿Quién les dijo que yo iba a venir? —le preguntó Jan, a su vez.

—Nadie. No sabíamos que vendría. Pero tras pasar tanto tiempo enviándole una rosa por semana y escribiéndole unas cartas tan bonitas, todas esperábamos que apareciera tarde o temprano.

Jan miró la rosa del jarrón y luego miró a Maria Ostmann.

—¿Cartas?

—Bueno, quiero decir los poemas. Todas estas composiciones que ha dedicado a Tatjana. —La enfermera abrió el cajón de la mesita de noche y sacó una caja llena de sobres—. A ella le hacía tanta ilusión recibirlos... ¡y a mis colegas también! Casi podría decirle que se peleaban para leérselas en voz alta. Y no es de extrañar: hoy en día ninguna mujer recibe poemas, a no ser que sea por alguna red social. Debe de conocer bien a Tatjana, ¿eh?

Jan tocó los sobres sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Era como si estuviera en un sueño. Con una letra prácticamente idéntica a la suya, los poemas hablaban de la belleza del mundo, el poder de la esperanza y la felicidad del amor verdadero. Eran cursis a más no poder y estaban todos firmados con las palabras «Tu Jan». El último de todos, por fin, concluía con una postdata: «Pronto estaré contigo».

—No me lo puedo creer... —Jan temblaba cuando le pasó la caja a Stark—. Ha imitado hasta la letra.

—¿Está diciendo que estas cartas no son tuyas? —preguntó Maria Ostmann, como si esperara que Jan cambiara de opinión.

—Le aseguro que no lo son.

Miró a Tatjana y vio que su único ojo parpadeaba varias veces. Estaba llorando.

—Lo siento mucho, Tatjana —le dijo, con voz suave. Luego, dirigiéndose a Stark y a la enfermera, añadió—: Creo que deberíamos seguir la conversación en otra parte.

Salieron al pasillo y Maria Ostmann cerró la puerta. Era obvio que estaba desconcertada.

—Les ruego que me expliquen qué está sucediendo, y quién ha enviado todas esas cartas a Tatjana, si no ha sido usted.

—No sabe cuánto me gustaría poder responderle —dijo Jan, suspirando.

Stark, aún con la caja llena de sobres en la mano, preguntó:

—¿Ha recibido la señora Harder la visita de una mujer últimamente?

La enfermera movió la cabeza hacia los lados.

—No, no. Nunca viene a verla nadie, excepto su tutor, el señor Gessing. Pero a él también hace tiempo que no lo vemos. Nunca ha venido una mujer. En cambio, ayer, sorprendentemente, vino también un hombre al que no habíamos visto nunca. Preguntó por Tatjana y pasó un rato con ella. No fue mucho, apenas diez minutos, y luego se fue.

Stark y Jan se miraron.

—¿Sabe si ese hombre se llamaba Felix Thanner?

—No nos dijo su nombre, aunque creo que era sacerdote. Iba vestido de negro y

llevaba el clérigan, ¿sabe usted? Pero, como le he dicho, sólo estuvo aquí un ratito. Algo muy raro.

—¿Raro por qué? —dijo Jan, arqueando una ceja.

—Bueno, reaccionó como ustedes lo han hecho. Entró en la habitación y se asustó al ver el aspecto de Tatjana —suspiró—. Eso la hirió. La dejó muy abatida. Por eso nos hemos alegrado tanto al saber que venía usted a visitarla, doctor Forstner. Justo después de la visita del sacerdote y de la angustia que eso le provocó... Yo pensé que su presencia aquí sería muy positiva y le haría volver a sonreír. Ella adora sus poemas... o de quien sea que los haya escrito.

Jan apartó la mirada y Stark preguntó:

—¿Por casualidad oyó algo de lo que Thanner habló con ella?

—No, me temo que no.

Stark se rascó la cabeza, desconcertado. Entonces miró a Jan.

—Vale, ahora ya no entiendo nada de nada. ¿Por qué diablos nos ha hecho venir aquí? ¡Esto no tiene sentido!

Jan tampoco sabía qué hacer. ¿Cómo había llegado Thanner hasta allí? ¿Por qué le había mencionado el nombre de Tatjana?

—Necesitamos su ayuda, señorita Ostmann —dijo entonces—. ¿Qué puede decirnos del pasado de Tatjana?

La enfermera reflexionó unos segundos.

—Bueno, la verdad es que no mucho. Tuvo un accidente cuando era pequeña. Uno que casi le costó la vida. Después la trajeron aquí, a Pfauenhof. De eso hace ya muchos años.

—¿Qué tipo de accidente? —quiso saber Stark.

Maria Ostmann se encogió de hombros, como disculpándose.

—Lo siento, no lo sé con exactitud. Hace ya un millón de años que pasó y no es relevante para nuestro trabajo. Creo que se quemó. Pero ¿por qué no se lo preguntan a su tutor? Me dijo que su mujer y él conocían a Tatjana desde que era niña. Si se esperan un momento les daré la dirección.

Mientras Maria Ostmann desaparecía en su despacho, Stark sacó dos caramelos de menta de su bolsillo y se los llevó a la boca.

—¿Entiende usted alguna cosa? Si Thanner conoció a esta mujer y vio sus minusvalías... ¿Por qué nos dice que ella es la loca de Jana? Es obvio que esta pobre de aquí no puede mover ni un dedo, y por tanto no puede haber cometido un asesinato.

Jan inclinó la cabeza.

—Tal vez quiso decir que la loca se hace pasar por esta mujer, ¿no? Eso explicaría que escogiera el nombre de Jana... Thanner tuvo que haber visto algún tipo de relación entre ambas mujeres... Tenemos que hablar a toda costa con el tutor de Tatjana.

—No sé qué decir... —suspiró Stark—. Toda esta historia está empezando a

ponerme de los nervios. Es como si anduviéramos realmente tras un fantasma.

—Por si le consuela... Le aseguro que Jana no es un fantasma —dijo Jan, con una sonrisa amarga.

—Está bien, está bien —farfulló Stark—. Pero tampoco es Tatjana Harder.

De regreso al ascensor pasaron frente a la habitación de Tatjana. La puerta estaba abierta y una enfermera estaba con ella. Tatjana estaba mirando por la ventana, y Jan pudo ver que temblaba ligeramente. Estaba llorando.

Volvió a pensar en la loca que se hacía llamar Jana. ¿Tenía la menor idea de todo el daño que estaba provocando? Y si así era... ¿cómo se sentía al respecto? ¿Era capaz de sentir algo por los demás? ¿Algo que no estuviese marcado por la locura?

Las palabras de Thanner resonaron en su cabeza.

¡Es muy peligrosa!

—Tenemos novedades —dijo Rutger Stark, al llegar a la casa del tutor de Tatjana.

Durante el corto trayecto hasta allí había ido hablando con sus colegas de Fahlenberg y devorado una cantidad ingente de caramelitos de menta, que, según parecía, eran los sustitutos perfectos para su dosis diaria de nicotina.

—Están analizando los restos del cuerpo de Thanner. Es una tarea difícil pues, por lo visto, él fue, por así decirlo, el origen del fuego.

Jan sintió un escalofrío al pensar en aquello.

—¿Saben si estaba vivo cuando lo quemaron?

—¡Dios, espero que no! Aunque aún no podemos decir nada al respecto: la policía científica se están encargando de todo eso ahora mismo.

—Pero usted me ha hablado de novedades, en plural. ¿Hay algo más?

—Sí. Que Mirko Davolic ha intentado suicidarse antes del interrogatorio. Por lo visto pretendía colgarse con las mangas de su camiseta, pero no le ha salido bien. Eso sí, parece que su cerebro ha estado sin oxígeno demasiados segundos y quedará algo afectado.

Jan pensó en su antiguo paciente con una mezcla de sentimientos: por una parte se alegraba al saber que Davolic iba a pagar caro el daño que le provocó a Carla, pero por otra sentía compasión: Davolic había intentado abrirse paso en un mundo que abraza a los individuos con éxito, títulos y dinero y da la espalda a pobres diablos como él. Su desesperación tenía que haber sido enorme para haber acabado prostituyéndose, y se había convertido en una marioneta de la locura de Jana sin saber de qué iba nada.

—¿Y qué me dice de Carla? ¿Ninguna novedad?

—Lo siento —dijo Stark, apesadumbrado—; seguimos sin tener ninguna pista sobre su paradero.

—Y esto... ¿cree que es buena o mala noticia?

—Por ahora yo diría que buena.

—Por favor... ¡tienen que encontrarla! Ya pasé por esto hace años, cuando mi hermano pequeño desapareció y no me veo capaz de volver a soportar algo igual.

—Le aseguro que estamos haciendo todo lo que podemos...

Jan se mordió el labio inferior y asintió. Le costaba reprimir su idea de que Carla pudiera haberse agredido a sí misma.

—Pero mire esto. Un ganadero —dijo Stark, cambiando de tema. Señaló hacia delante y leyó el cartel que presidía la entrada principal del terreno: *Rancho Gessing*.

—Podría ser importante —dijo Jan—. ¿Recuerda lo que le dije de los dibujos que me envió Jana? Uno de ellos mostraba vacas decapitadas en un campo.

—Pues veamos si aquí hay vacas, y si tienen o no cabeza.

Stark cogió el último caramelo de menta de la bolsa y bajó del coche.

Werner Gessing era un tipo alto y grande, más bien rechoncho y con las mejillas marcadas por venitas rojas. Debía de tener cincuenta y muchos años, y cuando estrechaba la mano de alguien parecía que el resto de la humanidad estuviese hecha de papel. El hombre salió a recibirlos a la entrada de su granja. Llevaba pantalones de pana y botas de goma, y no hizo el menor ademán de invitarlos a entrar para protegerse de la lluvia. Por el contrario, los retuvo en el porche de su casa, bajo las goteras, y los miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué desean?

Su voz era áspera y grave, lo suficientemente fuerte como para elevarse por encima de los mugidos y el ruido de las cadenas del establo cercano.

—Nos gustaría hablar con usted sobre Tatjana Harder.

—¿Ha muerto?

—No, ¿cómo se le ocurre pensar eso?

—Bueno, un policía y un médico... ¿Qué otra cosa puedo pensar, si no? —Se encogió de hombros y continuó—. Si quieren que les diga la verdad... Creo que sería una liberación para ella. Lo suyo no es vida, pobre.

—¿Cuánto tiempo hace que está así? —preguntó Stark.

Gessing se frotó la barbilla, pensativo.

—Ella tendría... deje que lo piense... catorce. Sí, catorce. Fue en 1991.

—¿Podría decirnos qué pasó exactamente? —volvió a preguntar Stark, sacando su libretita de notas.

—¿Y a qué viene este interés?

—Necesitamos toda la información posible sobre Tatjana y su pasado —le respondió Jan.

—Es posible que haya más personas que estén en peligro —añadió Stark.

—¿Más personas? ¿Cómo que más personas? —los oscuros ojos del granjero se entrecerraron—. ¿Ha sucedido algo?

—Sí, y no tenemos tiempo que perder. Puede tratarse de una cuestión de vida o muerte.

—¿Son ustedes de la correduría de seguros?

Stark inclinó la cabeza.

—¿De los seguros, dice?

Con expresión desconfiada, Gessing se estiró cuanto pudo para parecer más alto aún y metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—De aquello hace ya muchos años y el caso está sobreseído, para que lo sepan.

Jan alzó las manos para apaciguarlo.

—Oiga, señor Gessing. No hemos venido a traerle problemas. Nosotros sólo estamos interesados en una mujer que se hace pasar por Tatjana y que es muy peligrosa. Lo más probable es que ambas se conozcan, y sólo intentamos saber de

qué.

Era obvio que Gessing no le creía.

—¿Y de dónde se supone que ha salido esa mujer?

—No lo sabemos —respondió Jan—. Creemos que tiene o ha tenido alguna relación con Tatjana y es posible que ambas tengan algo que ver, por insólito que parezca, con vacas muertas o algo por el estilo.

Al oír aquellas palabras el rostro de Gessing se transformó. A Jan le pareció que aquello cobraba sentido para el granjero.

—¿Vacas muertas, dice?

—Sí.

Muy lentamente, el granjero sacó las manos de los bolsillos y sacó una bolsa de tabaco para inhalar. Miró hacia la derecha, hacia una colina que quedaba a unos doscientos metros de allí, y por unos segundos fue como si hubiera visto algo, pero cuando Jan miró también hacia allí no vio más que una montaña abandonada, con un único y solitario árbol.

Gessing vació un poco de rapé en el dorso de su mano y lo aspiró por la nariz. Cerró los ojos, sacudió la cabeza y luego volvió a abrirlos para mirar directamente a Jan.

—¿Y qué les lleva a pensar que puede haber alguien en peligro?

—La mujer que estamos buscando ya ha matado a dos personas —dijo Stark, cruzando una mirada con Jan. Él también parecía haberse dado cuenta de la reacción del granjero—. O, para ser más exactos, por ahora estamos seguros de que ha matado a dos personas, aunque lo más probable es que hayan sido más. Y también ha atacado a la compañera del doctor, así que... si sabe alguna cosa, este sería un buen momento para decírnoslo.

Gessing se frotó la huesuda nariz y miró atentamente las puntas de sus botas.

—¿Me juran que no son de la compañía de seguros, entonces? No quiero volver a tener problemas con ellos. Llevo demasiado tiempo trabajando como un negro para que me vengan con eso ahora.

—Le aseguro que no queremos nada de su dinero —insistió Jan—. Sólo nos interesa dar con esa mujer. Y usted sabe algo, ¿verdad?

Gessing miró hacia los establos con el ceño fruncido, y por fin meneó la cabeza:

—No sé nada directamente, pero intuyo que... De todos modos, jamás habría imaginado... —se interrumpió y volvió a mover la cabeza.

—Cuéntenoslo —le dijo Stark.

—¡Ay, no sé! Seguro que piensan que estoy mal de la azotea.

—Le aseguro que no, señor Gessing. Le aseguro que a estas alturas estamos preparados para cualquier cosa —dijo Jan—. Por favor, díganos lo que sabe. Es muy importante.

El granjero miró a uno, después al otro, y por fin admitió:

—Está bien. Se lo contaré. Pero es una historia rocambolesca, ¿me oyen? Luego

no me digan que no les he avisado. Y para que la entiendan, tengo que remontarme unos cuantos años atrás. Todo sucedió cuando yo apenas trabajaba como empleado de esta granja. El dueño era el padre de Tatjana. Walter Harder era un hombre muy complicado, créanme, muy complicado. El tipo era grande como un armario, pero su corazón habría cabido de sobras en un dedal. Ustedes ya me entienden, ¿verdad? Lo mejor era no meterse en su camino. Cuando murió en el incendio, nadie lo echó demasiado de menos.

—¿Cómo dice? ¿Murió en un incendio? —preguntó Stark.

—Sí. Hubo un escape de gas en su cocina —Gessing señaló con el dedo hacia atrás, hacia su propia casa—. Todo esto que ven es nuevo. De la antigua granja no quedó casi nada.

—Bueno, pero si hubo un escape... ¿por qué tuvo que enfrentarse a los de la compañía de seguros? ¿Y por qué sigue temiéndolos después de tantos años?

Gessing miró hacia los lados con los labios fruncidos. Estaba manteniendo una lucha interna, sin duda. Tenía que decidir entre confiar en ellos o no hacerlo. Por fin volvió a mirar a Jan.

—Esa... esa mujer... Han dicho que intentó atacar a su compañera. ¿Qué le ha hecho?

La pregunta fue tan inesperada y dolorosa como un puñetazo en la cara.

—Ella... Yo... prefiero no hablar del tema.

Gessing asintió, comprensivo, y entonces añadió, señalando la libretita de Stark.

—Guárdese eso en el bolsillo y vengan conmigo. Quiero enseñarles algo. Si quieren entender qué fue lo que provocó el incendio, tendrían que saber lo que pasó justo antes.

Dicho aquello, el granjero se abrió paso entre ambos y cruzó el patio enlodado por la lluvia. Jan y Stark lo siguieron hasta un edificio que quedaba justo detrás de los establos.

Llegaron a una habitación encalada de blanco, a cuya izquierda podían verse tres mesas de acero fino. Pese a que estaba todo muy limpio, el olor a desinfectante no había podido eliminar del todo el penetrante olor a sangre y a estiércol.

—Este matadero es lo único que no sucumbió ante las llamas —dijo Gessing—. La explosión tuvo lugar por la noche, hacia las dos, y mucha gente consideró la posibilidad de que hubiese sido provocado, aunque nadie pudo demostrarlo nunca. Tras un largo tira y afloja, la compañía de seguros acabó pagándolo todo. Walter dejó toda su herencia a su hija, pero sólo podría beneficiarse de ella al llegar a la mayoría de edad. La granja se la cedió a su cuñado, aunque este no quiso aceptarla. No quiso tener nada que ver con él, lo cual no era de extrañar, dado el modo en que Walter maltrató siempre a su hermana. Visto lo visto, yo me ofrecí para hacerme cargo de la granja, y el cuñado me propuso que me la quedara, gratis, a cambio de ocuparme de la pequeña Tatjana. Tengan en cuenta que la niña era hija de la primera esposa de Walter, que murió de cáncer cuando ella apenas era un bebé. Desde entonces me he

encargado de pagar religiosamente la mensualidad de la residencia Pfauenhof. En aquel momento me pareció que estaba haciendo un gran negocio, pero le aseguro que la cosa me está saliendo muy cara, porque Tatjana lleva muchos años necesitando grandes cantidades de medicamentos y una intensa dedicación... Aunque no me quejo, ¿eh? Me alegro de cuidar de ella. Si no fuera por mí, la pobre estaría sola...

—¿Por qué nos ha traído aquí, al matadero? —preguntó Stark—. ¿Qué tiene esto que ver con su relato?

—Bueno... —dijo Gessing, carraspeando—. Aquí sucedió algo justo el día antes del incendio, y, aun a riesgo de que me envíen directamente al manicomio, diría que sé a quién andan buscando.

Volvió a meter las manos en los bolsillos de sus pantalones y de pronto pareció muy torpe. Después, por fin, empezó su relato.

—Como ya les he dicho, Tatjana era la hija de Walter y su primera mujer —empezó a decir Gessing—. Su madre era una mujer muy amable, no demasiado guapa pero con un corazón de oro. A veces, al acabar una jornada especialmente calurosa en verano, o el último día antes de las vacaciones de Navidad, los trabajadores nos encontrábamos con una caja de cervezas para cada uno, y era obvio a quién debíamos darle las gracias. Ella pagaba las cervezas con sus ahorros, y por supuesto teníamos que evitar que él se enterara. Walter era un tacaño incapaz de soltar un penique más de lo estrictamente necesario.

»Físicamente, Tatjana se parecía mucho a su madre, rubia, alta y de piel tersa y suave, pero de manera de ser era idéntica a su padre. Era tan grosera, irascible y gruñona como él. Ninguno de nosotros la quería. ¡Esa mocosa nos trataba como si fuéramos sus esclavos!

»El trato en aquella granja era rudo y desagradable, y yo tuve la tentación de dimitir en varias ocasiones, pero Walter nos pagaba realmente bien. El sueldo era muy superior al de las granjas vecinas, siempre que los trabajadores fuéramos diligentes y responsables. El viejo gruñón sabía valorar el trabajo bien hecho, sin duda.

»Seguro que cuando su mujer murió, a finales de 1989, se quedó de lo más descansada. En los últimos meses había ido desmejorando ostensiblemente. El cáncer de intestino es muy cruel, porque suele descubrirse cuando ya está muy avanzado y no se detiene ante nada.

»Dios me libre de hablar mal de los muertos, pero yo diría que Walter tuvo algo que ver con aquella enfermedad: lo que aquella mujer se vio obligada a hacer por aquel tipo llevaría a cualquiera a la tumba, vía suicidio o enfermedad autoinducida. Lo peor de todo fue cuando a Walter se le metió en la cabeza que quería tener un hijo varón y ella no se lo daba, ¿se lo imagina? Su sueño de tener a alguien que se encargara de la granja se esfumaba cada día un poco más, y Walter empezó a volverse insoportable. En muchas ocasiones su mujer tuvo que esconderse en casa varios días para que nadie le viera la piel marcada por los golpes y las patadas que él le había propinado. Aun así, ella no lo dejó. Pertenecía a aquella generación en la que las palabras «hasta que la muerte os separe» tenían una fuerza inquebrantable.

»Evidentemente, Walter nunca le agradeció su paciencia, ni lloró por ella tras su muerte. Por el contrario, siguió con su vida como si nada hubiese cambiado.

»La pequeña Tatjana, por su parte, pasó unos días muy tristes, pero luego se olvidó de su madre con sorprendente rapidez.

»Cuando el año de luto reglamentario pasó, Walter volvió a casarse. Nadie supo decir a ciencia cierta dónde ni cómo conoció a su segunda mujer, pero el rumor era que la sacó de una residencia y le ofreció muchas comodidades. La segunda mujer resultó ser sorprendentemente similar a la primera: frágil, tranquila y bondadosa,

además de pobre como una rata de cloaca y completamente dependiente de Walter.

»Y tenía un hijo: Fred. Dos años más pequeño que Tatjana y radicalmente opuesto a ella, Fred era un niño pálido, debilucho y de pelo oscuro, extraordinariamente tímido y muy poco hablador. Yo diría que nunca oí su voz.

»El niño cambió el espíritu de Walter: lo trataba con cariño y le permitía hacer cosas que a Tatjana siempre le habían estado prohibidas. Parecía imposible que Walter pudiera sentir aprecio por otro ser humano, pero por lo visto así era. Fred tenía que trabajar en la granja, igual que Tatjana, pero si cometía un error, Walter reaccionaba con paciencia y le explicaba afectuosamente cuál era la mejor manera de enmendar el fallo. ¡Ninguno de nosotros podía creérselo!

»Tatjana se indignó con su padre, como era de esperar, y se dedicó a hacerle la vida imposible a su hermanastro. Estaba celosa, obviamente, pero Walter ni siquiera lo notó. ¡Por fin tenía a su sucesor! Pero entonces...

Gessing enmudeció. Miró hacia el otro lado del establo, y luego arrugó la frente.

—Fue a mediados de junio —continuó al fin—. Para ser más exactos, el diez de junio de 1991. Lunes. Fred cumplía diez años y Walter nos dijo a todos que iba a convertirlo en un hombre.

»Todos nos quedamos sin palabras porque nos parecía demasiado joven, y cuando Walter comprendió lo que estábamos pensando soltó una risotada y nos dijo que no hablaba de eso, sino de la matanza.

»Todos los lunes sacrificábamos alguna vaca, y la idea de Walter era que el chico se sumase a la matanza.

Gessing miró a Jan y le preguntó:

—¿Ha presenciado alguna vez la matanza de una vaca, doctor?

—No.

—Lo imaginaba. Nadie imagina el trabajazo que se esconde tras cada filete. ¿Ven esa puertecita de ahí delante?

Gessing señaló una puerta de metal que quedaba a final de la sala, junto a una reja con un montón de ganchos.

—Ahí es donde se dejan los animales descuartizados —dijo—. La sala tiene el ancho justo para una pieza colgada. Y tras esa otra puerta las vacas hacen cola a la espera de que les llegue su momento. La gente dice que esos animales son tontos, pero créame cuando le digo que saben perfectamente lo que les espera. Por eso hay que actuar con celeridad.

»El descuartizador debe actuar con firmeza y precisión, y tiene que dispararle el perno hirviendo en la frente en cuanto el animal entra en la sala, para evitar que sufra un ataque de pánico.

»Parece más fácil de lo que es. Se necesita fuerza y habilidad para utilizar la pistola de pernos y hay que acertar en el lugar exacto para evitar que el animal sufra un dolor insoportable antes de morir. En el caso de las vacas se suelen dibujar una x entre los ojos y los cuernos: el centro de la misma marca es el lugar en el que el

cráneo es más frágil. El perno atraviesa la frente y entra unos diez centímetros en el cráneo del animal, justo antes de volver a su posición inicial.

»Y esto era, ni más ni menos, lo que Walter esperaba de su hijo Fred. Cuando entró el primer animal, el granjero quiso que el niño lo disparara directamente, pero este se negó, así que le dejó limitarse a mirar.

»Todo este proceso es muy sangriento, como sin duda imaginan, y al cabo de tres o cuatro piezas estamos todos empapados en sangre. Aún recuerdo las suelas de goma del niño arrastrándose por el suelo rojo mientras su padre lo empujaba una y otra vez hacia la puerta. Pero cada vez que entraba la vaca, Fred rompía a llorar. Entonces Walter nos miraba y sonreía, pero no porque le pareciera gracioso, sino porque sentía vergüenza de su hijo. Se avergonzaba de su miedo, obviamente, y nosotros nos avergonzábamos también, pero de otras cosas y por otros motivos.

»El granjero no dejaba de repetir al niño que hiciera el favor de comportarse como un hombre y que dejara de lloriquear como una nenaza, pero este no podía parar de llorar.

»Walter acabó perdiendo la paciencia y le dio a su hijo una bofetada que lo hizo caer de espaldas sobre un charco de sangre. El pobre niño se quedó pálido en el suelo, mirándolo con los ojos como platos.

Gessing miró al suelo, angustiado, y añadió:

—Ya sé que tendríamos que haber intervenido para acabar con aquel espectáculo horrible, pero en aquel momento entró Tatjana y todo cambió de repente.

»Seguramente comprendió que aquel era el momento perfecto para mostrar a su padre de qué pasta estaba hecha, de modo que cogió uno de los aparatos, se acercó al animal que acababa de entrar y le disparó inmediatamente en la frente. Entonces tuvimos que ponernos todos a trabajar. Entre el disparo y la salida de la sangre no debe pasar más de un minuto, pues de lo contrario el flujo de sangre es excesivo y la carne queda insípida. De modo que nos pusimos a trabajar y nos olvidamos del niño, al que su padre acababa de coger por el cuello y estaba sacando de allí.

»Desaparecieron en la granja, y por el camino le oímos gritarle un montón de barbaridades, como que era una niña cobarde, un marica de mierda, un engendro al que su hermana acababa de dar una lección... En fin, ya se imaginan.

»Cuando Walter volvió, al cabo de un rato, ninguno de nosotros se atrevió a mirarlo a la cara siquiera. Nos limitamos a seguir trabajando y a rezar para que no volcara su ira sobre nosotros.

Gessing volvió a hacer una pausa y dirigió a Jan y a Stark una mirada con la que casi parecía estar pidiéndoles perdón.

—¿Qué otra cosa habríamos podido hacer? Walter nos habría despedido y no podíamos permitirnoslo.

Jan no le respondió. No acababa de entender a qué venía toda aquella historia. ¿Acaso Tatjana había manipulado la salida del gas de su cocina por venganza, y se había convertido en víctima de su propio atentado?

¿Y qué pintaba el pobre Fred en todo aquel asunto?

Gessing pareció leerle el pensamiento, porque en aquel instante añadió:

—Pero ahora viene lo más siniestro.

Sacó otro montoncito de tabaco y tuvo que aspirar varias veces antes de poder seguir hablando.

—Estábamos ya con el penúltimo animal de la tarde —dijo—. Acabábamos de entrarlo y Walter estaba apuntándolo con el aparato, cuando se abrió la puerta y entró Fred. Su expresión nos dejó a todos sin palabras. Hasta su padre se quedó tan sorprendido que no pudo ni reaccionar. El niño iba descalzo, y sus pies no tardaron en cubrirse de sangre. Se acercó a Walter, que lo miraba con la boca abierta, le arrancó el aparato de las manos y pegó un tiro certero en la frente del animal. Justo en el centro de la cruz. Como si lo hubiese hecho cientos de veces.

»El animal se desmoronó inmediatamente, pero no murió, sino que intentó incorporarse. ¿Saben? Puede ser que el disparo de un perno no mate *ipso facto*. En algunos animales, los más fuertes, sólo anestesia, y entonces el granjero tiene que coger un gancho de hierro, meterlo por el agujero que ha dejado el perno y moverlo de un lado a otro con fuerza para destrozarse el tejido craneal lo más rápido posible. Y eso fue lo que hizo el chico. Y mientras lo hacía gritaba con todas sus fuerzas, con una vocecita horriblemente infantil, que a mí —y a todos—, nos heló la sangre en las venas.

»Por aquel entonces nos considerábamos todos unos tipos duros que habíamos visto ya muchas cosas y teníamos una gran experiencia, pero en aquel momento ninguno fue capaz de acercarse al niño y hacer que se calmara. Ni siquiera Walter. Porque el niño...

Gessing tragó saliva, y la nuez de su garganta subió y bajó repetidamente. En sus ojos podía verse el recuerdo del miedo que pasó aquella tarde y la angustia que le oprimía el pecho al revivir aquellas horribles imágenes.

—Señor Gessing, ¿qué hizo el niño?, ¿qué hizo Fred? —preguntó Jan, al ver que el granjero no seguía hablando.

—No es sólo lo que hizo... —dijo Gessing, al fin, mirándolo a los ojos—. Es que, al hacerlo, llevaba puesto un vestidito de su hermana.

—¿Llevaba un vestido? —preguntó Jan, estupefacto.

Miró a Stark, que tenía la boca abierta y la mandíbula desencajada. Sus miradas se encontraron, y de pronto lo comprendieron.

Por eso no podían encontrar a Jana.

Se habían pasado todo aquel tiempo buscando a una mujer, a una loca. No a un hombre. ¡Con eso no habían contado!

—Sí —asintió Gessing—. Un vestido de tirantes con pececitos azules que le iba demasiado grande. Nunca lo olvidaré. Estaba manchado de sangre por todas partes. Fred tenía un aspecto espeluznante. Walter debía de haberle pegado una buena paliza. Pero lo peor no eran los morados ni los cortes, sino su aspecto con ese vestido. Ese

vestido...

Gessing volvió a tragar saliva e hizo una mueca, como si no le gustara su propio sabor.

—¿Comprenden ahora por qué les dije que me tomarían por loco? Al mencionar a la loca y a las vacas decapitadas, no he podido evitar pensar en lo que sucedió aquel día —dijo—. Y después de la explosión encontraron a Fred en la cima de la colina, con secuelas de la paliza, pero ileso completamente. Y seguía llevando el vestidito ensangrentado de su hermanastra.

—De modo que no se trataba de encontrar a Tatjana —alcanzó a decir Stark, tan desconcertado como si el cielo se hubiese abierto para darle un puñetazo—, sino a su hermano. ¡No me lo puedo creer!

—Y aún hay algo más —dijo Gessing—. Sucedió hace dos días, cuando volvía del establo. Había una mujer en la colina, junto a un árbol. El pelo le ondeaba al viento, cubriéndole parte de la cara, y llevaba un vestido bajo la chaqueta. La sorprendí mirando hacia la granja y me llevé un susto de muerte. Por algún motivo me vino a la mente la imagen de Fred, pero en seguida me la quité de la cabeza y me convencí de que no había sido más que una extraña casualidad. Por la colina suele pasear mucha gente... aunque no con este tiempo. Y entonces han venido ustedes con el tema, y...

Gessing dejó escapar un suspiro. Su mirada desesperada hizo pensar a Jan en la de aquellos esquizofrénicos que le aseguraban haber visto cosas que ni siquiera existían.

—Nunca he sido un gallina, se lo aseguro, pero la idea de que aquella persona de la colina no fuera una mujer me pone los pelos de punta.

Stark no dejaba de asentir con la cabeza mientras escuchaba el relato de Gessing, y Jan intentaba procesar toda aquella información.

—Ese niño, Fred... —dijo entonces—, ¿qué ha sido de él?

—Fue acogido por un sacerdote —dijo Gessing. El tío del niño. El hombre del que les hablé antes. El que me ofreció la granja a cambio de cuidar a Tatjana, porque él no quería tener nada que ver con Walter o con su familia, después de que las deudas acabaran con la vida de su hermana y su sobrino se volviera medio loco.

—¿Y cómo se llamaba ese hombre, el tío? —le preguntó Stark, más tenso que nunca.

Gessing se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—Oigan, les he contado todo esto de manera extraoficial. No estoy dispuesto a repetirlo en un juzgado o ante la policía... Y seguro que mis antiguos compañeros del matadero tampoco querrán. Walter fue el único responsable de toda esa historia. Y que muriera quemado en su propia casa fue, seguro, un castigo divino. El tipo se merecía lo peor...

—¡Díganos el nombre del tío! —insistió Stark.

Gessing tragó saliva y bajó la cabeza.

—Thanner —dijo—. Se llamaba Thanner.

—¡Por el amor de Dios! ¡De modo que Felix era el tío de ese niño! —dijo Jan—. Como tenía poco tiempo para hablar por teléfono, me dio el nombre de Tatjana, seguramente para que comprendiera los motivos del comportamiento del niño...

—No —le corrigió Gessing—. Fred no era más que un apodo. Le llamábamos así porque era huesudo y larguirucho como Fred Astaire, ¿saben? Y a él no le importaba. Pero en realidad se llamaba Felix.

—¿Cómo dice? —Stark tenía los ojos abiertos como platos—. ¿El niño se llamaba Felix Thanner?

Gessing lo miró y le dijo:

—Exacto.

Jan y Stark se quedaron mirando con la boca abierta, incapaces de articular palabra, y un pesado silencio se instaló entre los tres. A lo lejos se oía el mugido de las vacas, y en algún lugar se oía el goteo de la lluvia colándose por los agujeros del techo.

Justo en aquel momento sonó el móvil de Stark y los tres hombres dieron un respingo, asustados. Stark maldijo en voz baja y cogió el aparato. Cuando lo colgó estaba pálido como la tiza.

—Esto es cada vez peor —dijo, dirigiéndose a Jan—. Venga, tenemos que volver a Fahlenberg cuanto antes.

Cuando Jan y el comisario llegaron a la sacristía de la iglesia de San Cristóbal se encontraron con un escenario desolador. El edificio había quedado reducido a cuatro paredes ennegrecidas, y aquí y allá refulgían aún las brasas de un fuego que perseveraba pese a la lluvia. Parecían los restos de un asentamiento prehistórico.

Los bomberos tardaron bastante en tener controlada la situación, y bastante más en reducir el fuego. Ni la lluvia había podido evitar que se formaran brotes de calor continuamente, y el viento no había ayudado en absoluto a aminorar las llamas.

La zona estaba perfectamente acordonada, y en todas partes podían verse carteles de «Prohibido pasar». En uno de los lados se había apostado un grupo de policías, que en aquel momento conversaban con expresión preocupada y se tomaban cafés en vasos de cartón sin apartar la vista de la malograda sacristía.

Cuando Jan y Stark entraron en la zona acordonada, uno de los policías de la científica se les acercó inmediatamente y les ofreció unas botas de goma para asegurarse de que no contaminaran la zona con sus pisadas.

—Espero que les vayan más o menos bien. Son los únicos pares que nos quedan —dijo—. También van a necesitar unos cascos. Pídselos a los colegas de la entrada.

Las botas que le dieron a Jan eran por lo menos dos números más grandes que el suyo, lo cual no le facilitaba precisamente su paso entre los escombros, y en más de una ocasión estuvo a punto de resbalar o tropezar con alguna de aquellas piedras negruzcas y cubiertas de hollín humedecido. Pero mucho peor que la dificultad al caminar era aquel hedor que provenía del interior de la capilla e iba volviéndose cada vez más insoportable. Una mezcla terrible de olor a quemado, a productos químicos de limpieza y a podrido hacía que le resultara casi imposible respirar. No había electricidad, y a la luz de las linternas de los cascos parecía que estuvieran adentrándose en las fauces de un monstruo endemoniado y putrefacto.

—Buenos días, caballeros. Bienvenidos al inframundo. —Un tipo regordete vestido con un mono blanco los saludó desde el fondo de la sacristía. Con su casco naranja parecía *Bob, el manitas*, aquel muñeco de dibujos animados que tanto gustaba a los niños—. ¿Alguno de ustedes es el comisario Stark?

—Sí, yo —dijo Stark—. Y él es el doctor Forstner.

—Yo soy Wilke, de criminalística —dijo *Bob, el manitas*—. Vengan conmigo. Es aquí.

Lo siguieron, obedientes, por unas escaleras que conducían al piso de abajo. Allí el agua les llegaba hasta los tobillos, pero el fuego no había llegado a destrozar nada. Eso sí: las puertas estaban todas abiertas, seguramente porque los bomberos habían bajado en busca de posibles víctimas.

Jan vio a un lado una despensa con latas y botellas vacías y en el otro un trastero lleno de muebles y cajas de cartón.

—Como ven, el fuego no ha llegado hasta aquí —dijo Wilke. Luego dio unas palmadas a la pared con su mano enguantada y añadió—: estos muros son de granito de Fahlenberg. Sólidos, sólidos. Suerte hemos tenido. No creerán lo que hemos encontrado. Les aseguro que mis colegas y yo nos hemos quedado sin habla, y eso no pasa todos los días.

Mientras hablaba los precedió hasta una enorme puerta de madera que había sido forzada por los bomberos.

—Vamos, doctor —dijo Stark en voz baja—. Veamos qué es lo que nos espera...

Entraron en una sala cuadrada que medía unos cuatro metros cuadrados. Olía a piedras húmedas, a pintura y petróleo, y también a algo que Jan no logró identificar: algo dulce, como perfume o ambientador.

En el centro de la sala había una figura de tamaño natural de la Virgen María, sin cabeza, que un día debió de pertenecer a la iglesia. Estaba hecha de madera y tenía un montón de agujeros de carcoma... Y llevaba puesta una blusa roja y un chubasquero de color gris. Dos de las paredes estaban ocupadas por sendas estanterías metálicas, conseguidas seguramente hace años como oferta en algún mercadillo, y en la tercera pared había una mesa de madera que iba de lado a lado.

Aquella habitación era, pues, un taller; o al menos lo había sido en algún momento.

Jan se acercó a la mesa, movió la cabeza de un lado a otro para iluminarlo todo con la linterna de su casco y sintió un escalofrío al ver repartidos por la superficie de la madera un montón de recortes de periódico. Eran artículos sacados de la hemeroteca de Fahlenberg... y en la mayoría de ellos aparecía él, Jan.

Se trataba de noticias sobre su pasado y sobre la terrible desgracia que cayó sobre su familia cuando él apenas tenía doce años:

Tragedia familiar en Fahlenberg

Sven sigue desaparecido

¿Qué puede haber sido del pequeño Forstner, de seis años?

Y también había noticias de hacía apenas un año, cuando Jan consiguió descubrir, por fin, lo que le había pasado a su hermano.

Veintitrés años después

Se resuelve al fin el misterio del niño desaparecido

El hermano afirma: nunca dejé de buscarlo

Y, por supuesto, estaba también aquel artículo tan exagerado que escribió un mitómano empedernido pero con el que, sorprendentemente, el periódico local *Fahlenberger Boten* consiguió su record de ventas:

Por lo demás, también había recortes de los últimos meses: artículos que hacían referencia a la evolución de la nueva unidad de psiquiatría infantil de la Clínica del Bosque. Y cada vez que se mencionaba el nombre de Jan, este aparecía rodeado por un círculo rojo.

En una de las esquinas había también apilados varios escritos sobre Carla, que hacían referencia principalmente a las presentaciones y los actos públicos realizados para promocionar su libro. Eso, así como varias sinopsis de *El superviviente* y una foto en la que podía verse a Carla leyendo ante un micrófono.

Al ver aquella foto, Jan sintió como si alguien le hubiera puesto una bolsa con hielo en el cogote. La cara de Carla estaba tachada con *boli* negro y en el pie de la foto se veía escrita la palabra «puta».

—Eche un vistazo a esto —dijo Stark, detrás de él.

Jan se dio la vuelta y vio lo que escondía la cuarta pared, aquella en la que estaba la puerta: infinidad de dibujos infantiles y temblorosos colgados desde el techo hasta el suelo y ocupando cada milímetro de la pared. Y en todos ellos, vacas pastando, decapitadas, con todas las cabezas apiladas a un lado; y dibujos del matadero, sin lugar a dudas el mismo en el que habían estado, con la palabra «infierno» escrita en letras rojas justo encima. Y algún dibujo de un horno en llamas y de alguna explosión.

Y dibujos de un hombre sonriendo, grande, brillante, con halo de santo y ojos muy grandes, bajo el nombre de Jan escrito en mayúsculas. Y en uno de ellos las palabras «mi adorado salvador».

Pero lo que más impactó a Jan fue un dibujo en el que aparecía una niña rubia, de pie sobre un niño decapitado. Lo más probable es que se tratara de Felix. La niña sostenía su cabeza en el aire, como Bertran de Born en la ilustración de Doré para el *Inferno* de Dante.

—Lo mejor es esto de aquí —dijo Wilke, señalando la estantería—. Hay que estar muy enfermo para coleccionar esto.

Jan y Stark se acercaron al lugar que señalaba el policía de criminalística.

—¡Por Dios! —exclamó Stark, angustiado, mientras Jan daba un paso atrás por la impresión.

En el estante del medio había tres pares de pechos femeninos, perfectamente colocados y ordenados.

—No se asusten, no son de verdad —dijo Wilke—. Pero son unas imitaciones buenísimas, ¿eh? Se pueden pedir *online*. Están en todas las tallas. Y esto de aquí, también.

Levantó una caja con ambas manos. En dos de los lados podía leerse la palabra *FemSkin*. Ante la mirada de curiosidad que le dedicaron ambos hombres, explicó:

—Es un vestido de silicona. Representa el cuerpo de una mujer desnuda, e

incluye cara, pechos y vagina. En el estante de arriba están el correspondiente perfume y el maquillaje. Con este vestido y sus complementos... no lo habría reconocido ni su propia madre.

Con el corazón en un puño, Jan iluminó la parte superior de la estantería y descubrió un montón de productos de cosmética, ropa de mujer (faldas y blusas) y dos cabezas de maniquí, de madera, cubiertas con sendas pelucas rubias, tan aparentemente reales como los pechos del estante inferior.

—Los colegas estaban preocupados porque pensaban que el fetichista de pechos había podido dedicarse a cortar el pelo a las rubias, pero al final ha resultado que se trataba de pelo falso. ¡Ah! Y también hemos encontrado un portátil destrozado a martillazos. El de Nowak, seguramente. Eso explicaría por qué no quiso librarse de él. De todos modos, vamos a intentar ver si podemos salvar algún dato del disco duro.

Stark se inclinó para llegar al estante inferior y estiró una carpeta muy grande que le señaló Wilke. Tenía mojada la mitad inferior y estaba algo hinchada por el agua.

—¿Qué es esto? —preguntó Jan.

—Otra colección de artículos —murmuró Stark, mientras separaba las páginas con mucho cuidado. Después suspiró y añadió—: tal como habíamos imaginado, los Harder y Volker Nowak no han sido sus únicas víctimas.

Stark le pasó la carpeta a Jan. Contenía infinidad de artículos sobre el asesinato de un empresario de Ulm llamado Matthias Lassek. La policía andaba tras la pista de una misteriosa mujer, pero, al menos hasta la fecha del último artículo, no habían logrado dar con ella.

También había muchos artículos sobre la vida de Matthias Lassek. Por lo visto había invertido gran cantidad de tiempo y esfuerzos en varios proyectos a favor de la infancia, como orfanatos y comedores para menores.

Jan se preguntó si encontrarían también dibujos de trazo infantil en los que aparecieran vacas y prados y algún retrato de Lassek bajo el título de *Mi adorado salvador*.

Aunque lo más probable es que tú misma hubieras destruido los dibujos, ¿verdad, Jana? Al fin y al cabo sólo puede haber un salvador...

—Oiga... —dijo Stark, frotándose la barbilla como si no supiera cómo continuar la frase. Era obvio que estaba intentando contextualizar todo aquello, darle un sentido, y que le estaba costando horrores—. Yo no conocía a ese cura y sólo lo oí hablar en el funeral de Heinz Kröger, pero... ¿Usted me dijo que habló por teléfono con una mujer, no?

—¿Lo dice por la voz?

Stark asintió.

—¿De verdad cree que un hombre puede forzar tanto su voz?

Jan pensó en el tono de voz de Jana. La verdad es que parecía la voz de una fumadora y tenía un punto infantil... Ahora que lo pensaba, la verdad es que cada vez que la había oído le había llamado la atención y le había parecido impostada. Y Felix

Thanner, por su parte, tenía una voz muy juvenil que se adecuaba perfectamente a su frágil aspecto. Con algo de práctica —y seguro que con los años podía haber ido adquiriéndola— seguro que no le habría costado falsear su tono hasta hacerlo pasar por el de una mujer fumadora. Al fin y al cabo, eso es lo que hacen la mayoría de los travestis y resultan de lo más convincentes. Sea como fuere, el asunto de la voz le parecía lo menos importante en aquel momento.

—Parece que nos ha engañado a todos... —dijo, encogiéndose de hombros.

—No sé cómo lo lleva usted, doctor —dijo Stark, sacando un cigarrillo de su chaqueta—, pero yo no aguanto aquí abajo ni un segundo más. ¡Necesito respirar aire puro!

Y sin esperar respuesta, el policía salió de la habitación y subió las escaleras. Mientras lo oía alejarse, Jan pudo distinguir también el sonido de un mechero encendiéndose.

Stark llevó a Jan a casa. Ya era tarde cuando entraron en la autopista. Había dejado de llover y el ambiente era fresco y agradable.

Durante el camino apenas intercambiaron palabra. Ambos iban sumidos en sus pensamientos, intentando asimilar lo que habían descubierto y ordenar toda aquella información. Stark fue el primero en recuperar la palabra, justo cuando estaba acompañando a Jan hasta la puerta de su casa.

—Bien, doctor Forstner, usted es el psiquiatra. ¿Podría explicarme qué demonios acabamos de ver? ¿Qué le pasaba a ese tal Thanner? ¿Era algo así como un psicópata travesti, o qué?

Jan se detuvo unos segundos y se pasó la mano por la cara. Estaba agotado, pero su mente no dejaba de pensar en Thanner y en Tatjana.

—No, no era un travesti —dijo—. Yo diría que estamos más bien ante un caso de doble personalidad. Todo el montaje del sótano no sería más que un modo de conseguir una presencia «real» para su segunda personalidad.

Stark lo miró sin comprender.

—¿Pero no me había dicho que eso no era posible?

—No, le dije que se trataba de un tema muy complejo y que los especialistas no se ponían de acuerdo. Pero después de lo que hemos visto ahí abajo y de lo que nos ha contado Gessing... creo que tengo claro el caso de Felix Thanner. No es más que una teoría, por supuesto, pero no me quedan demasiadas dudas al respecto, la verdad.

—A ver, cuénteme —dijo Stark cogiendo un cigarrillo—. Me muero de ganas de que me ponga al corriente de su teoría.

—Creo que lo que sucedió en el matadero fue el detonante de la escisión de personalidad de Thanner —empezó a decir Jan—. Sufrió una especie de trauma. No sabemos nada de los años que pasó antes de llegar a la granja. No conocemos a su padre biológico ni sabemos de dónde provenía. Lo más probable es que creciera solo en compañía de su madre y que echara de menos una figura paterna. Algo que por fin encontró en Walter Harder. Por mucho que Gessing nos lo describiera como un tipo rudo y neurótico, seguramente Harder se convirtió en una persona muy especial para Felix, sobre todo desde el momento en que lo aceptó y trató como a su propio hijo.

»Pero entonces vino el problema. Felix decepcionó a aquel hombre y amenazaba con caer en desgracia. Él era demasiado sensible para cambiar nada, mientras que Tatjana lo habría hecho sin pensárselo dos veces, así que... usurpó brevemente su personalidad. Se decidió a actuar como lo habría hecho ella, y descubrió que de ese modo podía hacer cosas a las que Felix jamás se habría atrevido. Mató a la vaca y se cargó a su familia en la misma noche.

Stark lo miró con el ceño fruncido, dio una intensa calada a su cigarrillo y movió la cabeza:

—Pero... no lo entiendo. Suponiendo que estuviera usted en lo cierto... ¿por qué

querría matar a su padrastro, al que tanto quería y a quien no quería decepcionar?

—Porque no fue Felix el que manipuló la salida del gas, sino Tatjana. O mejor dicho, su segundo yo, que se comportaba como su hermanastra. Y es que Tatjana estaba muerta de celos, ¿recuerda que nos lo dijo Gessing? Parece que Felix se metió de lleno en la personalidad de ella.

—¿Está diciendo que desarrolló dos personalidades independientes y empezó a comportarse e incluso a pensar como dos personas diferentes?

—Bueno, es posible que en algún momento se le superpusieran o solaparan —respondió Jan—. En cualquier caso debemos tener en cuenta que no se trataba realmente de la personalidad de su hermana, sino de la interpretación inconsciente que él hacía de la personalidad de ella. Pero en rasgos generales podríamos decir que pasó a tener dos personalidades diferenciadas, sí.

Stark exhaló el humo de su cigarrillo ruidosamente.

—Espero que me disculpe, pero... Me parece que eso es algo imposible.

—Mire —dijo Jan—; una disociación de este tipo no es más que una alteración del ego, que hace que el ello (en terminología freudiana) gane presencia en determinadas situaciones. ¿Ha visto *El exorcista*?

—No me gustan las películas de terror —dijo Stark—. Mi rutina ya es lo suficientemente sangrienta. Sobre todo en los últimos días.

—Lo entiendo —asintió Jan—. El caso es que en esa película hay una escena en la que la madre de la niña poseída dice que no reconoce al ser que se halla en la cama de su hija. Y eso es porque intuye la presencia de una personalidad disociativa. Antes de que supiéramos de la existencia de este tipo de trastornos, los hombres creíamos en posesiones demoníacas y seres malignos y desconocidos que podían apoderarse de cuerpos y mentes ajenos. En esos casos, efectivamente, se sufría una pérdida de consciencia y un auge de la actividad subconsciente, que llevaba al afectado a actuar sin pudor ni límite alguno, sin remordimientos, y por tanto con una terrible tendencia a la agresividad. Lo que se exterioriza parece que no concuerda con el individuo al que uno creía conocer.

Una vez más, Stark frunció el ceño.

—¿Y cómo debo entender esto, en nuestro caso?

—En nuestro caso —dijo Jan— debemos entender que el sensible y apocado Felix desaparecía cada vez que no se sentía preparado para afrontar una situación determinada, y daba paso a la impulsiva y radical Tatjana. Como ella no tenía escrúpulos, lo ayudaba siempre a lidiar con sus miedos y su timidez.

Stark lanzó al suelo la colilla de su cigarrillo, que, cual luciérnaga roja, dibujó una parábola perfecta hasta caer sobre el húmedo suelo pavimentado.

—Así pues, ¿sabría usted decir qué le pasaba?

—Eso creo, sí —asintió Jan—. Aunque en cualquier caso sus personalidades harán lo posible por evitar todo tipo de confrontación interna. Seguro que Felix sentía pavor ante la dominante y agresiva Tatjana, y seguro que ella se avergonzaba o

directamente odiaba la timidez y sensiblería de él. Y, sin embargo, no podían vivir el uno sin el otro.

—¿Y por qué no?

—Obvio —respondió Jan—. Tatjana necesitaba un cuerpo en el que materializarse, y Felix necesitaba a alguien a quien echar la culpa del asesinato de su padrastro. De no ser así habría tenido que considerarse —y declararse— culpable él mismo, y en mi opinión habría acabado rompiéndose y sucumbiendo bajo el peso de aquella acusación. A partir de aquel momento, pues, ambos convivieron en una especie de silenciosa simbiosis.

—¿Está sugiriendo que estas dos personalidades convivían como ese matrimonio de ancianos que salía en la novela de Simenon? ¿Esos del gato, que se odiaban a muerte pero no podían separarse?

—Algo por el estilo, sí —dijo Jan, sorprendido. Habría jurado que Stark era más de leer a Chandler que a Simenon.

El policía respiró hondo y asintió, pensativo.

—¿Por qué cree que decidió hacerse sacerdote? ¿Quizá porque su segundo yo le hacía imposible mantener cualquier tipo de relación?

—Tiene mucho sentido —admitió Jan—. Parece lógico pensar que Tatjana no iba a oponerse a una relación con Dios. Además, aquí hay que añadir el aspecto espiritual: al fin y al cabo, ella misma era alguien en quien había que creer. Y no olvidemos al tío junto al que creció Thanner, y que también era sacerdote.

Con expresión ausente, Stark fue apartando con un dedo las gotas de lluvia de la barandilla de la escalera, y luego se quedó mirándolo como si nunca antes hubiese visto el agua.

—¿Pero qué me dice de su verdadera hermanastra? —preguntó—. Él tenía que saber que había sobrevivido.

—Seguro que lo sabía, pero su trastorno de personalidad lo llevó a enterrar este detalle —le contestó Jan—, y sólo se atrevió a desenterrarlo cuando se vio completamente acorralado. Fue entonces cuando nos condujo hasta ella. La culpabilizaba de la muerte de sus padres y de Nowak, y quiso que nosotros lo supiéramos. Pero en su visita a la residencia, la Tatjana imaginaria volvió a aparecer y se enfrentó a lo que había hecho Thanner: lo obligó a acompañarla hasta el sótano y a recordar por qué había aparecido y por qué debía seguir existiendo. Quiso hacerle ver que no podía vivir sin ella y que no podía traicionarla.

Una vez más, Stark sacudió la cabeza. Era evidente que todo aquello le resultaba muy difícil de entender.

—Con todos mis respetos... —suspiró— a mí me parece que su teoría tiene un fallo, y es que... si lo que supone es cierto, ¿cómo es posible que nadie, nadie, haya notado nada extraño en Thanner durante todos estos años?

—Bueno —le contestó Jan—, Felix era un tipo cerrado y tímido que a muchos les resultaba algo peculiar. Yo mismo pensaba que era demasiado reservado, pero,

supongo que como la mayoría de los que le conocían, no me detuve a pensar en él. Además, las enfermedades mentales no tienen por qué ser perceptibles para los demás. No todos los locos deambulan semidesnudos por la calle o insultan a la gente o recitan versos bíblicos, usted ya me entiende. Tatjana se mantuvo a la sombra. Sus apariciones eran muy esporádicas y se quedaban circunscritas en el propio sótano o en visitas al cementerio.

—¿Y por qué cree que iba al cementerio, doctor? Esto tampoco acabo de entenderlo...

—Bueno, una vez más no puedo sino hacer conjeturas. De noche, el cementerio podía ser un lugar en el que Jana se sintiera a gusto y nada observada. Por lo que me dijo, estaba harta de su encierro en el sótano. Quería salir al mundo real. Pero no podía mostrarse a nadie, por supuesto. Quién sabe, quizá hubiera algún otro sitio especial en el que se sintiera libre. Sea como fuere, ya nunca lo sabremos. Aunque, por otra parte, sí que llamó la atención de alguien: de Volker Nowak. Él la descubrió y ella se encargó de callarlo.

En aquel momento oyeron correr a alguien por la calle. Jan se llevó un susto de muerte al ver a aquella joven rubia que llevaba un chándal con capucha y hacía unos días había creído que era Jana.

Se frotó los ojos y la siguió con la mirada: era una joven normal y corriente. Sus sentidos habían vuelto a jugarle una mala pasada. Tendría que volver a acostumbrarse a vivir sin miedo. A librarse de la paranoia en la que Jana lo había sumido.

—¿Pero por qué se suicidó Thanner? —dijo Stark, rescatándolo de sus pensamientos.

—No se suicidó. Lo mató Tatjana —le matizó Jan—. Felix me dijo que había intentado convencerla para que se entregara. Obviamente estaba hablando de una conversación interior, de una lucha interna, pero en su mente enferma la conversación era realmente con otra persona. Tatjana había vuelto a matar y eso fue la gota que colmó el vaso. Estaba exhausto. No podía más. Sabía que si acudía a la consulta de un psicólogo acabaría con Tatjana —o en el peor de los casos, si ella se resistía, acabarían ambos encerrados para siempre en un centro psiquiátrico—. Pero por lo visto ella no estuvo de acuerdo con ninguna de las dos opciones, y decidió que si Thanner acababa con ella, ella acabaría también con él. Y para asegurarse de que no sobrevivían, optó por quemarle todo el cuerpo.

Stark se subió el cuello del abrigo y miró a Jan con los ojos como platos:

—De verdad, doctor —dijo—. ¿Había oído alguna vez algo semejante?

—No —dijo Jan—. Un hombre sabio dijo en una ocasión: «la vida es mucho más extraña de lo que puede imaginar la mente humana». Y no hay duda de que estaba en lo cierto.

—¿Y quién era ese hombre? ¿Freud?

—No, Arthur Conan Doyle. ¿No ha leído Sherlock Holmes?

—¡Por supuesto que sí! —dijo Stark, con una sonrisa—. Él fue el culpable de mi

vocación policial. Bueno, sea como sea, el caso es que ya ha acabado todo.

—No estoy tan seguro de eso —dijo Jan, mirándose los zapatos. La humedad había dejado unas marcas redondas sobre el cuero—. Aún hay algo que no me cuadra... Jana me habló varias veces de un plan, pero hasta ahora no he logrado comprender de qué se trata.

Stark lo miró desconcertado.

—¿Cómo dice?

—Creo que tenía algo pensado. Quizá no pudo llevarlo a cabo antes de morir, pero... —Jan levantó la cabeza y miró al policía a los ojos—. Mire, Stark, llevo rato intentando reprimir mi angustia, pero no dejo de pensar que el plan de Jana podría tener algo que ver con la desaparición de Carla. ¿Por qué, si no, seguimos sin tener la menor idea de su paradero? Si la hubiera... —No fue capaz de acabar la frase—. Si a Carla le hubiese pasado algo sus colegas ya la habrían encontrado, ¿verdad?

Stark puso una mano sobre el hombro de Jan y lo miró amistosamente con la intención de reconfortarlo, aunque sin demasiado éxito. Estaba claro que él también había pensado lo mismo.

—Doctor Forstner, estamos haciendo cuanto está en nuestras manos para... dar con el paradero de la señorita Weller. Pero ahora tiene que descansar. Ha sido un día interminable... Y seguro que mañana tenemos noticias.

Y dicho aquello se dio la vuelta, se llevó a la boca el último Winston de la cajetilla y empezó a alejarse de allí.

—¿Stark? —dijo Jan al cabo de unos segundos.

El policía lo miró mientras buscaba el mechero en sus bolsillos.

—Gracias por haberme creído desde el primer momento —dijo Jan.

—No, no, soy yo quien le da las gracias —dijo Stark—, aunque su maldita teoría va a provocarme alguna que otra pesadilla, me temo.

El policía dejó escapar por su boca una nube de humo azulado y se metió en su coche.

Jan lo vio alejarse de allí, entró en su casa, cerró la puerta y se frotó las sienes. Estaba agotado y le dolía mucho la cabeza. Los acontecimientos de las últimas horas y la preocupación por Carla habían consumido toda su energía. Stark tenía razón: necesitaba dormir unas horas. En realidad no podía hacer nada más.

Miró el teléfono y se preguntó cuándo llamaría Carla, aunque sólo fuera para decirle que no quería volver con él y que la relación se había acabado. Necesitaba oír su voz, saber que estaba bien. Saber que estaba viva.

Justo en ese momento llamaron al timbre y Jan creyó que iba a desmayarse del susto. Parecía que Stark se había olvidado de algo. ¿O sería Carla?

Abrió la puerta. El puñetazo fue tan inesperado que no pudo esquivarlo. Dio unos pasos hacia atrás, empujado por la fuerza del golpe, y antes de entender lo que pasaba vio a su atacante abalanzándose sobre él.

«¡La chica del chándal!», pensó, mientras reconocía la mueca de locura en la cara

de Felix Thanner. Y entonces sintió un pinchazo en el cuello.

Quiso resistirse pero ya era demasiado tarde. Una sensación de calor empezó a recorrerle el cuello y los hombros y el mundo se volvió borroso.

—Lo siento, mi vida —oyó decir a una voz femenina—, pero a veces hay que obligar a la gente a ser feliz.

Desconcierto.

Ruidos.

Agua corriendo en algún lugar.

Una melodía electrónica.

Un pitido.

Y entonces una voz metálica y lejana, como si estuviera enlatada.

—Hola, doctor Forstner.

Un pensamiento vago. *Conozco esta voz.*

—Al habla el comisario Stark.

Suena tan queda... Resuena como si fuera yo quien estuviera metido en una lata.

Aquella idea lo asustó y lo devolvió a la plena consciencia. Abrió los ojos. Al principio no vio más que siluetas, como si estuviera bajo el agua, pero poco a poco todo fue cobrando nitidez.

Una mesa.

Un candelabro.

Reconocía ese candelabro. Sí, lo había comprado el año pasado en el mercadillo de Navidad. Con Carla. Ella dijo que era mono. «Mono», un eufemismo para dar a entender cursi o anticuado. «Es tan cursi que hasta me gusta», dijo. Y por eso lo compraron. Regateó un poco y lo compró cinco euros más barato. Ahora tenía cinco velas encendidas.

¿Qué había pasado?

La voz enlatada continuó hablando:

—Escuche, doctor —dijo Stark, y Jan comprendió al fin que el policía estaba hablando con su contestador automático—, supongo que estará durmiendo, pero le ruego que me llame en cuanto oiga este mensaje, ¿de acuerdo? Tenemos novedades respecto a Felix Thanner. Nada bueno. Me han llamado del tribunal forense para decirme que han analizado el cuerpo carbonizado de la sacristía y lo han identificado. El muerto es Heinz Kröger. Por lo visto, Thanner robó el cadáver antes del funeral y el entierro. Mis colegas están intentando identificar qué o a quién puso entonces en su lugar.

¿Pero de qué demonios está hablando?

—No baje la guardia, doctor, ¿me oye? Felix Thanner sigue vivo, así que cierre bien la puerta de su casa. No creo que ese loco se atreva a ir a visitarlo, pero por si acaso... Manténgase muy alerta. Por supuesto, hemos desplegado un exhaustivo dispositivo de búsqueda y estoy seguro de que no tardaremos en localizarlo. En cualquier caso, si no responde a mi llamada en las próximas horas, yo...

Ya no quedaba espacio en la cinta del contestador. Un clic y el sonido de la línea comunicando. El mensaje había quedado grabado.

Jan tragó saliva. Tenía la boca seca y adormecida, como si arrastrara una terrible

resaca. Se dio cuenta de que estaba sentado en una silla de su comedor. Al otro lado de la ventana reinaba la oscuridad. No tenía ni idea del tiempo que había pasado.

Le lloraban los ojos por el tranquilizante que le habían inyectado, pero cuando quiso frotárselos se dio cuenta de que no podía mover los brazos. Ni las piernas.

A sus espaldas oyó ruido en el baño. Le llegó el olor a gel de ducha y no pudo evitar pensar en lo que ponía en el bote: «Refrescante y revitalizante. Para sentirse como nuevo».

«¿Como nuevo?», pensó, mientras comprendía quién estaba saliendo de su ducha. No, más bien cómo salido de entre los muertos.

Intentó moverse por todos los medios, hasta que entendió que estaba atado a la silla con cinta aislante. Como la que tenía en un cajón de la cocina. Quizá hasta fuera la suya.

La información le llegaba lentamente a la conciencia. Fuera lo que fuera lo que le inyectó Thanner, estaba claro que tardaría un rato en devolverlo plenamente a la normalidad.

—Hola cariño —dijo una alegre voz femenina detrás de él—, qué bien, ya estás despierto.

Jan oyó el sonido de unos pies descalzos sobre las baldosas del suelo, notó un beso en la mejilla y por fin vio a Felix Thanner frente a él.

No, se corrigió, no era Thanner. Era Tatjana. Estaba en el cuerpo de Felix, pero obviamente se trataba del alma de Tatjana. ¿O debería decir de Jana?

Llevaba una toalla enroscada en la cabeza a modo de turbante, y de él caían algunos mechones rubios de su peluca. Se había puesto una de sus camisas blancas. Los tres botones superiores estaban desabrochados, de modo que sus pechos falsos de látex quedaban casi al descubierto.

Bob, el manitas no se había dado cuenta de que faltaban cosas en el sótano.

Lo que sí hizo bien fue suponer que ni la propia madre de Thanner lo habría reconocido. De Felix sólo quedaban los ojos, y eso que en ellos también se veían diferencias. El modo en que lo miraban, el brillo que los iluminaba, era indiscutiblemente femenino, pero no a la manera alocada de los afeminados, sino de un modo tranquilo, esencial, sincero. La gestualidad de aquella persona era verdadera, y no se correspondía con la de Felix Thanner.

—¿Te encuentras bien, mi vida? ¿Quieres un vaso de agua?

Su voz también sonaba sorprendentemente real. Se quitó la toalla, se secó el pelo artificial y le sonrió.

De modo que esta era Jana. Una mujer que en realidad no existía. Un ser imaginario que ideó el modo de volverse real. Un fantasma en el cuerpo de un ser humano, al que utilizaba igual que el rayo de luz se sirve del humo para ser visto.

Esta era Jana. La mujer enferma de amor, preocupada, entregada a con absoluta determinación a su «amado caballero», en cuya existencia cree sin dudar.

Jan señaló la cinta aislante con la barbilla.

—Por favor, desátame.

—Me encantaría —dijo ella, suspirando—, pero me temo que no sería buena idea. Como te dije hace un rato, a veces hay que obligar a la gente a ser feliz, ¿lo recuerdas? Claro que sí, seguro que te acuerdas. Te he puesto una dosis muy pequeña y no has estado inconsciente demasiado rato.

—¿Qué...? —Jan se pasó la lengua por los labios. La sentía hinchada, como rugosa. ¿Qué me has dado?

Ella dejó escapar una risita.

—Nada por lo que debas preocuparte. Los feligreses del centro de rehabilitación a los que atendía Felix me han dicho que es absolutamente inofensivo y que no crea dependencia.

Jan lanzó un gemido y echó la cabeza hacia atrás. Claro, como sacerdote Felix Thanner podía entrar y salir libremente de la clínica, y así fue como Jana accedió a los medicamentos o la droga que le había suministrado.

Ella lo observaba con expresión sorprendida.

—¿Por qué me miras así? ¿Acaso no te alegras de verme? Por fin nos encontramos en el mundo real, y es maravilloso, Jan. Solos tú y yo.

—¿Y qué hay de Felix?

—¿Felix? —lo miró como si no lo entendiera—. Felix ha muerto, ya lo sabes.

—No, no es verdad —la contradijo.

Tenía que intentar llegar hasta él. Tenía que recuperar a Felix. Era el único modo de reducir a aquel ser dividido y hacerlo entrar en razón. Felix tenía que volver a recuperar el control. Y Jan tenía que convencer a Jana de que no había muerto. Aunque sabía el riesgo que corría: si no medía sus palabras, podía hacer que todo se fuera al garete.

—Vamos, tontorrón, ¿qué te pasa? —le dijo ella con una sonrisa que pretendía ser seductora—. De verdad, ya no debes tener miedo. Te dije que yo me ocuparía de todo; que haría cuanto estuviera en mis manos para poder llevar a cabo nuestro plan. Y el idiota de Felix nos ha ayudado mucho.

—No, ya has oído lo que ha dicho el policía. —Jan vocalizó todo lo que pudo, dado su estado—. Felix sigue vivo. El cuerpo que se quemó en la sacristía no era el suyo. Felix está de pie delante de mí y va vestido de mujer. ¡Tú eres Felix!

—Por el amor de... —dijo ella, sacudiendo la cabeza—, ¿pero qué tonterías dices? ¿Quieres hacerme daño? ¿Te has cansado de mí? Te aconsejo que pienses bien tu respuesta...

En sus ojos apareció el brillo de una amenaza: la de que estaba dispuesta a matar sin el menor escrúpulo.

Jan tragó saliva. Le dolía el cuello. Tenía la garganta reseca y su voz sonaba áspera y hueca.

—Sólo quiero que estés bien, que recuperes la cordura. Mírate...

—¿Qué te parece mi laca de uñas? —dijo ella, sonriendo de nuevo y poniendo

una mano frente a la cara de Jan.

Él miró aquellos dedos alargados y su perfecta manicura.

—¿Un color demasiado oscuro para mis ojos?

—No es tu laca de uñas —insistió Jan—. ¡Es la de Carla! Todo lo que hay en mi lavabo es de Carla. Tú te has colado aquí sin permiso. En mi casa. En mi vida. ¡Y tú eres Felix! ¿Lo entiendes?

—No —le respondió ella, sin alzar la voz—. No lo entiendo. No entiendo por qué estás tan distante. En el otro mundo no eras así. Allí me dijiste que me amabas y que me rescatarías.

—No —gimió Jan. Le dolía la cabeza, y cerró los ojos—. Yo no dije nada de eso. Fuiste tú quien...

—¡Sí que lo dijiste! —le interrumpió ella, con la mirada de una niña testaruda que está convencida de tener la razón—. Dijiste que este mundo te parecía tan malo como me lo parece a mí. Demasiado hipócrita e impuro. Dijiste que solo nuestro amor era puro. Lo dijiste con estas mismas palabras.

—¡Lo dije en tu mundo imaginario! ¡Tú inventaste mis palabras!

—¡Que no! —gritó ella, dando una patada al suelo con su pie desnudo—. ¿Qué te va a ofrecer a ti esa Carla, eh? Su cuerpo estará marchito en pocos años. En cuanto esté segura de que te tiene se volverá gorda y pesada, y te atiborrrará de comida para que tú también te vuelvas gordo y pesado. Y te seducirá para que no te des cuenta. Caerá sobre ti como un animal en celo y retozaréis y os tocaréis de un modo asqueroso. Jadeos, sudor, flujos, olor, suspiros y gritos incontrolados... Os quedaréis sin aliento, y, al acabar... Nada. Eso es lo que ella quiere: ¡lo mismo que quiere todo el mundo! Joder, mentir y jadear. ¡Carla no tiene ni idea de lo que es el amor!

—Tu personaje imaginario está celoso, Felix —dijo Jan, con toda la calma que pudo.

Intentó mantener contacto visual con Jana, pero le fue imposible: ella movía la cabeza de un lado a otro y evitaba mirarlo a él.

—Jana no es real —continuó—. No tiene cuerpo, y por eso rechaza todo contacto carnal. Pero tú, Felix... tú podrías tener una vida normal. Una vida sin sufrimiento ni culpabilidad. Una vida compartida con una mujer que te quisiera. Lo que hiciste cuando eras niño no fue más que la reacción de un menor de edad maltratado. Cualquier juez lo entenderá. Deja que te ayude. Al fin y al cabo eso era lo que buscabas, ¿no, Felix? Buscabas un salvador.

Jana le dio una terrible bofetada en la mejilla.

—¡Cierra tu maldita boca! —chilló—. ¿Me oyes? Cierra. Tu. Maldita. ¡Boca!

—¡No pienso callarme! ¡Tú no eres Jana! ¡Jana no existe! ¡Vamos, Felix, habla conmigo!

Jana volvió a golpearlo. Primero en la mejilla izquierda, después, de nuevo, en la derecha. El dolor era considerable.

Entonces ella se dirigió a la cocina y empezó a abrir los cajones.

—¡No lo hagas, Felix, no! —gritó—. Escúchame, Jana no puede dominarte, porque no existe. Pero tú sí que existes. ¡Tienes que librarte de ella! ¡Aún estás a tiempo!

Jana volvió de la cocina. En una mano llevaba la cinta aislante. En la otra unas tijeras.

—Te he dicho que te callaras —dijo, en un tono amenazadoramente tranquilo.

—Felix, por favor...

—Una sola palabra más y te corto la lengua. ¿Me has entendido? —Se acercó a él y movió las tijeras ante sus ojos—. Sé cómo hacerlo. Papá me lo enseñó. Y la lengua de una vaca es mucho más grande y por tanto más difícil de cortar que la de un humano, así que te aconsejo que me hagas caso.

La luz de las velas se reflejaba en la cuchilla de las tijeras. Jana cortó un trozo de cinta aislante, se acercó a él y se lo pegó en la boca.

Jan no se resistió. Tenía la mirada clavada en las tijeras y en la mano que las sostenía. Una mano que no hacía mucho había destrozado el cráneo de Volker Nowak con la puerta de su coche.

—¿Qué sabrás tú de la culpabilidad? —le dijo ella, enganchando otro trozo, esta vez más largo, sobre su boca.

Después dio un paso atrás y se quedó mirando su obra, aparentemente satisfecha.

—Yo no quise encender el gas, ni quise dejar las velas encendidas en la cocina. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Era el único modo que tenía para hacer que papá viniera a mi mundo.

Empezó a sollozar y volvió a desaparecer en la cocina. Jan la oyó llorar durante un buen rato, hasta que de pronto gritó algo:

¡Llorica!

Los sollozos se interrumpieron de golpe, sorprendentemente, y Jan volvió a oír el ruido de los cajones abriéndose y cerrándose.

Cuando volvió al salón, Jana llevaba dos copas de vino en la mano. Dejó una sobre la mesa, frente a Jan, y luego cogió una silla y se sentó con él.

Jan se alegró al pensar que le quitaría de nuevo la cinta aislante para beber con él, pero ella pareció leerle el pensamiento y se limitó a pasar un dedo por la cinta...

—Me encantaría tomarme una copa contigo, cielo —dijo—, como hacíamos en el otro mundo. Pero está claro que en este sería un error. —Le pasó la mano por la cara, acariciándolo—. Oh, Jan, no sabes cuánto hacía que esperaba este momento... El momento de llevar a cabo nuestro plan. Ya verás que en el otro mundo todo es mucho mejor. Allí la gente no cambia ni envejece, y todos son como quieren ser. Allí no existen las decepciones.

Jan notó un escalofrío de terror. Imaginaba lo que Jana tenía en mente, pero no se atrevía creerlo.

No pienses en ello o te entrará un ataque de pánico. Piensa mejor en cómo salir de aquí. ¡Y hazlo rápido!

Ella se tomó un trago de vino y sostuvo la copa frente a la luz de la vela. El líquido rojizo parecía sangre. Jan se maldijo por no haber guardado el vino con el narcótico...

—*O sink hernieder, Nacht der Liebe* —susurró Jana—. Oh, desciende sobre nosotros, noche del amor. Olvida que estoy viva. Tómame en tu regazo y aléjame de este mundo...

Dejó la copa de vino, se levantó con decisión y volvió a la cocina.

Jan intentó desatarse, pero la cinta aislante lo tenía bien sujeto a la silla y no pudo hacer nada. ¿Cuántas vueltas habría dado Jana alrededor de cada una de sus muñecas y tobillos? ¿Diez? ¿Veinte? Agotado, se concentró en oír lo que Jana estaba haciendo.

—¿Te gusta *Tristán e Isolda*, cariño? —la oyó preguntarle desde la cocina—. Yo no me canso de escucharla. La que más me gusta es la segunda parte, «Qué eterna fuera la noche...». Cuánta verdad hay en lo que dicen, ¿no te parece? Es como si hubiesen escrito el texto para nosotros.

Jan notó que se le aceleraba el corazón al oír la abrir el cajón de los cuchillos. Intentó liberarse una vez más, pero lo único que consiguió fue hacerse daño y desplazar algo la silla. No podía huir. En ese momento, ella regresó. Llevaba un cuchillo enorme en la mano. Jan apenas podía respirar. Empezó a sudar y creyó que el corazón iba a estallarle en el pecho. Sus ojos estaban fijos en aquel cuchillo que en su día le vendieron como «endemoniadamente afilado».

Jana se sentó ante él, sonriendo, y le miró:

—... porque entonces moriríamos, inseparables, eternamente juntos, sin principio, sin fin, sin sufrimiento, eternamente en brazos del amor...

«No todos los locos deambulan semidesnudos y recitan versos bíblicos», había dicho Jan a Stark. «Pues para muestra, un botón», pensó entonces, en un ataque de humor desesperado, «algunos prefieren recitar a Wagner».

Muerto de miedo, dejó escapar un grito que sonó extraño a través de la cinta aislante. Parecía el gemido de un animal agonizante. O el silbido torpe de un niño, quizá.

—¿Tu también te alegras, verdad? —dijo Jana, sonriéndole—. Pues no perdamos más tiempo.

Jan la miró directamente a los ojos, intentando llegar hasta Felix, intentando que no lo hiciera, pero fue en vano. Notó el frío metal del cuchillo en su muslo y vio cómo le rasgaba el tejano sin esfuerzo alguno.

Se echó hacia atrás al notar que la cuchilla seguía subiendo hacia su ingle.

—¡Shhh! —dijo ella, mirándolo fijamente y guiñándole un ojo—. Estate quieto o esto será lo primero que te corte...

Al notar la presión de la cuchilla plana sobre su miembro, Jan empezó a llorar. No pudo evitarlo. Estaba aterrorizado y no había nada que pudiera hacer...

—Allí donde voy a enviarte no lo necesitarás —siguió diciendo ella, mientras le miraba entre las piernas—. De hecho nadie debería necesitarlo. Esto solo sirve para

distraer a los hombres y volverlos idiotas. Os pasáis la vida preguntándoos si es lo suficientemente grande, si vais a utilizarlo pronto y si vuestra pareja sabe hacer muchas cosas con él. ¡Como si esto fuera el amor!

Jan movió la cabeza hacia los lados, fuera de sí, respirando entrecortadamente por la nariz.

¡No lo hagas! ¡No lo hagas! ¡No lo hagas!

Notó los dedos de Jana metiéndose entre sus calzoncillos y estirándoselos hacia abajo.

—A Felix le enseñé muy pronto que esta cosa me da asco —dijo, moviendo el cuchillo ante sus ojos.

Endemoniadamente afilado.

—Pero en su caso no tuve que utilizar el cuchillo. A veces las palabras pueden ser mucho más efectivas que los gestos... Y yo siempre estaba ahí cuando se despistaba con su cosa... —Lanzó una risita monstruosa y volvió a guiñar un ojo a Jan—. Al cabo de un tiempo ni recordaba que la tenía. Podrías haberle puesto diez bellezas salvajes en la habitación, todas ávidas de tocarlo, y él habría preferido concentrarse en calcularte los primeros diez decimales del número pi. Era muy bueno en matemáticas, ¿lo sabías?

Le cogió el miembro con las manos y empezó a acariciarlo. Jan gimió, fuera de sí, e intentó apartarse.

—¿Pero cómo lo llevas tú, mi vida? ¿Te despistas con esta cosa? ¿Tengo que cortártela?

En aquel momento se oyó el ruido de un motor aparcando frente a la casa, y los faros de un coche iluminaron el comedor. Jana se levantó de un salto y corrió a la ventana. Jan oyó el ruido de la puerta del coche al abrirse, y luego unos pasos dirigiéndose hacia su puerta.

Gracias, Dios mío, gracias; a ti o quien quiera que haya hecho esto por mí.

Sonó el timbre y Jana saltó hacia él para evitar que se moviera o hiciera ruido alguno. Tenía muchísima fuerza y él, en cambio, estaba exhausto y amordazado. Y antes de que ambos pudieran darse cuenta, los pasos se alejaron de su puerta, el motor del coche volvió a ponerse en marcha, las luces iluminaron de nuevo el comedor, y el vehículo se alejó de allí.

Jana se apartó de la puerta y apoyó la espalda en la pared.

—No era para nosotros —dijo, distante, y murmuró algo que Jan no pudo entender.

Durante unos segundos se quedó con la mirada perdida en un punto indeterminado de la pared, pero después sacudió la cabeza y volvió a fijar la vista en Jan. Su mirada parecía tan fría y decidida que Jan creyó que podría congelarlo solo mirándolo.

—Tenemos que darnos prisa.

Jan sintió que se le paraba el corazón.

Va a matarme. El coche ha evitado que me castre primero, pero ahora va a matarme, sin más.

Jana volvió a agacharse ante él, pero en esta ocasión no lo hizo con una sonrisa lasciva en los labios, sino más bien con una acidez terriblemente seria.

—Tenemos un plan que cumplir y no hay tiempo que perder.

Cogió el tejabo roto con las dos manos y acabó de rasgarlo, dejando al descubierto todo su muslo. Se levantó, miró a Jan con expresión jubilosa y asintió.

—Y ahora, por fin, abracémonos y dispongámonos a pasar al otro mundo, juntos tú y yo.

Se desabrochó la camisa blanca y abrió las piernas, y Jan pudo ver una vagina de látex cubriendo los genitales de Felix. El efecto era extraño pero sorprendentemente real.

Jana esbozó una sonrisa atemorizada, y entonces se acercó el cuchillo a la cara interior de su muslo, se detuvo un instante para respirar, y por fin se lo clavó. El metal se abrió paso fácilmente en su piel y le cortó la arteria femoral.

Jan estaba petrificado. Vio brotar la sangre entre las piernas de ella. Era menos de la que había esperado, pero si no cerraba la herida, acabaría desangrándose en poco tiempo.

También Jana parecía sorprendida al ver la sangre. Durante unos segundos se quedó muy quieta, observándola, pero después levantó la cabeza y miró a Jan con la misma determinación de antes.

Jan clavó los ojos en los de ella, suplicante. Su imagen se difuminó tras las lágrimas que le anegaban los ojos. Sabía lo que iba a pasar ahora y no podía hacer nada por evitarlo. ¡Nada!

De modo que ese era el plan, pensó. Jana quería marcharse de aquel mundo y quería que él la acompañara en su viaje.

—Ahora te toca a ti.

¡No, no, no!

Jan se resistió con todas sus fuerzas. Intentó abrir la boca. Tenía que hablar con ella. ¡Tenía que hablarle!

Jana se sentó sobre su rodilla con las piernas abiertas. La sangre no dejaba de brotar y le manchó el tejabo roto, el muslo y el pie. Tenía a un travesti sangrando sobre él, pero en esa ocasión no se trataba de un perverso juego sexual, sino de una macabra locura entorno a la vida y la muerte.

Jan juntó las piernas, como una joven virgen que se negara a tener relaciones, pero la potencia de Jana era insuperable. Lo cogió por los muslos y se los separó con manos de hierro, mientras él lanzaba sonidos inarticulados y movía el culo de un lado a otro, fuera de sí. De haber estado en un escenario, aquella habría sido la peor escena tragicómica de un espectáculo pornográfico y *gore*.

Tenía que apartarla, o si no...

Notó el frío de la maldita cuchilla colándose entre sus piernas y clavándose en su

carne.

En un último gesto de pánico y desesperación, Jan tensó todos los músculos y se abalanzó hacia delante con todas sus fuerzas. Jana lanzó un grito de sorpresa cuando la silla de Jan se inclinó hacia ella. En la postura en que se hallaba y con su propio corte en el muslo, no pudo compensar el impulso de Jan, perdió el equilibrio y cayó hacia un lado. En un acto reflejo alargó el brazo para amortiguar la caída, pero antes de que su mano tocara el suelo se dio un golpe en la barbilla con la mesa, levantó la cara, y el peso de Jan le cayó justo encima obligándola a arrastrar el cuello por el borde de la mesa.

El candelabro se tambaleó y también cayó. La cera ardiendo los salpicó a ambos justo antes de que se dieran contra las baldosas del suelo.

Jan estaba ahora sobre ella, con las caras a pocos centímetros de separación, y vio sus ojos abiertos de par en par, aterrorizados. Jana se sujetaba la garganta con ambas manos y jadeaba.

Se lo sacó de encima, se arrastró por las baldosas e hizo un esfuerzo por coger aire. A su alrededor iba formándose un charco de sangre cada vez mayor... Aunque no era solo sangre de ella, sino también de él. De la herida de su muslo.

«Tengo que detener mi hemorragia —pensó—. ¿Pero cómo? ¿Cómo cojones voy a hacerlo? ¡Sigo atado a esta maldita silla!».

La cara de Jana estaba hinchada y de color azul. Parecía que moriría ahogada antes incluso de desangrarse. Pero Jan no le prestó atención, y tampoco al hecho de que el mantel de la mesa hubiese empezado a arder. En poco rato toda su casa estaría en llamas, pero él no se enteraría porque antes habría muerto desangrado. ¿Qué podía hacer?

Juntó los muslos todo lo que pudo, pero la sangre seguía brotando como si nada. El latido de la herida era cada vez más intenso, y pronto fue lo único que sintió.

Con la sangre iba perdiendo también toda la fuerza... y el conocimiento. Estaba mareado y se dio cuenta de que iba a desmayarse. Pronto vendrían el colapso y la muerte.

«Se acabó —se dijo—. Ya no hace falta que hagas nada: ha llegado tu hora».

Aún oyó un ruido junto a él, y luego, la oscuridad.

A media mañana del día siguiente, Rutger Stark estaba en su despacho encendiendo el tercer Winston a uno de sus colegas. Nadie se quejó del humo. Por el contrario, después de haber visto colgadas en el corcho las fotos del lugar del crimen, el comisario Wegert también le pidió un cigarrillo y se sentó a su lado en una de las sillas giratorias.

—Vaya puta mierda —dijo Wegert señalando las fotos, y cada una de sus palabras estuvo acompañada por una nube de humo.

Stark asintió y miró también a las fotos. Sentía un temblor en todo el cuerpo, como si después de haber estado en el lugar de los hechos hubiese sufrido un repentino ataque de parkinson.

Las instantáneas mostraban escenas del comedor y la cocina de Forstner, pero bien podrían haber sido tomadas en un matadero... En uno como el de los Gessing, pensó Stark, y recordó las palabras del propio Werner Gessing: «Todo este proceso es muy sangriento, como sin duda imaginan, y al cabo de tres o cuatro piezas estamos todos empapados en sangre».

Sí, lo mismo había sucedido en casa de Forstner. Los zapatos de todos los policías que habían entrado en el salón habían salido manchados del líquido rojo. Y la imagen de Felix Thanner... fue una de las visiones más horribles que había tenido en toda su carrera laboral.

Su mirada se detuvo en la foto del ensangrentado cuchillo de cocina que se había registrado como prueba del delito número dos, y sacudió la cabeza.

«Tendrías que haberlo imaginado —se dijo, por enésima vez aquella mañana—. Pero no, te empeñaste en decirle a Forstner que no tenía por qué preocuparse. Seguro que ese loco estaba afilando ya aquel cuchillo mientras tú dejabas el mensaje más absurdo de la historia policial. Ese mensaje en el que lo único que querías dar a entender era que lo tenías todo controlado, cuando en realidad no tenías ni la menor idea de lo que estaba pasando. Wegert tiene razón: ¡todo esto ha sido una puta y jodida mierda!».

Por supuesto, había enviado a sus hombres a casa de Forstner justo después de dejar su mensaje, pero estos no habían visto nada extraño. Llamaron a la puerta y, al no obtener respuesta, pensaron que el psiquiatra seguía durmiendo. Y mientras él se entretenía con la exhumación de la tumba de Kröger —en la que no encontraron nada más que tierra—, sus agentes dieron un par de vueltas a la casa de Forstner pero no encontraron ni rastro de Thanner.

En realidad, ninguno de ellos lo creyó capaz de presentarse en casa de Jan. Ninguno de ellos se detuvo a considerar que estaba loco de remate. Y ese había sido su error.

El propio Forstner le había dicho que Thanner estaba como una cabra pero que no tenían que subestimarle. O al menos no a Jana. Ella, la segunda personalidad de

Felix, era la que estaba realmente loca y resultaba realmente peligrosa.

Pero a él le costaba tanto entenderlo... ni siquiera la imagen de Thanner envuelto en su piel de látex ensangrentada, con una vagina y unos pechos falsos servía para ayudarlo a aceptar lo que había pasado.

Y ahí estaba, petrificado ante la pantalla de un ordenador en el que tenía que apuntar su informe policial.

—¿Comisario Stark?

Wegert y él se dieron la vuelta para mirar a un joven policía que asomó la cabeza en el despacho y no pudo esconder su sorpresa al ver que sus jefes estaban fumando. El joven pertenecía a la brigada encargada de localizar a Carla Weller. Con la nariz arrugada y una expresión desaprobatoria en el rostro al ver la taza de café que hacía las funciones de cenicero, se acercó a Stark y le entregó un DVD.

—Tenga. Es para usted.

Stark observó la carátula en blanco.

—¿Qué es esto?

—Nos pidió que le informáramos en cuanto tuviéramos alguna novedad.

—¿Han encontrado a la señorita Weller?

—No, pero será mejor que le eche un vistazo a la película, de verdad. Está tomada por una cámara de seguridad de un aparcamiento de Stuttgart y fue grabada el día en que Carla Weller desapareció. Hemos cortado las escenas más interesantes y se las hemos puesto todas seguidas al principio.

—¿Y bien?

El policía se encogió de hombros.

—Bueno, por lo que parece, el caso pertenece indiscutiblemente a su departamento.

La película recortada duraba apenas unos diez minutos, pero en cuanto acabó Stark entendió a la perfección lo que había querido decir su colega. Poco antes de llegar al final, Stark apretó la tecla de la pausa, y Wegert y él se quedaron mirando fijamente la pantalla del ordenador.

—Por todos los santos —dijo Wegert, mientras Stark se encendía otro cigarrillo, o al menos lo intentaba, porque las manos le temblaban de tal modo que tardó un rato en conseguirlo.

En la pantalla, la sonrisa congelada de Thanner.

—No —dijo Stark en aquel momento, mientras se frotaba los ojos enrojecidos por el cansancio y el humo—; ese no es Thanner. Es Jana.

—¿Cómo dices? —Wegert lo miró desconcertado—. ¿Quién es Jana?

—Una loca —dijo Stark, sin apartar la vista del ordenador—. Una loca con un plan del que todavía no lo sabemos todo.

Algunas de las cosas que nos dicen cuando somos niños se nos quedan grabadas en la memoria y ahí permanecen, escondidas, hasta que alcanzamos una edad más avanzada... siempre que la demencia no nos alcance antes y borre nuestros recuerdos irremisiblemente.

En el caso de Rudolf Marenburg, entre esos recuerdos se hallaba una frase que le dijo su padre en una ocasión, muchos años antes de vender la casa a la que tiempo después se mudaría una familia de vecinos apellidada Forstner. El primero en decir aquella frase, en realidad, fue un amigo de su padre, un granjero de cuyo nombre era incapaz de acordarse. Lo que sí recordaba, en cambio, y con toda nitidez, era el momento en que su padre la había pronunciado tras el accidente que sufrió su amigo en la primavera de 1958.

Tras una mala maniobra, el tractor con el que el hombre estaba arando el campo hizo un movimiento brusco e hizo que cayera bajo sus ruedas y se enredara entre sus cuchillas. Cuando sus trabajadores corrieron a rescatarlo, el tipo no se había hecho más que algún rasguño, lo cual fue un verdadero milagro, y más en aquella época en la que los tractores no tenían que pasar tantas medidas de seguridad.

Como dijo entonces el padre de Rudolf, el hombre «le había dado esquinazo a la muerte, y la había dejado compuesta y sin novio».

Ahora, muchos años después, junto a la cama de hospital en la que yacía su amigo Jan, y mientras observaba la expresión de agotamiento de este, pero al mismo tiempo el brillo de felicidad en sus ojos al saberse con vida pese a todo, Marenburg no pudo evitar pensar que el psiquiatra acababa de dar esquinazo a la muerte, y que la había dejado, literal y metafóricamente, «compuesta y sin novio».

El día anterior, cuando llegó a casa después de su viaje y se encontró con todas sus flores mustias y abandonadas, comprendió que algo tenía que haber pasado. Algo lo suficientemente importante como para que Jan no cumpliera con su promesa de regarlas. De modo que, ni corto ni perezoso, y pese a lo intempestivo de la hora, decidió pasarse a ver cómo estaba su vecino. Llamó a la puerta pero nadie le contestó, y cuando estaba a punto de marcharse vio las llamas en el comedor. A toda velocidad fue a coger su copia de las llaves y entró en casa de Jan.

De lo que sucedió a continuación no se acordaba demasiado. La conmoción y el miedo por la vida de su mejor amigo lo llevaron a comportarse como si estuviera anestesiado. De hecho, sólo recordaba que poco después de él apareció la policía — que estaba haciendo su ronda ante la casa de Jan—, y que cuando llegaron al hospital, el médico de urgencias le dijo que había actuado perfectamente. Pero de los detalles no recordaba nada.

—Vamos, Rudi, no me mires así —susurró Jan.

—Perdona, es que no puedo evitarlo. He estado a punto de perder a mi mejor amigo, ¿sabes? ¡Vaya susto que me has dado, caray!

Jan se cogió a la barandilla de la cama y con gran esfuerzo se incorporó un poco. Pese al suero y las transfusiones de sangre que le habían ido poniendo, seguía muy débil y tembloroso.

—¿Has hablado con la policía? ¿Tienes alguna noticia de Carla?

Marenburg sacudió la cabeza, entristecido.

—No, al menos esta mañana seguían sin saber nada. El comisario *como-se-llame* me dijo que nos avisarían en cuanto supieran algo. Él me lo explicó todo. Por Dios bendito, Jan, vaya historia más increíble...

Jan tuvo que hacer un esfuerzo por no ponerse a llorar. Miró por la ventana, tras la que los rayos del sol luchaban por abrirse camino entre las nubes de otoño...

—Siguen sin saber nada —repitió en voz baja—. Así que no nos queda más opción que seguir esperando. Maldita sea, Rudi, es lo mismo que pasó con mi hermano. Me volveré loco si tengo que seguir esperando...

Marenburg le cogió de la mano y se la apretó.

—No pierdas la esperanza, Jan. No hay ningún indicio de que le haya pasado algo, y yo tengo la sensación de que está bien, ya lo verás. Nuestra Carla es una chica muy fuerte. Seguro que sale de esta, ¡seguro!

El intento desesperado de Marenburg por animarlo conmovió a Jan, que lo miró agotado pero sonriente.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Cómo te ha ido? ¿Qué tal tu experiencia en las Canarias?

—Bueno —dijo Marenburg, carraspeando—. La historia no salió bien.

—Oh —exclamó Jan—. Vaya. ¿No era como te la esperabas?

—Es que hay una pequeña diferencia entre lo que se dice en Internet y lo que se es en realidad. Creí que Doris era una mujer de ensueño. Mi mujer ideal, cien por cien adecuada para mí... Pero en la vida real hay algunas cosas que no pueden verse en el chat.

—Lo siento por ti, Rudi.

—En realidad ya sabía que le gustaba todo el tema esotérico y demás, pero nunca imaginé que lo viviera todo tanto, no sé si me entiendes... El primer día ya me dejó de piedra, invitándome a hacer una danza en la playa y a ofrecer mi nombre a la diosa del atardecer. ¿Te lo imaginas? ¡Estaba monísimo bailando ante las olas!

Era obvio que intentaba hacerlo reír, pero Jan no tenía fuerzas para sonreír siquiera.

—Bien pensado —dijo, meditabundo—, Jana cometió el mismo error conmigo. Quiso que bailara para ofrecer mi nombre... Pero su idea del amor verdadero era algo más «intensa» que la de tu canaria. Y como sabía que su baile no era más que una ilusión, entre otras cosas porque ella misma lo era, quiso convertir el salto al amor en un salto a la otra vida.

—Está claro que esto del amor verdadero puede ser muy peligroso —dijo Marenburg—. ¿Debemos aspirar a encontrar el ideal que tenemos en mente o

debemos aceptar a las personas tal y como son? ¿Tú que crees?

—No me preguntes a mí, Rudi. Yo soy hombre, como tú, y nunca entenderé cómo funciona esto del amor...

Llamaron a la puerta y vieron asomarse a Rutger Stark.

—Qué bien, está despierto. ¿Molesto?

Stark dio un paso al frente y los miró con aspecto inseguro. Parecía sentirse incómodo por algo.

—Tenga, doctor —dijo, ofreciéndole un vaso con líquido rojo—. Es zumo de remolacha. He leído que es bueno para la renovación de la sangre.

—Gracias —le respondió Jan, con curiosidad—. ¿Tienen novedades?

El policía se recostó sobre la cama vacía que quedaba al lado de la de Jan y lanzó un suspiro.

—Se trata de Thanner. Oiga, doctor Forstner, tengo que pedirle disculpas. Infravaloré a aquel hombre, y mi error casi le cuesta a usted la vida...

—¿Ha sobrevivido?

—El doctor Mehra dice que ha perdido mucha sangre, pero que está fuera de peligro. Mañana lo trasladarán a cuidados intensivos. Su herida en el cuello es delicada y por lo visto dolorosa, pero... —El comisario se rascó la cabeza al decir aquello—: Bueno, ya no es el mismo, ¿comprende? Perdió el conocimiento durante demasiado tiempo y ya no es...

—Jana era más fuerte que él —dijo Jan, apretando la barandilla de la cama con fuerza—. Pero esto no es lo que le preocupa, ¿me equivoco? Hay algo más, ¿verdad? ¿Saben dónde está Carla?

Stark volvió a rascarse e hizo una mueca de disgusto.

—No, no lo sabemos, pero... Dígame, doctor, cuando Felix Thanner estuvo en su casa, ¿le dijo algo sobre la señorita Weller?

—No, nada. ¡Vamos, suéltelo de una vez, por Dios! ¿Qué sucede?

Stark bajó la vista.

—Hemos encontrado el mini de su novia. Estaba en Stuttgart, en un aparcamiento de las afueras. Un joven intentó robarlo para coger el iPhone de la señorita Weller, pero se disparó la alarma y la cámara de seguridad lo grabó todo.

—¿En Stuttgart? ¿Pero qué demonios hace Carla en Stuttgart?

—Ella... —Stark tosió antes de seguir hablando—. No fue ella la que dejó el Mini en el aparcamiento, sino Thanner. Hasta se puso delante de la cámara y saludó, con indudable voluntad de llamar la atención. Fue Thanner, o mejor dicho, Jana.

—¡Así que él sabe dónde está! ¡Felix sabe dónde está Carla!

Stark asintió.

—Probablemente, sí.

—Perdonen, pero creo que me he perdido —dijo Marenburg en aquel momento—. ¿Por qué iba Thanner a secuestrar a Carla, a estas alturas? ¿No estaba a punto de vivir su particular nirvana contigo?

—Bueno, querría asegurarse de que nadie lo alejaba de su plan, o del de Tatjana, para ser más exactos.

Jan se quitó la aguja con la transfusión, apartó la manta y se levantó de la cama.

—Eh, eh, ¿a dónde crees que vas? —le gritó Marenburg—. ¿Qué pretendes?

—Voy a vestirme y a hablar con él.

Con paso tembloroso se acercó a la mesa y cogió una bolsa en la que estaba la ropa limpia que Marenburg le había traído de casa. Le temblaban las manos.

—Estoy seguro de que Jana se muere de ganas de explicarme su «plan B».

—Yo también lo creo —dijo Stark—, pero no le dejaré ir solo. Yo le acompañaré.

—No —dijo Jan, con firmeza—. Thanner hablará mejor conmigo si estoy solo. —Miró a su alrededor y añadió—: ¿Dónde está el resto de mi ropa? Tengo que quitarme esta maldita camisa de enfermo.

El policía Tom Hauser se había ofrecido voluntario para vigilar la habitación 101. Sus turnos en las últimas semanas habían sido muy intensos, sobre todo el que coincidió con el incendio en la sacristía, y había tenido que hacer un montón de horas extras, de modo que ahora esperaba pasar varios días tranquilito frente a la puerta de la unidad de emergencias.

Y la verdad es que estaba todo muy tranquilo, por no decir demasiado tranquilo. De hecho, Hauser había empezado a aburrirse. Y la silla de plástico le resultaba cada vez más incómoda.

Junto a él, en una silla vacía, un montón de revistas que había cogido de la sala de las enfermeras y que ya se había leído. Hacía un rato había llamado a una enfermera y le había pedido un bolígrafo para hacer los crucigramas, pero ella le dijo que ni hablar, porque sólo le quedaba uno y estaba visto que aquel hospital no solo andaba escaso de personal, sino también de bolígrafos. Pero lápices sí tenían, y no tardó en darle uno con toda amabilidad.

Segundos después, mientras pensaba en una reina egipcia de nueve letras, se alegró de tener en las manos aquel lápiz, porque escribía maravillosamente y además borraba, lo cual le fue de perlas para cambiar «Cleopatra» por «Nefertiti».

Algunas veces le llegaban sonidos sordos de la habitación: el ruido de una silla arrastrándose por el suelo, el tintineo de una taza o los pasos del loco yendo al lavabo.

De vez en cuando se encendía una lucecita roja sobre la puerta, lo cual quería decir que el loco estaba cerca, justo al otro lado, y Hauser se llevaba inconscientemente la mano a la Heckler Koch que tenía en el cinturón. Más allá de lo aburrido que estuviera siendo su turno, sabía que tenía cerca a un loco que, por lo que sabía, había matado al menos a dos personas a sangre fría y con sus propias manos.

Y no cabía ninguna duda de que el tío estaba como una cabra, porque cada dos por tres le llegaban murmullos, sonidos y ruidos de lo más extraños. Y su voz parecía la de una mujer, lo cual ponía a Hauser, sencillamente, los pelos de punta. Por algún extraño motivo, le daba la sensación de que el loco estaba esperando algo.

Flanqueado por Stark y Marenburg, Jan avanzó por el pasillo de la UCI. Aún le temblaban las piernas, pero intentaba disimularlo. Los puntos que llevaba en el muslo le ardían a cada paso. Y el sudor era más frío y persistente cuanto más se acercaba a la habitación 101.

Cuando el policía de turno los vio llegar apartó los crucigramas que estaba haciendo y se puso de pie.

—No ha sucedido nada digno de mención, comisario —dijo.

Stark asintió y se dirigió a Jan.

—Doctor Forstner, sigo pensando que no es buena idea que entre ahí solo.

—Lo sé, pero estoy seguro de que Thanner, o mejor dicho Jana, sólo compartirá sus planes conmigo.

—En eso estamos de acuerdo, pero no quiero que se arriesgue innecesariamente: si cree que no le dirá dónde está la señorita Weller, le ruego que salga de la habitación lo antes posible, ¿me ha entendido?

—Me lo dirá. De hecho, estoy seguro de que está esperándome.

—Jan... —dijo entonces Marenburg, con expresión preocupada—. Depende de lo que te diga esa persona, no podrás hacer nada por cambiar las circunstancias...

—Sí, Rudi, lo sé —dijo Jan.

Y de eso precisamente tenía miedo.

Le costó un gran esfuerzo poner la mano en el pomo de la puerta, pero en cuanto empezó a moverlo y la puerta se abrió, entró en la habitación sin dudarle un instante.

«Esa persona», había dicho Rudi. Desde luego, aquella era la mejor definición para lo que Jan encontró sobre la cama del hospital. Ya no llevaba peluca ni piel de látex, pero aun así aquel no era Felix Thanner. Un rápido vistazo a aquellos ojos le hizo entender que Jana había tenido razón: que su hermanastro había muerto en el incendio. Que ya no estaba allí.

Jana estaba sentada en la cama, con las piernas colgando, y movía arriba y abajo la que no se había cortado con el cuchillo. Llevaba un vendaje en el cuello y Jan pudo ver una mancha de sangre en uno de los lados. Se le había corrido el maquillaje, pero nadie le había lavado la cara. Podía ser que ella misma se hubiese negado a que lo hicieran, porque aunque ahora la sombra de ojos, el lápiz de labios y el rímel le conferían un aspecto terrorífico, en realidad eran los únicos atributos femeninos que aún le quedaban.

—Hola —dijo Jan, sobresaltándose cuando la puerta se cerró a sus espaldas.

—Hola, Jan.

Era obvio que hablar le provocaba un gran dolor. Tenía la voz débil y rota, y parecía aún más extraña de lo normal, ni propia de Felix Thanner ni de ese ser inventado que se hacía llamar Jana.

—No nos han dejado... —tos— pasar juntos... al otro mundo.

—No existe el otro mundo. Nunca ha existido. Sólo este. Y tú formas parte de él, aunque no te guste.

Ella se encogió de hombros, y Jan se alegró al descubrir que le daba igual lo que pensara. Ya sabía que no podría convencerla. Lo había comprobado en su propia piel.

«La locura luchará siempre por sobrevivir», le dijo en una ocasión un profesor de la universidad. «El paciente luchará por defender que aquello es la realidad, y más allá de lo que nosotros pensemos, está en su derecho, ¿no creen? Intenten por un momento ponerse en su lugar. ¿Cómo se sentirían si todo el mundo les dijera que su mundo no existe? ¿Que ustedes no son quienes creen ser?».

—He visto el vídeo del aparcamiento de Stuttgart —dijo Jan.

Jana bajó la vista y cuando la levantó dejó escapar una risita:

—Más rápido... de lo que... esperaba.

Jan apretó los puños. Tuvo que reprimir sus ganas de abalanzarse sobre aquel monstruo que ya ni siquiera era Felix Thanner y destrozarle la cara a golpes. Le había destrozado la vida y probablemente había matado a la persona que más quería en el mundo.

Las palabras de Stark le vinieron a la cabeza: «si cree que no le diré dónde está la señorita Weller, le ruego que salga de la habitación lo antes posible».

—¿Dónde está Carla?

Jana sonrió y le mostró los dientes. Tenía un aspecto fantasmagórico. Sus ojos brillaron levemente ante la idea de que aún lo tenía a sus pies. La habían reducido y encerrado en un hospital, pero aún no había perdido.

—¿Qué le has hecho?

—Aparqué su coche, nada más.

—¿La has matado?

—¿De verdad me crees —de nuevo la tos— capaz de eso?

—Desde luego que sí.

—Tú... —carraspeó para controlar su voz— me odias, ¿verdad?

—Sí, te odio. Te odio por todo lo que me has hecho.

Ella asintió y Jan vio que se le llenaban los ojos de lágrimas, aunque la sonrisa perversa seguía marcada en su rostro.

—Bueno... eso es, al menos... sincero.

—Pues intenta serlo tú también conmigo. ¿Dónde está?

Jana lanzó un gemido y se pasó las manos por la cara. Después lo miró a los ojos y Jan pudo ver una enorme tristeza reflejada en ellos.

—Yo... no quería... que las cosas... fueran así —dijo, haciendo un esfuerzo—. Y esperaba... que tú... cambiaras tu opinión... sobre mí...

El resto de sus palabras se convirtió en un angustioso sonido que llegaba más a través de las vendas que de la boca. Tosió, se encogió de hombros y se llevó las manos al vendaje, para darle a entender que no podía seguir hablando. Entonces hizo un gesto con el dedo de una mano sobre la palma de la otra, como si quisiera escribir.

—De acuerdo —dijo Jan—. Ahora mismo vuelvo.

Fue hasta la puerta, donde lo esperaban tres hombres muertos de curiosidad.

—Va a decírmelo, pero necesito un papel y un *boli*.

Stark le entregó de inmediato su bloc de notas, y mientras buscaba en sus bolsillos para ver si llevaba un bolígrafo, Hauser le prestó el lápiz con el que estaba haciendo los crucigramas.

—¿Cómo estás? —le preguntó Marenburg.

—Solo quiero acabar con esto.

Volvió a la habitación y cerró la puerta. Jana se había sentado frente a una mesita que quedaba junto a la pared y había apartado la bandeja con la comida intacta del mediodía.

Los rayos de sol entraban en la habitación y la iluminaban como a una criatura celestial. Al otro lado de la ventana, los árboles del jardín se libraban de las últimas gotas de lluvia del día anterior.

—Bien, Jana, dime dónde está Carla. Me lo debes.

Tenía los ojos llorosos cuando asintió. Jan le acercó el bloc y el lápiz, pero en lugar de cogerlos, Jana asió la mano de él entre las suyas.

Jan se sobresaltó y dio un paso atrás para zafarse de ella, pero enseguida comprendió que no lo estaba atacando. Por el contrario, empezó a acariciarle la mano con dulzura y lo miró desde sus ojos mal maquillados.

«¿Qué habrías hecho tú en mi lugar, si todos te dijeran que no eres quien crees ser?» parecía decirle sin palabras. «¿Qué habrías podido hacer?».

Jan se zafó de las manos de ella y señaló el bloc.

—Por favor, Jana, dime dónde está.

Ella le sonrió de nuevo. En esta ocasión era una sonrisa cálida y amable, que le asustó aún más que las maléficas muecas de antes, quizá porque en esta ocasión le pareció sentir una débil compasión...

Jana se inclinó hacia delante y escribió algo en el papel, pero tapándolo con la mano libre, como si fuera una alumna empollona que no quisiera que nadie le copiara los apuntes. Cuando acabó mantuvo la mano ahí quieta, escondiendo lo que había escrito, y observó el papel atentamente.

La herida del muslo le dolía más que nunca y Jan notó que tenía la frente perlada en sudor.

Jana alzó la cabeza, sonrió débilmente y arrancó la página del bloc. Jan se quedó mirándola hipnotizado mientras ella doblaba parsimoniosamente el papel.

Tenía miedo a cogerlo. Algo en su interior le gritaba que no quería saberlo. No si Carla estaba muerta. No si aquella página iba a conducirlo hasta un cadáver.

Jana levantó la mano, temblorosa, y le ofreció el papel. Él iba a cogerlo pero durante unos segundos su brazo se negó a obedecerlo y se mantuvo inerte junto a su tronco, como si quisiera decirle que él tampoco quería saber lo que ponía. Pero por fin logró volver en sí y recuperar el movimiento. A cámara lenta, acercó su mano al

papel, mientras ella lo miraba fijamente.

«Tómalo o déjalo —parecía decirle—, pero hazlo de una vez».

No intentó tocarlo. En lugar de eso siguió mirándolo atentamente mientras él lo desdoblaba y leía lo que había escrito con aquella caligrafía infantil que ya le resultaba familiar.

Al principio no fue capaz de entender lo que ponía. La frase no le decía nada. Pero entonces lo comprendió. Y dio un respingo, como si acabaran de darle una descarga eléctrica. Aquello era mucho peor de lo que había imaginado, mucho más horrible. Y, sin embargo, tenía que haberlo imaginado... Lo que leyó tenía una lógica aplastante: la lógica de una loca que se mantiene firme en su decisión.

El corazón se le desbocó en el pecho y la razón empezó a difuminarse en una espiral destructiva y oscura de la que Franco le advirtió no hacía mucho tiempo.

Quien juega con fuego acaba quemándose.

Pues bien, estaba claro que acababa de chamuscarse.

—Dios —gimió—. Claro... yo... tú, maldita...

La vio sonreír perversamente y en aquel momento comprendió la magnitud de su jodido plan.

—¡No!

Se abalanzó hacia ella para impedirlo, pero el miedo y la desesperación lo dejaron clavado donde estaba, y en cuestión de segundos ya era demasiado tarde.

Sí, tardó apenas unos segundos, pero aun así fue como si hubiese durado toda una eternidad. Jan vio la mano de Jana moviéndose hacia su cara, vio el lápiz que él mismo acababa de darle, vio cómo se lo clavaba en la oreja con una fuerza extraordinaria, y la vio dedicarle una sonrisa a modo de despedida.

Mientras Jan gritaba, ella se llevó la otra mano a la otra oreja y se empujó la cara hasta dar un cabezazo brutal contra la pared. El lápiz desapareció en el interior de su oreja como por arte de magia, y se oyó un crujido espeluznante.

La mandíbula de Jana se desencajó y los ojos se le pusieron en blanco, y por fin cayó de espaldas al suelo.

Jan se precipitó sobre el cuerpo de ella, que no dejaba de convulsionar. Las piernas se le movían de un lado a otro como si quisiera pisarlo todo desde el suelo, y su cabeza iba a izquierda y derecha mientras de la oreja empezaba a salirle un hilillo de sangre. La mandíbula se le abría y se le cerraba, y Jan oyó unos sonidos guturales que bien podrían haber sido palabras.

La cogió por los hombros y la zarandeó sin compasión.

—¿Dónde está Carla? ¡Dime dónde coño está!

Pero los sonidos de Jana no eran palabras, sino los últimos reflejos inconscientes de su garganta. Cuando Marenburg, Stark y Hauser entraron en la habitación, ya era demasiado tarde.

Los cuervos. ¡Esos malditos cuervos de la ventana! Sí, eran los jueces que le traían el veredicto:

Culpable.

Culpable de haber infravalorado el fuego con el que jugó.

Le habría gustado saltar por la ventana y olvidarse de todo, pero ni siquiera tenía fuerzas para eso. Hasta la manta que le cubría las piernas parecía pesarle una tonelada.

—Quiero irme a casa, Rudi.

Marenburg le acercó un vaso de plástico con café que había comprado en la máquina del pasillo.

—Ten, bebe. Y luego ya veremos.

Jan sacudió la cabeza. Para coger el vaso tenía que mover las manos, y en ellas sostenía aún la nota que le había escrito Jana. No se veía capaz de soltarla. No quería hacerlo, aunque las palabras que contenía se le habían clavado a fuego en la memoria. Aquel iba a ser su castigo por no haberla amado.

—Doctor Forstner, créame, aún no es demasiado tarde. Encontraremos a la señorita Weller.

Stark le había puesto la mano en el hombro, y Jan se preguntó si con ese gesto quería consolarlo a él o a sí mismo. Entonces alzó la vista para mirarlo y el comisario apartó la mirada. Bueno, ahí estaba la respuesta.

—No —murmuró—. No van a encontrarla. Es parte de su plan, ¿lo entienden? Nunca encontraremos a Carla.

Alzó las manos con la nota y le dio la vuelta para que Stark pudiera leerla.

Cuanto más sufras, más pensarás en mí.

Una última carta

Cuatro semanas después, Edith Badtke recibió una carta de la agencia de viajes Ockermann World Travels. Una tal Jana Harder había pedido que la llevaran a la iglesia de Fahlenberg y la entregaran allí. Badtke la abrió muy sorprendida.

Querida señora Harder:

El éxito de una empresa depende de la felicidad de sus empleados. De ahí que nos interese tanto su opinión: ¿el viaje que le ofrecemos cubre sus expectativas? ¿Tiene alguna idea con la que sorprendernos o alguna crítica con la que ayudarnos a mejorar? En caso de que así sea, le rogamos que se lleve consigo nuestro formulario y que a la vuelta de su viaje nos lo entregue cumplimentado.

A la espera de su respuesta, atentamente,

Herbert Ockermann

Junto a la carta había, efectivamente, un formulario de satisfacción y dos prospectos con publicidad para viajar a Asia y Australia.

Edith Badtke frunció el ceño y volvió a leer la dirección.

—¿Señora Harder? —murmuró, sacudiendo la cabeza—, vaya tontería. Cada vez son todos más pesados con la publicidad, pero al menos podían escribir bien los nombres...

Lanzó la carta a la papelera y volvió a sus tareas. Al cabo de unos minutos ya ni siquiera recordaba la carta.

Lógico, en aquel momento tenía preocupaciones mucho mayores.

Epílogo

El hombre que vestía un *sarong* azul y una camiseta desteñida con el logo estampado del *Hard Rock Café* se llamaba Nyoman Suardana Yasa. Estaba apoyado tras la barra de su chiringuito de playa y observaba la suave cresta de espuma, que se fundía destellante con la arena blanca de la bahía de Padangbai. Sobre el azul oscuro del Océano Índico, el sol ya estaba bajo; sin embargo, Nyoman tuvo que parpadear cuando miró afuera, hacia las barcas de los pescadores.

Cuando era un niño soñaba a menudo con el mar. En estos sueños, partía para conocer el mundo con la barca de pesca de su padre.

Pero hacía muchos años que el mundo había venido a él y le había enseñado su rostro: en la televisión, en internet, en las revistas y, evidentemente, también con los turistas. Y Nyoman había dejado de soñar con el mundo. Ahora era feliz por haber nacido en la Isla de los Dioses y por no tener que abandonarla nunca.

Hasta el momento había sido una tarde tranquila. La temporada alta ya se había acabado y pronto empezaría el monzón. Hacía tiempo que la lluvia se retrasaba y se podía notar claramente que se avecinaba; ahora, cuando el aire era cada día más bochornoso y húmedo.

Nyoman miró su reloj de pulsera. Eran casi las cuatro y media. Asintió. Su noción del tiempo no lo había traicionado.

Abrió la nevera que estaba debajo del póster de *Welcome to Bali* con la bailarina del templo, sirvió un vaso de zumo de sandía y lo dejó encima de la barra. Entonces salió al aire libre y contempló la playa de punta a punta.

Finalmente descubrió la figura esbelta que ya se acercaba a él, pero que todavía estaba lo suficientemente lejos. Cuando llegara junto a él, el zumo tendría una temperatura agradable: así como al propio Nyoman, a la mujer no le gustaban las bebidas heladas. Ambos se habían dado cuenta de esta característica en común en su primer encuentro; y no era la única, tal y como habían constatado a medida que se iban conociendo.

Desde entonces ella iba cada día a verlo. Era como un ritual. Cada día poco después de las cuatro y media. Hacía seis semanas. Y a él le gustaba.

Se encendió un cigarrillo *Kretek* aromatizado con clavo, inhaló el humo y contempló a la mujer, que parecía crecer a medida que se acercaba.

Cuando ella lo reconoció, lo saludó. Su pelo rojo y el colorido vestido playero

parecían echar una carrera a la brisa de la tarde. Desde la perspectiva de Nyoman, parecía un ser iluminado. «Como alguien, que tras un largo camino ha recibido la gracia de los dioses», pensó él y, sonriente, le devolvió el saludo.

Con cada día que pasaba, la manera de andar de ella parecía más erguida y segura de sí misma. Ni punto de comparación con su primer encuentro. Le debía de haber ido muy mal, se podía notar claramente, aunque no hablara mucho. Pero de todas formas había cosas que se podían expresar mucho mejor sin palabras.

Por ello, él valoraba mucho su silencio. La mayoría de las personas, y sobre todo los turistas, hablaban demasiado. Tanto, que se perdían los pequeños milagros del día a día que los dioses obsequiaban a las personas.

Pero no era el caso de esta mujer silenciosa que al principio también quiso estar ciega a estos pequeños milagros, pero que en algún momento en las últimas semanas debía haberlos descubierto. Desde entonces, la carga invisible que al principio aún la amenazaba con abrumarla, se deslizaba cada vez más desde sus hombros y, en algún momento, lo último que quedaba de ella fue arrastrado por el océano.

—*Selamat sore* —dijo ella cuando llegó junto a él, y él repitió su saludo.

Ella se sentó en uno de los taburetes de plástico junto a la barra y contempló el vaso, en el que se habían formado burbujas de agua.

—Hoy es la última vez que me paso, Nyoman —sonó un poco melancólica—. Mañana vuelo de regreso.

Él apagó el cigarrillo en la arena y se sentó junto a ella. Mientras ella bebía, ambos miraban hacia el mar.

—Eso casi que ya me lo había pensado —dijo él—. Lo he podido observar en tu manera de caminar. Te alegras de volver a casa, ¿verdad?

Ella asintió.

—Hace dos semanas no me lo hubiera podido imaginar, quizá tampoco hace una; pero ahora... sí, me alegro. Sobre todo me alegro de volver a ver a Jan —señaló hacia la playa y el mar—. A él le tengo que agradecer todo esto. Sin su ayuda yo no estaría aquí ahora. Así que fue la única decisión correcta.

—¿Entonces él te mandó aquí?

Ella sonrió.

—Cuando estaba muy mal, encontré una nota suya en mi buzón. En realidad eran sólo dos renglones y un billete de avión. No me lo tenía que pensar mucho y concederme este viaje para cargar de nuevo las pilas. Él me esperaría. Creo que entonces comprendí por primera vez cuánto siento por él en verdad. Y desde que estoy aquí, lo tengo aún más claro.

Nyoman asintió y le devolvió la sonrisa.

—Eso es amor verdadero.

—Sí, claro que lo es.

Se despidieron, y cuando la mujer sólo se podía ver como un punto en la distancia, Nyoman pensó que quizá se había equivocado. Quizá se había hecho una

imagen equivocada del mundo más allá del horizonte. Y quizá aún algún día se iría a conocerlo. Pero hoy ya no.

Hoy cerraría antes su caseta y luego volvería a casa junto a su mujer. La sorprendería con flores. Ahora era eso lo que le apetecía.

Nota del autor

La idea de esta historia se la tengo que agradecer a una persona desconocida. Todo comenzó una mañana mientras me encontraba de viaje por la promoción de un libro. Al salir de mi habitación de hotel encontré una rosa roja ante mi puerta. No había ningún mensaje junto a ella, ni una carta ni una tarjeta de visita o tan sólo una nota fugaz.

Quizá yo sea un poco anticuado, pero cuando un hombre encuentra una rosa ante la habitación de su hotel se siente, sin tener en cuenta la emancipación, un poco raro. Hasta el momento, había oído hablar más bien de mujeres que encuentran notas con números de teléfono móvil bajo el limpiaparabrisas o que reciben ramos de flores con mensajes de tímidos admiradores, pero no sabía de ningún hombre en mi círculo de amistades a quién le hubiera pasado algo así hasta el momento.

Abiertamente diré que esta persona desconocida me puso un poco la piel de gallina. Imaginarme que alguien en mitad de la noche, para ser exactos, entre mi regreso de una lectura sobre las veintitrés horas y mi temprana partida a las seis de la mañana, merodeara delante de mi habitación, no fue especialmente agradable. Aun cuando se tratara de una rosa realmente bonita.

Sin embargo, también creo que alguien se debe de haber equivocado de puerta. Quién sabe, quizá la rosa era para una dama probablemente atractiva, cuya habitación se encontraba en la misma planta. En ese caso me gustaría asegurarle al admirador secreto que, del mismo modo, la recepcionista se alegró mucho del detalle, ya que seguro que la flor no hubiera resistido mucho más durante mi viaje.

Pero también, siempre me ha gustado pensar que, en verdad, esa sola rosa despertó mi imaginación y, como mis lectores saben, esta lleva en la mayoría de las veces directamente a abismos oscuros. Allí volví a encontrar un tema con el que ya había coqueteado a menudo: el acoso. Hasta ahora lo había evitado, ya que para ello ya hay algunas obras de suspense y lo tenía claro: si alguna vez quería escribir sobre ello, tenía que darle una nueva perspectiva al tema.

Finalmente fue el correo electrónico de un joven lector el que me dejó claro hacia dónde iba a dirigir mi próxima historia. A él le habían gustado, sobre todo, las escenas surrealistas de *La psiquiatra* y me preguntó si tenía pensado escribir una novela de terror en algún momento.

De hecho yo ya había pensado en ello y de repente entendí que la clave de mi

obra de suspense sobre el acoso era puramente el miedo.

Porque ¿a qué tememos más que a lo desconocido, algo que no podemos ver, pero de lo que sabemos que está al acecho, muy cerca nuestro? Algo que quizá se nos presente como un fantasma, aunque pueda parecer ridículo temer a los fantasmas en nuestro ilustrado tiempo actual.

Pero podéis creerme, en verdad existen los fantasmas. No hacen ruidos metálicos con las cadenas o aúllan en lugares inhóspitos. No, circulan por allí donde nos pueden dar más miedo: por nuestra cabeza. Nos los encontramos cuando bajamos por una escalera oscura hacia el sótano o cuando nos perdemos de noche por un barrio abandonado de una ciudad extranjera. Y a veces basta únicamente con estar solo en una habitación con un silencio sepulcral.

Sí, existen los fantasmas, ¡y con más de uno deberíamos tener especial cuidado!

Y así es como, gracias al regalo de una o un desconocido, surgió una obra de suspense con forma de historia de fantasmas. Seguro que ninguna historia como las tradicionales de E. T. A. Hoffmann, Edgar Allan Poe o M. R. James, pero creo que les hubiera podido gustar a los señores Freud y Jung. En especial, si hubieran sabido que el autor temblaba al escribir.

Como conclusión, sea mencionado, como siempre, que los personajes y los acontecimientos de este libro son pura invención y que cualquier semejanza con personas reales es pura casualidad y sin intención alguna por mi parte.

Agradecimientos

En mi tercera incursión en el imaginario mundo de Fahlenberg he vuelto a contar con la ayuda de numerosos amigos y colaboradores a los que deseo mostrar mi agradecimiento en estas páginas:

En primer lugar, a mi esposa y principal lectora, Anita, por sus infinitas ideas durante los primeros momentos de la historia, y por su paciencia con un marido que pasa gran parte del día en compañía de seres imaginarios.

A mi agente literario, Roman Hocke, que ha creído en mí en un momento muy importante, así como a Rainer Wekwerth, vivo ejemplo del verdadero amigo que está siempre a tu lado, corran los tiempos que corran.

A Kirsten y Markus Naegele, a Kristof Kurz y a todo el equipo de la editorial Heyne, por hacer tan agradable el trabajo. Junto a ellos, cualquier autor siente que está en las mejores manos. Y lo mismo sirve para Heiko Arntz, cuyo bolígrafo rojo actuó con pulso firme justo en los lugares en los que hacía falta, corrigiendo, preguntando y sintiendo el verdadero palpitar de la historia.

Mi agradecimiento también a todos aquellos que pese a tener la agenda llena de un montón de obligaciones se ofrecieron pacientemente a atender a mis investigaciones. Tardaría una eternidad en mencionarlos a todos uno a uno y me saldría de los límites de este apartado, pero me comprometo a agradecerlos en persona invitándolos a una barbacoa en el jardín de mi casa.

En última instancia quiero mostrar mi agradecimiento también a Albert Schöffel, quien me enseñó con infinita paciencia y claridad los diferentes tipos de sistemas de seguridad. Yo soy el único responsable de los matices artísticos y los posibles errores internos en lo que a este punto concierne.

Y para acabar, gracias al «Club de los poetas gordos», así como a Rainer Zahn, Marianne y Andreas Eschbach, Cecilia Perucci, Luca Crovi y Dario Argento. Cada uno de ellos ha sido una inspiración para mí.

Aunque, como siempre, mi mayor agradecimiento es para vosotros, mis queridos lectores. Sin vuestro interés, mis libros no serían más que papeles llenos de letras. Es en vuestra presencia cuando mis historias cobran vida.

Wulf Dorn,
Abril de 2011